



EL MÁS

gruñón

LESLIE NORTH

LOS ARROGANTES MILLONARIOS DE GLENHAVEN

El más prepotente

El más gruñón

El más antipático

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descritos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, SEPTIEMBRE 2024
Copyright © 2024 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Traducción de: María Elena Gil Alegría

www.relaypub.com



EL MÁS

gruñón

LESLIE NORTH

SINOPSIS

Nunca pensé que acabaría como limpiadora en Branson Couture.

Y tampoco pensé que estaría a punto de decapitar al presidente de la empresa con una fregona.

En mi defensa, no sabía que era el presidente. Yo solo pensé «intruso» y «guapísimo», aunque tal vez no en ese orden.

Así es James Branson: insoportablemente guapo, escandalosamente rico y tan encantador como un portazo en la cara.

Él es el rey de la alta costura y, al parecer, también es lo único que puede amargarme el día.

Lo malo es que parece querer algo más que amargarme el día. Cuando salí corriendo después de atacarle con la fregona, olvidé llevarme mi cuaderno de diseños. James lo ha descubierto y me ha ofrecido una cantidad *descabellada* de dinero para que trabaje con él.

Cada célula de mi cuerpo me dice que no acepte. James es el amo de la sala de juntas, y su corazón es de hierro fundido. Cuando se enfada, su expresión podría ahuyentar un huracán. Pero sus enormes manos guardan la llave de mi corazón.

Bueno, es mejor que no piense en su enorme... nada, nada.

En el mundo de la moda, no solo se descartan los diseños sin ningún miramiento. También se descartan los sentimientos. Pero si James cree que le voy a dejar pisotear los míos, se va a enfrentar a la lucha más difícil de su millonaria vida.

Tengo un plan: presentarme todas las mañanas, hacer mi trabajo y no pensar en mi jefe desnudo. Muy sencillo, ¿no?

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer “El más gruñón”
(*Los arrogantes millonarios de Glenhaven Libro 2*)

Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.
www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

1. [James](#)
2. [Natalie](#)
3. [Natalie](#)
4. [James](#)
5. [Natalie](#)
6. [James](#)
7. [Natalie](#)
8. [James](#)
9. [Natalie](#)
10. [Natalie](#)
11. [Natalie](#)
12. [James](#)
13. [Natalie](#)
14. [James](#)
15. [Natalie](#)
16. [James](#)
17. [Natalie](#)
18. [Natalie](#)
19. [James](#)
20. [James](#)
21. [Natalie](#)
22. [James](#)
23. [Natalie](#)
24. [James](#)
25. [Natalie](#)
26. [James](#)
27. [James](#)
28. [Natalie](#)
29. [James](#)
30. [James](#)
31. [Natalie](#)
32. [James](#)

[Fin de El más gruñón](#)

[¡Gracias!](#)

[Cómo alegrarle el día a una autora](#)

[Acerca de Leslie](#)

[Adelanto: El más antipático](#)

[Otros títulos de Leslie](#)

JAMES

Siempre me he considerado un hombre muy paciente. Lo digo en serio.

Pero toda paciencia tiene un límite, sobre todo si se enfrenta a una serie de chillidos estridentes a todo volumen después de un largo día de trabajo.

—¿Disculpe? ¿*Hola*?

Cruzado de brazos, observé a la estrepitosa criatura que parecía haberse adueñado de *mi* tienda y estaba bailando por todo el local con el palo de la fregona a modo de soporte de un micrófono imaginario. Había ignorado mis palabras por completo, pero claro, ¿cómo iba a oírme, con el volumen al que tenía la música? Aunque no estaba en absoluto al tanto de las tendencias en música pop, hasta yo me daba cuenta de que este sucedáneo de aspirante a *American Idol* trataba de emular a Beyoncé, y estaba fracasando estrepitosamente.

Me apreté el puente de la nariz, en un fútil intento de contener el dolor de cabeza que amenazaba con formarse entre mis ojos.

—Eh, ¡oiga! Tiene que...

Ella echó la cabeza hacia atrás con gesto teatral y aulló a todo pulmón.

—¿*WHO RUN THE WORLD*?

Bueno, el que mandaba allí era yo, pero estaba claro que ella aún no lo sabía.

Por muy molesta que me resultara aquella desconocida, no podía quitarle la vista de encima con la esperanza de verle la cara. Cuando agitaba la melena castaña que le llegaba hasta los hombros, su pelo brillaba como el de una modelo en un anuncio de champú. Y cuando se contoneó, apoyada en el palo de la fregona, su cuerpo me hizo imaginar ciertas cosas interesantes. Cantar no era lo suyo, pero desde luego, sabía moverse, y lo hacía de un modo muy sugerente, casi como una *stripper*. Se sacudía y agitaba el culo de una forma que no pude por menos que disfrutar, a pesar de su voz estridente, y de la montaña de trabajo en la que debería estar pensando, en lugar de perder el tiempo con... lo que fuera que estaba ocurriendo allí.

Tras observarla durante unos minutos, miré mi reloj. Eran pasadas las diez, lo que significaba que la mujer debía ser una de las limpiadoras, una dependienta que se había quedado hasta tarde, o bien la peor ladrona de la historia. En cualquier caso, daba igual lo que fuera. Lo único que me importaba en ese momento era volver a mi hoja de cálculo, y esta desconocida me lo estaba

impidiendo.

Cuando por fin logré apartar la vista de ella y mirar a otro lado, la sala de exposición en la que me encontraba me recordó lo mucho que tenía en juego y la razón por la que había venido a trabajar a esas horas de la noche. El negocio y su legado eran mi responsabilidad, y de mí dependía que siguieran existiendo o desaparecieran por completo. La empresa iba de mal en peor: las ventas habían disminuido, nuestras últimas colecciones habían recibido malas críticas y el valor de la marca se había deteriorado. Si no encontraba la forma de reorientar el negocio, íbamos a tener problemas muy serios. En mis manos estaba el destino de nuestros empleados, entre los que se encontraba la penosa cantante que sacudía el culo delante de mí, en lugar de trabajar.

—Por el puto amor del cielo —murmuré, atravesando la sala a paso rápido.

Me acerqué a la mujer, que debía ser una dependienta, a juzgar por la camisa gris oscuro que vestía, y le toqué en el hombro o, al menos, intenté hacerlo. En ese momento, estaba a mitad del estribillo y yo me había acercado justo cuando decidió hacer una pirueta enloquecida. El palo de la fregona me golpeó en el brazo y me obligó retirarlo antes de llegar a tocarla. No era así como había planeado llamar su atención, pero fue suficiente. Ella dio un salto atrás y soltó un grito de susto.

—Apague la música —dije, intentando ocultar mi sorpresa al ver unos ojos increíbles, de un azul intenso y enmarcados por largas pestañas oscuras. A pesar de la cara de susto que tenía, me recordó a una princesa de cuento.

—¡Apártate! —replicó ella con los ojos muy abiertos, y alzando la fregona para apuntarme con el extremo mojado—. No sé quién eres ni qué quieres, pero te aviso de que sé defenderme.

—Ah, ¿sí? —Aparté la fregona de mi pecho, pero volvió a apuntarme con ella, lo que hizo que se formara un charco de agua en el suelo entre ambos—. Espero que lo haga mejor de lo que canta.

—Yo... Bueno, tú...

Sin terminar la frase, bajó por fin la fregona y sacó el teléfono del bolsillo de sus vaqueros. Con un toque en la pantalla, la tienda quedó, por fin, sumida en el más dulce de los silencios.

—Pensaba que estaba sola —explicó, frunciendo los labios.

—Eso es evidente.

—¡Pero esa no es la cuestión! —replicó ella, tratando de tomar el control de la conversación—. ¿Quién eres tú y qué haces aquí? La tienda está cerrada y aquí no queda nadie. —Apretó con fuerza el palo de la fregona, lo que me resultó divertido. Aunque no tenía la más mínima intención de atacarla, ¿en serio creería que podría enfrentarse a mí con eso?

—Tal vez soy yo quien debería hacer las preguntas —contesté.

—No es que te deba ninguna explicación, pero tengo mucho que hacer, ¿vale? —espetó ella, usando ahora la fregona para señalar al otro lado de la tienda—. Las muestras de la nueva colección han llegado tarde y ha habido que dejarlo todo preparado para mañana. Y encima Lucy ha tenido que irse, y yo le he dicho que no pasaba nada, porque necesito las horas extra, y

entonces... —Se interrumpió y se aclaró la garganta, como para evitar que su boca fuera más rápido que su cerebro—. Bueno, da igual. Yo estoy aquí porque tengo que estar aquí. ¿Y tú?

—Yo he venido a revisar la contabilidad —expliqué, esperando que ahí acabara todo—. Y, si no le importa, ahora que ha dejado de aullar, hemos terminado.

Me di la vuelta, dispuesto a enfrentarme a la maldita hoja de cálculo cuanto antes y con la esperanza de que el dolor de cabeza desapareciera como por arte de magia en el camino hasta mi oficina. Revisar la forma en que se reducían nuestros ingresos nunca resultaba agradable, pero desde luego era mejor que...

CHOF.

La fregona, muy cargada de agua, cayó sobre mi hombro. Ríos de agua sucia helada empezaron a correr por mi pecho y mi espalda. La camisa que llevaba costaba seiscientos dólares, y aquella desquiciada la estaba tratando como si fuera un trapo. Le había mostrado paciencia, había sido cortés con ella ¿y esto era lo que recibía a cambio? El dolor de cabeza se intensificó, y apenas pude contener un gruñido de frustración.

—¿Está de puta coña? —murmuré, haciendo todo lo posible por controlar la ira que sentía.

—No vas a ir a ningún sitio —ordenó la mujer, detrás de mí—. ¡No te muevas!

La miré por encima del hombro y la vi ahí, con el palo de la fregona fuertemente apretado entre los puños. Sin acobardarse, mantuvo la cabeza de la fregona sobre mi hombro y me dedicó una mirada desafiante. Su actitud era desafiante, en uno de esos retos a los que uno no puede evitar querer enfrentarse. Un reto *divertido*, excitante; es decir, de los peores que hay, y de la clase que menos necesitaba en mi vida en ese momento.

—Ha cometido un error —pronuncié despacio—. Un error muy grave.

—No, tú eres quien se ha equivocado —replicó ella—. No me fío de ti, tienes pinta de dar problemas. —Sus ojos se entrecerraron con desconfianza.

En cualquier otra circunstancia, me habría perdido en esos ojos, pero en ese momento, estaba empezando a enfadarme en serio. ¿Que yo daba problemas? Era yo quien mantenía este negocio a flote, prácticamente con mis propias manos, mientras intentaba encontrar la forma de llevarlo de nuevo a lo más alto, como antes. Yo era quien trabajaba dieciocho horas al día, y quien dedicaba todo su esfuerzo a evitar que Branson Designs desapareciera del mapa. Eso también significaba que era yo, por cierto, quien daba trabajo a esta fierecilla. ¿Y así era como me lo agradecía? Daba igual lo guapa que fuera, no iba a tolerar esa actitud de ninguna manera. A todo esto, ¿por qué cojones me trataba como si fuera un matón que había intentado robarle el bolso? ¿En serio no sabía con quién estaba hablando?

—¿Sus criterios para identificar a posibles atacantes incluyen la ropa hecha a medida? —le repliqué, haciendo un gesto hacia mi cuerpo y observando cómo sus ojos seguían el movimiento de mis manos—. Porque, en ese caso, lo debe pasar muy mal paseando por la Quinta Avenida, o por el distrito financiero. Supongo que esos lugares le aterran.

—No me refería a eso —escupió, enfadada—. Me da igual lo caro que sea tu traje o lo guapo que seas. Ted Bundy también era un tío muy guapo, y mira lo que hizo.

A pesar de mi enfado, podía admitir que no me había disgustado el cumplido.

—Así que le parezco guapo, ¿eh? Bueno, gracias, supongo. —Fingí que me ajustaba unos gemelos imaginarios.

—¡No! ¡Eso es lo de menos! —gritó ella con frustración. Soltó una mano del palo de la fregona y tocó la identificación que le colgaba del cuello—. Tú no llevas identificación, así que no trabajas aquí, y yo conozco al contable, Bryan. Eso significa que tú eres un tío raro que estaba aquí *espiándome*, como una especie de acosador, o algo así.

—¿Me toma el pelo? —¿Acosador? Estaba claro que no sabía que, de toda la empresa, yo era la única persona que no necesitaba identificación. ¿Tal vez tendría algún problema mental? —Bueno, ya está bien. Quítese de en medio.

—No. A mí no me das órdenes.

—¿No?

—No. —Volvió a tocar su identificación—. Aquí no puede estar nadie sin identificación fuera del horario de trabajo, y hay que llevar la identificación encima en todo momento. Es la política...

—De la empresa —terminé la frase por ella—. Créame, conozco muy bien la política de la empresa.

—Puede que la conozcas, pero está claro que no la cumples —refunfuñó ella—. Y eso quiere decir que no puedes estar aquí.

Estaba ya hasta las narices de esta desconocida tan molesta. Hacía rato que se me había agotado la paciencia, y yo también estaba agotado. Era hora de acabar con esta situación.

—Si hay alguien que no debería estar aquí, esa es usted —dije, apartando la fregona de mi hombro con un gesto firme que le hizo dar un salto, asustada—. He venido a trabajar, y sus aullidos no me permitirán concentrarme. Ya estoy harto de estupideces. Se ha acabado la música, vuelva al trabajo ahora mismo. ¿O eso es demasiado pedir? ¿Es usted capaz de hacer algo que no sea perder el tiempo? Puede que le haya tocado hacer este turno porque carece de la capacidad mental necesaria para hacer algo más complicado que fregar el suelo, y eso cuando no utiliza la fregona como un poste para bailar, pero yo sí he venido a trabajar.

Ella abrió mucho los ojos, y después los entrecerró enfurecida. Me di la vuelta para dirigirme hacia la puerta, solo para recibir un golpe en la espalda con el palo de la fregona.

—No vas a ir a ningún sitio.

—¿En serio va a seguir con esto? —pregunté, tratando de controlar mi voz—. Porque creo que lo va a lamentar.

—Oh, no, no seré yo quien lamente nada. —Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja, que mostró el rastro de dos hoyuelos en cada mejilla. Eran monos, si es que podía utilizar esa palabra para describir una característica de la persona más insoportable que había visto en mi vida—. Acabo de llamar a seguridad.

Se levantó un faldón de la camisa con aire de triunfo para revelar un radiotransmisor de la empresa y dejarme ver que había pulsado el botón rojo en un extremo, que conectaba directamente con el equipo de seguridad.

—Fantástico —repliqué—. Tal vez se mostrará más dispuesta a escuchar a Dave, ya que a mí no me hace caso.

La expresión furiosa de su cara desapareció por un momento al escuchar el nombre de mi jefe de seguridad. Durante un instante, pareció insegura, pero enseguida volvió a mirarme con enfado. Claro, que con el ceño fruncido tampoco estaba menos guapa.

—Ah, claro. Has mirado la página de la empresa en internet y te has aprendido la sección de quién es quién para poder citar algunos nombres. Enhorabuena. —Hizo una mueca de disgusto.

—Sí, y tal vez usted debería hacer lo mismo —señalé, acercándome un poco a ella con la esperanza de que, si la escasa luz que emitía el único foco encendido en el techo iluminaba mi cara, tal vez ella me reconocería. En algún momento, esta mujer debería caer en la cuenta de con quién estaba hablando. ¿Acaso nunca leía cotilleos en internet?—. Tal vez eso podría haberle ayudado un poco, porque no soy el contable. Soy el puñetero...

Ella me miraba sin expresión, como si no me estuviera escuchando en absoluto. Mientras yo hablaba, había echado el brazo hacia atrás, como si fuera a lanzar una jabalina, y me interrumpió con un golpe de la fregona directo a la cara. La sorpresa me impidió reaccionar, y apenas conseguí apartarme hacia un lado en el último segundo, de forma que no me dio de lleno en la nariz por un par de centímetros. Me enderecé y la miré lleno de furia. ¡Pero cómo se atrevía! Hubiera querido rugir que yo dirigía la empresa para la que trabajaba, la empresa que llevaba mi apellido, que era el nieto de la fundadora y actual presidente, pero estaba tan enfadado que no me salían las palabras.

—Dejemos que los de seguridad se ocupen de quién eres, ¿de acuerdo? —dijo, mirando la fregona caída en el suelo como si estuviera dispuesta a volver a utilizarla como armamento.

Me crucé de brazos y la observé, esperando que se sintiera más nerviosa ahora que estaba desarmada, pero ella me devolvió una mirada furiosa. Nunca había conocido a nadie tan insoportable, ridícula y preciosa como esta mujer.

Al menos, me consolaba pensar que sería yo quien riera el último cuando se enterase de a quién se había enfrentado.

NATALIE

¿Sería este el fin de mis días?

¿Acabaría estrangulada por un ladrón con ínfulas, vestido de Burberry, que me miraba de arriba abajo con cara de asco? Porque lo último que necesitaba después de un día tan largo, desde luego, era una lucha a muerte con un criminal que parecía estar juzgándome *a mí*.

Porque, ¿qué derecho creía tener para decir todas esas cosas de mí? Le había conocido hacía menos de cinco minutos, mientras intentaba robarme, o lo que fuera que pretendía hacer aquí a estas horas, y ¿creía que podía juzgarme tan rápido? ¿Qué sabía él de mi cerebro, mi talento, mi capacidad de trabajo o mi dedicación? ¿O de cualquier otra cosa? ¿Qué creería saber semejante pedazo de esnob estirado sobre lo que era necesitar tres trabajos mientras estudiabas una carrera? ¿O conseguir ganarse la vida tras empezarla sin nada?

Y esa forma en la que me miraba... como si yo fuera una pelusa desagradable que quería ocultar bajo la alfombra con el pie. O una caja de leche caducada que había cometido el error de oler. Por la forma en que arrugaba la nariz y sus cejas oscuras se juntaban sobre ella, ¡cualquiera diría que la intrusa era yo! Bueno, al menos los de seguridad estaban de camino; ellos sacarían de aquí a este imbécil y yo tendría la última palabra. Ya me imaginaba a Dave agarrándole del cuello de la camisa y sacándolo a rastras de allí.

Y hablando de la camisa, estaba claro que era cara, *muy* cara. Yo conocía bien la ropa y me había fijado en lo mucho que debía haberse gastado en ella. Sentí una cierta satisfacción al pensar que se la había echado a perder, aunque... Para ser sincera, debía admitir que casi le quedaba mejor así, mojada y pegada a su cuerpo, de una forma que destacaba sus anchos hombros y esa especie de V en las caderas que demostraba el tiempo que debía pasar en el gimnasio. Tampoco es que le estuviera admirando, ni nada por el estilo, aunque, en cualquier otra circunstancia, ese cuerpo suyo me habría hecho volver a mirarlo dos veces. No, no, solo le miraba con atención por mi propia seguridad, porque, ¿quién sabía de qué sería capaz ese desconocido?

A ver, era alto y tenía aspecto de ser muy fuerte, desde luego. A sus mangas les estaba costando un gran esfuerzo contener sus bíceps y, cuando se había dado la vuelta, *por supuesto* que mi mirada descendió a su culo. ¿Redondo? Sí. ¿Firme? Pues sí que lo parecía, aunque eso solo se podría confirmar con contacto directo. Sin embargo, a pesar de todos esos músculos, estaba segura de que podría con él. Sabía ser astuta y pelear sucio si era necesario. Con la infancia que había tenido, no me había quedado otra opción. Sí, seguro que podría con él; de hecho, me encantaría hacerlo.

—Está demasiado segura de sí misma, pero no veo ninguna razón que lo justifique. —Me miró de arriba abajo por enésima vez, y sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—¡Deja de *mirarme*! —grité—. ¡Acosador!

—Oh, por el puto amor del cielo —dijo él, cerrando los ojos y dejando caer la cabeza hacia atrás—. No soy un acosador, deje de decir eso.

—¡Pues deja de darme razones para decirlo! No me has quitado el ojo de encima en todo este tiempo.

—¿Y me culpa por eso? Estaba tratando de esquivar la maldita fregona. Resulta que me gusta conservar intacta la nariz, ¿sabe?

Por fin, Dave entró a la carrera en la tienda, con una mano apoyada en el transistor que llevaba en la cintura, y suspiré aliviada. Aunque estaba segura de que podría haberme ocupado sola, me alegré de recibir el refuerzo de nuestro gigantesco jefe de seguridad.

—¿Estás bien, Natalie? He visto la señal de alarma... —Se detuvo en seco y abrió mucho la boca al ver al desconocido que estaba delante de mí.

¡Bien! Esto se iba a poner interesante. Estaba impaciente por ver la expresión que se dibujaría en su preciosa cara cuando Dave lo sacara de allí a empujones, o incluso lo entregara a la policía.

—Oh... Señor Br-Branson, hola —tartamudeó Dave—. ¿Necesita... ¿Uh, en qué puedo ayudarle?

Un momento. Necesitaba un segundo. ¿*Branson*? ¿Como el nombre de la *empresa*, Branson Designs? Ni en broma.

Pero... Ahora que podía pensar con calma en lugar de limitarme a reaccionar ante la situación, le vi el sentido. Aquel hombre se comportaba con una actitud prácticamente regia, como si supiera que era la leche y le molestara que yo le cuestionara. Tal vez debería haberme dado cuenta de que ese aire de superioridad solo podía deberse a pertenecer a la familia dueña del negocio. Pero a mí, los tíos como él, tan llenos de privilegios, me atacaban tanto los nervios que no podía evitar reaccionar mal. Era como si le rodeara un campo de fuerza debido al cual, hasta el aire que respiraba me resultaba irritante. Y lo que no ayudaba en absoluto era que, además de tener pinta de que podría levantarme en vilo, sus miradas me hacían sentir... un no sé qué. Me costaba mucho mirarle a la cara porque el estómago me daba unos saltos muy estúpidos cada vez que nuestros ojos se encontraban. Podría haberlo atribuido al subidón de adrenalina, pero lo cierto era que se trataba de una sensación muy diferente. Me humedecí los labios y me obligué a pensar en lo imbécil que era.

—En este momento estoy un poco irritado, Dave. Y empapado, también. —Me miró con furia al tiempo que señalaba la delantera de su camisa con un gesto.

—Ya lo veo, jefe —dijo Dave con una risa nerviosa—. ¿Qué ha pasado aquí?

Al oír a Dave llamarle «jefe» se encendió una alarma en mi cabeza. Que fuera un Branson ya suponía un problema, pero en la empresa trabajaban un montón de miembros de la familia, y algunos de ellos tenían cargos de poca importancia. Había esperado que fuera un agente del centro de llamadas, por ejemplo, o un becario, o incluso un técnico de soporte informático;

cualquier función que no le diera ningún tipo de autoridad sobre mí. Pero lo de «jefe» no prometía nada bueno. Nada en absoluto.

—Parece que la señorita... —El tío dejó la frase sin terminar y me miró con expectación, como si fuera a darle mi nombre. Venga ya.

—Reynolds —dijo Dave—. Se llama Natalie Reynolds.

¡Maldita sea, Dave!

—La señorita *Reynolds*, —dijo aquel tío con sorna—, ha estado utilizando el sistema de sonido para su uso personal fuera de horario de trabajo. Y cuando he entrado para pedirle que bajara el volumen de la música, me ha agredido con una fregona.

—Eh, ¡un momento! Me ha dado un susto de muerte —grité, acercándome más con paso firme y dirigiéndome a Dave en busca de apoyo—. Estaba oculto en las sombras, espiándome, y no ha querido decirme quién era, así que me he defendido. ¡Y he protegido la tienda!

—Sí, y lo ha hecho de una forma muy efectiva. El agua sucia de fregar me ha hecho detenerme en seco —dijo él con sarcasmo, y lanzándome una mirada que hizo descender un escalofrío por mi espalda.

Me sentí como si estuviera en su punto de mira, y no me gustó ni un pelo. Su expresión indicaba que no era un hombre acostumbrado a perder. Bueno, claramente no tenía ni idea de a quién se estaba enfrentando. Fuera un Branson o no, yo no iba a dejarme avasallar; eso no iba conmigo.

—Nadie se ha quejado nunca de que ponga música después de las horas de trabajo —repliqué—. Eso quiere decir que, o acabas de empezar a trabajar aquí, o te acaban de ajustar el audífono.

—¿Me está llamando viejo, señorita Reynolds? —preguntó, con una ceja levantada.

Le dediqué una sonrisa de superioridad mientras dejaba que mis ojos se deslizaran despacio por su cuerpo, como si estuviera calculando el valor de una antigüedad. Me imaginaba que eso le pondría un poco nervioso, pero a él pareció gustarle la forma en que le miraba, así que acabé aún más furiosa.

—Yo solo digo que las únicas personas que se quejan de Beyoncé son los viejos gruñones, así que puedes sacar tus propias conclusiones.

—Beyoncé no me supone ningún problema en absoluto. De hecho, me gusta, si bien no puedo decir lo mismo de la forma en que estaba cantando usted.

—¡Oh, venga ya! —Le lancé otra mirada furiosa—. No lo hago tan mal.

—Eso dice usted. Yo, por mi parte, preferiría no oír semejantes aullidos nunca más.

—¿Y por qué debería importarme una mierda lo que prefieras? —exclamé, alzando los brazos al aire exasperada—. Todavía no me has dicho quién eres.

Dave dio un paso inseguro hacia delante, como para recordarnos que seguía allí, con nosotros.

—Oh, um, Natalie, creo que deberías saber que el hombre al que, um, has agredido con la fregona es... —empezó.

—No hace falta, Dave —interrumpió el tío enseguida—. Yo me encargo.

—Por supuesto. —Dave asintió con la cabeza y rio nervioso—. Lo entiendo. Solo llámeme si me necesita, ¿de acuerdo?

Salió de la habitación, y hubiera podido jurar que lo hizo con una pequeña inclinación ante aquel tipo. Uf, qué asco. Solo era parte de la familia fundadora, tampoco es que fuera un rey, ni nada por el estilo.

Los dos nos miramos irritados, y me di cuenta de que mi pecho subía y bajaba, como si acabara de correr unos cuantos kilómetros. También notaba la piel caliente y más sensible, pero lo atribuí a la forma en que me miraba sin pestañear. Deslicé la mano por mi nuca para separar el pelo del cuello de la camisa, y me di cuenta de que me lo estaba arreglando. ¿Cómo? ¡No! ¿Por qué diablos me importaba cómo estuviera mi pelo? ¿Era por la forma en que él observaba cada movimiento que hacía?

—¿Quién eres, en realidad? —exigí, cruzando los brazos sobre el pecho.

—El hombre que se encarga del sistema de sonido —contestó impasible, con una cara que no revelaba expresión alguna... excepto una ligera sonrisa burlona. ¿Aquel gilipollas se estaba divirtiendo?

—Si esto te parece divertido...

—Hay muchas cosas que me parecen divertidas —dijo—, pero no incluyen los golpes con una fregona empapada, o las acusaciones de acoso.

—Entonces, deja de comportarte como uno —repliqué.

Tal vez ser tan desagradable con él no era buena idea, sobre todo después de la deferencia con que le había tratado Dave, pero qué diablos. Si iba a decirme lo que pensaba, tendría que aguantarlo. Además, llegados a este punto, tampoco tenía que fingir que me contenía. Él ya sabía que no iba a hacerlo. Se apretó el puente de la nariz.

—Bueno —insistí—. ¿Me vas a decir quién eres, o tendré que empezar a traerme la bola de cristal al trabajo?

—Mientras no tenga altavoces incorporados...

Al decir eso, su fastidiosa sonrisa burlona se hizo un poco más ancha. Abrí la boca para replicarle, pero él fue más rápido y levantó una mano para detenerme.

—Ya que parece que ha estado viviendo en alguna caverna, me llamo James Branson y yo...

No escuché el resto de sus palabras porque quedaron ahogadas por el estruendoso sonido de alarma que sonó en mi cabeza. Esto era mucho peor de lo que había imaginado. No había oído mal, este hombre era mi jefe. Mi jefe, el jefe de mi jefa, el jefe de Dave... El jefe de todo el mundo.

Oh, no puede ser.

Intenté ocultar mi sorpresa aclarándome la garganta, pero solo conseguí provocarme un embarazoso ataque de tos. Él me observó como si fuera un pez que aleteaba fuera del agua, hasta

que conseguí recuperar la respiración.

¡Mierda! Me había metido en un lío mucho mayor de lo que pensaba. Ese gilipollas orgulloso, que se había limitado a mirarme mientras casi me ahogaba, era el auténtico propietario de la empresa, el de verdad. James Alexander Branson segundo. Vamos, su firma estaba en mi nómina, y todo.

Y yo casi le parto la cara con una fregona. Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Necesitaba este trabajo. Necesitaba mis *tres* trabajos si quería poder pagar el último trimestre en la escuela de diseño, pero no estaba dispuesta a hacerle la pelota, sobre todo teniendo en cuenta la forma en que se estaba comportando ahora, como si esto solo fuera un juego para él.

—¿Tiene alguna explicación que ofrecer? —preguntó James en un tono que destilaba condescendencia.

—¿Y usted? —estallé antes de poder contenerme.

Mi maldita boca siempre me estaba metiendo en líos, pero llegados a este punto, creí que ya no tenía nada que perder. Hacía mucho rato que había perdido la oportunidad de darle una buena impresión, así que recular o tratar de arreglarlo ahora no tenía ningún sentido, incluso aunque fuera capaz de tragarme mi orgullo durante el tiempo suficiente como para intentarlo.

—No debería haber mentido sobre lo de ser el contable —continué.

—Y usted no debería haber atacado mis oídos con esos horribles chillidos —replicó él.

—Se da cuenta de que estaba trabajando, ¿no? —le espeté—. Soy una empleada muy dedicada, pero no estoy aquí a estas horas por diversión. Cantar me ayuda a pasar el tiempo cuando tengo más trabajo del que puedo asumir, lo que resulta que ocurre, oh, no sé, el noventa por ciento del tiempo.

Él frunció el ceño y, por primera vez, tuve la sensación de que no era por mi culpa.

—¿Por qué no está Lucy aquí, ayudando?

Tragué con esfuerzo, porque no quería meter en un lío a mi jefa. Me caía bien.

—Ha estado aquí hasta hace un rato, pero le he dicho que podía hacerme cargo de lo que quedaba yo sola. —Me encogí de hombros—. Ella tiene hijos y un marido de los que ocuparse...

—¿Y deduzco que usted no los tiene? —preguntó James con intención.

Enderecé la espalda y le dediqué una mirada fulminante.

—¿Y usted?

—¿Si tengo un marido? No, pero tampoco creo que mi vida personal sea relevante en este momento.

—Gracias por darme la razón —dije, interrumpiéndole triunfante—. Ahora, si se marcha, podré terminar mi trabajo de una vez.

Eso le parecería bien, ¿no? Él podría marcharse a hacer lo que fuera, yo volvería a lo mío, y

podríamos fingir que nunca nos habíamos conocido. No era probable que nuestros caminos fueran a cruzarse otra vez, teniendo en cuenta que, hasta ahora, nunca lo habían hecho. Sin embargo, él dejó escapar un largo suspiro irritado.

—Aquí ya ha terminado, Reynolds. Recoja sus cosas y márchese.

Me quedé helada. Un momento. Eso sonaba bastante... definitivo, y yo no podía permitirme perder este trabajo.

—Pero aún no he terminado... —dejé la frase en el aire e hice un gesto a mi alrededor.

—¿No ha oído lo que he dicho? —Su voz ocultaba un gruñido—. Márchese a casa.

Le miré incrédula durante un momento. Yo... había pensado que, tal vez, me llevaría una reprimenda, o que me enviaría a hablar con recursos humanos para que Claire me soltara un discurso; o tal vez me obligarían a asistir a clases de control de la ira o, incluso, Dios no lo quisiera, me pedirían que le comprara al jefe una camisa nueva ridículamente cara que no podía permitirme de ningún modo. Sin embargo, esto sonaba a despido. El estómago se me cayó a los pies. ¡No podía despedirme! Quise discutir, maldita sea, hasta habría suplicado, pero una sola mirada a su impávida expresión me hizo saber que mis palabras caerían en oídos sordos. Volví a tragar y enderecé los hombros. *No le permitas ver que te ha derrotado*, me recordé a mí misma. Ese había sido mi lema durante muchos años.

—De acuerdo —conseguí decir por fin, y giré sobre mis talones para irme.

El movimiento repentino hizo que el móvil se saliera de mi pequeño bolsillo y resbalara por el suelo hasta el otro lado de la sala.

—*Saca la mano de debajo de mi falda, bestia* —dijo una voz femenina desde el altavoz de mi móvil.

No. ¡Oh, por los putos dioses, ¡no! Debía haber dejado abierta la aplicación de audiolibros, y *En la cama con el rebelde* se había puesto en marcha al alcance de los oídos del jefe. Me apresuré a arrodillarme para coger el teléfono, pero estaba tan azorada que solo conseguí mandarlo todavía más lejos.

—*¿Y por qué iba a hacerlo?* —preguntó una voz grave—. *Si realmente quisieras que sacara la mano, ya la habrías quitado tú de un golpe. En lugar de eso, mi encantadora Penélope, pareces estar esperando que deslice los dedos un poco más arriba. Tal vez deseas que recorra tu esbelta pantorrilla hasta llegar a la piel sedosa del interior de tu muslo. ¿Estoy en lo cierto? ¿Acaso ese rubor en tus mejillas significa que me permites continuar mi recorrido?*

—Sí... *te lo permito.*

Un suspiro tembloroso resonó por la habitación, y deseé que me tragara la tierra. No me atreví a mirar a Branson cuando, por fin, conseguí apagar el maldito trasto. Cogí mi bolso y me dirigí a la puerta a toda velocidad, con la cabeza baja. Sin embargo, me detuve un momento con la mano ya en el pomo, y me volví hacia él.

—Aún quedan un montón de cosas que hacer. ¿Está seguro de que puedo marcharme?

Incluso desde donde estaba pude ver la sonrisa que trataba de contener.

—Sí, te lo permito.

Su voz era grave, sedosa como el whiskey. Me quedé boquiabierta al darme cuenta de que estaba imitando mi libro. ¡Se reía de mí por escuchar novelas románticas! Empujé la puerta y salí a toda velocidad, sin molestarme en contestar.

Lo único que quería era alejarme lo más rápido posible de James Branson, su insoportable actitud de superioridad y su odiosa pero hermosa cara.

NATALIE

Cerré la puerta de mi piso de un portazo más fuerte de lo necesario. Qué agradable resultaba descargar mi enfado contra *algo*, joder. Tras la escena con el jefe, estaba tensa a más no poder y me faltaba un pelo para salir otra vez a prender fuego a Branson Designs.

—*Cielos*. —La voz de Stephanie, mi compañera de piso, llegó desde el final del pasillo—. Estoy en el salón, y tengo vino.

La había llamado de camino a casa, para hacerle un resumen rápido de lo ocurrido y avisarle de que me sentía fatal, y ella había prometido ayudarme a recuperar la calma con todo el tinto que fuera necesario. Me quité los zapatos y suspiré aliviada. Eran bastante cómodos, pero después de doce horas de pie, tenía ganas de prenderles fuego a ellos también. Caminé descalza por el estrecho pasillo mientras intentaba dejar de pensar en James Branson. No me gustaba nada el aleteo que sentía en el estómago cada vez que lo hacía.

—Toma. —Stephanie me entregó una copa muy llena—. Cuéntame cómo has conseguido que te despidan por cantar.

La luz en nuestro pequeño salón era tenue, y eso alivió un poco el dolor de cabeza que se me había formado por la tensión. La decoración era toda de segunda mano, pero con buen gusto, a base de muebles de distintos estilos y cuadros desechados en las paredes, y el efecto final resultaba muy acogedor. Stephanie dio unos golpecitos al sofá y me dedicó una sonrisa de ánimo. Se había puesto cómoda, con unas mallas y una camiseta de tirantes, y su pelo oscuro, muy corto, estaba alborotado. Incluso sin una sola gota de maquillaje seguía siendo guapísima, pero esa suele ser una característica, por lo general muy irritante, de las entrenadoras personales con belleza natural. Estaba segura de que mi mensaje de socorro la había sacado de la cama, pero parecía dispuesta a quedarse conmigo, beber vino y lamentar mis penas todo el tiempo que hiciera falta. Nos unía una profunda amistad y siempre nos cuidábamos la una a la otra. Después de una infancia como la que había tenido, adoraba a mi amiga.

Me dejé caer en el sofá junto a ella con un gruñido de exasperación.

—¡Es lo *peor*! No te puedes ni imaginar lo presuntuoso que es. ¡Es el no va más de los gilipollas!

—¿En serio? —La boca de Stephanie se curvó, preocupada—. ¿Se ha puesto en plan abusón?

—No, eso no. —Bebí un buen trago de vino y consideré la cuestión—. No me ha puesto una mano encima y, ahora que lo pienso, tampoco ha levantado la voz. Es solo esa *condescendencia*.

Uf, qué asco. Y también es de los de «aquí se hace lo que yo diga».

—Bueno, al fin y al cabo es el jefe supremo —observó Stephanie con precaución, como si supiera que se la estaba jugando con solo sugerir que James tenía motivos para comportarse como un imbécil—. Y tú puedes resultar un poco, hum, directa, cuando alguien no te gusta. Tal vez no está acostumbrado a que los empleados se enfrenten a él.

—¡Pero todo ha sido culpa suya! —protesté, con los ojos clavados en mi copa—. Él podía haber evitado toda la escena si me hubiera dicho quién era desde el principio, y me hubiera pedido por favor que bajara la música. Pero no, en lugar de eso, me ha mentido y me ha insultado.

—Vale, vale, tienes razón —asintió Stephanie—. ¿Cómo es? Me imagino que tiene pinta de pijo de familia rica, de las que van a clubs de campo y todo eso, ¿no?

Al pensar en el hombre al que acababa de conocer, caí en la cuenta de que era imposible describirlo sin admitir que James Branson destilaba sexo puro, así que puse los ojos en blanco.

—Es alto, con el pelo castaño claro y bastante guapo. La clase de tío guapo que parece un insulto para los hombres que le rodean. Cuerpo perfecto, como una mezcla entre nadador y jugador de rugby, ya sabes, con unos hombros de esos... —Hice gestos al describirlo, para que se hiciera una idea de lo increíble que era el aspecto físico de ese hombre—. Tiene la estructura facial de un dios, como una de esas estatuas de mármol. Y te mira de una forma que hace que se te vaya la cabeza. Durante todo el tiempo que estuve con él, me miraba como si me estuviera analizando.

Stephanie me dedicó una sonrisa traviesa por encima del borde de su copa.

—Oh, oh.

—¿Qué? —exigí, mirándola enfadada.

Ella hizo una pausa, sin dejar de sonreír como si tuviera un secreto.

—Suenas a que no te importaría tirártelo para descargar todo ese odio que le tienes.

Me pregunté si los vecinos podrían escuchar sus risas y gritos pidiendo clemencia cuando empecé a sacudirle con un cojín, por pensarlo siquiera.



Volví a la escena del crimen al despuntar el sol, apretando contra el pecho mi chaqueta de segunda mano y maldiciendo el hecho de que, esa mañana, el mes de marzo pareciera más bien enero. Me abrí paso entre la multitud que llenaba las aceras de Manhattan en dirección a la puerta principal de Branson Designs, caminando con la cabeza alta. La noche anterior, Stephanie y yo habíamos llegado a la conclusión de que, como no había llegado a pronunciar las palabras, no me había despedido. Si conseguía evitar llamar mucho la atención y me dedicaba a mi trabajo, tal vez todo el asunto se olvidaría. Tampoco es que hubiera hecho nada *tan* malo, después de todo.

Bueno, tal vez me había pasado de listilla con el jefe. Y luego estaba lo de la fregona en la cara. Pero, vamos, era él quien había empezado todo aquello al ocultarme quién era y comportarse como un auténtico imbécil. Si alguien tenía un problema de recursos humanos, debía ser él.

¿Ocultar la identidad no era un delito?

Saqué mi tarjeta de acceso a la luz de una farola. Solía ser la primera en llegar, y me gustaba el rato que pasaba a solas, porque podía utilizarlo para prepararme el día y avanzar en los diseños que tenía que hacer para la escuela, a los que dedicaba cada minuto libre. Me había costado mucho reunir el dinero necesario para las clases, y ahora que estaba a medio camino de conseguir mi grado en bellas artes, no pensaba rendirme. Nadie podría acusarme de rendirme nunca. Por ahora, lo único que había en mi vida era trabajo y sueños, y la esperanza de que, alguna vez, mi suerte cambiaría y haría que ambos convergieran. Porque estaba claro que me hacía falta tener un poco de suerte.

Contuve un bostezo al ir a abrir la puerta con mi tarjeta. Al aplicarla al lector, se encendió una luz amarilla, que indicaba que no la había mantenido cerca el tiempo suficiente. Muy típico, siempre tenía prisa por entrar. Volví a presionar la tarjeta contra el lector.

¿Otra vez la luz amarilla?

Froté la tarjeta contra la pechera de mi blusa, suponiendo que se habría manchado con algo que llevaba en el bolso y eso estaba afectando al sensor. Coloqué la tarjeta sobre el lector por tercera vez.

Eh, un momento. ¡¿Una luz roja?!

Entonces lo entendí. Branson lo había hecho de verdad. ¡El cabrón me había despedido! Solo eso podía explicar que mi tarjeta no funcionara. ¡Debía haber llamado a recursos humanos en cuanto me fui la noche anterior! ¿Me habría pasado al golpearle con una fregona apestosa?

Tiré la tarjeta al suelo y comencé a dar vueltas, notando que me acaloraba por la ira. ¿Cómo se había atrevido? ¿Qué derecho tenía a despedirme por algo tan insignificante? ¿Podría demandarle? ¡Sí, al menos podría sacarle pasta por despido improcedente!

Me detuve un momento. Tampoco era que una demanda mía le fuera a afectar mucho. El tío era un maldito millonario, después de todo. Con solo chasquear los dedos, sus abogados se me echarían encima y me dejarían sin nada. Menos que nada, porque también tendría que pagar a un abogado que me defendiera. Aunque odiaba la idea de permitir que se fuera de rositas tras comportarse como un gilipollas incorregible, iba a tener que dejar correr este asunto, por muy injusto que fuera. Me estaba mordiendo el interior de una mejilla cuando oí pasos detrás de mí. ¿Sería Dave otra vez, para alejarme de la puerta a patadas? Me giré, dispuesta a ofrecer una explicación, pero me detuve en seco.

—Buenos días, señorita Reynolds.

Era *él*. El gilipollas del jefe. ¡Cómo osaba sonreírme! Y, maldita sea, ¿por qué tenía que tener ese aspecto? Me clavé las uñas en las palmas de las manos mientras él me miraba de arriba abajo, porque ese hombre me hacía sentir un poco mareada, y necesitaba un poco de dolor para centrarme. No era justo que fuera asquerosamente rico y, encima, tuviera ese físico espectacular. Pero claro, además de eso, también era un pedazo de capullo, y eso negaba lo bueno que estaba.

Vale, de acuerdo, no lo negaba del todo, porque no estaba ciega, pero la ligera opresión que sentía en el pecho solo se debía a que estaba furiosa a más no poder, no al hecho de que estuviera tan cerca de mí que podía oler su aroma limpio, como a jabón. Era un olor tan fresco, que me

deba ganas de ponerme de puntillas y husmearle el cuello. Pero me repuse al recordar lo que había hecho.

—¿Está de puta coña en este momento? —Me acerqué aún más a él—. ¿Me ha despedido? ¿Por cantar?

Mi voz sonó muy chillona, pero me dio igual. Noté que mis manos se cerraban en puños. Si no borraba esa sonrisa chulesca de su cara, sería yo quien la borraría.

—Por supuesto, así es, señorita Reynolds. Acabamos de implantar una política muy estricta que prohíbe cantar en Branson Designs, y sus aullidos desafinados de anoche suponen un incumplimiento directo de la norma. Y eso sin olvidar el ataque mortal con una fregona.

Otra vez la dichosa sonrisa. En otra vida, me habría fascinado, porque no podía ser más sexi. Siempre estaba un poco ladeada, como si tuviera un secreto. Y esos brillantes ojos azules... su mirada me recordaba la de uno de esos magos de circo que pueden adivinar tu edad y tu peso solo con mirarte. Pero claro, él ya tendría toda esa información sobre mí. Los multimillonarios podían conseguir lo que quisieran, ¿no? Sentí un escalofrío al imaginarme que accedía a mi móvil y repasaba mi colección de audiolibros, porque más de la mitad de las portadas de mi biblioteca mostraban hombres con un aspecto similar al suyo. De hecho, un aspecto casi idéntico al suyo.

Vale, me gustaban mucho los héroes musculosos. ¿A quién no? Pero eso no importaba en aquel momento, porque James Branson iba a oír a Natalie Reynolds. Ya que me había despedido, no había nada que me detuviera.

—¿Tiene idea de lo mucho que le desprecio? —le solté—. Primero me miente y hace que me sienta insegura en el trabajo, ¿y luego va y me despidе por defenderme?

—No, ha sido por cantar, ¿no se acuerda? —replicó con una sonrisa burlona—. Y si nos ponemos técnicos, usted no es lo que se dice una trabajadora eficiente. Créame, he visto las grabaciones de seguridad. Es muy lenta en su trabajo.

—¿Lo ve? ¡Eso es lo que haría un acosador! —Dejé escapar un gruñido de enfado, sin importarme las miradas de la gente pasaba por la acera—. Oh, Dios mío, ¡es absolutamente insoportable! Me alegro de que me haya despedido, porque no trabajaría para alguien tan molesto como usted. ¡No se merece a alguien como yo!

—Puede que tenga razón —admitió, mirándome como si le doliera decirlo.

Cerré la boca de un golpe.

—¿Cómo dice?

Metió una mano en su cartera y sacó un cuaderno de dibujo azul de espiral, muy gastado. Era *mi* cuaderno.

El corazón se me cayó a los pies. Ese cuaderno no solo contenía mis descabellados diseños, sino que también lo utilizaba para anotar mis listas de tareas (Dios mío, ¿habría visto que necesitaba comprar tampones?), fragmentos de canciones que me inspiraban, dibujos al azar (sí, había unos cuantos desnudos) y, lo que era aún más embarazoso, algunas entradas de diario. Sobre cosas como lo de la noche anterior. Seguro que, en algún momento, dedicaría una o dos páginas a

aquel desastre, pero anoche, después de acabar una o dos botellas de vino con Stephanie, no me había apetecido escribir nada, así que no me había dado cuenta de que ya no tenía el cuaderno. Estúpida de mí. Había tenido tantas ganas de salir de la tienda que no me había acordado de recogerlo antes de marcharme.

—¿Qué hace con eso? —pregunté, y me acerqué para intentar quitárselo.

Él lo apartó hasta ponerlo fuera de mi alcance, como si estuviera jugando con un perrito.

—Así que le pertenece.

—Sí, es mi trabajo del último año. —Tendí la mano para que me lo entregara—. O incluso de hace más tiempo. Y es personal, por no decir que de ningún modo es asunto suyo, jefe. Devuélvame.

—Ha sido muy descuidada dejando algo tan importante por ahí —contestó, abriendo la tapa—. Pero parece que esa es su forma de ser, ¿no? Descuidada, impulsiva, incorregible y, para acabarlo de rematar, no sabe cuándo callarse la boca.

Sus ojos descendieron a mis labios y permanecieron allí un instante más de lo necesario. Tuve la sensación de que no podía respirar, porque sus enormes manos sujetaban un cuaderno que, básicamente, era mi diario. Cuando empezó a pasar las primeras páginas, quise abalanzarme sobre él. No permitía a *nadie* ver mis dibujos hasta estar lista para mostrarlos, y aunque estos ya casi lo estaban, aún necesitaba tiempo para perfeccionarlos. Claro que, para ser sincera, nunca consideraba que estuvieran listos del todo. La voz, un tanto estridente, de la duda que no callaba nunca, siempre me recordaba que no era lo bastante buena. Que James Branson mirase mis dibujos era como si mirase dentro de mi cesta de la ropa sucia. Me sentía expuesta, como si sus manos recorrieran el encaje de uno de mis tangas. Me preparé para cualquier insulto que pudiera dedicarme.

—*Sin embargo* —continuó en otro tono—. Anoche me equivoqué cuando dije que no tenía talento. Sus diseños son muy buenos. —Se detuvo en el boceto de un vestido que era mi favorito, y me miró a los ojos—. Son muy, muy buenos. Me gustaría comprárselos.

Me aclaré la garganta, incapaz de decir nada durante un momento. ¿Cómo era posible que ese hombre, que no había hecho nada más que insultarme desde que le había conocido, dijera ahora algo agradable?

—¿Oiga? —James agitó una mano delante de mi cara, con el ceño fruncido—. ¿Necesita una lección de buenos modales? Le acabo de decir que quiero comprar sus diseños. Por lo general, a eso se responde con algo como «sí, gracias».

Su condescendencia, su forma de hablarme como si fuera una cría, me puso de los nervios, aunque me estuviera haciendo un cumplido.

—¿Por qué debería darle las gracias por hacer constar un hecho? Ya sé que tengo talento —le espeté.

—Y tampoco le falta seguridad en sí misma, está claro. —Sacudió la cabeza y se rio.

—Sí, lo que sea —dije—. No me interesa vender mis diseños. Quiero un trabajo en el que pueda crear e ir mejorando, no me interesa entregar a otro lo que hago.

Di otro paso hacia James y extendí la mano.

—Me parece que... *no*. —Apoyó mi cuaderno contra su pecho y cruzó los brazos sobre él.

—No puede hacer eso... ¡el cuaderno es mío! Informaré... —La preocupación me hizo tartamudear y el pánico me atenazó el pecho.

¿Tal vez ahora le pertenecía a él, puesto que, a veces, yo había utilizado algunos minutos libres para mejorar mis diseños en horas de trabajo?

—Señorita Reynolds, ¿le importaría calmarse y escucharme un momento? —Hizo una pausa hasta que me calmé un poco y le miré—. Estoy intentando dar una nueva orientación a Branson Designs y, al ver sus diseños, creo que usted podría ser quien lo haga posible.

A mí lo único que me importaba era recuperar mi preciado cuaderno *ya*, así que no presté atención a lo que decía. ¿Podría arrancárselo de las manos y salir corriendo? La acera se estaba llenando poco a poco de gente que salía del turno de noche, o que se dirigía a iniciar un largo día de trabajo, y la multitud me permitiría perderme de vista en una o dos manzanas. ¿Tal vez, al ser un hombre tan grande, no podría moverse con rapidez? Mis pensamientos saltaban de un problema a otro, considerando también cómo repetir mis bocetos si ese capullo decidía quedarse con mi cuaderno. No, eso sería imposible, una catástrofe. Empecé a sentirme mareada y perdí el enfoque porque, maldita sea, estaba tardando un siglo en soltar lo que fuera que tenía que decirme.

—Señorita Reynolds, querría ofrecerle un ascenso para que deje la tienda y pase al departamento de diseño.

Me quedé con la boca abierta. Eso sí que lo escuché muy bien.

—¿Quiere decir que ya no estoy despedida?

Él inclinó la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados.

—No recuerdo haber dicho nunca que le había despedido. Eso se le ha ocurrido a usted solita. De hecho, anoche parecía bastante empeñada en hacerse despedir.

—Pero... —Señalé la tarjeta de acceso, que estaba en el suelo a unos pasos de mí—. No funciona.

Él sacó su tarjeta del bolsillo de su chaqueta.

—La mía tampoco funciona. Los sistemas de la empresa fallan a veces, pero en una hora estará arreglado. Si me hubiera dado un minuto para explicárselo, podríamos haber evitado buena parte de esta confusión, y me habría ahorrado oírle decir lo mucho que me desprecia.

Mis mejillas empezaron a arder.

—Así que vamos a intentarlo de nuevo —continuó James, con mi cuaderno todavía apretado contra el pecho.

Parpadeé varias veces, intentando seguir su razonamiento porque, ahora mismo, nada de lo que decía tenía sentido. A ver, el jefe tenía razón en que yo le acababa de decir a la cara que le despreciaba. ¿Tal vez lo había dicho para hacerme sentir aún peor? ¿Me habría ofrecido un

ascenso solo para reírse de mí cuando le creyera?

—Señorita Reynolds —siguió diciendo, sin dejar de mirarme de aquel modo suyo tan intenso, sin pestañear, y yo me obligué a devolverle una inescrutable cara de póquer—. ¿Sería capaz de dejar de lado su desprecio durante un momento y considerar un nuevo puesto, trabajando conmigo?

Tamborileó con los dedos sobre mi amado cuaderno mientras esperaba a que le respondiera. En mi pecho se agitó algo muy parecido a la esperanza. ¿Sería posible que no estuviera jugando conmigo, y estuviera a punto de ofrecerme la oportunidad que tan desesperadamente necesitaba? Estaba a punto de reunir el valor necesario para aceptar, cuando él añadió algo más.

—Con una condición.

—¿Y cuál es? —pregunté despacio, sin molestarme en ocultar mi desconfianza.

Él sacó un llavero del bolsillo y se dirigió a la puerta principal.

—Ni se le ocurra volver a cantar en mi presencia, *nunca más*. ¿Lo ha entendido?

Abrió la puerta, la atravesó con rapidez y me dejó plantada en la acera, tratando de asimilar el hecho de que, aunque sabía que aceptaría el puesto, jamás iba a dejar de despreciar a ese hombre.

JAMES

—¿Qué cojones, tío? ¿Aún estabas en la cama?

Mi hermano se había apoyado en el marco de la puerta de su piso y me miraba con ojos entrecerrados, como si la luz del descansillo le molestara en los ojos. Se pasó una mano por la barba incipiente que adornaba sus mejillas.

—Puede.

—Por el amor de Dios, Christopher —suspiré, y le aparté de un empujón para entrar en la penumbra de su piso—. ¡Son casi las nueve!

En los últimos tiempos, parecía que habíamos intercambiado los papeles, de forma que ahora era yo quien se ocupaba de mi hermano mayor, y él quien necesitaba mis cuidados.

—Son las ocho y cuarto —corrigió él con voz somnolienta, arrastrando los pies detrás de mí—. Es muy temprano.

—Puede que para el resto del mundo sea temprano, pero para un Branson no lo es —repliqué—. ¿Qué ha sido de lo de salir a correr por Central Park a las seis de la mañana?

—Me estoy tomando un descanso. —Se dejó caer en el sofá y se encogió de hombros—. Y hablando de malas decisiones, ¿no habrá un muffin de arándanos para mí en esa bolsa de La Pâtisserie? —Christopher sonrió y se dio unas palmaditas en el estómago.

—Sí. Es el cumpleaños de Lorraine, ya sabes. Y te he traído un muffin solo para tener una excusa para venir a darte la lata.

Le tiré la bolsa, que él atrapó al vuelo sin esfuerzo.

—Misión cumplida, me estás dando la lata —mintió con una sonrisa de oreja a oreja y, tras sacar el muffin de la bolsa, le dio un mordisco enorme—. ¿La abuela suprema sigue obligándote a seguir la tradición? «Los Branson deben demostrar cuánto valoran a sus empleados» —dijo, imitando su voz—. No se va a enterar si no la sigues.

—Oh, se enteraría de una forma u otra, y ya sabes lo supersticiosa que es. Si se corriera la voz de que una asistente no recibe nada especial el día de su cumpleaños, rodarían cabezas. Y no, por supuesto que no tenía malditas las ganas de dedicar buena parte de la mañana a comprar una tarta para Lorraine, pero aún tengo menos ganas de incurrir en la ira de Bernadette Branson, abuela,

fundadora, matriarca y metomentodo incorregible.

Christopher se echó a reír y eso me animó un poco. El nivel de oscuridad en su piso solía ser un buen indicador de su estado de ánimo, pero tal vez se iba encontrando mejor poco a poco.

—¿Tienes zumo? —pregunté, dirigiéndome a la cocina.

Solo era una excusa para echar un vistazo al resto de la casa y determinar en qué punto estaba su depresión. Al menos, esta vez no había ceniceros llenos de colillas y botes de pastillas vacíos por todas partes. De hecho, la casa estaba sorprendentemente ordenada, casi como si estuviera esperando visita. Por desgracia, yo sabía que eso no era posible, pues Christopher apenas me permitía a mí ir a visitarle. No me gustaba que se aislara, y me desesperaba ver la forma en que se ocultaba del mundo. Yo quería estar a su lado y apoyarle todo lo posible, pero empezaba a pensar que se estaba acercando el momento de decirle unas cuantas verdades incómodas.

—¿Que si tengo zumo? —dijo desde el salón—. Elige el que quieras: naranja, guayaba, mango, fruta del demonio...

—¿Qué narices es la fruta del demonio? —pregunté, abriendo su nevera.

—¡Ja! No existe, solo quería asegurarme de que me estabas prestando atención.

Miré la bien provista nevera y dejé escapar un suspiro de alivio. Al menos tenía bastante comida.

—Siempre te escucho —dije volviendo al salón, donde me senté frente a él—. A estas alturas, ya deberías saberlo.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero hoy no tienes que andarte con cuidado. —Hizo una bola con la bolsa de la pastelería y me la tiró a la frente—. Me encuentro muy bien.

—Imbécil. —Le miré enfadado para ocultar lo mucho que me alegraba de verle así. Esperé a que mirara a otro lado y aproveché para tirarle la bolsa y darle de lleno en la nariz.

—¿Me estás desafiando, hermano? —preguntó Christopher en actitud de tipo duro, sacando pecho—. Porque estoy listo para darte una paliza. Adelante.

—Ni hablar, no quiero hacerte daño —contesté, riendo—. Yo no me he estado saltando los entrenamientos, como hacen *otros*.

En ese momento sonó el móvil de Christopher, que estaba sobre la mesa del salón, y él se levantó de un salto para cogerlo.

—Oh, mierda. —Contestó la llamada—. Hola, Anderson, ¿qué hay?

Anderson Williams era el abogado que llevaba el divorcio de Christopher, y no era buena señal que llamara tan temprano. Mi hermano comenzó a caminar por la habitación mientras escuchaba, y pude ver que su expresión de confusión daba paso a otra de entereza, que nos resultaba muy familiar a todos. Aunque mi intención era apoyarle en todo lo posible, no tenía intención de quedarme a escuchar su conversación. Él me miró y se pasó la mano despacio por la garganta para hacerme saber que era hora de irme. Antes de hacerlo, me acerqué a él.

—¿Estás seguro? —pregunté en voz baja.

Él asintió con el ceño fruncido, y se giró para darme la espalda.

—Un momento, que ella ha dicho *¿qué?* —preguntó al teléfono.

Salí del piso y estuve pensando en él durante todo el camino a la oficina. El tráfico en Nueva York siempre era infernal y, aunque tenía varios coches deportivos entre los que elegir, hoy me alegraba de poder contar con Héctor, mi chófer, pues tenía mucho en lo que pensar tras la visita a mi hermano. Su exmujer se lo estaba haciendo pasar muy mal y, a juzgar por lo que había escuchado esa mañana, no parecía que su disputa se estuviera acercando al final. Justo cuando Héctor se detuvo delante de la oficina, mi teléfono vibró al recibir un mensaje de texto.

—*¿Misión cumplida?*

Maldita sea. Aunque se había jubilado oficialmente, se diría que mi abuela tenía espías por todas partes. Sabía que tenía acceso al calendario de la empresa, y estaba seguro de que también contaba con un buen número de esbirros que la mantenían al tanto de todos los cotilleos en los que yo evitaba meterme, pero ¿acaso tenía acceso también a las cámaras de vigilancia? Le envié una foto de la caja con la tarta.

—*Fíate de mí, anda* —respondí.

Mi teléfono sonó al instante, pues ella odiaba comunicarse por mensajes.

—Claro que me fío de ti, solo quería saber cómo ibas, cariño. Esta mañana has ido a ver a Christopher, ¿no?

No me sorprendió que estuviera al corriente de cada uno de mis movimientos, si estaban relacionados con nuestra familia y la empresa.

—Sí. Al principio parecía estar bien, pero Anderson le ha llamado mientras yo estaba allí, y la conversación no presagiaba nada bueno. Creo que se encontrará fatal después. Igual me lo llevo a cenar esta noche, o algo así.

—James —suspiró ella—. Sí, tienes que ayudar a tu hermano en lo que puedas, pero no olvides cuidar de ti mismo también. Sueles implicarte demasiado en sus problemas.

Era muy propio de mi abuela volver a centrar la conversación en mí. Aunque yo no había tenido que superar una adicción y un divorcio, mi pasado no había estado exento de problemas, si bien hacía lo posible por evitar recordarlos.

—Oye, Bern, acabo de llegar a la oficina y tengo que ponerme en marcha, que hoy tengo mucho lío. Hablamos pronto, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, querido, cuando tú quieras. Deséale a Lorraine feliz cumpleaños de mi parte.

En cuanto llegué al piso en el que estaba mi despacho, caí en la cuenta de que tenía que dejar la tarta en la nevera de la cocina, cinco pisos más arriba. Esta estúpida tradición me estaba retrasando aún más. Volví al ascensor a grandes zancadas, irritado conmigo mismo por no haberme organizado mejor, y aporreé el botón de llamada. Me sentía como un idiota por tener que cumplir una tarea de la que podría haberse encargado cualquier asistente, pero no tenía la menor intención de enfrentarme a mi abuela y sus dichosas tradiciones. Tenía problemas mucho más serios de los que ocuparme.

¿Dónde cojones estaba el ascensor? Apreté el botón tres veces más y, para cuando por fin se detuvo en mi piso, me pareció que las puertas se abrían tan despacio que estuve a punto de forzarlas con mis propias manos. Tendría que hablar con los de mantenimiento, a ver si podían hacer algo con la velocidad del ascensor. Estaba tan irritado que ni siquiera miré si había alguien en el interior antes de entrar.

—¡Señor Branson!

El chillido me hizo dar un salto, y solo entonces me fijé en que la puerta del ascensor se había cerrado detrás de mí y estaba a solas con Natalie Reynolds.

Que no llevaba camisa.



Natalie

—¡No me mire! —supliqué—. El café, quiero decir, mi blusa. He tropezado y...

Él mantuvo la vista en el suelo, pero levantó una mano para hacerme callar.

—¿Es así es como va a empezar su primer día? ¿Desnudándose en el ascensor?

Me quedé paralizada, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No me... No me estoy *desnudando*.

—También está tirando basura —continuó él, señalando el vaso de cartón vacío que daba vueltas por el suelo del ascensor—. Tal vez debería haber esperado a llevar aquí algo más de tiempo, antes de comportarse en la oficina como si estuviera en su casa.

Tras decir eso, me miró a los ojos, claramente esperando que empezara a disculparme.

—He *tropezado*, y me he derramado el café sobre la ropa —dije, hablando muy despacio y pronunciando las palabras con claridad, como si no habláramos el mismo idioma—. Eso no es basura, es el vaso vacío, y esta es mi blusa empapada. —La levanté para enseñársela, pero el gesto dejó a la vista uno de mis pechos, cubierto solo por el sujetador.

Hube de reconocer que solo me miró el pecho durante medio segundo, si bien su expresión no se suavizó ni un ápice, a pesar de que estaba a punto de salirme del sujetador. Miré hacia abajo y me fijé en que el borde de un pezón asomaba por encima del encaje manchado de café, así que volví a cubrirme con los brazos.

—¿Y qué pensaba hacer después de quitarse la blusa? —preguntó él, con los ojos clavados de nuevo en el suelo—. En Branson Designs no limitamos la expresión individual, pero tenemos normas sobre la vestimenta adecuada para la oficina, ¿sabe? No creo que... —volvió a dirigir una breve mirada a mi pecho—, un sujetador de media copa, de malla y encaje con costura vertical, pueda considerarse adecuado para venir a trabajar, sobre todo si está manchado de café.

Me ardían las mejillas. Habría sido sencillo tomar a James Branson por un hombre que solo se preocuparía por los beneficios de la empresa, o alguien que solo trabajaba allí por ser miembro de la familia, pero la forma en que había descrito mi sujetador tras verlo durante solo un instante demostraba que conocía bien su oficio.

—Sí, pensaba dedicarme a pasear en sujetador todo el día —dije, mirándole con desdén—. Ahora en serio, llevo una camiseta de repuesto en el bolso. Y no se preocupe, estaré presentable.

—Yo no he dicho que no estuviera presentable —replicó enseguida, mirándome de un modo que me hizo sentir un escalofrío.

Apreté los brazos sobre el pecho aún más, consciente de que el gesto lo empujaría hacia arriba. La tensión pareció aumentar en el ascensor, y no se debía solo a la velocidad de subida.

—Lo que he dicho es que no es *adecuado* presentarse a trabajar a medio vestir —continuó él, sin dejar de mirarme de ese modo tan desconcertante—. Tenemos aseos, ¿sabe?

Seguramente daba por hecho que me acobardaría, pero yo enderecé la espalda y conseguí no pestañear.

—Claro, ¿y cómo se supone que iba a encontrar el aseo? No había nadie esperándome para decirme a dónde debía ir. Aquí reciben a la gente de un modo ejemplar.

—A los nuevos empleados los suele recibir alguien de recursos humanos —contestó con una mueca y en un tono que se acercaba a una disculpa—, pero usted ya era una empleada del departamento de ventas, así que se debe haber producido algún malentendido.

—Bueno, en ese caso, tal vez puedan añadir algo más de información a la que ya consta en mi archivo. —Le miré desafiante—. «Se adapta bien, es emprendedora, ante las situaciones nuevas...»

—¿Se quita la camisa? —dijo él con una sonrisa burlona.

—«Es capaz de resolver los problemas que se le presentan» —continué y, tras ponerme con rapidez la camiseta que llevaba en el bolso, señalé la camisa manchada de café con un gesto teatral y concluí—. Problema resuelto.

—Me aseguraré de que se incluya esa información en su ficha cuando termine de firmar unos papeles —dijo él—. Ah, y no olvide la pornografía.

—¿Disculpe? —Sonó como un chillido indignado.

El ascensor se detuvo por fin, y aquel capullo se volvió a mirarme con una media sonrisa.

—¿Acaso ese rubor en tus mejillas significa que me permites continuar mi recorrido? —dijo en voz baja.

—¿Qué...? ¿Qué es lo que quiere decir...? —Me detuve cuando caí en que estaba repitiendo una frase de mi audiolibro—. Oh, venga ya. ¡Eso fue un accidente!

Él encogió un hombro, sin moverse de la puerta del ascensor, que mantenía abierta con un pie.

—¿Le importa apartarse y permitirme llegar a mi puesto de trabajo?

—*Sí... te lo permito* —contestó él, y retiró el pie de forma que la puerta del ascensor se cerró antes de que yo pudiera decir nada más.



—Ha sido el peor primer día de la historia —me lamenté al dejarme caer al suelo, de forma que mi nariz quedó a un centímetro de una mancha muy rara en la esquina de la alfombra. ¿De dónde habría salido?—. Y ahora vas tú y me obligas a hacer flexiones.

—Técnicamente, no ha sido tu primer día —me recordó Stephanie—. Y sudar ayuda a superar los enfados. Venga, hacemos cinco más.

Con un gruñido de protesta, me volví a colocar en posición. A pesar de lo poco que me gustaba entrenar con Steph en nuestro diminuto salón, ella tenía razón: siempre me sentía mucho mejor al terminar.

—¿Es por ese tal James? —preguntó, situándose en cuclillas junto a mí para asegurarse de que bajaba lo suficiente al flexionar—. ¿El que te dio el trabajo?

Mis brazos estaban a punto de estallar, pero yo no era de las que se rinden.

—No, James, el capullo macizo, es el jefe de mi jefe. —Hice una flexión con brazos temblorosos—. Mi jefe directo se llama Clint y, maldita sea mi suerte, es lo peor. —Volví a subir y miré a Steph—. Me ha insultado de todas las formas posibles y ha dicho que mis diseños son de aficionada, a pesar de que gracias a ellos he conseguido este puesto.

Me irritaba tanto hablar de Clint que conseguí terminar las últimas flexiones sin problemas.

—Bien hecho —dijo Steph con una palmadita en mi hombro—. Ese tío debe de ser odioso.

—Y que lo digas. —Me giré para tumbarme boca arriba—. Le he preguntado cómo funciona el proceso de aprobación y, te lo juro, Steph, ¡se ha reído de mí y ha dicho que era una pregunta estúpida! ¡Y lo ha dicho delante de todo el equipo, en mi primer día!

—Uf. —Stephanie se tumbó junto a mí—. Qué horror.

—¡Exacto! Te prometo que me ha recordado a Dylan.

—Dylan —repitió ella en tono disgustado—. El peor novio del mundo. Creo que esa relación te ha causado estrés postraumático. ¿Estás pensando en dejarlo?

—Lo he pensado cuando Clint me ha llamado aficionada, pero he recordado el salario de este puesto y me he tragado el orgullo, porque dentro de poco tendré que pagar la matrícula del próximo semestre.

—¿Y no puedes quejarte a alguien que esté más arriba? ¿No puedes hablar con su jefe, o algo?

—¿Te refieres a *James*? —dije, con una risa ahogada—. Él también me odia.

—Oh, venga ya —dijo Stephanie—. Si te odiara, no te habría dado el trabajo.

Yo le puse al tanto de lo que había ocurrido en el ascensor, y a ella le dio un ataque de risa.

—¡Por eso has vuelto a casa con una camiseta distinta de la que llevabas esta mañana! Entonces, ¿te ha visto las tetas?

—¡Steph! No, estaba en sujetador —expliqué, consciente de que eso tampoco mejoraba mucho las cosas.

—Estoy segura de que le has alegrado el día —dijo ella con otra risa—. A solas en el ascensor, con una empleada muy guapa y medio desnuda... Seguro que se debe estar haciendo una paja pensando en ti.

—¿Quieres dejar de inventarte historias sobre mi jefe de una vez? —le grité medio en broma, aunque en el fondo, a una parte de mí le halagaba la idea de que James pensara en mí—. Es otro capullo, todos ellos lo son. Pero no voy a permitir que puedan conmigo, se van a enterar de lo que soy capaz.

—Sí, sé que lo harás. —Con un movimiento fluido, Stephanie se colocó en posición de flexiones y empezó a hacerlas como si fuera capaz de llegar a cien—. Siempre lo haces.

Tenía razón, pero me daba la sensación de que el gran jefe iba a obligarme a trabajar mucho para conseguirlo.

NATALIE

Me tocaba a mí elegir la música de fondo, así que, por supuesto, sonaba Beyoncé a todo volumen, pero ni siquiera la animada música de baile era capaz de mejorar el ambiente del departamento de diseño.

Miré a mis nuevos colegas con la esperanza de conectar con alguien, con *quien fuera*, pero todas las cabezas estaban inclinadas sobre las mesas de dibujo, centradas en su trabajo. Esta zona me había parecido muy agradable cuando la vi por primera vez, con su techo altísimo, unas ventanas enormes y la música que sonaba desde altavoces ocultos, pero en seguida observé que no hablaba nadie. Pensé que eso se debería a mi presencia allí, como empleada nueva, y esperé que, una vez superada la incomodidad inicial, mis compañeros se mostraran más relajados y abiertos. Sin embargo, el departamento de diseño seguía pareciendo un campo de minas y el ambiente siempre hacía pensar que, en cualquier momento, alguna cosa imprevista podría provocar una explosión.

O, para ser exactos, era Clint quien podía explotar.

—*Nataliiiie* —canturreó su voz desde su despacho.

Apreté los dientes y alcé la vista hacia al lugar desde el que Clint supervisaba a todo el equipo. Todos teníamos teléfonos, y le habría resultado más sencillo llamarme, pero a él parecía gustarle más montar el numerito de llamarme a voces, para que todo el mundo se enterase. Me fijé en que, aunque algunas cabezas se levantaron, nadie me miró directamente. Sabían lo que me esperaba.

—¿Sí?

—Necesito que me traigas un café de la cocina —ordenó—. Estoy liado con algo muy importante y no puedo permitirme interrupciones.

Me mordí la lengua para evitar señalar que ya se había interrumpido para mandarme a por el café. Era la tercera vez en una semana que me había tratado como a su recadera personal, e iba a tener que poner fin a esa actitud si esperaba que me trataran con respeto. Me habían contratado como diseñadora, no como asistente, pero parecía que Clint no se había enterado. Inspiré hondo e hice lo posible por que no se me notara el enfado en la voz.

—Clint, yo también estoy ocupada. Lo siento, pero ahora no me va bien hacer una pausa.

Toda la sala pareció quedarse paralizada. Al parecer, no era habitual decirle que no a Clint.

—¿Y qué es eso tan importante que te impide atender una petición directa de tu jefe?

Me enderecé, eché los hombros hacia atrás y le miré como si hubiera perdido la cabeza.

—Si recuerdas el mensaje que has enviado esta mañana, me has sacado del proyecto de adquisición de telas y me has asignado al análisis competitivo de abrigos, que hay que entregar hoy. El plazo es muy corto y aún me queda mucho por hacer.

Estaba siendo generosa al referirme al plazo como «corto», pero tampoco podía acusar a Clint de ponerme trampas.

—Oh, tienes razón. —Parecía encantado al recordar la cantidad absurda de trabajo que me había asignado—. Es cierto, tienes bastantes cosas que hacer.

No esperaba que fuera a admitirlo, y estaba a punto de hacerle otro comentario pasivo agresivo cuando escuché una voz detrás de mí.

—Ya voy yo. Yo te traigo el café, Clint.

Al mirar por encima de mi hombro vi a Rhea, una de mis compañeras, recoger su bolso, y estuve a punto de correr hasta ella para darle un abrazo. Me había caído bien desde el momento en que la conocí. Con su pelo corto canoso y los enormes pendientes de colores que llevaba siempre, parecía la tía estrambótica de alguien. Era una de las empleadas de más edad, y llevaba tanto tiempo en la empresa que no le afectaban los cambios de personal. Además, era capaz de aguantar las rabietas de Clint como una profesora de preescolar aburrida. Rhea era básicamente intocable, y me alegraba pensar que podría estar de mi parte.

—Rhea —le reprendió Clint—. No creo que esa sea una buena idea. ¿No tienes algo que entregar hoy a última hora tú también?

Ella asintió, dirigiéndose ya hacia la salida.

—Sí, el plan de fabricación para el tercer trimestre. Lo podría hacer dormida. No te preocupes, lo tendrás antes de las cuatro.

Levantó dos dedos hacia él en el símbolo de la paz y se marchó antes de que pudiera replicar. Yo contuve una risa, volví a sentarme y me centré de nuevo en el ordenador. Necesitaba ponerme las pilas si esperaba acabar a tiempo y, a decir verdad, no creía que fuera a conseguirlo. ¡Pero estaba dispuesta a morir en el intento!

—Eh —dijo una voz baja detrás de mí—. ¿Cómo lo llevas?

Al darme la vuelta, vi a Lavonte, que fingía examinar unas muestras de tela cerca de mí. No había hablado mucho con él, pero, a juzgar por su forma de vestir, parecía un tipo simpático. Siempre se las apañaba para incluir en su atuendo todos los colores del arcoíris, desde los vistosos pañuelos que se ponía en la cabeza, hasta los cordones de sus deportivas.

—Lo acabaré a tiempo —suspiré, y levanté la mirada un instante para asegurarme de que Clint no nos estaba mirando—. Voy más o menos por la mitad.

—¿La mitad? —exclamó él, deslizando un dedo por una muestra de gasa—. ¡Chica, eso es impresionante!

—Nunca entrego tarde un proyecto, sobre todo si es para alguien como Clint —dije, encogiéndome de hombros—. Aunque esta vez estoy un poco preocupada, porque ya son las tres.

—Bueno, déjame que te eche una mano —murmuró él, tras lanzar una mirada al despacho de Clint—. Entra en el archivo compartido que se llama «Inspiración», y luego busca el enlace a otro archivo que se llama «Looks». Está escondido a propósito.

Solté una risilla mientras buscaba los archivos, que se transformó en un respingo cuando abrí el que me había indicado.

—¡Lavonte! ¿Ya está *terminado*?

—No del todo —contestó él con una sacudida de la cabeza—. Clint me asignó el mismo análisis competitivo hace unos meses, y luego me quitó del proyecto cuando casi lo tenía terminado. Hasta ahora, no sabía que te lo había pasado a ti. —Me dedicó una breve sonrisa—. Tenemos que cuidarnos unos a otros, ¿no? Aquí las cosas no son fáciles. Considéralo mi regalo de bienvenida.

—¡Es increíble, muchas gracias! —Extendí la mano para coger la suya y le di un apretón.

—No es nada, pero puedes apostar a que te voy a llamar cuando sea yo quien esté en un lío, ¿entendido? Me debes una.

—Por supuesto —confirmé con una sonrisa.

Aunque el ambiente en el departamento recordaba mucho al patio de una prisión, me dio la sensación de que estaba consiguiendo algunos aliados. Rhea era una veterana con una actitud de hierro, y Lavonte sabía guardar un secreto. Tal vez las cosas me irían bien, después de todo. Si me centraba en lo positivo, en que podía contar con mis compañeros y el trabajo me encantaba, tal vez podría ignorar que tenía el peor jefe del mundo. Me costó una hora combinar el trabajo de Lavonte con el mío y, cuando terminé, envié un correo electrónico triunfante a Clint con el documento.

—Natalie —resonó la voz de Clint tan solo unos segundos más tarde—. Ven aquí, por favor.

Todos los ojos se volvieron hacia mí mientras atravesaba la sala. Jacinda, la experta en tallaje, arrugó la nariz cuando pasé junto a ella, en un gesto que expresaba compasión y solidaridad al mismo tiempo. Subí las escaleras de metal hasta el despacho de Clint, consciente de que todo el mundo me estaba mirando, aunque fuera de reojo.

—¿Sí, Clint? —dije con precaución—. Te acabo de enviar el análisis hace un momento. ¿Lo has recibido?

En su despacho había cajas de muestras olvidadas por todas partes, y la pared estaba cubierta de fotos de inspiración. Clint insistía en que nuestras mesas debían estar siempre ordenadas, pero estaba claro que él no seguía su propia regla. A decir verdad, en esta semana me había dado la impresión de que la actitud exagerada de genio creativo descuidado de la que presumía no era más que una forma de ocultar el hecho de que tenía más o menos la misma creatividad que un pedrusco, si es que un pedrusco podía ser un jefe controlador, chillón, insoportable e ineficaz.

Encontré a Clint sentado con los pies, calzados con zapatos blancos de puntera marrón, apoyados sobre su mesa encima de una carpeta que, seguramente, contendría un trabajo que le habría

costado a alguien mucho esfuerzo. Siempre vestía de forma impecable, con trajes que parecían hechos a medida. Sin embargo, a diferencia de nuestro intrépido líder James, cuyos trajes le otorgaban un aspecto imponente, Clint vestía como el protagonista de una película musical de los años cuarenta. Sus trajes, de lana o cuadros, sus chalecos y sus pajaritas, creaban la falsa impresión de que era un hombre accesible. Al principio, había pensado que aquel personaje calvo tan peculiar podría llegar a ser mi mentor, pero solo había necesitado unas horas para comprender que eso sería imposible.

—Ah, ¿sí? —Eché un vistazo a su portátil—. Bueno, no te he llamado para eso. Hay un cambio de planes: necesito que me presentes un esquema de colores para otoño el viernes.

Se me abrió la boca antes de recordar que debía mantener una expresión neutral.

—Ese... ese trabajo lleva *semanas*. Tendré que acceder a los archivos, obtener los análisis de tendencias, y hablar con Connie y Adam para saber cuál es la dirección creativa que van a seguir, y además...

—Sí, sí, todo eso. —Clint sonrió e inclinó la cabeza hacia mí—. Creo que será mejor que empieces cuanto antes.

—No... Lo que quiero decir es que es imposible tenerlo el viernes.

—¿Es eso cierto? —musitó—. Bueno, considerando los diseños tan lamentables que has presentado hasta ahora, y que seguro que el análisis que me acabas de enviar estará incompleto, me sorprende mucho que digas que no a cualquier trabajo que te asigne. ¿No te han dicho que te han contratado para cubrir un hueco? ¿Que, básicamente, estás en periodo de prueba?

Me armé de valor, porque sabía que estaba equivocado.

—No, Clint, eso no es lo que pone en mi contrato. Tengo un contrato indefinido, sin condiciones y sin periodo de prueba. Soy empleada de Branson de pleno derecho.

—Tal vez sea eso lo que pone en los documentos —dijo, mirándome con desconfianza—. Pero yo dirijo este departamento desde hace muchos años, así que te diré como son aquí las cosas en realidad. Toda esta empresa depende de lo que crea mi departamento. Aquí lo único que cuenta es lo que yo digo, y si yo digo que una empleada nueva no rinde, entonces... —Sin terminar la frase, agitó los dedos en un gesto de despedida muy cursi.

No. Eso no podía ser cierto. Sabía que estaba haciendo un buen trabajo, ¿por qué la había tomado conmigo? No podía *permitirme* perder este trabajo. No era solo por mis estudios: si me despedían, ni siquiera podría pagar el alquiler. No había podido ahorrar nada de dinero y, al aceptar este puesto, había dejado los otros dos trabajos a tiempo parcial que tenía antes. Si Clint me despedía, estaba muerta.

—Pero... he cumplido todos los plazos desde que llegué —empecé furiosa, pero me contuve al recordar que mi futuro estaba en las manos de ese tirano—. No entiendo por qué no estás contento con mi rendimiento.

—Bueno, no es la primera vez que una persona contratada por James Branson no da la talla —dijo, apoyándose en el respaldo de su silla—. Soy yo quien elige a cada uno de los miembros de este equipo, así que verme obligado a aceptarte a ti ha sido... bueno, podemos decir que ha

hecho falta adaptarse.

—James sabe lo que es mejor para su empresa, por eso...

Clint abrió mucho los ojos, en una expresión teatral de sorpresa.

—No me puedo creer que seas tan arrogante, considerando el poco tiempo que llevas con nosotros —me espetó—. De hecho, cuanto más hablamos, más claro me queda que no encajas en Branson Designs, Natalie. Al menos, no en el departamento de *diseño*. Tal vez las ventas eran el trabajo adecuado para ti, después de todo. No te vendría mal volver a la tienda para... bajarte los humos.

Entonces comprendí lo que estaba ocurriendo y la sangre se me heló en las venas. No estaba dispuesta a permitirlo. Inspiré hondo e intenté ordenar mis ideas porque, por muy furiosa que estuviera, no iba a consentir que me obligara a decir alguna estupidez o hacer algo que justificara mi despido. Necesitaba este trabajo.

—Tendrás el esquema de colores mañana a última hora —consegui decir—. Tienes mi palabra.

—Mañana al mediodía —contestó él con una sonrisa cruel.

En ese momento supe que me estaba poniendo las cosas difíciles a propósito. Estaba claro que yo no le caía bien y, lo que era peor, no soportaba la idea de que James me hubiera contratado sin consultarle, así que me lo estaba haciendo pasar mal como represalia contra James.

Volví a mi mesa enfurecida, tratando de pensar en cómo completar a tiempo aquella tarea imposible y, al mismo tiempo, deseando poder quejarme del comportamiento de Clint a alguien que pudiera hacer algo. James me había puesto en contacto con una mujer del departamento de recursos humanos para que me diera de alta en el plan de pensiones, el seguro de empleados y esas cosas, pero ella se había comportado como si fuera la presidenta del club de fans de Clint Miller. Si acudía a ella, era muy posible que todo lo que le contara fuera directo a los oídos de Clint, y eso me complicaría aún más las cosas en el departamento. Estaba perdida, pero me negaba a dejar que aquel capullo pudiera conmigo.

Me dejé caer en la silla y abrí los archivos de referencia. Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando comprobé que, efectivamente, sería imposible terminar a tiempo, pero conseguí tragármelas.

—Natalie... —La cantinela de Clint volvió a resonar a través de la sala.

Alcé la vista hacia el despacho de mi torturador, sintiendo aumentar la tensión entre mis hombros.

—¿Sí?

—Se me ha olvidado decirte que los documentos de diseño que enviaste ayer no estaban en el formato correcto. —Lo dijo en un tono lo bastante alto como para asegurarse de que todo el mundo le escuchaba—. Tendrás que repetirlos.

Había estado trabajando en esos archivos hasta la medianoche anterior a la fecha de entrega, e incluso había pedido a Steph que los revisara también, para asegurarme de que todo estaba perfecto. El programa que yo utilizaba para los archivos de diseño no era muy bueno y se

colgaba a la mínima, así que había tenido que volver a empezar desde el principio unas cuantas veces. El proceso había sido una pesadilla, pero lo había terminado a tiempo y estaba orgullosa de haberlo conseguido sin recibir ningún tipo de apoyo de Clint. El que ahora me dijera que estaba mal hecho fue la gota que terminó con la calma que tanto me había costado mantener. Me puse en pie, golpeé mi mesa con las manos, y todos los ojos de la sala se volvieron hacia mí.

—No me dijiste en qué formato tenía que entregarlos, Clint —le grité—. Solo llevo aquí una semana y no he recibido *ninguna* formación. ¡Me estás haciendo fracasar una y otra vez!

Él se limitó a encogerse de hombros, como si mi estallido no le hubiera afectado en lo más mínimo.

—Aquí contratamos emprendedores. Normalmente, nuestros empleados se las apañan solos, pero, claro, no he sido yo quien te ha contratado.

Desapareció de la vista mientras yo hacía esfuerzos para no hiperventilar. Lavonte me dirigió una sonrisa de simpatía desde el otro extremo de la sala. Rhea, que había entrado con dos tazas de café justo a tiempo de oír las últimas palabras de Clint, se acercó a mi mesa.

—Eh, ¿estás bien? —me susurró.

Intenté tranquilizarme, pero era demasiado tarde. Estaba harta de todo esto, *más* que harta. Todo ese trabajo que nadie apreciaba, la falta de formación, el jefe haciéndome quedar como una idiota delante de mis colegas y tratándome como a una becaria...

—¿Que si estoy bien? *No* —dije—. Me acabo de dar cuenta de que no puedo seguir aquí.

Rhea empezó a decir algo, pero yo ya me había levantado de la silla. Nada de lo que ella pudiera decir me haría cambiar de opinión, ni podría impedir que fuera a contarle a alguien todo lo que pensaba. Me dirigí al ascensor hecha una furia, dispuesta a presentar una protesta formal.

JAMES

—¡Dimito!

Cuando levanté la vista de mi ordenador, encontré a Natalie Reynolds, guapísima pero muy enfadada, en medio de mi despacho, con los brazos cruzados y las mejillas encendidas. ¿Por qué, cada vez que nos encontrábamos, ella parecía ir a mil por hora?

—¿Disculpe?

—Ya me ha oído. Dimito. No puedo trabajar ni un solo día más para *Clint*. —Pronunció su nombre como si la palabra tuviera mal sabor.

Empezó a caminar por mi despacho, dejando que el sonido de sus tacones marcara su descontento a cada paso, y yo intenté no fijarme en la forma en que se movían los músculos de sus pantorrillas mientras daba vueltas delante de mí.

—¿Le ha desactivado la tarjeta de acceso, o algo así? —pregunté, apoyando las muñecas en la mesa con las puntas de los dedos unidas—. Soy consciente de que eso le sienta muy mal.

Natalie se detuvo en seco y me miró tremendamente furiosa.

—¿Le parece que esto es una *broma*? He venido a hablar de un problema muy serio, ¿y se está riendo de mí?

—En absoluto —dije sin perder la calma, con la esperanza de que se tranquilizara un poco—. Pero sé que tiende a sacar conclusiones precipitadas, y solo intentaba entender a qué viene todo esto. Continúe, por favor, pero sea tan amable de intentar no gritar.

A juzgar por su aspecto, le estaba costando mucho contenerse para no empezar a chillar.

—Tengo la sensación de que está a punto de pedirme que me calme, y como se le ocurra hacerlo, le aseguro que lo va a lamentar, jefe —dijo, a punto de estallar.

—Por favor, nunca se me ocurriría decirle a una mujer histérica que se calme —expliqué con rapidez.

—¿Histérica? —Su voz sonó ahogada, y comprendí que había cometido un grave error—. ¿Es eso lo que piensa de mí?

Natalie se acercó a mi escritorio con paso firme. Al tenerla cerca, pude ver hasta qué punto

estaba furiosa, pero también que estaba haciendo esfuerzos por no llorar. Se me cayó el estómago a los pies al comprender que, esa vez, lo que hubiera ocurrido no era una simple molestia, y tampoco estaba exagerando. Parecía angustiada de verdad, como si algo le hubiera afectado en serio, así que supuse que el problema debía ser mucho más grave que los desencuentros que habíamos tenido antes. Con una mueca, intenté recular lo más rápido posible.

—Le pido disculpas, no era eso lo que quería decir. Estoy seguro de que tiene motivos para estar preocupada, y me gustaría comprenderlos. Antes de aceptar su dimisión tras una sola semana de trabajo, ¿le importaría explicarme qué pasa? Recursos humanos necesitará esa información y, por supuesto, yo también quiero saberlo.

Ella dejó escapar una larga exhalación, pestañeó unas cuantas veces para impedir que se le escaparan las lágrimas, y la tensión en mi oficina pareció reducirse unos cuantos grados.

—Oh, no se preocupe, he preparado una lista —dijo ella, dando unos toques en la pantalla de su teléfono—. Para empezar, Clint me ha estado avergonzando delante de todo el mundo desde el primer día, porque no sé cómo se hacen aquí las cosas. —Me miró directamente a los ojos—. Aún estoy tratando de entender cómo funciona todo, pero eso lleva un poco de tiempo, ¿sabe? Sobre todo, teniendo en cuenta que no he recibido ninguna formación.

—Por supuesto —dije, sintiéndome bastante inquieto por lo que me estaba contando—. ¿Qué más?

—En segundo lugar, Clint organiza mi trabajo de forma irracional. ¡Espera que prepare un esquema de color para el otoño en veinticuatro horas! ¡Ese trabajo lleva semanas!

—Eso sí es preocupante —dije, aún más preocupado.

— Y, por último... —continuó tras inspirar hondo—. Ha dicho que mis diseños son de aficionada.

Al admitir eso, su expresión volvió a parecer dolida, y en ese momento tuve ganas de estrangular a Clint.

—Interesante. Al decir eso, también me está insultando a mí.

—¿Verdad? —preguntó ella, incrédula.

Volví la vista a mi ordenador.

—Tendré que hacer algunas llamadas y organizar unas cuantas reuniones para llegar al fondo de esto. Me va a llevar un poco de tiempo.

—También podría bajar al departamento de diseño y comprobarlo por sí mismo.

Nunca había sido partidario de ese modelo de gestión en el que los directivos demuestran su interés a base de supervisar en persona los distintos departamentos de la empresa. En mi opinión, ese sistema solo consigue que los empleados no trabajen bien si no tienen a alguien observándoles por encima del hombro. Sin embargo, tal vez había llegado el momento de dejarme ver por el departamento de diseño y, si era necesario, partir unas cuantas caras.

Observé a Natalie, y pensé que habría tenido que reunir bastante valor para venir a verme. No me

hacía mucha gracia que se hubiera saltado la cadena normal de mando para presentar su queja, pero estaba claro que había llegado al límite, así que me levanté de la silla.

—De acuerdo, vamos.

A medida que Natalie y yo avanzábamos hacia el ascensor, el sonido de ambiente de la oficina se aquietó a nuestro paso. Yo no solía dejarme ver mucho fuera de mi despacho, y jamás trataba directamente con los empleados recién contratados. Al hacer ambas cosas a la vez, seguro que estaba dando pie a que el mecanismo de cotilleos de la oficina se pusiera a funcionar a toda velocidad. Genial. Justo lo que menos falta me hacía: que la gente se preguntara qué tramaban la novata guapa y el gran jefe. No pude evitar fruncir el ceño aún más al apretar el botón del ascensor. Al hacerlo, pareció que los dos recordamos al mismo tiempo lo ocurrido la última vez que estuvimos juntos en un ascensor.

—Espero que esta vez tenga intención de permanecer vestida —dije, mirando hacia delante, donde la pared de espejo del ascensor reflejaba mi imagen. Ella balbuceó un instante antes de contestar.

—Y yo espero que esta vez no me mire de ese modo.

—¿Disculpe? —Me volví hacia ella.

—Me miró como si fuera el último trozo de beicon en un buffet libre. —Sus ojos estaban furiosos, bajo un ceño fruncido que me habría parecido encantador, si no resultara tan exasperante.

—¿Y cómo iba a evitarlo? Usted no dejaba de agitar los brazos, como si *quisiera* mostrarme lo perfecta que es.

Ella empezó a responder, pero se detuvo en seco, de una forma que me hizo comprender cómo debía haber sonado lo que acababa de decir. El rubor cubrió sus mejillas.

—Bueno, vamos a centrarnos en lo que está pasando con Clint, ¿de acuerdo? —propuse.

Bajé la vista a los puños de mi camisa y me ajusté los gemelos, para evitar mirarle de nuevo a los ojos. Maldita sea, ¿cómo podía esta mujer hacerme perder la cabeza con tanta facilidad? Me había acostado con supermodelos y estrellas de cine sin ofuscar me lo más mínimo, pero ella... Algo en ella me alteraba la sangre, y eso no me gustaba en absoluto.

Las puertas del ascensor se abrieron por fin, dando paso al caos que reinaba en el departamento de diseño. Si hubiera sido por mí, habría reorganizado toda la planta y la habría reducido al mínimo estrictamente necesario, pero Bernie me había hecho jurar que permitiría al equipo continuar trabajando como hasta ahora.

Me adelanté a Natalie y avancé entre las pilas de ropa amontonadas en el suelo del pasillo, apretando los dientes ante el desorden. Aquellos diseños desechados debían representar miles y miles de dólares en ideas, tanto buenas como malas, pero no parecía que a nadie le importara lo más mínimo.

—No viene mucho por esta planta, ¿no? —preguntó Natalie.

—No, ¿cómo lo sabe?

—Música —dijo ella, señalando los altavoces cerca del techo—. A todo volumen. ¡Y no se ha quejado!

Eso me hizo comprender que el dolor de cabeza que sentía no se debía solo a lo que estuviera a punto de ocurrir con Clint.

—Esta es... —empecé.

—Sí, es Beyoncé. —Sacudió el puño al ritmo de la música y, durante un momento, recordé aquella noche en la tienda, cuando casi me había estampado la fregona en la cara. Natalie me había dado problemas desde el momento en que la conocí, así que ¿por qué me estaba preparando para luchar por ella?

Al entrar en la zona principal del área de diseño, me pareció adentrarme en un mundo diferente. La planta ejecutiva en la que estaba mi despacho irradiaba un ambiente de tranquilidad y concentración, a diferencia de la energía bulliciosa de esta zona. Las grandes ventanas estaban adornadas con guirnaldas y otras decoraciones llamativas procedentes de antiguos desfiles, y algunas de ellas, además, estaban casi ocultas por bocetos de los diseños para las próximas colecciones. También allí, el suelo estaba salpicado de montones de ropa al azar, y las mesas exhibían todo tipo de adornos creativos elegidos por sus ocupantes. Aquella sala parecía el equivalente de una caja de lápices de colores que hubiera explotado.

—¡James! —gritó una voz, a un volumen suficiente como para hacerse oír por encima de la música.

Los nervios se me pusieron de punta. Era Clint, desde su observatorio elevado sobre la sala de diseño, que le permitía ver y controlar todo lo que hacía su equipo. Cuando miré hacia arriba y le saludé con la cabeza, él pareció comprender que no tenía la más mínima intención de subir hasta allí para verle, y se dirigió escaleras abajo. Como siempre, iba ataviado como un dandi, con un traje gris de tres piezas y una pajarita naranja; un atuendo tan exagerado que casi esperé que se cubriera la calva con un bombín antes de bajar. Aquel hombre se engominaba y atusaba el bigote hasta formar dos puntas perfectas en los extremos: ¿cómo diablos no me había dado cuenta de que acabaría suponiendo un problema? Prácticamente iba disfrazado de malo de los dibujos animados.

Observé que no dirigió ni una sola mirada a Natalie mientras cruzaba la sala. A su paso, todos los empleados agacharon aún más la cabeza sobre sus mesas.

—¡Qué gran honor! ¿Qué te trae por nuestra humilde morada? —preguntó.

—Tengo que hablar contigo —dije con sencillez, y señalé a una de las salas de reuniones con paredes de cristal que había al otro lado de la sala.

Él miró a Natalie al escuchar mi petición, como si hubiera comprendido que las cosas se iban a poner serias y pensara que ella era la responsable. Me sorprendió que ella se hubiera quedado callada, teniendo en cuenta cómo solía reaccionar ante las confrontaciones. ¿Por qué esperaba un poco de sarcasmo por su parte? Un momento, ¿acaso me gustaba su insolencia?

En la sala de reuniones, Natalie se sentó a la cabecera de la mesa, en un gesto valiente que obligó a Clint a decidir entre sentarse al otro extremo frente a ella, o dejarme ese lugar a mí. Para mi sorpresa, optó por quedarse de pie con los brazos cruzados, en actitud desafiante. Estaba claro

que no tenía ni idea de lo que le esperaba.

—Siéntate —dije, señalando con un gesto una silla en el centro de la mesa.

La cara de Clint dejó de mostrar desdén y reflejó un destello de temor cuando se dejó caer en la silla.

—¿Qué pasa?

—¿Hay algún problema con el nuevo miembro del equipo? —pregunté, señalando con un gesto a Natalie, que mantenía una impresionante actitud impávida.

—No —contestó él con una mueca—. ¿Cómo iba a haberlo, si solo lleva aquí una semana?

—Estoy de acuerdo. ¿Cómo puedes juzgar su rendimiento en un periodo tan corto, sobre todo considerando que aún está aprendiendo cómo funcionan las cosas?

El asintió, aún con aspecto de no entender nada.

—Por eso, me ha parecido muy extraño que Natalie haya venido a mi despacho a contarme que le has avergonzado delante del resto del equipo por no saber cuáles son los protocolos de la empresa.

Clint se volvió a mirar a Natalie con mala cara.

—¿Por qué has dicho...? —Le interrumpí levantando una mano.

—Luego hablaré también con el resto del equipo para corroborar su historia, pero quería conocer tu versión antes de hacerlo.

Él permaneció en silencio, furioso.

—También me ha contado que le has pedido que entregue un esquema de color específico en veinticuatro horas. ¿Tú podrías hacerlo en ese plazo, Clint?

—No se trata de lo que yo pueda hacer. Estamos hablando de los problemas que está teniendo una empleada de ventas para ajustarse a las exigencias de un departamento corporativo de alto rendimiento. *Mi* departamento.

—*Tu* departamento —dije, repitiendo sus palabras—, en *mi* empresa.

Dirigí una mirada rápida a Natalie y pude ver que sus labios dibujaban una leve sonrisa.

—Y la pregunta más importante: ¿qué opinas de los diseños de la señorita Reynolds? —pregunté.

Él abrió y cerró la boca varias veces, como un pez fuera del agua; como si por fin se hubiera dado cuenta de que iba directo a la perdición.

—Son... no están mal, para una principiante. Hasta cierto punto, son prometedores, siempre que reciba la tutela adecuada de alguien como yo.

—¿En serio? —Le miré con la cabeza ladeada—. ¿Es eso lo que le has dicho a ella?

—Es posible que le haya sugerido algunos cambios —dijo, después de soltar un resoplido.

—Tengo entendido que la palabra que has utilizado ha sido «aficionada».

—También dijo que mis trajes de noche parecían «vestidos de grandes almacenes para colegialas» —añadió Natalie.

—Pero... yo me dedico a criticar. Esa es mi función. Yo soy el control de calidad —balbuceó Clint, que se estaba poniendo cada vez más pálido—. Soy yo quien toma las decisiones.

—¿Es ese tu trabajo en realidad, Clint? ¿O, tal vez, se supone que debes supervisar al equipo creativo, y apoyarles para que desarrollen sus diseños?

—¿Apoyarles? —rio él—. Por favor. Son ellos los que deben apoyarme a mí. ¡Sin mi visión, este equipo sería un desastre! Creo que olvidas cómo estaban las cosas cuando yo... —Se detuvo en ese punto, como si acabara de recordar con quién estaba hablando.

—Clint también me ha dado a entender que soy un problema porque usted me contrató sin su aprobación —observó Natalie.

El lío en el que se había metido Clint estaba empeorando por momentos. Natalie y yo nos miramos a los ojos, como si comprendiéramos por fin que estábamos en el mismo equipo. Estuve a punto de perder el hilo de la discusión al observar la simpatía en su mirada.

No. Céntrate.

—Un momento, ¡yo jamás he dicho tal cosa! —Clint dio un golpe en la mesa, sobresaltando a Natalie.

Yo no respondí, y me limité a dejar que el eco de sus palabras dejara de resonar por la sala.

—Vamos, James. ¿Por qué haces esto? —Ahora su tono era más plañidero.

—Yo no estoy haciendo nada, esto lo has hecho todo tú solito. —Me volví hacia Natalie—. ¿Le importaría pedir a Katrina que venga? Es la empleada a la que contratamos antes de usted, hace unos seis meses. Me gustaría saber qué opinión se ha formado en el tiempo que lleva con nosotros.

Natalie asintió con la cabeza y se puso en pie. Clint estuvo a punto de caerse de la silla en su prisa por llegar a la puerta antes que ella.

—Oye, Clint, ¿por qué no nos dejas? Tengo mucho interés en saber lo que piensa de ti tu equipo. Estoy seguro de que será muy... *instructivo*.

Clint salió por la puerta con aspecto abatido. Durante las dos horas siguientes, me dediqué a entrevistar a cada uno de los miembros del equipo creativo, mientras Clint intentaba no observar lo que ocurría desde su despacho en las alturas. Los problemas del equipo eran aún mayores de lo que había creído, y me maldije por haber asumido que todo iba bien solo porque no había escuchado ninguna queja. Más de uno mencionó haber informado a recursos humanos de lo que ocurría, pero ellos se habían puesto de parte de Clint sin llegar a investigar las alegaciones, y no se habían molestado en informarme a mí de nada. Al parecer, iba a tener que dar un toque a recursos humanos, aunque eso no era nada comparado con lo que debía hacer en el equipo creativo.

Cuando se marchó el último miembro del equipo, volví a llamar a Clint a la sala de reuniones. Esta vez entró sin la chaqueta y, al parecer, no se había fijado en las manchas de sudor que lucía su camisa. Se sentó frente a mí, y yo junté las puntas de los dedos y le observé por encima de ellos.

—Han sido dos horas muy interesantes, he aprendido bastante sobre la forma en que llevas las cosas. Tu «estilo de dirección» —dije, haciendo el gesto de comillas con las manos—, si es que se le puede llamar así, consiste en hacer que los empleados duden de sí mismos, sobrecargarles de trabajo, menospreciarles, robarles las ideas...

—Vamos, James. No me hagas esto. Soy casi de la familia. Hemos pasado mucho juntos —protestó en tono quejumbroso.

Yo asentí con amabilidad, y observé que él se animaba. Sí, yo era leal a mi familia, pero de ninguna manera se podía considerar que aquel hombre, un primo de la bruja que era la ex de mi hermano, formara parte de ella. Christopher le había contratado cuando dirigía el departamento creativo, porque estaba demasiado enamorado de Amanda como para negarle nada, pero todo eso no suponía un problema para mí. Oh, cómo iba a disfrutar deshaciéndome de él.

—Eso es cierto. Pero ahora mismo, lo importante es que todo eso es el pasado y tú aquí no tienes ningún futuro. Estás despedido con efecto inmediato, Clint.

Abrió la boca, pero fue incapaz de decir nada.

—Puedes recoger tus cosas ahora mismo y marcharte sin armar jaleo, o puedes optar por comportarte como un imbécil y tratar de oponerte. En ese caso, pediré a los de seguridad que te acompañen fuera del edificio. Tú eliges.

—¿Todo esto es por *ella*? —rugió, señalando por encima del hombro a la mesa en la que Natalie estaba trabajando—. ¿Me despiden por culpa de *ella*? Ella no es *nada*. Ni siquiera merece uno de mis pensamientos. ¡Está malgastando una mesa!

—Clint. —Apreté los puños por debajo de la mesa—. Creo que es mejor que te calles de una vez, por tu propio bien.

Durante un segundo, me pareció que se iba a echar a llorar, pero enseguida comprendí que, en realidad, se estaba preparando para tener una pataleta. Se puso en pie de un salto y su silla salió disparada hasta la pared que tenía detrás.

—¡Te vas a arrepentir de esto, James Branson! —gritó, señalándome con el dedo—. Yo... voy a hacer que...

Tamborileé con los dedos sobre la mesa, mientras esperaba que se le ocurriera una forma realista de hacerme daño a mí o a la empresa. Él pareció comprender que no tenía nada que hacer y salió de la sala dando fuertes pisotones, como un niño enfadado. Todos los empleados de la planta se volvieron a mirar el espectáculo.

—¡Dejad de mirarme, imbéciles! —les chilló, sin que nadie le hiciera caso.

Natalie volvió a entrar con los ojos brillantes en cuanto Clint subió las escaleras hasta su despacho.

—¿Le ha...?

—Le he —asentí—. Y debería haberlo hecho hace tiempo, según la información que he recibido.

—Gracias. —Una expresión que no supe interpretar apareció en su cara durante un segundo, pero la ocultó rápidamente y se puso las manos sobre el pecho—. Muchas gracias por escucharme, por creerme.

—He supuesto que no se plantaría en mi despacho sin avisar si no tuviera una buena razón. —Hice una pausa—. Pero espero que no lo vuelva a hacer nunca más, ¿entendido?

—¡Por supuesto! Ahora que ya no está, no tengo ninguna razón para hacerlo. Estoy segura de que encontrará al sustituto perfecto para él, sé que tiene buen ojo para contratar empleados. —Me dedicó una media sonrisa y se señaló con un gesto.

—No se preocupe, ya he pensado en alguien, al menos de forma temporal, aunque no creo que le vaya a gustar mi elección.

—¿Por qué dice eso? —Su sonrisa se transformó en preocupación—. ¿Quién va a ser el nuevo jefe?

Recogí las notas que había tomado durante la sesión y las organicé en una pila ordenada.

—Lo tiene delante.

NATALIE

Todo el personal del equipo de diseño parecía aterrado.

Era la primera reunión de equipo después de que James hubiera despedido a Clint y, aunque todos nos sentíamos aliviados por su marcha, estaba claro que aún estábamos todos traumatizados por su reinado del terror. Nadie se atrevía a decir una palabra.

—No hay respuestas incorrectas, ¿de acuerdo? —dijo James desde su puesto a la cabeza de la mesa—. Os lo prometo. Solo vamos a comentar ideas y dejar que fluya la creatividad.

Intentaba parecer amable y cercano, pero nadie se fiaba. Sabía de primera mano que no sería tan malo como Clint, pero supuse que el resto del equipo solo lo veía como un directivo distante. Lo único que sabían de él era que había despedido a Clint sin vacilar, pero seguramente eso no hacía que nadie se sintiera muy seguro en su puesto de trabajo en ese momento. Todo el mundo mantenía la vista clavada en sus tabletas, conectadas con la pantalla situada detrás de James.

Por mi parte, yo solo trataba de evitar mirar a James. Seguía poniéndome de los nervios, y su arrogancia era digna de verse, pero *maldita sea*... ¿cómo conseguía que ser un capullo arrogante resultara tan atractivo? Se había enrollado las mangas de su camisa entallada, de forma que los músculos de sus brazos se marcaban cada vez que hacía algún gesto. ¡Y llevaba gafas! Cuando entré en su despacho a presentar mi dimisión las había llevado puestas, pero en ese momento estaba demasiado alterada como para fijarme en cómo le sentaban. Sin embargo, aquella reunión me permitía tomarme mi tiempo para admirar el aspecto de profesor malo que le daban. Con las gafas, parecía un jefe sexi, demasiado inteligente y seguro de sí mismo, o un empollón capullo, con un culo *espectacular*.

—¿Alguna idea? ¿Alguien?

Comprendí que me había quedado mirando a James mientras me sumía en mi ensueño, y ahora él me estaba devolviendo la mirada. Bueno, no podía culparle porque, cuando supe que él iba a dirigir la reunión, había hecho un esfuerzo especial por ir más arreglada de lo habitual. Hasta ahora, él solo me había visto en situaciones en las que estaba agobiada o estresada, y quería demostrarle que también podía mostrarme presentable y mantener las emociones bajo control. Y bueno, no era culpa mía que mi vestido favorito tuviera un escote pronunciado; además, nuestro encuentro en el ascensor en mi primer día ya le había permitido apreciar mis pechos.

—¿Qué tal una línea basada en el color Pantone del año? —sugirió Lavonte en una voz bastante más baja que su habitual barítono alegre, mientras jugueteaba con su lápiz óptico.

—¡Sí! Eso me gusta —James dio una fuerte palmada—. Aunque no sé cuál es el color de este año. La idea es buena, pero tendremos que asegurarnos de que nos sirve.

—Se llama Sand Dollar. —Lavonte parecía inquieto ante la atención despertada.

—Sand Dollar —dijo James, asintiendo pensativo—. Se refiere a las monedas que se encuentran en la playa, ¿no? Me gusta, suena veraniego. Ponlo en la pantalla para que lo veamos.

Todos nos sabíamos la carta de colores Pantone de memoria, por lo que algunas personas se revolviéron incómodas en sus asientos, esperando a que se produjera el desastre.

—Tachán —dijo Lavonte con voz temblorosa cuando el color Pantone 13-1106 llenó la pantalla.

—Vaya —dijo James, con los labios fruncidos en un gesto que sugería que le estaba costando encontrar algo positivo que decir—. Um.

El color Sand Dollar solo podía describirse como despiadado. Era el tipo de color que elegiría alguien que quisiera camuflarse con su entorno. A mí me hacía pensar en chaquetas viejas, interiores minimalistas y el té con demasiada leche. A muy pocas personas les sentaría bien aquel color, y el James que yo conocía habría rechazado rápidamente cualquier cosa que no encajara en su visión, así que le observé mientras intentaba encontrar una respuesta alentadora. ¿Lo conseguiría?

—Bueno, Lavonte, desde luego que es un tono, hum, bastante *arenoso* —consiguió decir por fin—. Y a los demás, ¿qué os parece?

Se escucharon diversos murmullos alrededor de la mesa, y Lavonte se encogió un poco más en su silla.

—A mí me encanta la idea de utilizar el color del año —ofrecí en un tono que se elevó sobre los murmullos de fondo. Puede que el resto del equipo se sintiera atemorizado por James, pero yo desde luego no lo estaba, así que, tal vez si daba ejemplo, ellos comprenderían que James no era tan malo—. Pero este no es el mejor color con el que empezar. Tal vez podríamos hacer algo más personal para la marca Branson. ¿Y si combinamos los distintos colores del año con una mirada retrospectiva a las colecciones pasadas? Pantone empezó con el color del año en el 2000, así que podríamos recrear nuestros mejores diseños de cada uno de los últimos años y reproducirlos en el color del mismo año. ¿Cuál fue el modelo que más se vendió en el año 2000?

Miré alrededor de la mesa y Lavonte me dio las gracias sin voz.

—Bueno, como yo llevo más tiempo que nadie en la empresa, soy quien hace las veces de archivista —dijo Rhea, levantando la mano—. El diseño más vendido en el año 2000 fue una variante de nuestro icónico Vestido Sencillo. —Bajó la voz y continuó—. Bueno, en realidad, se trataba de una copia del vestido *wrap* de Diane Von Furstenberg, pero ¡shhhh! No lo contéis.

—Y el color del año 2000 fue el Cerulean Blue —añadió Lavonte, reemplazando el aburrido color arena de la pantalla con un azul cielo brillante. ¿No sería absolutamente precioso? —Hizo un rápido boceto de una figura sobre el color y, en unos minutos, el vestido pareció estar listo para fabricación.

—Bien, vamos progresando —dijo James asintiendo con satisfacción—. Esa idea será la primera de la lista. ¿Qué más?

El bullicio alrededor de la mesa cesó de nuevo. ¿A qué venía eso? ¿Por qué a todo el mundo le daba tanto miedo demostrar un poco de creatividad? A mí me estaba costando controlar la mía, así que levanté la mano todo lo que pude.

—No hace falta que levantes la mano, Natalie —me reprendió James sin maldad—. Adelante.

—Bueno, es una idea algo atrevida —empecé—, y tal vez no sea factible...

—Tú solo di lo que sea —suspiró James.

Había conseguido contener su irritación con Lavonte, pero ahora volvía a dejarla salir solo para mí. Y yo que pensaba que habíamos establecido una tregua. ¿Qué diablos le pasaba conmigo?

—Alta costura —espeté, con una mirada enfurecida.

Sus cejas salieron disparadas hacia arriba. ¡Sí! Chúpate esa.

—¿Crees que tenemos público para prendas de alta costura?

—Todos sabemos que los diseñadores crean prendas exclusivas hechas a mano para llamar la atención sobre las colecciones que realmente dan dinero. En este equipo tenemos un número suficiente de diseñadores con talento como para crear una colección cápsula increíble que nos dará muchísima publicidad para las colecciones *prêt-à-porter*, que son la base del negocio.

La charla alrededor de la mesa aumentó de volumen cuando los diseñadores empezaron a comentar lo que cada uno de ellos podía aportar a la colección especial. La marca Branson era conocida por sus prendas caras y elegantes, pero la alta costura era otro nivel, algo que nunca habían considerado.

—No está mal —dijo James por fin, quedándose bastante corto—. Eso supondría un cambio de dirección que yo debería... quiero decir, deberíamos valorar con cuidado. ¿Alguna otra idea?

—Aún no he terminado —continué, enderezándome en la silla—. Creo que deberíamos contratar a un embajador de la marca.

Aunque eso no tenía nada que ver con el diseño, se oyeron algunas palmadas y gritos de ánimo.

—¿En serio? —dijo James mirándome a los ojos—. ¿Crees que necesitamos a alguien que represente la marca Branson? ¿Y a quién elegirías?

—Tengo algunas ideas —dije, encogiéndome de hombros—, pero supongo que, como tú eres el acompañante de supermodelos, tendrás algo que decir.

Lavonte soltó un resoplido, y se cubrió la cabeza con la mano.

—¿Disculpa? —preguntó James mirándome enfurecido—. ¿Que soy el acompañante?

Estaba claro que eso le había dolido, pero no iba a echarme atrás.

—Tú sales con modelos, con frecuencia, así que he dado por hecho que tendrías alguna opinión sobre quién sería adecuada para la marca Branson.

—Acompañante —repitió en un tono cargado de veneno.

¡Oh, eso le había sentado fatal! Bien, estupendo. Por lo que había visto hasta ahora, había muy pocas cosas que le sacaran de sus casillas, y estaba encantada de haber encontrado una de ellas. Me pregunté si sería capaz de dar con un nombre que proponer, para ponerle aún más nervioso.

Rhea me había contado su historia con una supermodelo llamada Heidi, que no usaba su apellido y era muy propensa a desfilas en lencería. Era una mujer perfecta en todos los sentidos, salvo por su tendencia a dar entrevistas en las que contaba todos los detalles escabrosos de su relación con James cada vez que rompían lo que, al parecer, había ocurrido con bastante frecuencia mientras estuvieron juntos.

Nos miramos desafiantes, y me fijé en que movía los músculos de la mandíbula, como si estuviera apretando los dientes. Seguramente estaría acostumbrado a hacer temblar a la gente con una sola mirada de sus intensos ojos azules, pero yo me mantuve firme. La forma en que me miraba me provocó un cosquilleo inexplicable en la nuca, pero lo tomé por excitación, no miedo. Sin duda, a una parte de mí le gustaba enfrentarse al gran hombre, y dado que la expresión «acompañante» había provocado una reacción tan notable, no pude evitar soltar otra pulla.

—¿Debería haber utilizado otra palabra? —pregunté con inocencia fingida—. ¿*Sugar Daddy*? ¿Benefactor? ¿Pareja publicitaria?

Todo el mundo pareció contener la respiración a la vez.

—Vamos a dejar mi vida privada al margen de todo esto —dijo por fin, en un tono que no dejaba lugar a dudas de que era el momento de callarme la boca.

—Skyler Honeywell —dijo una voz, y todos nos volvimos a mirar a Jacinda—. Sería increíble. Tiene un montón de seguidores en las redes sociales, sabe cómo vestirse y cómo captar la atención de la cámara. Es muy distinta de las demás modelos.

—No la conozco —dijo James sacando su teléfono.

No pude contener una risa, pero cuando sus ojos se volvieron hacia mí, fingí que dibujaba algo. En la pantalla apareció una foto de una mujer guapísima, con ojos castaños almendrados y piel bronceada.

—Tiene una imagen muy actual —dijo James mientras miraba con atención la foto de la preciosa mujer—. Pero esos tatuajes... No estoy seguro de que esa sea la dirección adecuada para nosotros.

—Esa es *exactamente* la dirección que debería tomar Branson —interrumpí—. Skyler representa lo que es nuevo e inesperado en la moda, y es ahí a donde debemos dirigir la marca.

Me quedé de piedra cuando escuché unos cuantos aplausos a mi alrededor y, al mirar a James, vi que él también estaba atónito. Dejé escapar un largo suspiro antes de hablar.

—Parece que hay mayoría. Tendré que comprobar la posibilidad de contratar a alguien como embajador y, mientras tanto, tenéis luz verde para empezar a trabajar en el proyecto Pantone. —James empezó a recoger sus cosas para marcharse, pero se detuvo—. Natalie.

De repente, reinó el silencio en la habitación, mientras todos esperaban a escuchar las consecuencias de mi salida de tono.

—¿Sí, señor?

Él hizo una mueca ante el tratamiento.

—Tu idea de la alta costura será nuestro proyecto principal. Espero un tema y un primer boceto a finales de la semana que viene. Una vez aprobado, el resto del equipo podrá empezar a trabajar en ello.

El grupo pareció perder la cabeza al oír esas palabras, y yo me sentí llena de orgullo. ¡Mi fantasía se iba a convertir en realidad! Lo que James no sabía era que había estado trabajando en esa idea desde el primer día, y ya tenía listo un tema y media docena de bocetos; aunque no estaba segura de que fueran a ser aprobados, pues se trataba de unos diseños muy atrevidos para una marca tan tradicional como Branson. Lo más probable era que James se hubiera imaginado una colección sencilla y bonita, en plan prendas en tonos rosas o con muchos vestidos de noche. Sin embargo, el tema que yo había elegido era «Deconstrucción». Sabía muy bien que no sería fácil venderlo, pero esa batalla podía esperar. En aquel momento solo quería celebrar la increíble sensación de que alguien se hubiera tomado mis ideas en serio.

Cuando James se marchó, el ambiente se animó aún más. Alguien subió el volumen de la música y todos empezamos a hablar a la vez, intentando proponer diseños de alta costura, a cada cual más increíble.

—Querida —dijo Rhea acercándose a mí y cogiendo una de mis manos entre las suyas—. Acabas de obrar un milagro.

—No, en absoluto —contesté—. Solo he propuesto una idea que ha sido bien recibida. He tenido suerte.

—Es mucho más que eso. —Agitó la cabeza de un modo que hizo tintinear sus enormes pendientes—. Es como si hubieras roto una maldición. ¡Todo el mundo se ha vuelto a ilusionar otra vez!

Al mirar a mis compañeros, me pareció que todos habían vuelto a la vida. Si bien el ambiente en nuestro departamento siempre había estado muy cargado, antes se debía a que todos se comportaban como animalitos asustados que correteaban de un lado a otro para evitar un ataque. En cambio, ahora solo veía sonrisas allá donde miraba, pero no iba a atribuirme el mérito de ese cambio. Por mucho que me costara admitirlo, una parte le correspondía a James, que se había mostrado tan abierto y dispuesto a escuchar, en lugar de avergonzarnos por proponer ideas desquiciadas. Después de todo, se suponía que el diseño de moda debía dar lugar a la creación de hermosas locuras.

—Antes de que llegara Clint, las cosas eran siempre así —explicó Rhea—. Christopher era un mentor increíble.

—¿Quién es Christopher?

—Ah, ¿no lo sabes? Es el hermano mayor de James, estaba a cargo del diseño. Tenía muchísimo talento, pero le ocurrió algo y las cosas fueron a peor muy rápido. A todos nos dio mucha pena, pero no pudimos hacer nada.

Me sorprendió mucho saber que había un Branson al que la gente quería. Debía ser el hermano

simpático, el opuesto al gruñón de James.

—¿Qué pasó? ¿Le ocurrió algo malo?

Rhea se retorció las manos y miró a nuestro alrededor.

—Ojalá lo supiera, tal vez así podría haber hecho algo para ayudarlo. Él... cambió de repente. Pasó de ser un hombre encantador, muy agradable, a una sombra de sí mismo. Dejó de asistir a reuniones importantes, no cumplía los plazos. Nadie lo entendía, porque era un perfeccionista nato, hasta que, un día, al llegar al trabajo, nos encontramos un mensaje avisando de que se había tomado una baja indefinida. Los Branson cerraron filas a su alrededor y nunca contaron nada. Clint había sido su segundo al mando, así que resultaba lógico elegirle sucesor. Al principio no era tan malo; no es que fuera bueno, pero no era demasiado malo. Sin embargo, una vez que probó el poder...

—¿Se convirtió en un tirano? —pregunté con una sonrisa maliciosa.

—Exacto. Después de eso, las cosas empeoraron enseguida. En cambio, ahora... siento esperanza por primera vez en mucho tiempo. Y James no es tan malo. Creo que la empresa le importa de verdad, y también nosotros. Lo único que he escuchado sobre él son rumores, y creo que son muy exagerados.

—Yo no estoy tan segura —dije riendo, y ella me devolvió la sonrisa.

—Parece que tú le caes muy bien.

—¡Venga ya! Apenas me soporta. —Jugueteé con mi tableta, para intentar ocultar el rubor de mis mejillas.

—Hum. —Rhea frunció los labios—. Eso no es lo que me ha parecido, pero ¿qué sabré yo? No soy más que una vieja chiflada.

Tras dedicarme un guiño travieso, volvió a unirse al grupo de diseñadores y me dejó cavilando sobre si su opinión sobre el gran jefe sería acertada.

JAMES

Me había vuelto a olvidar de cenar.

Miré la hora en el ordenador. ¿Ya eran casi las diez? Había previsto marcharme a una hora razonable, o lo más parecido posible a una hora razonable, y pasar a ver a Christopher de camino a casa, pero ahora que tenía dos trabajos, mis tareas se habían multiplicado por tres. Eso no me importaba, porque me sentía seguro en el trabajo. Las columnas de las hojas de cálculo eran algo que podía controlar, y Dios sabía lo que me gustaba mantener el control.

Mi estómago gruñó, pero aún me quedaban cosas por hacer y no era de los que dejan el trabajo a medias. Además, nuestro edificio estaba en un lugar muy céntrico y había varios restaurantes de cinco estrellas a solo unas manzanas. También podía pedir que me trajeran comida a la oficina, pero no quería perder tiempo con ninguna de esas cosas. Decidí ir a la cocina a buscar algo ligero, como una de esas bolsas de frutos secos o almendras saladas que, según Lorraine, le gustaban a todo el mundo.

Me dirigí al ascensor, agradeciendo que ya no quedara nadie porque me sentía a gusto en ese silencio. Cuando tenía que bajar a diseño, siempre me sentía un poco inquieto. ¿Cómo podría trabajar esa gente en un entorno tan desorganizado?

Las puertas del ascensor se cerraron y, como siempre, volví a pensar en la indomable mujer sin blusa a la que no conseguía apartar de mi mente. Y no se debía solo a sus buenas ideas; lo cierto era que, últimamente, también se había adentrado en mis sueños, en ocasiones blandiendo una fregona. En el último de ellos, se contoneaba seductora ante mí, vestida solo con una falda y un sujetador, y con los ojos clavados en los míos. Por desgracia, me había despertado de golpe cuando ella se llevó las manos a la espalda para quitarse el sujetador, y me había encontrado con una erección enorme, como si volviera a ser un adolescente obsesionado con el sexo.

Incluso en aquel momento, en el ascensor, volví a notar aquella presión entre las piernas solo al pensar en ella. Lo único que esperaba era haber sido lo bastante discreto el día que la encontré sin blusa porque, en aquel momento, no había deseado nada más que contemplar sus pechos perfectos. No se me había escapado el hecho de que ella no se había encogido con timidez en un rincón del ascensor, y eso sugería que no le había importado demasiado que la viera sin blusa. De hecho, durante un momento, había enderezado la espalda como si me invitara a admirarla.

Intenté que mi erección se calmara un poco para cuando se detuviera el ascensor. *Ya está bien*, pensé. Por suerte, nadie me vio ajustarme los pantalones cuando se abrieron las puertas. Mientras

doblaba la esquina que llevaba a la cocina, me obligué a pensar en las proyecciones financieras de la empresa, pero me detuve en seco al ver que había alguien más allí.

Era imposible escapar de esa mujer. ¿Qué demonios estaría haciendo Natalie allí a esas horas?

Estaba de espaldas a la puerta, inclinada sobre algo situado sobre la mesa y con unos auriculares enormes que debían bloquear todo el sonido, por lo que asumí que no había notado que estaba a su espalda. Como siempre, iba vestida de una forma que desafiaba cualquier explicación, pero muy propia de ella y que le sentaba muy bien. Llevaba una chaqueta vaquera corta cubierta de parches de inspiración militar, sobre un vestido camisero negro transparente y botas de cordones. Cada día iba vestida con un estilo distinto: unos días parecía salida de una revista de los años ochenta, y otros días, se diría que venía a trabajar directamente desde una comuna hippie. Me acerqué, casi esperando que se diera la vuelta como si pudiera sentir mi presencia, pero estaba tan absorta en lo que estuviera anotando en su cuaderno que pude situarme justo detrás de ella sin que se diera cuenta de mi presencia.

Al mirar por encima de su hombro, descubrí que estaba esbozando ropa de baño, uno de los pocos artículos de vestir que Branson no ofrecía. Había dibujado tres versiones en el mismo estampado, desde un bikini diminuto a un tanquini más modesto y, por último, un traje de baño de una pieza. Los había dibujado sobre cuerpos de diferentes tamaños, y eso me gustó. Una de las cosas que más me fastidiaban era cómo algunas marcas exhibían sus tallas grandes en cuerpos que no eran grandes. Eso no solo alienaba a una buena parte de la clientela, que se sentía invisible, sino que tampoco mostraba una imagen realista de cómo le quedaría la ropa a una mujer de talla grande.

La música en los auriculares de Natalie debió cambiar en ese momento, porque empezó a mover el culo como una bailarina. Di un paso atrás enseguida, pero no lo bastante rápido: ella empezó a contonearse con ganas y mi entrepierna resultó la beneficiaria accidental. En cuanto entramos en contacto, los dos nos separamos de un salto, aunque por razones muy distintas. Natalie soltó un grito y se giró hacia mí.

—¿QUÉ DIABLOS HACES? —gritó, quitándose los auriculares de un tirón—. ¡Acosador!

—Lo siento. —Levanté las manos en gesto conciliador—. Te pido disculpas, ha sido culpa mía.

—¡Ya lo creo que ha sido culpa tuya! —jadeó, muy agitada por el susto—. ¿Ya estás otra vez entrando a hurtadillas?

—No he entrado a hurtadillas —contesté con calma, aunque no me gustaba nada su tono—. Y recuerda el nombre que hay en la puerta principal. En este lugar puedo ir a donde me parezca.

—Ah, ¿y eso te permite mirar por encima del hombro de tus empleados mientras trabajan?

—Los dos sabemos que eso no es trabajo —dije, señalando su cuaderno—. Branson no hace prendas de baño.

Natalie me miró con el ceño fruncido, pero yo esperé sin decir nada.

—No estoy en horas de trabajo, así que no pasa nada —dijo, por fin.

—¿Para qué son? —pregunté—. Espero que no sea para la competencia.

—Para la escuela —admitió, dejándose caer en una de las sillas que rodeaban la mesa—. Estaba diseñando las prendas de alta costura, pero se me ha ocurrido una idea, así que la he seguido. Supongo que he perdido la noción del tiempo.

—¿Te importa que le eche un vistazo?

Natalie se encogió de hombros y empujó su cuaderno hacia mí.

—Puedes pasar las páginas si quieres —indicó.

Volví la página y vi que, en la siguiente, había seis diseños de trajes de baño, todos ellos con estampados muy distintos de los que se suelen ver en la playa.

—Explícame cuál es la tarea —le pedí, inclinándome para verlos mejor.

—Tenemos que combinar dos tipos de diseño que no se relacionan habitualmente entre sí, así que he elegido las vajillas de porcelana y la ropa de baño.

—¿Cómo? —pregunté con una risa, sorprendido por esa idea tan peculiar—. ¿En serio?

—Presta atención a los estampados —indicó ella.

—El azul es...

—Un estampado clásico de la porcelana Wedgwood inglesa. Y estos marrones de aquí arriba corresponden a la línea campestre de la porcelana Spode. ¿Ves el conejito que hay en el cuerpo del bañador?

Hablaba con cierta timidez, como si no estuviera segura de sus diseños del todo. Recordé lo posesiva que se había mostrado respecto de aquel cuaderno cuando lo vio en mis manos, y tuve la sensación de que me estaba mostrando su diario. Me conmovió que me permitiera ver algo que estaba seguro de que siempre mantenía en secreto.

—Son increíbles —dije, con la esperanza de que notara mi sinceridad, porque pensaba que tenía mucho talento y quería que lo supiera—. Son realmente únicos.

—Pareces sorprendido.

—En absoluto. —La miré muy serio—. Se trata de apreciación, y una buena dosis de admiración por tu originalidad. Sabía que tenías algo, por eso te contraté, y en la reunión de creación me demostraste que no me equivocaba. Y ahora, esto... —añadí con un gesto hacia su cuaderno—. No dejas de sorprenderme. ¿Cómo empezaste en esto?

Me miró con una sonrisa que le hizo parecer mucho más joven, muy diferente de la mujer fuerte y combativa a la que estaba acostumbrado.

—Cuando era pequeña, el diseño me servía para evadirme. Tuve una infancia difícil, por decirlo de algún modo, así que el dibujo me ayudaba a escapar. Llegué a diseñar un vestido alternativo para cada una de las princesas de Disney —dijo, con una risa—. Cuando fui algo más mayor, empecé a hacer dibujos divertidos con rotulador en camisetas blancas y se las vendí a mis compañeros de clase. Esa fue la primera vez que pasé del arte al negocio, y me encantó. Y ahora estoy aquí, viviendo mi sueño.

Su entusiasmo era encantador, y me hizo comprender que era yo quien le había permitido vivir aquel sueño... Nuestro desquiciado encuentro aquella noche en la tienda le había ofrecido un nuevo comienzo.

—Te lo mereces. Tienes mucho talento, Natalie. Estos trajes de baño son muy buenos.

—Me alegro de que te gusten. Necesito sacar buena nota en esta asignatura, y el profesor es muy difícil de impresionar. ¿Has oído hablar de MG?

—El nombre me suena —dije, sacudiendo la cabeza—, pero no sé mucho más. Es un diseñador, ¿no? Creo que se especializa en diseños exclusivos para marcas baratas, o algo así. ¿Qué clase de persona es?

Ella se inclinó hacia delante para apoyar los codos en la mesa y tuve que hacer un esfuerzo para no bajar la mirada al escote de su vestido.

—Es un hombre muy egocéntrico, desde luego, y mete demasiada mano para mi gusto.

—¿Quieres decir que te modifica los diseños él mismo? Me imagino que eso debe ser bastante molesto.

—Ojalá. —Ella hizo una mueca, como si el tema le incomodara—. Me refería a que mete mano, literalmente. Siempre encuentra alguna excusa para tocarme, y no me gusta nada. Siempre se pone demasiado cerca cuando viene a ver mis diseños, o intenta masajearme los hombros. Cosas así.

Se estremeció un poco, como si pudiera sentir las manos de aquel hombre sobre su cuerpo, y yo sentí un extraño impulso protector hacia ella.

—¿Necesitas que alguien...?

—Estoy bien —me interrumpió, quizá demasiado rápido—. Puedo cuidar de mí misma.

Comprendí que me había metido donde no debía, y volví a centrarme en su cuaderno. Volví unas cuantas páginas más llenas de ideas para el proyecto de alta costura y, por fin, llegué a una página cubierta de bocetos.

—También se te da muy bien dibujar figuras —dije, refiriéndome a varios dibujos de personas.

Presté un poco más de atención a la forma de un hombre sin camisa que había en la parte superior de la página. A diferencia de las otras figuras, Natalie parecía haber dedicado más tiempo a dibujarlo con más detalle, añadiendo sombras y relieve. Cuanto más lo observaba, más familiar me resultaba aquel hombre, hasta que caí en que se parecía mucho a *mí*. Estaba a punto de hacer un comentario cuando ella, al parecer sin fijarse en lo que me acababa de enseñar, me hizo una pregunta.

—¿Has oído hablar de la escritura automática?

—No.

—Consiste en escribir al margen de la conciencia. Pones el lápiz en el papel y escribes, dejándote guiar solamente por el instinto. A veces, cuando dibujo, me pasa eso. No pienso en nada, solo dejo que sea mi mano la que hace el dibujo, no mi cerebro. Me ayuda mucho cuando

me atasco. Eso es lo que he hecho en esta página.

Asentí despacio y volví a mirar los dibujos. ¿Querría eso decir que el subconsciente de Natalie estaba lleno de imágenes mías... sin camisa? Supongo que eso hacía que estuviéramos empatados, ya que ella también aparecía en mis sueños a medio desvestir. Me aclaré la garganta y me esforcé en recordar las cifras del cuarto trimestre, o lo que fuera para no pensar en lo cerca que estábamos en ese momento, y en cómo notaba su aroma a gardenias cada vez que se movía. Había que volver a centrar el tema en el trabajo, porque ninguno de los dos podíamos permitirnos tener un lío, por muchas ganas que tuviera yo en ese momento.

—¿Cómo va el proyecto de alta costura? —pregunté, separándome un poco de ella.

—En realidad, va muy bien —contestó con una sonrisa enorme—. Está resultando muy divertido, y tengo muchas ganas de presentarlo. —Continuó después de una pausa—. Por cierto, debes saber que todo el mundo está encantado de que Clint ya no esté. Muchas gracias por... por escucharme. No estoy acostumbrada a que nadie lo haga.

Lo dijo en un tono de voz más dulce que me rompió el corazón. Me dio la sensación de que Natalie no se abría a nadie con facilidad, y me honraba que se sintiera a gusto como para hacerlo conmigo.

—Espero que sepas que puedes acudir a mí para lo que sea —dije.

—¿De verdad? —rio ella—. Al principio no estaba muy segura. Lo de «histérica» me sentó fatal. Casi me haces dimitir allí mismo.

—Sí, ahí metí la pata —dije, cerrando los ojos con una mueca—. La culpa es de Bernie, mi abuela. Ella solía usar mucho ese término, hasta que comprendimos que era muy peyorativo. Aún no me he librado de ese vocabulario del todo, pero estoy tratando de dejar de utilizar palabras como esa.

—Las empleadas de Branson te lo agradecerán —rio ella—. Y, por cierto, hablando de la vieja guardia, Rhea me contó cómo eran las cosas antes de Clint.

No pude evitar apretar los dientes. Tenía una gran opinión de Rhea, pero no se podía negar que era muy cotilla.

—Ah, ¿sí?

—Me contó lo maravilloso que era tu hermano, y lo mucho que le apreciaba todo el equipo. ¿Chris?

—Christopher —le corregí enseguida, asintiendo con la cabeza—. Sí, era todo un visionario. *Es* un visionario.

—Sí, por eso he pensado que podríamos recurrir a él para el proyecto Pantone —dijo en tono animado—. ¿Crees que estaría dispuesto a hablar con nosotros de los diseños que podríamos utilizar? A lo mejor podríamos organizar una llamada con todo el equipo. O solo conmigo, si le resulta más sencillo.

Natalie se estaba acercando a una parte de mi vida que yo mantenía totalmente al margen del trabajo. Nada de eso era asunto suyo. El ambiente se enrareció de repente: las luces del techo

parecieron más brillantes, y hubiera jurado que podía oír su zumbido eléctrico. Eso solo consiguió empeorar el dolor de cabeza que, hasta entonces, no había notado que tenía.

—No va a ser posible hacer eso —dije, empezando a dirigirme hacia la puerta.

—Pero nos podría ayudar mucho —protestó ella, sin comprender—. No le quitaremos mucho tiempo, solo unos minutos.

—He dicho que *no*.

Lo dije en un tono tan definitivo que Natalie abrió mucho los ojos, y tuve que acallar enseguida una punzada de remordimiento. Debía dejarle bien claro que no era posible implicar a Christopher en la empresa. Mi hermano aún se estaba recuperando, y lo último que necesitaba era el estrés diario que suponía tratar de conseguir que la marca Branson volviera a ser relevante en el mundo de la moda.

—De acuerdo —dijo ella en actitud derrotada—. Siento haberlo preguntado.

—Está ocupado —expliqué, aún tenso—. No tiene tiempo para volver mezclarse en todo esto.

—Muy bien —aceptó, haciendo un esfuerzo.

—Me vuelvo a mi despacho.

Me giré para marcharme, pero al hacerlo, me fijé en que ella había hundido la cabeza entre los hombros, como si se hubiera llevado una reprimenda. Continué en un tono más agradable.

—No olvides llamar a seguridad si necesitas que te acompañen hasta tu coche. Es tarde.

—Sí, claro. —Volvió a abrir el cuaderno y empezó a dibujar de nuevo, sin decir nada más.

Debatí conmigo mismo de camino a mi despacho. Por una parte, me decepcionaba haber estropeado lo que había sido una conversación muy agradable en la que, para variar, nos estábamos entendiendo bien, como si pensáramos igual. Pero, por otro lado, la sorpresa de volver a la realidad podía ser justo lo que necesitaba, ya que me había recordado que no éramos colegas, y tampoco amigos. Yo era su jefe y ella era mi empleada, y no había nada más entre nosotros. Entre cuidar de mi familia, mantener la empresa a flote, hacerme cargo de dos trabajos y tratar de sacar más horas de cada día, no me quedaba tiempo para nada más, por mucho que lo deseara.

Y cuánto lo deseaba...

NATALIE

No pude contener un grito cuando apareció el mensaje de respuesta en mi bandeja de correo electrónico. Miré a mi alrededor para asegurarme de que ninguno de mis compañeros del departamento de diseño me había oído, porque necesitaba mantener todo aquello en secreto. Había actuado en contra de lo que dictaba el sentido común, y ahora era el momento de saber si mi plan iba a dar resultado. Conteniendo la respiración, abrí el mensaje.

Hola, Natalie:

Qué agradable sorpresa recibir tu mensaje. Recuerdo al equipo de diseño con cariño, y parece que ha aumentado bastante desde que me fui. Bienvenida a Branson. Dado que es mi hermano quien te ha contratado, seguro que eres una superestrella.

El cumplido me hizo sonrojar.

Me encanta la idea de una colección retrospectiva basada en el color, y me encantaría contribuir, pero los diseños más antiguos solo existen en papel. Tenía previsto escanearlos en algún momento, pero nunca llegué a hacerlo. Sin embargo, muchos de esos diseños son míos, así que aún los tengo en mi poder. Lo que ocurre es que no puedo enviarlos por correo o mensajero, ya que son documentos de archivo muy frágiles. Podría enviarte fotos, pero no se verán todos los detalles. Lamento no poder ser de más ayuda, espero que esa opción te sirva.

Un saludo,

Christopher Branson

¡Era un buen comienzo! Me mordí el labio mientras consideraba mis opciones. ¿Aceptaba las fotos o... intentaba ir más lejos? Empecé a escribir antes de que me entraran las dudas.

Hola Christopher,

¡Muchas gracias por contestar tan rápido! Me interesaría mucho ver los diseños personalmente, para examinarlos en detalle y asegurarme de que la nueva colección les hace justicia. ¿Tal vez podría pasarme a verlos? Y si después quisieras confiármelos, podría encargarme de traerlos a la oficina para escanearlos, pero solo si te parece bien. ¡Muchas gracias por adelantado!

Saludos,

Natalie

El corazón me iba a mil por hora al enviar el mensaje, porque sabía que estaba actuando a espaldas de mi jefe y, si se enteraba, no le iba a hacer ninguna gracia. La forma en que se había cerrado en banda la noche anterior me había dejado claro que no quería que me relacionara con su hermano de ninguna manera, pero Christopher ya era un adulto. Si no quería trabajar conmigo, podía decírmelo él mismo, no necesitaba que su hermano decidiera por él. Y, si mi plan iba como esperaba, James nunca lo sabría.

El resto del día se me pasó volando, a pesar de que no dejé de refrescar la bandeja de entrada del correo esperando una respuesta de Christopher. Cuando llegó el momento de empezar a recoger mis cosas para ir a clase, estaba a punto de admitir la derrota, pero al comprobar el correo una última vez, vi que, por fin, me había contestado.

Sí, puedes venir a verlos. Hoy me viene bien a partir de las ocho. Vivo en Hoyt Towers, solo tienes que llamarme al móvil cuando llegues.

Su número aparecía junto a su firma. ¡Premio!

Llegué a la escuela sumida en un entusiasmo que duró hasta el final de la clase, cuando MG me abordó mientras recogía mis cosas para marcharme. Me puse a la defensiva, pero intenté que no notara lo incómoda que me sentía, para no ofenderle y evitar jugarme las notas. Aquella noche parecía una especie de ogro, con su pelo castaño largo más enredado de lo normal y una antigua camiseta de Gordon Lightfoot parcialmente cubierta por el montón de pañuelos que llevaba al cuello. Sus fans trataban de justificar su aspecto descuidado con la excusa de que era su estilo personal, pero a mí siempre me daba la impresión de que acababa de levantarse de la cama y se había puesto lo primero que hubiera encontrado tirado en el suelo de su habitación.

—Nat, esta vez te has superado a ti misma con esos diseños de ropa de baño —dijo, al tiempo que me rodeaba el codo con una mano—. Estoy muy impresionado con tu trabajo.

Respiré aliviada. Supuse que eso estaba bien; no me gustaba que me tocara, pero al menos me había puesto la mano en el codo y no alrededor de los hombros.

—Muchas gracias. Ha sido un proyecto muy entretenido. —Intenté maniobrar para acercarme un poco más a la puerta.

—¿Alguna vez te han dicho que podrías ser la modelo de tus propios diseños? —Me miró de arriba abajo, despacio—. Porque a mí me parece que sí podrías. Me imagino cómo te quedaría ese pequeño bikini Wedgewood, uf. —Fingió estremecerse.

—Oh, no, eso no es lo mío —reí, incómoda—. En cambio, mi compañera de piso es entrenadora personal. La utilizo a ella cada vez que necesito inspiración.

—Yo te utilizaría a ti. —Él también rio—. Con ese cuerpo, ¿por qué no sacarle partido?

Miré a Bradley, el único alumno que quedaba en la clase con nosotros, esperando que nos interrumpiera, pero llevaba puestos unos auriculares y no se enteraba de nada.

—No, nada de eso. —Reí de nuevo, pero esta vez sonó muy forzado. ¿Cómo iba a escapar de esta?—. Bueno, tengo que...

—Oye, tengo una serie de ideas sobre tu trabajo que me gustaría comentar contigo. Vamos a tomar algo y te las cuento.

Me estaba mirando de un modo que me hizo considerar qué pasaría si le rechazara. ¡No era justo! A Bradley no le hacía falta quitarse de encima al profesor. Pero, por suerte, esa noche tenía una excusa.

—Lo siento mucho, pero he quedado dentro de veinte minutos. De hecho, me tengo que ir corriendo, pero te agradezco mucho lo que has dicho sobre mi trabajo. Me alegro mucho de que te guste.

Le esquivé, hice un gesto de despedida con la mano antes de que pudiera contestar y me marché a la carrera por el pasillo sin darle pie a decir nada más. Suspiré aliviada al salir, aunque ahora me dirigía al siguiente encuentro complicado de la noche: iba a presentarme en el piso de un desconocido después de oscurecer.

Llamé a Steph de camino a casa de Christopher.

—El sobón lo ha vuelto a hacer, y ¡esta vez me ha pedido que fuera a tomar algo con él!

—Nooo —gimió ella, compartiendo mi desgracia—. ¿Cómo te las vas a apañar en lo que queda de semestre?

—¡Eso mismo digo yo! —me lamenté—. Tal vez podría dejar de lavarme el pelo y no ponerme desodorante los días que vaya a clase.

—Igual también le gustas al natural. Será mejor que vayas con cuidado.

—Hablando de ir con cuidado, estoy a punto de jugármela. Voy a la casa del anterior director creativo de Branson para ver sus antiguos diseños. Te lo digo en caso de que me pase algo.

—Natalie, ¿cómo diablos se te ha ocurrido eso? ¡Es muy tarde! ¿Le conoces, al menos?

—He oído hablar de él. Todo el mundo en el departamento dice que es un hombre muy agradable.

—*Era* un hombre muy agradable —me reprendió ella—. Ya no trabaja allí, seguro que es por una razón. Para ser tan inteligente, a veces haces cosas muy estúpidas.

Sus palabras hicieron que me preocupara durante un momento, pero deseché esa idea.

—No me asustes, no pasará nada. Pero, por si acaso, vive en Hoyt Towers.

—Qué pijo —contestó Steph—. A lo mejor hasta usa un cordón de seda para estrangularte.

—¡Stephanie Marie Riggins! ¡*Para ya!* —le reñí y, tras despedirme, corté la llamada.

Diez minutos más tarde, estaba ante la puerta del piso de Christopher con el corazón en un puño. El conserje me había registrado al llegar, así que, al menos, tenía otro testigo. Escuché unos pasos, el ruido de unas cerraduras y, después, la puerta se abrió.

—Hola, tú debes de ser Natalie.

Mi nerviosismo se esfumó al instante. Si James era un pastor alemán, Christopher era un *golden retriever*, con el pelo despeinado, una gran sonrisa y vestido con un pantalón de chándal y una camiseta azul llena de manchas que le daban un aspecto desaliñado. Aunque no le conocía de nada, algo en su apariencia hizo que me relajara al momento.

—Hola, Christopher, me alegro mucho de conocerte. Tienes un club de fans enorme en Branson, casi me da la sensación de que ya te conozco.

Él se sonrojó y bajó los ojos al suelo mientras me estrechaba la mano, al parecer algo cohibido como consecuencia de mi cumplido.

—Vaya, muchas gracias, me alegro de saberlo. Pasa.

Le seguí al interior de su impresionante piso y me fijé en que todas las luces estaban encendidas, como si supiera que me podría resultar un tanto incómodo venir a su casa sola, por la noche.

—¿Te apetece beber algo? Tengo todas las clases de agua que te puedas imaginar, media docena de zumos diferentes, kombucha, té, café...

—Vaya, qué bien provisto estás —dije, con una risa.

—Sí, tengo algo de ayuda con eso —dijo, sonrojándose aún más, pero con una gran sonrisa—. La persona que me trae la compra se entromete demasiado en mi vida. No deja de insistir para que pruebe cosas nuevas, como agua de apio. ¿Por qué narices existe tal cosa?

—Uf, no gracias —contesté, arrugando la nariz—. Me vale con un vaso de agua del grifo de toda la vida, por favor.

—Lo tienes todo dispuesto sobre la mesa, ve a echar un vistazo —indicó él, dirigiéndose a la cocina.

Al acercarme a la enorme mesa redonda, situada bajo una lámpara de araña muy moderna, encontré un auténtico botín de diseños, todos ellos en perfecto estado de conservación a pesar de los años.

—¿Cómo se puede saber quién los ha hecho? —pregunté mientras miraba los dibujos—. No es fácil leer las firmas. ¿Aquí pone Adam?

—Si les das la vuelta, en la parte de atrás están los datos básicos, como quién lo ha diseñado, la fecha de creación y la colección en que se incluyó cada diseño. Los más antiguos son de mi predecesor, Armando Amoroso, al que contrató mi abuela.

Miré la parte posterior del diseño de un vestido blanco, ajustado en la parte superior y con vuelo en la falda.

—¡Este diseño es de hace cuarenta años!

Christopher dejó un vaso de agua para mí en el extremo más alejado de la mesa.

—Sí, es increíble pensar que podríamos hacer ese vestido ahora y se vendería muy bien.

—¿Están en orden? —pregunté, mientras seguía examinando los diseños con mucho cuidado.

—Sí, los de Armando están todos en este montón, y los míos, en este otro.

Aunque me encantaban los diseños más antiguos, pasé a los de Christopher, que eran la razón por la que estaba allí. El primero de todos mostraba a una mujer con un traje de chaqueta gris, gafas de sol y actitud severa.

—Vaya, no me gustaría nada cruzarme en su camino.

—Esa fue nuestra colección «Mujeres en el trabajo», que tuvo mucho éxito.

Seguí revisando algunos diseños más, y después me detuve para mirarle. Los ojos de Christopher parecían tristes, casi nostálgicos.

—Son increíbles —dije—. Tienes muchísimo talento.

—Gracias —contestó, con una sonrisa tensa.

—¿Lo echas de menos? —pregunté, consciente de que estaba siendo un poco curiosa.

Él se tomó un momento antes de contestar, mientras miraba los dibujos.

—La verdad es que sí.

—¿Por qué no vuelves?

Me la estaba jugando, pero Rhea solo había dicho cosas buenas de los viejos tiempos durante la etapa de Christopher, y a mí me habría gustado que el departamento volviera a ser como antes. Si fuera posible arreglar los problemas que habían motivado su salida, tal vez podríamos conseguir que volviera. No estaba dispuesta a dejar pasar ese momento sin intentar averiguar qué había ocurrido, al menos. Y sabía que, desde luego, no iba a ser James quien me lo contara.

—Aún no he llegado al punto en el que pueda planteármelo. —Suspiró—. Hace tiempo, pasé por una situación difícil y todavía no me he recuperado.

—¿Se trataba del trabajo?

—Al principio, no —dijo, con otro suspiro—. Estaba casado, y se puede decir que la relación era muy complicada. Entre intentar hacer feliz a mi ex, que prácticamente era un trabajo a tiempo completo, y trabajar en Branson, acabé exhausto e hice algunas cosas de las que no estoy orgulloso. Tuve que dejarlo para poder recuperarme, y todavía estoy tratando de volver a estabilizarme.

Asentí, comprendiendo que tenía que dejar de preguntarle sobre cosas que era obvio que todavía le resultaban difíciles.

—Pero tengo mucha suerte. Mi hermano pequeño es un gran apoyo, y se preocupa por mí.

Con un esfuerzo, conseguí ocultar lo mucho que me sorprendía esa declaración, pero no pude resistirme a intentar saber más.

—¿En serio?

—Es difícil de creer, ¿verdad? Soy muy consciente de la imagen que da. ¿Te ha insultado ya?

—Oh, solo unas pocas veces. —Le sonreí—. Me dijo que no sé cantar, me llamó histérica... Ya sabes, cosas de esas.

—Sí, así es él. Pero debes saber que, muy en el fondo, tiene un corazón de oro.

—Me cuesta mucho creer eso.

—Lo digo en serio. A pesar de su imagen de duro hombre de negocios, la única razón por la que trabaja tanto es para asegurarse de que a su familia no le falte nada.

Sentí una punzada en el corazón cuando mencionó a su familia. Los Branson tenían suerte de tenerse los unos a los otros.

—Y si te ha enviado a verme, eso significa que se fía de ti —continuó Christopher.

Esperé que mi cara no se hubiera puesto tan colorada como la sentía.

—Oh, yo, ummm, bueno, he emprendido este proyecto por mi cuenta. Lo cierto es que no le he dicho que iba a venir aquí.

En ese momento comprendí que iba a tener que confesar a James lo que había hecho. Solo podía esperar que Christopher me defendiera, si era necesario.

—Eso es aún mejor, le encanta la gente con iniciativa —dijo él.

¿Por qué me dio el corazón un salto al pensar que a James le podía encantar algo relacionado conmigo? Él era un completo capullo, ¿no? Creía que le había calado bien, pero si Christopher tenía razón, aún no había conocido al auténtico James Branson.

—Y, hablando de emprendedores, ¿te parecería bien que me llevara los diseños a la oficina para incluirlos en los archivos? Te prometo que los trataré como piezas de museo.

—Sí, eso sería estupendo. Vamos muy retrasados con ese tipo de cosas, así que te agradezco que te encargues. —Christopher me sonrió—. Creo que vas a ser un miembro muy valioso para el equipo.

Me sonrojé una vez más, y no pude evitar preguntarme cómo estos dos hombres tan diferentes podían ser hermanos.

NATALIE

La mano que recorría mi muslo hacía arder mi piel a su paso.

No debíamos hacer esto. Estaba mal, pero la sensación era increíble. Todo mi cuerpo ansiaba unirse al suyo.

Sentía su respiración cálida en mi cuello, y cada beso era como una marca sobre mi piel. James me estaba *reclamando*.

—¿Quieres que pare? —preguntó con un susurro ronco en mi oído.

Cuando me mordió el lóbulo de la oreja, dejé caer la cabeza hacia atrás, abrumada por el placer. ¿Que si quería que parase? Mi cerebro empezó a hacer una lista de todas las razones por las que debía apartarle y parar aquello, pero estaba desesperada por sus caricias. Su boca volvió a encontrar la mía y el beso traicionó la necesidad que sentíamos los dos. Me arqueé hacia él mientras mis dedos buscaban su piel bajo su chaleco de terciopelo.

¿Terciopelo?

—Pase lo que pase, debes saber que nunca dejaré de pensar en ti. En la suave piel de tus pechos, en ese punto cálido entre tus piernas, ansioso de mis caricias...

Las puntas de sus dedos llegaron por fin hasta el lugar en el que más las necesitaba, y tuve que ahogar un grito. Era la primera vez que me tocaba ahí, pero lo hacía como si me conociera a la perfección. Estaba a punto de derretirme entre sus brazos.

—Si aún llevaras puestas las enaguas, no podría hacer esto —dijo, acariciándome y separándome las piernas con cuidado.

Un momento. ¿Enaguas?

James debió notar mis dudas, porque se apartó y me miró con ojos tormentosos.

—¿Puedo continuar mi recorrido?

Estaba a punto de contestar cuando todo se volvió borroso, como si me encontrara bajo el agua e intentara llegar a la superficie. Alguien me estaba gritando para que me diera prisa, pero la voz no parecía ser la de James.

Abrí los ojos y apagué la alarma de un manotazo. Tan solo era un sueño, y era *mi* mano la que

estaba metida en mi pantalón del pijama.

Me dieron ganas de soltar un grito. Era la tercera vez que soñaba con un vividor, y James reemplazaba al héroe de la historia. Además, también era la tercera vez que el sueño acababa antes de alcanzar el momento álgido. Estaba tan excitada que apenas podía pensar.

Empecé a acariciarme el estómago, tratando de recuperar las sensaciones del sueño, pero la alarma volvió a sonar y acabó de una vez por todas con mi excitación. Supuse que era hora de levantarse para ir a trabajar.

Lavonte me envió un mensaje con el emoticono de la calavera mientras me dirigía a la oficina, para avisar de que «el ambiente estaba raro». No me contestó cuando le pedí más detalles, así que intenté prepararme para lo que pudiera ocurrir. Como siempre, pasé primero por la cocina para prepararme una taza de café, y me encontré con Rhea.

—¿Te has enterado? —susurró en tono conspirador y mirando a su alrededor, aunque era obvio que allí no había nadie más.

—Lavonte me ha enviado un mensaje avisando de que pasaba algo, pero no me ha dicho qué es. Cuéntame, el suspense me está matando.

—¿Has visto a Lorraine últimamente? —preguntó, tras dirigir otra mirada a su alrededor.

Me costó un momento asociar aquel nombre con la asistente de James y, cuando lo hice, negué con la cabeza.

—No, pero tampoco la conozco, salvo de haber pasado junto a su mesa unas cuantas veces.

—Bueno, pues parece que se ha metido en un lío. O debería decir que alguien la ha metido en un lío. ¡Resulta que está embarazada!

—¿Pero no tiene como cuarenta y tantos años? —pregunté, confundida.

—Ya lo creo —asintió Rhea, encantada de ser la portadora de semejante noticia—. Y lo que es mejor: ¡ha tenido un lío con Tony, del departamento de compras!

—¡No puede ser! —jadeé—. ¡Los dos están casados!

—¡Y tanto que lo están! ¡Menudo escándalo! —Rhea frunció los labios en actitud de censura—. Y con un embarazo a su edad, tiene que guardar cama durante los últimos cuatro meses, así que James se ha quedado sin asistente en el peor momento posible, ahora que está haciendo dos trabajos y buscando un sustituto para Clint. No va a ser nada divertido trabajar con él.

Tenía razón. James había estado haciendo lo imposible por multiplicarse, pero estaba claro que el esfuerzo de llegar a todo le estaba pasando factura. Claro, que no sería él quien lo admitiera. Todos nos habíamos fijado en que nos enviaba correos a las dos de la mañana, lo que significaba que debía estar trabajando sin parar un momento.

Me pregunté cómo nos afectaría esta nueva situación. James no pasaba mucho tiempo en el departamento de diseño, pero sí que venía varias veces por semana y, además, los viernes por la mañana celebraba una reunión con todo el equipo. ¿Tal vez su mal humor habitual empeoraría a causa del estrés?

Rhea y yo seguimos cotilleando de camino a nuestra planta y, para cuando llegué a mi mesa, se me había ocurrido una idea enloquecida. Intenté apartarla de mi mente porque no sería posible asumirlo todo, pero cuanto más intentaba persuadirme de que era una locura, más ganas me daban de ponerla en práctica.

La cuestión era que, ahora que Clint ya no estaba, me encantaba mi trabajo. La creatividad, la libertad, mis colegas, el *salario*... Sentía que estaba justo donde debía estar, pero la moda era un negocio muy voluble y era fácil encontrar nuevos talentos, ya que había montones de diseñadores ansiosos por conseguir un puesto como el mío. Tampoco era que James me debiera nada: podía despedirme en cuanto le pareciera oportuno. Si la sobrecarga de trabajo empeoraba su humor aún más, las probabilidades de que acabara despidiendo a alguien aumentarían considerablemente. ¿Y quién sería su objetivo? Oh, no sé, tal vez la chica que había estado discutiendo con él a cada instante desde el día en que la conocí.

Pero ¿y si conseguía hacerme indispensable, no solo para Branson, sino para el propio James? En ese caso, no podría quitarme de en medio como si no fuera relevante. Ya conocía esa sensación muy bien, y no quería volver a encontrarme en una posición vulnerable, sobre todo ahora que creía haber encontrado mi sitio en el equipo. Además, ya sabía cómo reaccionaba James ante un puesto por cubrir: asumía la responsabilidad él mismo. Por eso, cabía la posibilidad de que respetara a alguien que le propusiera hacer lo mismo.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Lavonte al pasar junto a mi mesa—. Tienes la mirada perdida en el infinito desde que has llegado. Apuesto que estás tramando algo.

—Se me ha ocurrido una idea un poco loca —contesté con una sonrisa.

—Eso es lo que me gusta de ti —dijo él entre risas—. Tienes un par de huevos, amiga.

Ese era justo el recordatorio que necesitaba.

—¡Vaya, Lavonte, gracias! Tienes razón, sí que tengo un par de huevos. Si me disculpas, volveré en breve con nuevos cotilleos.

—Oh, sí señora. ¡Tendrás que contármelo todo! —contestó, agitando las caderas.

Cinco minutos más tarde, me encontraba una vez más ante la puerta de mi jefe, sintiéndome un poco nerviosa. No sabía si la razón era el sueño erótico con él de protagonista; aunque eso era posible, lo más probable era que se debiera al riesgo que estaba a punto de asumir. Era mi oportunidad para convertirme en el miembro más importante de su equipo, a pesar de lo que eso supondría para mi carga de trabajo. Claro que, antes de conseguir este ascenso, ya había tenido tres trabajos distintos a la vez, además de mis estudios, así que limitarme a *dos* trabajos no debería suponer un problema. Eché un vistazo a la mesa vacía de Lorraine y llamé a la puerta.

—Adelante.

—Buenos días —dije, entrando en su despacho muy erguida y con la cabeza alta.

James me miró con cara de pocos amigos por encima de su portátil. Lo que estaba haciendo parecía haberle puesto de mal humor, pero yo venía provista de una oferta para cambiar las cosas.

—¿Qué necesitas? Estoy bastante ocupado —gruñó con un gesto hacia su pantalla.

—Creo que esto te va a interesar —repuse, ignorando su tono—. He encontrado una sustituta para Lorraine.

—¿Tan rápido? —preguntó con desconfianza—. ¿Quién es?

—La tienes delante.



James

Me quedé mirando a Natalie, tratando de ignorar lo bien que le sentaba el vestido corto negro y blanco que llevaba, de un estilo similar a nuestros diseños más populares de los años setenta. ¿Lo habría hecho ella misma, a partir del patrón que teníamos en el archivo? Le sentaba como hecho a medida. Estaba tan centrado en catalogar lo que llevaba puesto que me costó un momento entender lo que había dicho.

—¿Disculpa? —conseguí decir por fin—. ¿De qué estás hablando?

—Venga, James, ¡céntrate! —Me miraba con reprobación—. He dicho que estoy dispuesta a ser la sustituta temporal de Lorraine para ayudarte.

¿Cómo? No, eso no era posible.

—Bien, pues eso es lo más ridículo que he oído nunca —espeté, ignorando que se me había acelerado el pulso al pensar en trabajar tan de cerca con ella—. No tienes ni idea de lo que hace Lorraine, así que tendré que pasar más tiempo dándote indicaciones del que pasarás tú ayudándome. ¿Y qué hay de tu trabajo? ¿Cuándo piensas hacerlo?

Ella me miró con arrogancia.

—Vaya, qué forma más rara de darme las gracias por presentarme voluntaria. —Cruzó los brazos y noté el peso de su mirada irritada desde su puesto al otro lado de mi mesa.

—No te he *pedido* que te presentes voluntaria —contesté, con la mirada fija en la hoja de cálculo abierta en mi pantalla—. Tienes que limitarte a tus tareas, Natalie.

—*Exacto*, eso es justo lo mismo que has hecho tú —replicó con sorna—. El señor Hoja de Cálculo ahora es el jefe del departamento de diseño. Eso no supone un cambio de tareas para ti, claro que no. Tiene todo el sentido del mundo que el hombre encargado de los números de la empresa sea el que dice a los diseñadores lo que tienen que hacer.

Nos miramos enfadados y en silencio durante unos segundos. Esa mujer era insufrible. Y lo peor de todo era que tenía razón.

Me apoyé en el respaldo de la silla y me froté las sienes. Por poco que me gustara admitir que necesitaba ayuda, lo cierto era que la necesitaba, y mucho. Estaba a punto de perder la cabeza intentando compaginar el trabajo de presidente con el de jefe del departamento de diseño. Lorraine me había estado ayudando a seleccionar candidatos para el puesto de Clint y, ahora que no estaba, me veía obligado a buscar un sustituto para ella, además de para Clint. Y, para acabar de empeorar las cosas, las cifras de este trimestre eran aún peores de lo que había esperado. No conseguiría mejorar la situación de la empresa si me veía obligado a ocuparme de todas esas cosas a la vez.

Sin embargo, ¿sería capaz de aguantar que Natalie Reynolds tuviera un papel aún más importante en mi vida? *Esa* era la cuestión. No tenía ninguna duda de que conseguiría hacerse con las responsabilidades de Lorraine en poco tiempo, pero mi asistente prácticamente era mi sombra, y ya me costaba bastante aguantar las reuniones del departamento con ella sentada delante de mí,

porque no conseguía evitar distraerme.

No... ella era una *tentación*, una en la que no estaba dispuesto a caer. Mi vida ya era lo bastante complicada.

—Puedo hacerlo —insistió Natalie—. Y tienes que admitir que necesitas ayuda. Me necesitas, James.

Si supiera cuánta razón tenía... Claro, que no se refería a lo que yo estaba pensando. Antes de poder contenerme, mis ojos se deslizaron hasta sus piernas.

—¿Por qué querías asumir aún más trabajo?

—Porque tú me diste una oportunidad —contestó, en un tono que pasó de decidido a vulnerable—. Antes de que me ofrecieras el trabajo de mis sueños, era una simple empleada por horas. Tú has cambiado mi vida, y lo menos que puedo hacer a cambio es ayudarte ahora que lo necesitas. Tengo la sensación de que te debo algo, James.

En sus ojos había una súplica, y en ese momento me pareció más auténtica y sincera que nunca. No estaba acostumbrado a este otro aspecto suyo, a esa Natalie Reynolds más dulce. Por mucho que disfrutara enfrentándome a ella, esta otra versión también me gustaba.

Me pasé la mano por la cara. Sí, estaba sobrecargado, y la solución que proponía Natalie, aunque lejos de ser perfecta, podría funcionar a corto plazo. En ese momento, la tarea principal de mi asistente era ayudarme a filtrar solicitudes de trabajo para el puesto de director del departamento de diseño, y no había nadie mejor que Natalie para ayudarme a determinar quién sería el candidato adecuado para ese puesto. En toda esa situación, el principal problema era yo mismo. ¿Sería capaz de controlarme trabajando con ella, más de cerca y a solas? En las reuniones del departamento siempre había distracciones y me podía centrar en otras personas, lo que me resultaba esencial, ya que, cada vez que miraba su preciosa cara, notaba que se encendía algo muy peligroso en mi pecho.

—Además, si todo este trabajo acaba contigo de verdad, podría encontrarme con otro jefe como Clint —continuó ella—. Así que mi oferta también es un poco egoísta.

La sonrisa burlona que adornó sus labios al decir eso me recordó a la Natalie que conocía.

—De acuerdo —admití con un suspiro—. Sí, puedes cubrir el puesto de Lorraine hasta que contrate a una sustituta. Gracias por ofrecerte, aprecio el gesto.

—Estupendo —dijo ella, dejándose caer en una de las sillas al otro lado de mi mesa—. ¿Por dónde empiezo?

—¿Piensas empezar *ahora*? —me quedé mirándola.

—Pues claro. Tengo que ponerme al día con lo que esté pendiente para poder organizar mis tareas y crear un flujo de trabajo. Lo cierto es que voy adelantada con el proyecto de alta costura y la retrospectiva de Pantone. Eso... bueno, me ha mantenido bastante ocupada, pero cumpliré el plazo.

Su sonrojo al mencionar la retrospectiva me hizo preguntarme qué estaría tramando. Estaba claro que estaba ocultando algo, pero tenía una buena cara de póquer.

—Lo primero que tienes que hacer es revisar las solicitudes que hemos recibido para el puesto de Clint. Han llegado muchísimas, pero no todas cumplen los requisitos. Lorraine estaba filtrando las que no encajan en absoluto, y me enviaba las de los candidatos que podrían hacer un buen trabajo. Además de eso, estaba organizando entrevistas con los candidatos que me han gustado.

—Oh, ¿quieres decir que puedo ayudar a elegir a mi próximo jefe? —Natalie se frotó las manos, encantada—. Podría aprovechar para asegurarme de que entrevistes a la persona que más me guste.

—Claro, *por supuesto* que quiero que te guste la persona a la que elija —contesté—. Quiero que todo el equipo se sienta a gusto con el sustituto de Clint. A él tuvieron que aguantarle bastante tiempo, y hasta a ti te lo hizo pasar mal en solo una semana. No pienso permitir que vuelva a ocurrir algo así.

Ella se me quedó mirando de esa forma tan intensa e inquietante, así que me preparé para el impacto.

—Creo que debes saber que todo el mundo está a gusto contigo como director del departamento. Por ahora, quiero decir —explicó—. Es un poco raro, teniendo en cuenta que no tienes formación en diseño.

Vaya, era un cumplido con segundas.

—No hace falta ser un genio para saber dirigir un equipo de forma eficiente. ¿Y qué te hace pensar que no sé nada de diseño?

—Bueno, era tu hermano quien... —Se interrumpió bruscamente y bajó la vista a sus manos.

La mención de Christopher me hizo apretar los dientes.

—Mi abuela se aseguró de que todos los miembros de la familia tuvieran la oportunidad de trabajar en cada uno de los departamentos de la empresa, desde control de calidad hasta ventas. Y sí, eso incluía el diseño. Tal vez te sorprenderá saber que uno o dos de los diseños que tenemos en el archivo llevan mi nombre.

—¿*En serio*? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Natalie —contesté con una risa burlona.

—Bien, pues ahora que soy tu asistente, supongo que podré averiguar tus secretos —dijo ella, saltando de la silla y dedicándome una mirada traviesa.

Tras atreverse a dedicarme un guiño, dio media vuelta y me dejó admirando su fantástico culo mientras salía de mi despacho.

Solo podía esperar que no descubriera *todos* mis secretos.

NATALIE

—¿Cómo se supone que voy a concentrarme en hacer la plancha, si el teléfono no para de sonar? —me quejé a Steph desde mi dolorosa pose en el suelo—. Creo que eso significa que toca hacer un descanso.

Alcé la vista a mi torturadora, con los brazos temblando y una mirada suplicante en los ojos.

—Ni se te ocurra —dijo con severidad, inclinándose sobre mí—. Te falta muy poco.

Mi teléfono no dejaba de sonar con nuevas alertas de mensajes, pero no me atrevía a parar sin permiso de Steph porque, cuando dejaba un ejercicio a medias, me añadía aún más repeticiones.

—Tres... dos... uno. Se acabó, buen trabajo —dijo por fin.

—Te odio. —Me dejé caer boca abajo con un gruñido—. Lo digo muy en serio.

—No es verdad. Admítelo, necesitabas descargar la tensión. Como no te estás acostando con nadie, necesitas producir endorfinas de otro modo.

—¡Steph! —chillé, alargando un brazo para darle un golpe en el pie.

—¿Qué? Sabes que tengo razón.

Giré para ponerme boca arriba y me limpié el sudor de la frente.

—No hay nadie que me guste lo suficiente como para *querer* acostarme con él. Ahora mismo, estoy disfrutando del celibato y, además, el trabajo me tiene demasiado ocupada como para pensar en el sexo.

Entre el trabajo de diseñadora y estar a disposición de James en todo momento, mi vida era como una cinta de correr que no dejaba de acelerar. Después de muchos esfuerzos, había conseguido identificar a tres posibles candidatos adecuados para el puesto de Clint, y había organizado entrevistas con James, solo para que él decidiera que no le gustaba ninguno de ellos. Por otra parte, no dejaban de llegar currículos para el puesto de Lorraine, pero ninguno reunía todos los requisitos que exigía James. Por mucho que yo insistiera en que, al menos, aceptara ver alguien que no fuera perfecto al cien por cien, él ni se lo planteaba.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Steph, dejándose caer al suelo junto a mí—. Porque creo recordar haber predicho que te lo ibas a tirar solo para descargar el odio que le tienes.

—¡Oh, venga ya! —Sentí que se me enrojecían hasta las orejas—. Por supuesto que no.

—Ya. No me lo creo ni por un segundo. Te gusta tu jefe, te gusta tu jefe —canturreó Steph, clavándome un dedo en mi dolorido estómago.

—¡Para ya! —Me volví y cogí mi teléfono—. Lo único que quiero de James es que me deje en paz un rato. Han llegado al menos media docena de mensajes suyos sobre cosas del trabajo.

—Vaya, pues sí que respeta el horario laboral, ¿no? —preguntó Steph con un resoplido.

—Para él no existe ningún horario. De hecho, él trabaja aún más horas que yo. —Empecé a revisar mis mensajes de mal humor—. Oh, oh, también tengo tres mensajes más del ogro.

—¿Qué dice? —preguntó.

—El último dice: «Nat, tenemos que hablar de la última tarea que has presentado. Nos vemos en Corrigan. Podemos tomar algo, y lo que surja». Va acompañado del emoticono guiñando un ojo, qué asco.

—¿No hay ninguna regla en contra de eso? —Steph fingió que vomitaba—. ¿No se puede meter en un lío por ser tu profesor?

—Todo el mundo está tan emocionado con que nos dé clase un diseñador tan famoso, que es prácticamente intocable —dije, negando con la cabeza.

—Tienes que pararle los pies como sea. Solo va a ir a peor. Está claro que no capta las indirectas.

—¿Y qué le digo? No quiero que se enfade conmigo y me suspenda.

Steph tamborileó con los dedos en sus rodillas, frunciendo los labios, y empecé a preocuparme. Sabía que esa actitud no presagiaba nada bueno.

—¿Por qué no te inventas que tienes novio? —preguntó—. No, espera, ¡tengo una idea mejor! ¡Finge que *James* es tu novio!

La idea me hizo soltar una carcajada.

—Bueno, James es bastante imponente.

—¡Hazlo! —dijo, clavándome el dedo otra vez, ahora en el costado—. Le mandas un mensaje al ogro y le dices que acabas de volver de cenar con James y la cosa se está poniendo sexi. Dile también que es un amante tan increíble que seguro que no te acordarás del teléfono durante horas.

—¿En serio? Sería bastante raro que le hablara de esas cosas...

—¡El que es raro es *él*! Ahora tienes que bajar a su nivel. Venga, no le va a entrar en la cabeza nada que no esté clarísimo.

—Supongo... —dije, sin estar muy convencida—. Pero no sabría qué decir. Mi idea de una conversación explícita se basa en las novelas románticas, y ni en broma voy a hablarle de ese modo.

La cara de Steph se iluminó con una sonrisa que significaba que debía ir con cuidado. Lo sabía

por experiencia.

—Pásamelo —dijo, con la mano extendida—. Yo lo haré.

Bueno, el hecho de que supiera que debía ir con cuidado no significaba que fuera a hacerlo. Se me daba muy mal decirle que no a Steph, de ahí que me obligara a entrenar tanto.

—De acuerdo, vale —acepté, entregándole mi teléfono—. Pero intenta no pasarte mucho, ¿de acuerdo?

—Seré la discreción en persona —prometí—. ¿Qué te parece esto? —preguntó, leyendo el mensaje en voz alta mientras lo escribía—. «Lo siento, imposible. Mi novio James y yo nos estamos preparando para divertirnos un poco», y pongo el emoticono de los labios y el de la berenjena.

—Sí, hay que usar emoticonos. Ese es su lenguaje del amor —dije, entre risas.

Mi teléfono recibió un mensaje enseguida, y Steph leyó su respuesta con una mueca.

—Puaj. Pregunta qué tiene James que no tenga él. Ahora es cuando hay que convencerle, hora de cargar las tintas —dijo Steph muy decidida, disfrutando de su papel de escritora—. Describiré lo tremendamente bueno que está James y cuánto te encanta su enorme polla.

Me caí de espaldas, muerta de risa. El teléfono volvió a sonar.

—Hablando del rey de Roma, un mensaje de James. Pregunta en qué servidor se guardan los informes de especificaciones, pero creo que antes deberíamos contestar al ogro —informó Steph, y empezó a teclear en mi teléfono con rapidez—. «Mi novio James está tan bueno como un modelo. Ojos azules, una enorme tableta de chocolate y una polla perfecta. Es tan grande que casi no me cabe en la boca. Le encanta que sea capaz de meterme sus veinte centímetros hasta la garganta».

—¡Por el amor de Dios! —grité, tapándome la cara mortificada—. ¡No puedes decirle eso a mi profesor! ¡Bórralo ahora mismo!

—Demasiado tarde, ya lo he enviado —dijo ella alegremente—. Pero no te agobies, es por tu bien. Si eso no le deja claro que no te interesa lo más mínimo, seguirá insistiendo.

—Uf, vale —dije, poniéndome en pie con un quejido y las manos en los muslos—. Eres perversa, ¿lo sabías? Esas sentadillas casi acaban conmigo. Mañana me voy a morir de dolor.

—Ya me darás las gracias cuando quieras ponerte un bikini —dijo riendo, y se dirigió hacia la cocina.

En ese momento, sonó mi teléfono y, al mirar la pantalla, vi que era James.

—Vaya, a James le deben hacer mucha falta esos informes, porque me está llamando.

Contesté, tratando de ignorar el hecho de que solo hacía un momento que estábamos hablando de sus atributos.

—Hola, ¿qué pasa?

—Dímelo tú —dijo él con sequedad.

Su tono me puso furiosa al momento. James no era mi dueño, yo tenía derecho a utilizar mi tiempo libre como quisiera.

—Un momento, ¿es porque no te he enviado esos informes al instante? Lo siento, pero estaba haciendo otra cosa, perdona por no estar lista para saltar cuando has chasqueado el látigo —repliqué—. Los informes están en el disco G, pero si me das tres minutos, te los puedo enviar yo misma.

La línea se quedó en silencio durante un momento, y me preparé para la bronca que seguro que iba a echarme. Hasta ahora, habíamos trabajado bien juntos, pero había momentos en los que sacaba a relucir su lado capullo, como entonces.

—No te llamo por los informes —dijo, en un tono que no había escuchado nunca—. Te llamo por el mensaje de texto.

—¿De qué hablas? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Qué mensaje?

—¿Te suena algo sobre «veinte centímetros»?

La sangre se me heló en las venas y estuve a punto de dejar caer el teléfono.

—¿Y algo sobre «mi novio James»? —continuó—. ¿Te importaría explicármelo?

Ahora no había duda sobre su tono: estaba furioso. Empecé a caminar en círculos, y Steph vino a observar, con los ojos muy abiertos.

—¡James, siento muchísimo que hayas recibido ese mensaje! Te prometo que no era para ti. No es lo que crees... De verdad que no quería... Hum, bueno, sé que era muy grosero y totalmente inapropiado, pero ¡te aseguro que tenía una buena razón para enviarlo!

Steph se llevó una mano a la boca, y empezó a dar saltos enloquecida.

—Te escucho —dijo él.

Seguí caminando en círculos, tratando de encontrar la forma adecuada de explicar por qué le había enviado un mensaje acerca de lo que guardaba en los pantalones.

—Bueno, hum, ¿te acuerdas de que te hablé de ese profesor tan desagradable que tengo? Es que se comporta de una forma cada vez más asquerosa y no deja de pedirme salir, así que hemos... quiero decir, yo, he fingido que eras mi novio. Y, bueno, le he escrito de forma bastante explícita para dejar claro que estoy con alguien y él no me interesa. Tenía la esperanza de que la descripción ayudara a que se creyera la historia.

Se produjo una nueva pausa mientras él asimilaba mi explicación.

—Así que has decidido utilizarme a mí, que soy tu *jefe*, como novio imaginario.

Oh, lo rápido que me iba a despedir...

Aun así, no quería utilizar la excusa de echarle la culpa a Steph porque, al fin y al cabo, era yo quien le había entregado el teléfono. No es que ella lo hubiera hecho a mis espaldas, ni nada por el estilo, así que no había necesidad de complicar con detalles una historia que ya era bastante ridícula por sí sola.

—Bueno, tú me estabas enviando mensajes también, así que, bueno, te tenía presente en ese momento —expliqué en un tono agudo que no sonaba como mi voz.

Por supuesto, no me molesté en decirle que también lo tenía muy presente cada vez que cerraba los ojos, ni que había disfrutado de sus veinte centímetros en mis sueños.

—¿Es cierto que ese hombre te está acosando? —preguntó James en un tono que daba menos miedo—. ¿Está yendo a peor?

—Sí, la verdad es que la situación se está poniendo muy difícil. No sé cómo quitármelo de encima. —No pude evitar una mueca de disgusto—. Supongo que eso es evidente.

Steph se había quedado allí plantada, mirándome con una sonrisa maligna, como si estuviera disfrutando con mi tormento.

—Yo podría ayudarte con eso —dijo James—, si aceptas mi ayuda, claro.

—¿Qué... qué quieres decir?

Su oferta me llenó de dudas, pues estaba segura de que pediría algo a cambio. Algo como mi promesa de estar disponible las veinticuatro horas del día para contestar sus llamadas, o de responder a sus mensajes en cinco minutos o menos.

—Tendrás que demostrarle que estamos juntos de verdad, y no soy solo una historia que te has inventado. ¿Por qué no te recojo cuando salgas de tu próxima clase? Tal vez eso dé resultado. —Tras una pausa, continuó—. Y si no es así, le partiré la cara.

El tono protector de James me hizo sentir mucho mejor; tuve la sensación de que volvía a respirar. ¡No iba a despedirme! De hecho, se estaba ofreciendo para ayudar a resolver mi problema, y eso era lo último que habría esperado después de mencionar sus atributos en un mensaje de texto. ¿Le habría halagado que pensara que medía veinte centímetros ahí abajo?

—¿Todo bien? —vocalizó Steph sin voz.

Tras asentir con la cabeza, me senté en el sofá y ella hizo lo mismo en la silla frente a mí, desde donde no se perdería detalle del desastre en que se había convertido mi vida.

—¿De verdad? ¿Harías eso por mí?

Me emocionaba imaginarme a James como mi caballero defensor. *Ese* sí parecía ser el James del que me había hablado Christopher: el hombre dispuesto a ayudar siempre a la gente que le importaba. Claro, no es que yo le importara personalmente, pero si quería que trabajara bien para él, necesitaba asegurarse de que estuviera tranquila y centrada.

—No detesto nada más que a un hombre en posición de autoridad que se aprovecha de su poder. Estoy seguro de que cree que puede intimidarte para que salgas con él, así que me encantará ayudarte a demostrarle que se equivoca. Si es necesario, aplastaré a ese gusano.

Sonreí al suelo, porque sabía que, si miraba a Steph, ella intentaría hacerme soltar una carcajada.

—Eso sería increíble, y es mucho más de lo necesario. Tendré que encontrar la manera de agradecértelo.

A Steph se le escapó un resoplido tan fuerte que, contra todo mi sentido común, no pude evitar mirarla, y la encontré haciendo gestos obscenos con una mano. Le tiré un cojín a la cabeza.

—No tienes que agradecerme nada, tú céntrate en hacer un buen trabajo en la oficina —contestó James.

—Bueno, ya me pagas por hacer eso, pero lo que me estás ofreciendo ahora es mucho más. Desde luego que tengo que darte las gracias por tu ayuda. —Contuve una risa cuando se me ocurrió algo—. ¡Tengo una idea fantástica! ¿Y si te doy una serenata? Sé que te gusta mucho mi forma de cantar.

—De *ninguna* manera —rio él.

—Oh, venga ya —insistí, acomodándome en el sofá y cruzando las piernas—. ¡Podría cantarte los grandes éxitos de Beyoncé! ¿Te lo imaginas? Una hora entera tratando de alcanzar esas notas agudas. Te encantaría.

—Te pagaré para que no lo hagas —contestó con rapidez.

Hasta ahora, nunca había escuchado ese tono ligero en su voz. ¡El gran jefe se lo estaba pasando bien conmigo!

—Oh, esto se está poniendo interesante —ronroneé—. ¿De cuánto estamos hablando? Porque no soy barata, señor Branson.

—De mucho. Montones y montones de dinero. —Podía escuchar la sonrisa en su voz.

—Creo que eso me interesa, pero te perderías algo increíble, en serio. —Me aclaré la garganta y canturreé de la forma más desafinada posible—: *Mi-mi-mi-mi*.

Steph se estaba partiendo de risa.

—¡Para! —suplicó James—. Déjalo ahora mismo. ¡Es horrible!

—Oh, qué antipático eres —protesté.

—Te estoy ofreciendo dinero para que no cantes. Yo diría que es una oferta bastante justa.

—De acuerdo, trato hecho —acepté con una sonrisa—. Podemos acordar los detalles cuando me recojas de clase. Y, en serio —continué tras una pausa—, muchas gracias por ofrecer tu ayuda.

—De nada.

Nos quedamos callados, como si ninguno de los dos supiera qué decir a continuación, pero tampoco estuviéramos dispuestos a terminar aún la conversación.

—Ah, y acerca de esos informes —dije, tratando de hablar de algo más sencillo—. Los descargaré del servidor y te los enviaré en cuanto colguemos.

—Claro, sí, por supuesto —dijo él, volviendo al tono profesional—. Te lo agradezco.

—¡De acuerdo, um, gracias por llamar! —dije, sonrojándome al recordar la parte de su anatomía que había motivado esa llamada—. Quiero decir, ha sido un poco raro, pero lo hemos resuelto, ¿verdad?

—Sí. Hasta mañana.

Corté la llamada y me quedé mirando al teléfono en silencio.

—Caray —dijo Steph.

—Al final no ha salido tan mal —dije, encogiéndome de hombros.

—Nat, tendrías que haber visto tu *cara*. ¡No te he visto tan animada en siglos! No sabes la sonrisa que tienes ahora.

Me retorcí, incómoda, porque sabía que tenía razón.

—Para. Solo estábamos diciendo tonterías.

—Exacto, te estabas divirtiendo y *tonteando* con él. Me sorprende que aún te acuerdes de cómo se hace, pero la verdad es que no se te da nada mal. Supongo que es como montar en bici.

—No estaba tonteando con mi jefe. ¡De ninguna manera! —Intenté lanzarle una mirada asesina, pero no conseguía borrar la sonrisa que se había fijado en mi cara—. Estaba intentando salvar mi puesto de trabajo, que he estado a punto de perder gracias a tus mensajes clasificados X.

—Vale, vale —dijo ella, alzando las manos en gesto de derrota—. Lo que tú digas. Yo solo te cuento lo que veo. Entonces, ¿te va a ayudar?

—Sí, va a ir a buscarme al salir de clase para hacer creer a MG que somos una pareja de verdad.

—Hm. Qué amable por su parte acudir a salvarte —dijo ella con las cejas muy levantadas—. Parece un jefe muy «dedicado». —Enfatizó la palabra con el gesto de comillas, pero yo ignoré esa insinuación.

—Eso es exactamente lo que es. Nada más.

—Tal vez, si tienes suerte, podrás averiguar si nuestra estimación era correcta.

—¿Qué?

El brillo travieso en los ojos de Steph no me estaba gustando nada. Ella separó las manos como si estuviera midiendo algo.

—¿Los veinte centímetros?

—¡Déjalo ya! —grité, y las dos caímos sobre los cojines, muertas de risa.

JAMES

Golpeé la puerta de Christopher como pude, tratando de no dejar caer el paquete que llevaba en las manos. Los anteriores cumpleaños de mi hermano habían sido motivo de grandes celebraciones, ya que su ex siempre utilizaba cualquier excusa para gastar su dinero. Le encantaba organizar suntuosas fiestas en su honor, pero todos sabíamos que eran, sobre todo, para ella misma. En cambio, estos días teníamos suerte si conseguíamos sacar a Christopher de casa para tomar un café. Con un suspiro, pensé en que, algún día, conseguiría llegar hasta él y recuperaría al Christopher de antaño. No quería considerar ninguna otra posibilidad.

Los pasos que escuché acercarse eran demasiado rápidos para ser los de mi hermano, que solía moverse con lentitud. Cuando la puerta se abrió, vi a la última persona a la que habría esperado encontrar allí.

—¿Natalie? ¿Qué cojones haces aquí?

Ella se quedó de piedra un instante, y enseguida, empezó a mirar agobiada a su alrededor, como si buscara un lugar en el que esconderse.

—Um... hola, James.

Me dedicó un pequeño saludo con la mano, mientras yo intentaba ignorar hasta qué punto resultaba atractiva con una simple sudadera con capucha, vaqueros rotos y zapatillas Vans.

—¿Qué está pasando? —exigí—. ¿Por qué estás en el piso de mi hermano? ¿Se encuentra bien?

Natalie miró por encima de su hombro y, a continuación, salió al descansillo y cerró la puerta principal tras de sí.

—Puedo explicártelo, pero tienes que dejarme que te lo cuente todo sin interrumpir, y no puedes enfadarte conmigo.

—No pienso prometerte nada de eso.

—De acuerdo. Entonces, me marchó.

Se dio la vuelta para volver a entrar en el apartamento, pero la sujeté por un brazo. Ella bajó la mirada al punto en el que mi mano rodeaba su brazo y la solté al instante, comprendiendo que había cruzado un límite. No debíamos tocarnos, porque el contacto era peligroso.

—Por el puto amor de Dios, Natalie. —Suspiré—. Te prometo que no me voy a comportar como

un imbécil, pero dime qué está pasando. Se trata de *mi* familia.

Una sombra oscureció su expresión durante un instante, pero enseguida inspiró para tomar aliento y empezó a hablar.

—Bueno, es que Rhea me contó que Christopher todavía tenía un montón de los diseños antiguos en papel, y me pareció que, para que el proyecto de Pantone tenga el mayor éxito posible, necesitamos acceder a *todos* los modelos. Así que yo... —Sus mejillas enrojecieron, y tuvo que hacer una pausa—. Envié un mensaje a tu hermano para preguntarle si podía ver los diseños.

Abrí la boca para pegarle un grito, pero recordé mi promesa justo a tiempo y opté por limitarme a cruzar los brazos y mirarla irritado.

—¡A él le pareció muy bien! —continuó ella con rapidez—. Fue él quien me invitó a venir, yo no habría venido si no me lo hubiera ofrecido, te lo prometo. Es posible que me equivoque en ocasiones, como cuando dije que eras mi novio, pero no soy tan estúpida. —Pareció distraerse pensando otra vez en la conversación sobre mis veinte centímetros, pero se recuperó enseguida—. El caso es que nos hemos caído bien y... bueno, desde entonces, he venido varias veces para colaborar con él. Ha sido increíble.

Durante un instante, sentí un destello de amargura al imaginar a Natalie y mi hermano juntos, sentados a la mesa intercambiando ideas. ¿Estarían...?

Pero no, Christopher no era adecuado para alguien como Natalie, sobre todo en su estado actual. A pesar de la mujer con la que se había casado, por lo general le atraían mujeres tranquilas y de tendencia maternal. No alguien como la fierecilla de Natalie.

—Entonces, ¿está yendo todo bien? —pregunté con cautela, porque no estaba acostumbrado a que nadie me diera informes de situación sobre mi hermano, exceptuando a Bernie.

—¡Está yendo fenomenal! —contestó ella con una sonrisa enorme—. Me ha ayudado muchísimo y me ha hecho observaciones muy útiles sobre mi trabajo. En serio, sus consejos son increíblemente agudos. Es un hombre encantador.

Me debatí entre el alivio de que hablara tan bien de mi hermano y... un momento, ¿tenía celos del tiempo que estaban pasando juntos?

—En eso tienes razón, Christopher es único.

—Veo que le has traído un regalo —dijo ella, señalándolo—. Me siento fatal, porque no tenía ni idea de que era su cumpleaños, y él tampoco me lo dijo cuando quedamos en vernos hoy. Ha sido Bernie quien me lo ha contado.

—Un momento... —dije, atónito—. ¿Mi *abuela* también está aquí?

—Es una fiesta improvisada —dijo ella, con una sonrisa aún más grande—. ¡Pasa!

Seguí a Natalie y, al entrar en la casa, me pareció que se había transformado por completo. Mi abuela, por supuesto, había traído flores y globos como era habitual, pero tuve la sensación de que la música que sonaba a todo volumen era obra de la peor cantante de karaoke de la historia.

—Mirad a quién he encontrado rondando en el descansillo —dijo Natalie con una risa al entrar

en el salón.

—¡Ahí está! —exclamó Bernie, animada—. ¡Ven aquí!

Mi abuela se acercó con los brazos muy abiertos y con su amplia y fluida blusa turquesa de diseño Branson ondeando tras ella. Estaba seguro de que había peinado su pelo canoso en aquel elegante moño especialmente para esta ocasión. Al abrazarla e inspirar su familiar perfume, tuve la sensación de que una tensión que no había notado hasta ahora desaparecía de mi nuca. Mi padre había muerto cuando yo no era más que un bebé, y Bernie y mi madre me habían criado entre las dos. Abrazar a mi abuela era como llegar a casa.

—¿Qué diablos hacíais los dos en el descansillo tanto rato? —preguntó Christopher y, señalando a Bernie, continuó—. He estado a punto de enviaros a una carabina.

Al mirar a Natalie, observé que se había sonrojado.

—Cosas del trabajo. Bueno, feliz cumpleaños, atontado. —Le mostré el regalo que había traído—. Es un libro.

—Vaya, gracias por arruinarme la sorpresa —bromeó.

Lo que no le había dicho era que se trataba de una edición limitada de un tomo ilustrado de Clarence Avignon, el famoso fotógrafo de moda, firmado y comentado por él mismo, y que además incluía uno de nuestros diseños originales.

—Llegas justo a tiempo, la cena está en camino —dijo Bernie.

—Hemos pedido las cosas más absurdas que se nos han ocurrido, así que prepárate para un picoteo muy divertido —añadió Natalie.

Suspiré, porque había previsto hacer solo una visita rápida, y ahora parecía que iba a tener que quedarme un buen rato.

—¡Sentaos, sentaos! —ordenó Bernie—. Agua con gas para todos, ¿os parece?

Desapareció en la cocina antes de que nos diera tiempo de contestar. Tomé asiento en el sofá, frente al sillón en el que estaba Christopher, y como el enorme bolso de Chanel de Bernie ocupaba casi por completo el otro sillón, Natalie no tuvo más opción que sentarse a mi lado.

—Tu empleada me cuenta que la estás matando a trabajar —dijo Christopher, mirándonos.

Miré a Natalie, boquiabierto.

—¿En serio le has dicho...?

—¡No! Por supuesto que no he dicho nada de eso, liante. —Fingió darle un manotazo a Christopher—. Lo que dije es que es un jefe estupendo y estoy aprendiendo muchísimo.

—Bueno, muchas gracias —contesté con una inclinación de la cabeza—. Natalie, por su parte, es una empleada excepcional. Tiene muy buen ojo y entiende de forma intuitiva cómo trabajamos en Branson. Estoy muy contento con su trabajo.

Natalie se giró en su asiento para dedicarme una sonrisa.

—¡Para! Vas a hacer que me avergüence.

—¿Por qué? Es cierto —insistí.

—Lo cierto es que hacemos un buen equipo —dijo ella, sin dejar de mirarme—, lo que es bastante sorprendente, considerando cómo nos conocimos.

El recuerdo de nuestro primer encuentro me hizo reír. Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces.

—Sí, nunca lo habría imaginado, teniendo en cuenta que casi me dejás fuera de combate con una fregona mojada.

—¡Me estaba defendiendo de un acosador! —rio ella, tapándose la cara con las manos.

Christopher nos miraba con cara de no comprender ni una palabra.

—¿De qué estáis hablando? ¿Fregona? ¿Acoso?

En ese momento sonó el timbre, y Bernie salió de la cocina a toda prisa para ir a abrir.

—Será la comida. ¡Yo me encargo!

Christopher se puso en pie de un salto, y me fijé en que llevaba unos vaqueros limpios y una camisa, en lugar de sus habituales pantalones cortos de deporte y camiseta enorme.

—Esa es Julia —dijo, al tiempo que se metía el faldón de la camisa dentro del pantalón—. Es fantástica, te caerá bien.

—¿Te has hecho amigo de la chica de los recados? —pregunté.

—Qué pijo eres, no la llames así. —Me miró con cara de enfado—. Necesita trabajar para pagarse los estudios y este es su trabajo.

La casa se llenó de voces alegres, y me apresuré a dirigirme a ayudar con la comida. Cuando vi a Julia, comprendí por qué Christopher se había apresurado a defenderla. Era una joven encantadora, con una coleta rubia cubierta por una gorra de béisbol y una enorme sonrisa que invitaba a devolverla.

—Te he traído unas flores por tu cumpleaños —dijo con timidez, entregando a Christopher un ramo de girasoles y rosas amarillas—. Espero que no te parezca muy raro.

Observé la cara de mi hermano y pude ver que le estaba costando mantenerse impasible. El corazón se me encogió cuando, por fin, parpadeó y su expresión reflejó lo conmovido que estaba.

—No, son... increíbles. Nadie me había regalado flores hasta ahora —dijo en voz baja—. Muchas gracias.

Bernie, que no parecía haberse dado cuenta de nada, se las quitó de las manos.

—¡Qué bonitas! Voy a colocarlas en un jarrón. Julia, puedes dejar todo eso en la mesa del comedor. Chicos, que se note que os he educado bien. Id a ayudarla.

—Soy James. —Tendí la mano a Julia, quien me la estrechó con una sonrisa.

Natalie ya se estaba encargando de abrir las bolsas, que venían llenas hasta los topes.

—¿Qué es todo esto que habéis comprado? ¿Os habéis vuelto locos? —preguntó James, mirando una caja de palomitas de maíz con caramelo que tenía en la mano.

—¡Aperitivos! ¡Deliciosos, divertidos y malos para la salud! Comida basura, como si fuera una fiesta para niños —contestó Natalie.

—Y yo he añadido un par de sorpresas —dijo Julia, abriendo una caja que parecía ser de pizza, pero contenía una enorme galleta cubierta de glaseado, del tamaño de una tarta.

Christopher se acercó a ella.

—¿Esto lo has pagado tú?

Ella asintió con timidez.

—¡Mira que te lo he dicho, J! —exclamó, tratando de reñirla a pesar de la enorme sonrisa que adornaba su cara—. Tienes que dejar de comprarme cosas. Lo digo en serio. La propina de hoy va a ser absurda.

—Estoy de acuerdo —dije, mientras colocaba sobre la mesa cinco contenedores llenos de *fingers* de pollo humeantes.

Bernie volvió con un jarrón de cristal en el que había dispuesto las flores y que, sin duda, debía ser una de las pocas cosas que no se había llevado la ex de Christopher.

—Oh, no os preocupéis por eso. Julia recibirá una propina estupenda hoy.

Aunque mi abuela tenía sus fallos, no se le podía acusar de ser parca con las propinas.

—Bueno, creo que eso es todo —dijo Julia, recogiendo sus bolsas—. Os dejo ya. Christopher, te deseo un feliz cumpleaños. James, Natalie y Bernie, encantada de conocerlos.

—Espera un momento —dijo Christopher con rapidez, acercándose a ella—. ¿Por qué no te quedas un rato? Únete a la fiesta, por favor. Tenemos comida de sobra.

—¿En serio? —Nos miró a todos, dudosa—. Bueno, lo cierto es que ya he terminado mi trabajo por hoy.

—Dadle un plato a esta chica —apoyó Natalie—. Cuantos más, mejor.

Pasamos el resto de la tarde sentados alrededor de la mesa contando historias, comiendo y riendo. Christopher estuvo mucho más animado de lo que le había visto en mucho tiempo, y parecía no poder apartar la mirada de Julia. Por suerte, parecía que ella también se sentía atraída por él, y no dejaba de encontrar excusas para tocarle o servirle más comida. Aunque lo hacía bajo el pretexto de atender al chico del cumpleaños, estaba seguro de que allí había algo más.

También me fijé en que Natalie parecía sentirse a gusto con mi familia, pero ese era uno de sus muchos dones. Cuando quería, podía resultar absolutamente encantadora. Al principio no se había mostrado así conmigo, pero en los últimos tiempos, parecía que nuestra relación se había estabilizado. Si conseguía ignorar la maldita atracción que hervía en mi sangre, trabajaríamos muy bien juntos. Con el tiempo, encontraría a alguien para el puesto de Clint, de forma que no

tendría que trabajar más con el departamento de diseño, y la sustituta de Lorraine se haría cargo del trabajo de asistente; cuando ocurriera eso, Natalie volvería a ser tan solo otra empleada de Branson. Dejaría de ser alguien a quien ansiaba ver todos los días y, desde luego, ya no sería la mujer en la que no podía parar de pensar.

Tras un par de horas en las que lo pasamos muy bien juntos, y cuando en la mesa ya solo quedaban cajas vacías, Julia se puso en pie y empezó a recoger.

—¿Puedes dejar eso? —pidió Christopher—. Eres mi invitada.

—Solo quiero ayudar y, de todos modos, tengo que irme enseguida. Tengo clase esta noche, pero te agradezco mucho que me hayas invitado. Me lo he pasado genial.

Sus ojos brillaban al mirar a Christopher.

—Yo también —contestó él—. Te acompaño a la puerta.

Bernie nos miró con una gran sonrisa cuando se marcharon.

—Bueno, bueno. ¿Habéis visto lo mismo que yo?

—¡Se gustan! —dijo Natalie, dando un golpe en la mesa para enfatizar sus palabras—. Él tiene que pedirle una cita ya.

—Estoy de acuerdo —dije—. Creo que será buena para él.

—¿Qué es buena para quién? —preguntó Christopher, que había vuelto al comedor—. ¿De qué habláis?

—De quién —corrigió Bernie, señalándole con el dedo—. Hablamos de ti, querido. Estábamos comentando la atracción que parece haber entre esa encantadora señorita y tú.

—Oh, venga ya, ni en broma —dijo Christopher con una carcajada incómoda—. Yo no le gusto a Julia, solo estaba siendo agradable con un cliente habitual.

—Eres un poco lelo —dije con una risa burlona—. ¿No te das cuenta de cuándo una mujer está tonteando contigo?

Christopher me miró a los ojos sin pestañear.

—Mira quién habla.

Bernie soltó una risilla, pues estaba muy acostumbrada a nuestras discusiones. Sin embargo, yo me empecé a sentir incómodo.

—¿Disculpa?

—Reconozco las chispas cuando las veo —dijo, volviendo la vista hacia Natalie.

Al oír aquello, ella se levantó de un salto y empezó a recoger la mesa como si le pagaran por ello, con las mejillas encendidas.

—Creo que ya es hora de que me vaya yo también —dije, cogiendo unas cuantas cajas y apilándolas sobre mi plato.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —dijo Bernie, que claramente estaba disfrutando de aquella situación.

Eché una mirada rápida a Natalie, pero ella estaba ocupada recogiendo otro montón de envases vacíos. A juzgar por la forma tan eficiente en que los apilaba, era obvio que había debido trabajar de camarera en el pasado.

—Christopher, esto ha sido muy divertido, pero ya sabes que aún tenemos trabajo que hacer —dijo Natalie con seriedad fingida—. Como hoy es tu cumpleaños, te vas a librar, pero la próxima vez habrá que recuperar el tiempo perdido.

—De acuerdo, jefa. Lo que tú digas. —Levantó los brazos en gesto de rendición.

Natalie se dirigió a la cocina.

—¡James! —gritó Bernie, en un tono lo bastante alto como para que Natalie se detuviera a medio camino—. Espero que hayas previsto llevar a esta chica a casa en tu coche. No esperarás que vaya a coger el metro, con tu conductor esperando ahí fuera.

Era muy propio de mi abuela eso de meterse en mi vida. En *todas* nuestras vidas. Siempre creía saber qué era lo mejor, y lo peor de todo era que casi siempre tenía razón. Por esa razón no se me ocurrió discutir con ella, a pesar de que se me aceleraba el pulso solo de pensar en estar a solas con Natalie en mi coche.

—Bueno, pues ya está decidido. Pensaba quedarme un rato más con mi hermano, pero si Bernie dice que me marchó, entonces me marchó. —Me volví a Natalie—. ¿Puedo acercarte a casa?

Una de las cajas vacías que llevaba se cayó en ese momento de la pila, y ella se agachó para recogerla.

—Uh, claro, sí, eso me viene muy bien. Quiero decir, muchas gracias. Solo voy a... —Hizo un gesto con la cabeza para señalar las cajas que llevaba en las manos y desapareció a toda velocidad en la cocina.

Christopher, que la estaba observando, se volvió hacia mí con una sonrisa torcida.

—No la cagues —dijo en voz baja.

En lugar de contestar, preferí ajustar la hora en el Patek Philipe que llevaba en la muñeca. No pensaba decirle a mi hermano que sólo éramos compañeros de trabajo, y no podríamos ser nada más que eso.

NATALIE

—Desde luego, esto es mucho mejor que el metro —dije al entrar en el coche negro que esperaba ante la puerta del edificio de Christopher—. Gracias otra vez por llevarme.

James hizo un gesto con la cabeza al conductor y se sentó a mi lado.

—A estas horas el tráfico no está tan mal, no es ningún problema.

—Sí, pero seguro que Brooklyn no te pillará de paso.

—Eso es cierto —confirmó, encogiéndose de hombros—, pero tengo aquí el ordenador y el teléfono, y podré trabajar un poco de camino a mi piso. Me da lo mismo hacerlo aquí que en casa.

Estuve a punto de decir algo sobre lo poco saludable que era trabajar tanto, pero me pareció que sería descortés hacerlo en ese momento, cuando me estaba haciendo un favor. Además, él tenía más razones para estar descontento conmigo de las que yo tenía para estarlo con él.

—Entonces, ¿no te has enfadado conmigo por ponerme en contacto con tu hermano?

Le miré nerviosa, pensando que tal vez había pasado la tarde intentando evitar que se le notara el disgusto por haberme infiltrado en su familia.

—Al principio sí lo estaba, pero ahora creo que volverse a implicar en el negocio seguramente sea bueno para él. Necesita mantenerse ocupado, y creo que lo mucho que le admiras le hace sentir mejor.

Respiré aliviada, mientras miraba pasar la ciudad al otro lado de la ventanilla. Quería saber más. Quería comprender por qué un hombre con semejante don para el diseño se había apartado del mundo. Sí, una ruptura complicada podía llevarle a uno a hacer algo así, pero daba la impresión de que a Christopher le había ocurrido algo más. El ambiente en el coche en ese momento era más relajado, así que pensé que esa era mi oportunidad de preguntar lo ocurrido y conocer la historia completa. Así podría poder ofrecerle todo mi apoyo con lo que fuera, porque me caía muy bien.

—Me habló un poco de su ex —empecé con cuidado, esperando dar a James pie para hablar.

—Amanda. —Puso los ojos en blanco—. Ojalá nunca la hubiera conocido. Esa mujer sigue haciendo de su vida un infierno.

—¿Qué pasó? —pregunté, cruzando los dedos en mi cabeza, con la esperanza de que no me hiciera callar o me dijera que no me metiera en lo que no me importaba.

En ese momento, pasamos por un bache que hizo que nuestras rodillas se tocaran durante un momento. Para mi sorpresa, ninguno de los dos se apartó enseguida, aunque James fue el primero en volver a su postura anterior.

—Si vas a seguir trabajando con él, creo que será mejor que lo sepas, para que no metas la pata sin querer.

Tras decir eso, pulsó un botón oculto y un panel opaco se elevó entre nosotros y el conductor. James esperó unos momentos antes de seguir hablando.

—Christopher se enamoró sin remedio de una mujer que no le convenía en absoluto. A Amanda le importan mucho las apariencias. Quería que Christopher adquiriera algo de fama, que se dejara ver en los entornos que contaban. Montones de eventos, fiestas, inauguraciones y todo eso. Él quería hacerla feliz, así que se dejaba llevar, pero ese no era su ambiente. No sé si lo has notado, pero mi hermano es bastante introvertido. Se desenvuelve muy bien en grupos más pequeños, pero no le gustan nada los grandes acontecimientos ni tener que estar animado todo el tiempo. Puede hacer el papel durante un rato, pero se agota enseguida.

—No estaba segura de si era eso lo que le había pasado, o si...

—No, esa es su forma de ser. —James sacudió la cabeza—. Te puedes imaginar lo mucho que le costaba ir a todas esas fiestas con Amanda, pero ella se negaba a abandonar ese ritmo de vida. Siempre conseguía lo que quería. Lo que tuvo que hacer para resistirlo fue odioso. —James hizo una pausa en ese punto y, al mirarle, vi su expresión ceñuda—. Estaba agotado todo el tiempo, tan exhausto que acabó... recurriendo a las pastillas.

—Oh, ¡no! —El corazón se me cayó a los pies al comprender lo que eso significaba.

—Sí. Creyó que eran su única opción para ser capaz de hacer su trabajo durante el día, y mantener la energía durante la noche. Le funcionó durante algún tiempo, pero las cosas no tardaron en empeorar. Él quería formar una familia, pero Amanda se negaba. Antes de casarse, ella había dicho que no quería tener hijos, mientras que Christopher siempre había querido ser padre. Él creyó que podría hacerle cambiar de opinión y mantuvo la esperanza durante mucho tiempo. Le prometió lo que quisiera, desde una niñera interna hasta comprarle a su madre el piso debajo del suyo para que les ayudara, pero Amanda se mantuvo firme. Se negaba a ser madre.

Observé la cara de James, iluminada por las luces de neón de la ciudad.

—Christopher empezó a tomar aún más pastillas para poder asumir el giro que había tomado su vida, y se acabó convirtiendo en un adicto. Como te puedes imaginar, esa fue su perdición. Empezó a comportarse de forma incoherente en el trabajo y la calidad de sus proyectos empeoró con rapidez. Me avergüenza admitir lo mucho que tardé en comprender lo que estaba pasando. Cuando nos veíamos, siempre tenía alguna excusa para su comportamiento, así que en la empresa tardamos bastante en darnos cuenta de nada. Bernie había empezado a reducir su implicación en el trabajo unos diez años antes, después de su primer infarto, y parte del control que ella mantenía sobre la empresa se dividió entre diferentes departamentos, de forma que ninguno sabía lo que hacían los demás. Esa fue la razón por la que tardamos tanto en darnos

cuenta del problema que había en el departamento de diseño. Hace tres años, cuando Bernie tuvo el segundo infarto y yo me hice cargo como presidente, fue cuando se produjo la crisis. No tuve más remedio que intervenir y enviarle a rehabilitación. Para resumir, fue una época muy complicada.

—¿Y su mujer no le ayudó?

—A Amanda no le importaba nada de eso —dijo James, tras hacer un sonido despectivo—. A ella solo le interesaba su cuenta corriente, que le permitía hacer todo lo que quería.

—Entonces, eso es lo que ha querido decir... —Dejé la frase en el aire mientras conectaba las ideas—. No ha sido muy claro, pero ahora lo entiendo.

—No le gusta hablar de ello —dijo James, jugueteando con su reloj—. No es de extrañar.

—Supongo que Amanda no le estaba esperando con los brazos abiertos cuando salió de rehabilitación.

—¡Le pidió el divorcio mientras estaba allí! —Su risa sarcástica resonó en el coche—. Vaya con lo de «en la salud y en la enfermedad», ¿eh?

—Oh, pobre Christopher —susurré.

¿Cómo podía alguien ser tan cruel? No conocía a Amanda, pero ya la odiaba a muerte.

—Cuando volvió a casa, necesitó tiempo para asimilar lo ocurrido y superar la decepción de no haber tenido la vida que esperaba. —El tono de James se había suavizado, y se quedó callado unos segundos—. Me dijo que no estaba preparado para volver al trabajo, y estuve de acuerdo. Clint había estado trabajando con él y, de hecho, era él quien le cubría cuando Christopher desaparecía sin avisar, así que fue lógico darle a Clint el puesto de director. Sin embargo, ahora parece que ha sido la peor decisión de negocio que he tomado nunca.

Dejé escapar una risa afectuosa.

—Quiero dar a Christopher todo el tiempo necesario para reponerse y volver a encontrarse bien, pero no está avanzando, y eso me preocupa. Si quedarse en casa le hiciera sentir mejor, eso sería una cosa, pero me temo que su encierro le está privando de todo lo que le hace feliz, ¿sabes? —James se volvió a mirarme—. En cierto modo, me alegro de que seas una entrometida, incapaz de seguir las reglas.

Me quedé con la boca abierta, pero él extendió una mano y apretó la mía un momento.

—No lo digo en serio. Creo que le viene bien que vayas a verle y hagas que vuelva a sentirse como parte de la empresa. Gracias.

Noté que me ardían las mejillas. El breve apretón de manos, unido al cumplido que me había dedicado, me descolocaron por un momento.

—Bueno, si hay algo que conozco bien son los ex tóxicos —dije, con una risa apagada mientras intentaba ignorar el hecho de que aún sentía su mano en el punto donde me había tocado.

—Ah, ¿sí? —James me miró con una ceja levantada—. Te escucho.

No estaba segura de querer contarle los problemas de mi pasado. Había conseguido convencer a James de que era una persona equilibrada, y me preocupaba que hablarle de Dylan me hiciera parecer una perdedora. Claro, que él se había fiado de mí lo suficiente como para contarme la historia de Christopher. Por alguna razón, aquel Mercedes en el que estábamos daba la sensación de ser un espacio seguro, como un confesionario de lujo, o algo así.

—No es tan horrible como lo que le ha pasado a Christopher, pero fue bastante duro para mí. Me enamoré de alguien que me hizo cuestionarme a mí misma en todos los aspectos. Pasé de ser una persona con iniciativa y segura de sí misma, a convertirme en una especie de sombra. Con el tiempo, he comprendido que Dylan, mi ex, era un narcisista manipulador, pero mientras estuve con él, pensaba que su control demostraba lo mucho que me quería. —Bajé un poco la voz—. Tampoco es que haya tenido muchas referencias en lo que se refiere a relaciones normales.

—¿Alguna vez te agredió? —gruñó James, inclinándose hacia mí.

—No, gracias a Dios, pero hacia el final pensé que acabaría por hacerlo. Así que me callaba y me disculpaba para que las cosas no fueran a peor. Me aterraba perderle.

No pude evitar el temblor en mi voz al recordarlo. No era porque echara de menos a Dylan, sino por la constante sensación de no tener a quién recurrir, de estar sola. Había seguido con él durante mucho más tiempo del necesario, solo porque no podía soportar la idea de quedarme sola.

—Fue él quien me dejó —continuó—. Me dijo que era una perdedora y que nadie me querría jamás. Que estaba tarada. Lo creí durante muchísimo tiempo.

—Natalie...

—¿Sabes qué fue lo peor? Encontró a otra enseguida. Fue tan rápido que apostaría a que me había estado engañando casi desde el principio. —No pude contener un sollozo—. Pero me siento mal por ella, ¿sabes? Se quedó embarazada, y ahora no podrá librarse de él jamás.

Durante un momento, James no dijo nada, y se limitó a mirar por la ventana. Me sentí como una idiota por haberle contado mi historia, pues él no parecía tener el más mínimo interés en hacer ningún comentario. Sin embargo, al cabo de un rato se volvió a mirarme con una mezcla de enfado y compasión en los ojos.

—Ese hombre es un imbécil, por la forma en que te trató y por lo que te hizo creer sobre ti misma.

—¿Sabes qué es lo más raro? Aún me pregunto si tuve yo la culpa. Tal vez es cierto que no estoy bien. Tal vez no tengo nada que ofrecer, y él lo sabía. Seguramente por eso me olvidó tan rápido.

James pareció sorprendido de verdad, tuve que reconocerle el mérito.

—¿De qué estás hablando? Eso no tiene ningún sentido, Natalie.

Al mirar por la ventana, vi que aún faltaba un buen rato para llegar a casa. Daba igual ir en metro o en coche: el trayecto de Manhattan a Brooklyn siempre parecía durar una eternidad, y la conversación que estábamos teniendo hacía que, esta vez, aún pareciera más largo. Me quedé mirando el puente de Brooklyn mientras reunía el valor para seguir hablando. Ya que estábamos haciendo confesiones, decidí abrirme a él un poco más.

—No. Si tienes en cuenta mi vida, sí que tiene sentido. —Me tragué la emoción que se había acumulado en el fondo de mi garganta y me obligué a seguir hablando—. Fui una niña de acogida. Ni siquiera recuerdo a mis padres, murieron cuando era un bebé. Me pasé la infancia cargando con todas mis pertenencias en una bolsa de basura y yendo de casa en casa. Nunca tuve siquiera una maleta. Me sentía como si no valiera nada, como si yo misma fuera basura.

James dejó escapar un lamento y me volvió a coger la mano. Tuve que contenerme para no entrelazar los dedos con los suyos. Me estaba ofreciendo simpatía, no intimidad.

—Nadie quiso nunca que me quedara con ellos. —Mi voz no pasó de un susurro mientras le contaba mi secreto más oscuro—. En todas las familias que me acogieron, jamás hubo una sola persona en la que pudiera confiar, salvo por Steph, otra niña de acogida. Seguimos siendo amigas y vivimos juntas. La quiero más que a nadie en el mundo... Pero crecer así, sin ningún adulto al que recurrir, te afecta mucho. Fui una niña confundida, asustada y desgraciada, que solo deseaba que alguien la quisiera y, sin embargo, solo conseguía que me echaran una y otra vez. Hasta hoy, no puedo evitar pensar si no soy... —Me costó decirlo—. Si es imposible que alguien me quiera.

Me aclaré la garganta para no sucumbir a las lágrimas que amenazaban con derramarse de mis ojos.

—Natalie. —James me apretó la mano—. Mírame.

No quería dejarle ver las emociones que sabía que estaban escritas en mi cara. A pesar de que había decidido confiarle mi historia, ahora me sentía avergonzada, porque él era mi *jefe*, y no había ninguna razón para implicarle en mis problemas. No conseguí alzar la vista de mi regazo.

—*Mírame* —volvió a decir él, en tono más firme.

Conseguí recuperar la suficiente compostura como para alzar los ojos hasta los suyos, y encontré en ellos una mirada tan cariñosa que casi no le reconocí.

—Por desgracia, te has pasado la vida rodeada de personas que no aprecian lo especial que eres, pero ese es *su* problema, no el tuyo. Siento que te hayan hecho tanto daño, y durante tanto tiempo, pero la forma en la que te han tratado no debe definir lo que piensas de ti misma. Sé que una parte de ti aún se siente dolida, pero también sé que estás dispuesta a luchar por lo que crees. Eres una luchadora, siempre lista para atacar. Sé de primera mano lo que eres capaz de hacer con una fregona.

Conseguí esbozar una débil sonrisa.

—Pero todo ese dolor ya solo es parte del pasado. Espero que puedas ver cómo han cambiado las cosas. Tienes un futuro brillante ante ti, y la gente que te rodea te aprecia y quieren verte alcanzar el éxito. —Se detuvo y puso su otra mano sobre la mía—. Gente como yo.

Contuve un sollozo y me esforcé por superar mi pena. Apenas noté que James seguía sujetando mi mano entre las suyas, porque estaba demasiado concentrada en evitar echarme a llorar.

—La forma en que te trata la gente no es la medida de lo que vales —continuó—. Solo refleja sus propias limitaciones y complejos. En Branson, todo el mundo piensa que eres especial, y espero que seas consciente de ello.

—Pero esa es la gente con la que trabajo —dije—, y lo piensan porque siempre doy el máximo.

Ya desde pequeña me di cuenta de que, si trabajaba mucho más que los demás, conseguiría la aprobación de quien fuera. Mis profesores, mis padres de acogida... mis jefes, en algún momento. Pero ser útil, o ser valioso, no es lo mismo que ser querido, o que te quieran por ser quien eres y no por lo que eres capaz de hacer.

—Natalie, no he sido del todo sincero contigo —dijo James en voz baja—. He dicho que tus colegas te tienen en mucha estima, pero lo que quiero decir es que eso me incluye a *mí*. Y no es solo por tu trabajo. No dejo de pensar en ti. Joder, si hasta sueño contigo. Tú... eres una *distracción* para mí.

No supe qué decir, porque casi parecía molesto, como si le enfadara el hecho de que me hubiera metido en su cabeza. Él se volvió hacia mí, sin soltarme la mano.

—Lo siento, es que no puedo dejar de pensar en ti; no dejo de querer...

—Querer, ¿qué? —susurré.

—Esto.

Soltó su mano de la mía y se inclinó despacio hacia mí. Con cuidado, puso los dedos bajo mi barbilla y me acercó hacia él. Hizo una pausa y sus ojos azules buscaron los míos, mientras me daba la oportunidad de apartarme de él. No sirvió de nada, porque desde que nos habíamos sentado el uno junto al otro en el coche, lo único que había deseado era lanzarme a sus brazos. Durante aquel viaje en coche, él por fin me había revelado ese otro aspecto suyo que no era el de jefe capullo; ese lado amable del que había hablado su hermano, y del que me había ofrecido algún atisbo con anterioridad. Y me gustaba mucho. Me encantaba.

Me incliné hacia él hasta que nuestros labios quedaron a un centímetro. Si nos besábamos, nada sería igual, todo cambiaría. Ambos aguardamos lo que iba a ocurrir durante un instante que pareció eterno.

—Me estás matando —susurró por fin James, poniendo una mano en mi nuca y atrayéndome hacia él, por fin.

Me deshice entre sus brazos cuando nuestros labios se unieron. El beso fue un poco desesperado, como si la corriente que había entre nosotros no fuera suficiente. Agarré el cuello de su camisa, arrugando el tejido entre mis dedos, para asegurarme de que no se apartaría de mí y no intentaría poner fin a aquel momento.

Sentados el uno junto al otro, la postura resultaba muy incómoda, así que puse una de mis piernas sobre las suyas para empezar a subirme a su regazo. Deseaba unir mi cuerpo al suyo, rodearle el cuello con los brazos, *poseerle*, por fin. Necesitaba sentir sus fuertes manos sujetando mi cintura, y perderme en sus brazos. Aquel beso, la forma en que nuestras bocas se movían juntas, no se parecía a nada que hubiera sentido antes. El deseo me hizo perder la cabeza, hasta que solo pude pensar en *no parar*.

Justo entonces, el coche se detuvo y el conductor dio unos golpecitos en la pantalla divisora.

Nos separamos bruscamente. ¿Cómo demonios habíamos llegado tan rápido a mi piso de alquiler barato, en aquella zona alejada de Brooklyn? Me llevé las puntas de los dedos a los labios, que parecían haber recibido una descarga eléctrica y estaban más sensibles después de besarle

durante aquellos minutos. Me pregunté cómo sería esa sensación en el resto de mi cuerpo, si hubiéramos tenido más tiempo.

—Um... Parece que hemos llegado —dije, buscando mi bolso.

—Así es.

—Gracias por el viaje. —Cerré los ojos, avergonzada por el posible doble sentido—. Quiero decir, gracias por traerme a casa.

—Ha sido un placer. Deja que te acompañe hasta la puerta —ofreció James.

Me imaginé lo incómodo que sería tratar de decidir cómo despedirnos si me acompañaba hasta la puerta, en lo alto de la escalera, después de habernos enrollado en su Mercedes. Aquel hombre era mi *jefe*; daba igual que me hubiera besado como nadie lo había hecho antes. Al día siguiente tendríamos que mirarnos a través de la mesa de la sala de reuniones y fingir ante nuestros colegas que solo éramos compañeros de trabajo, y no dos personas desesperadas por acostarse juntas.

Pero ¿era eso cierto? Sabía que eso era lo que yo deseaba, aunque, a juzgar por forma en que me había besado James, parecía bastante seguro apostar a que él también estaría más que dispuesto a desnudarse conmigo.

—No, ¡no hace falta! —chillé al cabo de un momento—. Es un buen barrio, no pasará nada. Muchas gracias.

Salí del coche y me incliné hacia él para despedirme. James me miraba bajo la luz tenue del interior del coche como si se muriera de ganas de arrastrarme dentro otra vez y continuar donde lo habíamos dejado.

Cómo deseé que lo hiciera.

—Nos vemos mañana —dije, fingiendo que no había pasado nada.

James dejó escapar un largo suspiro, como si comprendiera que yo no iba a cambiar de opinión.

—Sí, hasta mañana. Buenas noches, Natalie.

Cerré la puerta de golpe y aguardé a que el coche se fuera, pero comprendí que James había pedido al conductor que esperase hasta que yo entrara en casa. Me dirigí con rapidez a la puerta, le saludé con la mano antes de entrar en mi edificio, y solo entonces empezó a alejarse el coche.

Una vez sola en el diminuto vestíbulo, me apoyé en la pared e intenté recuperar el aliento.

¿Cómo podría volver a mirar aquella maravillosa boca suya, sin pensar en lo que había sentido cuando estaba unida a la mía?

JAMES

—**M**uchas gracias a todos por todo vuestro trabajo. Me gusta lo que estáis haciendo. ¿Tenéis alguna pregunta?

Miré al equipo creativo congregado alrededor de la mesa y observé que Natalie era la única persona que no me devolvía la mirada. Lavonte levantó la mano y le indiqué que hablara con un gesto de la cabeza.

—¿Te gusta, o te *encanta*? —preguntó con cautela, haciéndome reír.

—Es una buena pregunta. Digamos que me gusta casi todo y me encanta una parte.

Él abrió la boca, pero no le dejé continuar.

—Y no, no os voy a decir cuál es cada parte. Seguid como hasta ahora, ¿de acuerdo? —Miré a Natalie, pero ella solo me devolvió la mirada un segundo, antes de apartar la vista de nuevo.

¿Tal vez se arrepentía de lo ocurrido en el trayecto hasta su casa?

—Como siempre, estoy disponible para cualquier consulta —terminé, poniéndome en pie—. Gracias de nuevo por todo vuestro trabajo. —Golpeé la mesa con los nudillos y me giré para marcharme.

—¡Donuts! —La voz de Rhea me detuvo en seco—. No puedes irte sin coger un donut.

Señaló unas cuantas cajas rojas dispuestas sobre una mesa cercana. Aunque yo solía cuidar mucho lo que comía, los donuts eran mi debilidad, así que me dirigí a la mesa con los demás y acabé situado justo detrás de Natalie.

—Ey —dije.

Ella se giró, sujetando con fuerza el teléfono y con cara de haber recibido malas noticias.

—Hola.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? —Su expresión me había preocupado.

—El ogro ha vuelto —dijo con el ceño fruncido.

—¿Disculpa?

—Así es como llamo a MG —explicó con una sonrisa ladeada—. Ese profesor del que te he hablado. Ha tenido COVID y ha estado dando clase a través de Zoom, pero ya se ha recuperado y vuelve hoy, así que tengo que prepararme para que empiecen los toqueteos otra vez.

Me puse en alerta ante la sola idea de que aquel hombre le pusiera un dedo encima. El abuso de autoridad me parecía repugnante.

—Mi oferta de ayuda sigue en pie. Deja que te ayude a ponerle en su sitio.

—¿Lo dijiste en serio? —El alivio era evidente en su cara—. ¿Podrías recogerme esta noche al salir de clase?

Noté una punzada de algo al pensar en estar otra vez a solas de noche con Natalie.

—Por supuesto. Envíame la dirección y seré yo quien le dé una lección a ese imbécil.

—Te lo agradezco muchísimo. De verdad que sí, James.

La sonrisa que me dedicó fue sorprendentemente tímida. No estaba muy acostumbrado a verla en una actitud que no fuera vivaz y alegre, pero también me gustaba esta otra versión suya. De hecho, me gustaban *todas* las versiones, y eso complicaba mucho las cosas. Desde que nos besamos, me había estado evitando, y apenas me había mirado durante la reunión semanal. Estaba claro que, al besarla, había cruzado una raya, y ahora lamentaba haber dado el primer paso.

Era cierto que ella había respondido como si lo deseara tanto como yo, pero eso podía deberse a la excitación del momento. De camino a mi despacho, apenas presté atención a las personas con las que me cruzaba, tan absorto estaba en analizar lo ocurrido entre nosotros en el asiento de atrás de mi coche. Me había pasado la vida siguiendo mi instinto y nunca dudaba de mis actos, pero en lo que se refería a Natalie, yo también parecía mostrar una versión diferente de mí mismo.

Aquel beso, aquel maldito beso. Me había costado la vida no dejar que mis manos recorrieran todas las curvas de su cuerpo; esas curvas con las que tanto había soñado y que, en mis fantasías, acariciaba hasta el último centímetro. Sin embargo, al besarla me había adentrado en territorio inexplorado, y había preferido contenerme. Eso sí, aquella noche había hecho muchas más cosas con ella en mis sueños. Me había despertado duro como una piedra, y no tuve más remedio que recurrir a mi mano mientras imaginaba todas las cosas que me moría por hacerle.

En cuanto volví a mi despacho, el ritmo despiadado del trabajo me permitió apartar a Natalie de mis pensamientos el resto del día, pero, a medida que se acercaba la hora de salir, empecé a cavilar sobre cómo representar el papel de novio de Natalie. No es que me resultara difícil hacerlo, pero me preocupaba hasta dónde debíamos llegar. Aunque, siendo honesto, tenía muchas ganas de saber hasta dónde llegaban las posibilidades.

Como siempre, llegué antes de tiempo al edificio donde Natalie asistía a clase y encontré su aula con facilidad, siguiendo las indicaciones que me había dado. Esperé ante la puerta a que terminara la clase, desde donde podía escuchar una voz monótona que debía ser la de su profesor. Al cabo de un momento, me acerqué para mirar por la pequeña ventana de cristal, y mis ojos encontraron los de Natalie enseguida. La ligera sonrisa que me dedicó me aceleró el pulso ¿Se había *sonrojado* al verme? Cuando ella apartó la vista, aproveché para admirarla durante

unos instantes. Tenía las piernas desnudas dobladas bajo la mesa, sin duda para ocultarlas a la vista de aquel desgraciado, y cuando no estaba utilizando el lápiz para dibujar, mordisqueaba un extremo de una forma encantadora. Me pareció estar en una de sus estúpidas novelas románticas, porque mi mente empezó a divagar con solo ver su clavícula.

Al cabo de unos minutos, cuando los alumnos se dispusieron a salir del aula, me aparté un poco para dejar paso, mientras Natalie recogía sus cosas a toda prisa. Sin embargo, no fue lo bastante rápida, ya que un hombre bajo y rechoncho, con el pelo largo y enredado, se acercó a ella. Me situé justo en el umbral de la puerta y, antes de hacer nada, me aseguré de que aquel hombre fuera el profesor. Cuando ella le miró con los ojos muy abiertos, supe que debía intervenir.

—Hola, preciosa —dije, entrando en el aula y alzando la voz más de lo necesario—. ¿Estás lista?

—¡Cariño! —gritó ella en un tono agudo que no había escuchado antes—. Aquí estas, guapo.

Tuve que morderme una mejilla para no echarme a reír ante lo exagerado de nuestra actuación. Me dirigí a ella y, con gesto posesivo, deslicé mi brazo alrededor de sus hombros, con ganas de darle un beso rápido, pero sin saber si le gustaría. Antes de que pudiera decidir nada, Natalie puso una mano en mi mejilla, acercó mi cara hacia la suya y me dio un beso que fue directo a mi polla, incluso aunque no estábamos solos. Aproveché aquella inesperada muestra de afecto para acercarla más a mí, rodearla con mis brazos y besarla de forma aún más intensa.

—Vaya —dijo una voz irritada detrás de nosotros—. Supongo que estoy de más.

Natalie rio contra mi boca, y nos separamos a desgana.

—Perdona —dijo sin dejar de sonreír—. Cada vez que paso más de un par de horas lejos de él, no puedo evitar echarle de menos, ¿sabes?

—Pffff —replicó MG.

—Disculpa mis modales —dijo Natalie con un dedo sobre los labios, como si intentara evitar que se escapara otro beso—. MG, este es mi novio, James. James, este es Mark Gleeson, mi profesor. Todo el mundo le llama MG.

Hice una mueca, como si intentara recordar algo.

—MG... MG... ¡Ah, claro! Hace poco creaste una colección para Kmart, ¿no?

—No —contestó molesto—. He hecho una colección cápsula para Marshall's que ha tenido mucho éxito.

—Seguro que sí, me alegro por ti —asentí—. También recuerdo la colección que hiciste para Bergdorf Goodman, pero eso fue hace ya *mucho* tiempo, ¿no?

No había nada malo en diseñar para tiendas baratas; con una buena asociación, se podía ganar mucho dinero. Sin embargo, creí que le sentaría mal que le recordara lo bien que le iban las cosas años atrás. Por lo que sabía de los diseñadores, suponía que MG tendría un ego considerable y no le haría gracia que su trayectoria hubiera ido de mal en peor en los últimos tiempos.

—Tengo mucha suerte, MG me ha ofrecido darme clases adicionales —añadió Natalie.

—Yo, bueno, siempre ofrezco ayuda a los estudiantes prometedores —dijo él, dando un paso

atrás.

—Ah, no me digas —dije con énfasis, como si fingiera creer lo que estaba diciendo—. Me alegro.

—Tu novia tiene mucho talento —dijo MG, apartándose un poco más, sin duda porque había tomado nota de la ventaja que le sacaba en cuestión de tamaño.

—Eso ya lo sé —sonreí, apretando a Natalie contra mí y haciendo un guiño a MG—. De hecho, tiene *muchos* talentos. ¿La has oído cantar alguna vez?

Natalie dejó escapar una especie de risa rara por la nariz.

—No, no la he oído —contestó MG—. ¿Canta bien?

—Es difícil de creer, ya lo creo. —Aparté un mechón de pelo de su mejilla y la besé otra vez—. Soy un hombre con suerte, ¿no?

—Si tú lo dices.

Se apresuró a volver a su mesa y yo aproveché el numerito que estábamos montando para volver a estrechar a Natalie entre mis brazos y acariciarle una mejilla con el pulgar.

—¿Me estoy pasando? —le susurré al oído.

—En absoluto —dijo ella en un suspiro, inclinando la cara hacia mi mano.

No estaba seguro de si sus respuestas eran parte de la farsa, o si se trataba de otra cosa, pero no iba a desaprovechar el momento. La atraje aún más hacia mí y volví a unir mis labios a los suyos, sujetándole las mejillas con suavidad. Ella me rodeó la cintura con los brazos y dejó escapar un gemido en el que se unían la sorpresa y el placer. Nos besamos mientras MG recogía sus cosas de forma cada vez más ruidosa, para dejar bien claro lo poco que le importaba lo que estuviéramos haciendo.

—Deberíamos irnos —dijo Natalie, separándose de mí al cabo de un momento—. A menos que quieras convertir tus fantasías exhibicionistas en realidad...

—Quién sabe, tal vez algún día —dije, riendo.

La tomé de la mano y me dirigí hacia la puerta. Ella se tambaleó un poco al seguirme, y dejó escapar una risa.

—Hasta otra, amigo —dije con alegría excesiva—. Ha sido un placer conocerte.

MG miró hacia donde estábamos y nos saludó con la mano, sin entusiasmo y con cara de pocos amigos. Cuando salimos del edificio, Natalie rompió a reír, con tales carcajadas que tuvo que doblarse por la cintura.

—¡Ha sido *increíble*! Seguro que ya no me molesta nunca más.

—Me alegro de haberte sido de ayuda. —Me incliné con galantería bajo la luz de una farola.

—No, lo digo en serio. —Se enderezó y, acercándose a mí, me puso una mano en el brazo—. No sé cómo agradecértelo. Me ha costado mucho aguantar toda la clase, porque no sabía qué

intentaría hacer ahora que ha vuelto.

Me estaba mirando con los ojos llenos de gratitud y algo más que no supe identificar, pero que me hizo desear tener otra excusa para besarla de nuevo.

—Si se le ocurre intentar cualquier otra cosa, avísame —murmuré.

—No sé qué más podríamos hacer para convencerle de que estamos juntos. Quiero decir, nos hemos enrollado delante de él sin reparos. ¿Qué más íbamos a hacer? ¿Follar sobre su mesa? — En cuanto lo dijo, se tapó la boca con una mano, como si se hubiera dado cuenta de que se había pasado.

Esta vez fui yo quien se echó a reír.

—Oye, si hace falta, lo haremos. Lo que sea necesario.

Poco a poco, ella se dio cuenta de que no me había ofendido, y su expresión se relajó.

—Bueno... tampoco sería tan mala idea...

Mi corazón empezó a latir con fuerza al creer entender lo que estaba diciendo. Parecía que Natalie Reynolds me acababa de hacer una proposición. Sin embargo, necesitaba estar seguro del todo.

—¿Qué es lo que no sería mala idea?

Incluso a la tenue luz de la calle, pude ver el rubor en sus mejillas, pero eso no le impidió alzar la barbilla y mirarme directamente a los ojos.

—Nosotros. Tal vez podríamos practicar... por si acaso.

Dio un paso hacia mí y se mordió el labio de una forma encantadora.

—Practicar... ¿follar? —pregunté, con el corazón latiendo aún más rápido y sintiendo una descarga de adrenalina.

Cuando Natalie asintió cohibida, no necesité nada más. La tomé de la mano y tiré de ella en dirección al lugar donde Héctor había aparcado, un poco más adelante. Ella me miró incrédula.

—James... ¿estás seguro de que está bien? ¿Con lo del trabajo, y todo eso?

Me obligué a caminar más despacio porque, por mucho que deseara acostarme con ella, necesitaba asegurarme de que no se sentía obligada a hacer nada que no quisiera.

—La empresa no prohíbe las relaciones entre los empleados. De hecho, Bernie siempre presume de todas las parejas que han salido de Branson a lo largo de su historia. El único problema sería que te sintieras incómoda porque estamos en posiciones muy diferentes, o si crees que te estoy presionando. ¿Estás *segura* del todo? Puedes ser sincera, yo solo quiero hacer esto si tú también lo deseas.

Nos miramos a los ojos, y no se me escapó la forma en que el pecho de Natalie se movía como si acabara de terminar una carrera. Mi propio corazón martilleaba en mi interior mientras aguardaba a saber si ella cambiaría de opinión, y esperando contra toda esperanza que no lo hiciera. Ella separó los labios sin dejar de mirarme con atención, como si no pudiera creer lo que

estábamos discutiendo. Con la brisa agitando los mechones de pelo suelto que rodeaban su cara, nunca la había visto tan bella.

—Joder, me estoy muriendo por besarte —dije por fin con voz ronca.

—Pues hazlo —susurró ella en un reto.

La tomé en mis brazos al momento y, con cuidado, la conduje hacia las sombras entre los edificios mientras mi boca encontraba la suya. Sus labios encajaron en los míos y dejé que mi lengua se adentrara en su boca, poseyéndola y deseando mucho más. El beso que nos habíamos dado al terminar la clase había sido eléctrico, pero en este otro latía la promesa de lo que iba a ocurrir. Ella se apretó contra mí y estuve seguro de que notó cómo mi polla crecía dentro de mis pantalones. Ya no tenía la menor duda de lo que Natalie quería de mí.

—Llévame a casa —murmuró contra mi boca—. Por favor.

El hecho de que prácticamente me suplicara que la follara casi me hizo arrancarle la falda en ese momento para tomarla allí mismo, en la oscuridad. Le di un último beso y me separé de ella a desgana.

—Mi conductor está aquí al lado —dije, señalando el lugar, más abajo en la calle, donde esperaba el coche, aparcado con el motor en marcha en zona prohibida.

—¿A qué estás esperando? —preguntó Natalie acercándose más a mí—. Vámonos.

Nos dirigimos al coche casi a la carrera, obligando a Héctor a salir a toda prisa para abrirnos la puerta.

—A casa, por favor —pedí, arqueando una ceja en un gesto significativo—. Lo más rápido posible.

Él hizo un rápido gesto de asentimiento que me aseguró que atendería mi petición.

Tan pronto como se alzó el panel divisorio del coche, nuestras manos empezaron a explorar en silencio, como si estuviéramos tan absortos en nuestro mutuo deseo que una sola palabra pudiera romper el hechizo. Le acaricié una pierna y ella se acercó más a mí, invitándome a tocarla. Deslicé la mano por la piel suave de la cara interior de su muslo, describiendo círculos que enseguida la obligaron a dejar caer la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos. Subí la mano un poco más y su respiración se volvió irregular en cuanto las yemas de mis dedos tocaron sus braguitas. Ella se apretó contra mi mano y yo presioné contra su centro, casi desquiciado por el deseo.

Miré por la ventana para intentar saber dónde nos encontrábamos y determinar si tenía tiempo de disfrutar de su cuerpo en ese momento. Fiel a su compromiso, Héctor conducía a toda velocidad, así que no quise empezar nada que no pudiera terminar. Retiré la mano y Natalie dejó escapar un grito ahogado.

—Ya casi hemos llegado —dije—, y quiero disfrutar de ti con calma. Te prometo que la espera valdrá la pena.

Natalie deslizó la mano hacia mi entrepierna y apretó un poco mi enorme erección.

—Estoy segura de ello.

Dejé escapar una risa, porque ella no tenía ni idea de lo que le esperaba en cuanto le quitara la ropa.

NATALIE

Sus manos eran *mágicas*.

En el momento en que se cerró la puerta de su piso, comenzó a recorrer todo mi cuerpo, a acariciarme y excitarme sin dejar de besarme ni un instante. Nos adentramos en la casa a trompicones, sin apenas ver por dónde íbamos. Solo pude atisbar el altísimo techo del recibidor y las enormes ventanas, del suelo al techo, que ofrecían una vista magnífica de la ciudad. Sin embargo, lo único que me importaba era lo que James me estaba haciendo sentir.

Estaba a punto de enloquecer.

Fue como si no conociera mi propio cuerpo. Tras desearle durante tanto tiempo, la pasión me estaba haciendo perder la cabeza, hasta un punto en el que solo podía desear cada centímetro de él. Por el pasillo que conducía a su dormitorio, le acaricié la polla por encima de la tela del pantalón, arrancándole un gemido.

—No puedo controlarme contigo —susurró en mi oído mientras me apretaba el culo.

—Pues no lo hagas.

Me quitó la ropa tan rápido que mi falda se rasgó al bajarla. Cuando me quedé con solo el sujetador y las bragas, James dio un paso atrás para admirarme, y emitió un entrecortado suspiro de admiración.

—Joder, Natalie, eres espectacular.

En respuesta, me desabroché el sujetador y me quité las bragas para quedar completamente desnuda ante él. James cerró los ojos durante un momento, como si no pudiera creer lo que veía. Enseguida se acercó a mí, pero le detuve con una mano en su pecho.

—Espera.

Su ceño fruncido sugería que no le gustaba aceptar órdenes de nadie, sobre todo en un momento como aquel, pero aún llevaba puesta toda la ropa y yo no podía permitirlo. Había esperado demasiado tiempo para descubrir lo que ocultaba bajo todas aquellas camisas a medida, de modo que le quité la chaqueta y empecé a desabrochar los pequeños botones que ocultaban su pecho.

—Déjame a mí —pidió él.

Tras apartar mis manos con cuidado, agarró los dos lados de la camisa y, con un fuerte tirón,

hizo saltar los botones, que rodaron por el suelo de la habitación en todas direcciones.

—Estabas tardando demasiado.

Cuando se la quitó, fui yo quien emitió un suspiro de admiración al ver su torso desnudo. Los hombros que tanto tensaban las costuras de su ropa eran aún más impresionantes ahora que nada los ocultaba. Y su pecho... solo deseaba recorrerlo con mis manos, hasta alcanzar las pronunciadas líneas que se formaban en sus caderas y desaparecían en sus pantalones. Con un esfuerzo para contenerme, le desabroché los botones de los vaqueros, deseosa de ver aquello que llevaba tanto tiempo imaginando. Al bajarle los calzoncillos, suspiré de nuevo. Su pene era perfecto; tanto, que me dejé caer de rodillas y lo introduje en mi boca mientras él luchaba por quitarse los vaqueros.

—Natalie, yo... —Fue lo único que consiguió decir, mientras yo le excitaba y le llevaba lo más adentro posible.

Su respiración se volvió irregular bajo las caricias que le dedicaba con mi lengua. Noté que se estaba conteniendo para no empujar con más fuerza dentro de mi boca, y supe que era muy consciente del enorme tamaño de su polla. Él me quitó la goma que llevaba en el pelo y soltó mi melena para introducir los dedos en ella y separarme un poco la cabeza, de forma que ambos pudiéramos recuperar la respiración.

—No quiero... —jadeó.

Sin hacerle caso, volví a hundirle en mi boca, pero él me cogió los brazos y me obligó a levantarme para quedar frente a él. De un salto, le rodeé el cuerpo con las piernas y él me llevó a la cama, sin dejar de besarme ni un instante. Jamás había deseado a nadie tanto como deseaba a James.

Él me sentó al borde de la cama, de forma que mis piernas colgaran fuera de ella, y se arrodilló ante mí. Acercó su boca a mi centro, y me estremecí de excitación cuando me acarició con el pulgar.

—Ahí estás —murmuró con apreciación, mientras nuevas oleadas de calor recorrían mi cuerpo.

—Pero necesito sentirte —dije, tratando de incorporarme.

—Shhh —ordenó él, y con una mano sobre mi pecho, me empujó con suavidad hacia atrás para que me tumbara de nuevo—. Antes de follarte, te vas a correr con mi lengua al menos una vez. ¿Estamos?

Sin esperar mi respuesta, se inclinó hacia mí y presionó su boca contra mis pliegues. No pude evitar un grito de sorpresa cuando introdujo su lengua entre ellos y empezó a moverla con habilidad. Al cabo de un momento, comenzó a excitarme también con los dedos, de forma que las diferentes sensaciones estuvieron a punto de hacer que me corriera al instante. Aun así, traté de controlarme para poder disfrutar del intenso placer que me estaba haciendo sentir.

—Tengo que avisarte... —jadeé—. No tardo mucho en...

Fui incapaz de completar la frase, pues él apretó la lengua contra mí y, a continuación, me acarició con ella el clítoris una y otra vez, hasta llevarme al paraíso. El orgasmo se apoderó de mí con una fuerza que envolvió cada milímetro de mi cuerpo en una explosión de placer. Cuando

recuperé la conciencia, vi a James de pie, mirándome desde arriba con una sonrisa pícara.

—¿Lista para seguir?

Solo fui capaz de asentir débilmente con la cabeza y mirarle con atención mientras él se ponía un condón. Después, se arrodilló en el borde de la cama, puso las manos en mi cintura y me ayudó a incorporarme con un gesto fluido.

—Levántate —dijo, en un tono a medio camino entre una orden y una súplica.

Le obedecí en silencio, y él me giró, apretó mi espalda contra su pecho y comenzó a besarme desde la base del cuello hacia abajo. Mis rodillas se volvieron gelatina. Tomé una de sus manos e introduje un dedo en mi boca para chuparlo despacio.

—Me estás matando —volvió a decir, y su cálido aliento me acarició la oreja.

James me inclinó hacia delante con las manos sobre mis hombros y comenzó a excitarme con la punta de su pene hasta que estuve a punto de suplicarle que acabara de una vez con aquel tormento.

—¿Lista? —preguntó al cabo de unos momentos.

Asentí, porque no estaba segura de que mi voz funcionara, y él se introdujo dentro de mí, arrancándome un grito. Me llenó por completo y empezó a moverse con suavidad. Entraba y salía de mí con una pausa antes de volver a entrar cada vez, en la más dulce de las torturas. Sin embargo, yo necesitaba más.

—Fóllame más fuerte —susurré—. Por favor.

Con un gruñido, él aceleró el ritmo. Extendió una mano para acariciarme por delante y estuve a punto de gritar de nuevo. Me encontré al borde del orgasmo una vez más, pero intenté esperar un poco. Necesitaba más tiempo para disfrutar de cada centímetro de James, pero fue imposible. El placer volvió a apoderarse de mi cuerpo y me rendí al éxtasis con un gemido incontrolable.

El sonido pareció estimular a James a su propio orgasmo y se dejó llevar con un rugido que resonó por toda la habitación. Cuando terminó, nos dejamos caer sobre la cama, satisfechos y agotados. Tras librarse del condón, James me atrajo hacia sí y apoyó mi cabeza contra su pecho.

—He estado esperando esto durante mucho tiempo. La espera ha merecido la pena.

Atraje su cara hacia la mía para contestarle con un beso, y nos abrazamos fuertemente mientras nos relajábamos.

—Todavía no tengo sueño —murmuré contra su pecho—. Ahora vengo.

Me levanté de la cama y me puse la blusa, porque la habitación estaba helada.

—Y después, ¡repetimos!

James se rio y alargó un brazo para darme una palmada en el culo.

—¡Dame unos minutos para recuperarme, mujer!

—Quién sabe.

Tras sacarle la lengua, corrí al baño a limpiarme, pero, antes de salir, me giré para mirar mi dolorido culo en el espejo y vi una enorme mano marcada en color rosa en uno de mis cachetes. Volví a la habitación enfadada.

—¡James! Me has dejado la mano marcada en el culo —grité, pero me detuve al instante, al ver que él estaba hablando por teléfono.

Él abrió mucho los ojos e hizo una mueca.

—Sí, Bernie, es Natalie —dijo con timidez—. Oh, bueno... no estamos haciendo nada especial.

Me puse como un tomate al comprender lo que pasaba. ¡Su abuela se acababa de enterar de que estábamos follando! James escuchó durante unos segundos más sin dejar de mirarme.

—No sé qué planes tiene para el fin de semana. —Hizo una pausa—. ¿Tú crees? Bien, se lo preguntaré. —Tras escuchar un momento, se corrigió—. De acuerdo, se lo *diré*. Tienes razón, no se te puede negar nada, Bern. Así lo haré. Te quiero. Adiós.

Finalizó la llamada y dejó caer el teléfono sobre la cama con un suspiro.

—Espero que no tengas planes para el fin de semana, porque se lo acabo de prometer a Bernie.

Mi corazón se aceleró. ¿Qué narices estaba pasando?

—No, solo las tareas habituales: lavar la ropa, hacer la compra y cosas de esas. ¿Por qué?

—Es su ochenta cumpleaños y va a dar una gran fiesta en su casa de los Hamptons. Ha dicho, y cito textualmente: «Ahora que Natalie y tú sois pareja, *tienes* que traerla». Y ¿qué le iba a decir? ¿Que solo follamos por diversión? —dejó escapar una risa—. Si prefieres no venir para no tener que fingir delante de mi familia que estamos saliendo, dímelo y ya pensaré una excusa.

La alegría que había sentido hasta el momento desapareció con rapidez. ¿Follar por diversión? ¿Fingir que éramos una pareja? Sí, de acuerdo, lo que había entre nosotros no podía ser más reciente, pero ¿qué significaba para él? ¿Le importaba tan poco como había dado a entender?

Inspiré hondo y me recordé que no nos habíamos prometido nada. Además, durante una de nuestras reuniones de planificación, Christopher me había contado que su hermano también había tenido bastantes problemas en sus relaciones. Tal vez James aún no estaba listo para definir lo que estábamos haciendo, y tampoco era cuestión de tener nuestra primera conversación sobre el compromiso diez minutos después de acostarnos por primera vez.

—Conociendo a Bernie, seguro que ya ha enviado un mensaje de grupo al resto de la familia para informarles de que nos hemos prometido —continuó James.

Me dejé caer en la cama, esforzándome por ignorar mi preocupación.

—Bueno, en ese caso, más te vale acertar con el anillo.

—¿Tienes alguna preferencia? —preguntó, con una ceja levantada.

—El caso es que sí. Un diamante de corte esmeralda engarzado en platino con brillantes incrustados. Lo vi en el escaparate de Tiffany.

—Tiffany es para turistas —replicó él con una mirada crítica—. ¿Y tienes algún requisito en

cuanto a quilates, o eso lo decido yo?

—Puedes decidirlo tú, tampoco hace falta que sea enorme —respondí, jugueteando con la sábana.

—Bueno, ya me conoces. No soy de los que hacen las cosas a medias.

—Eso es muy cierto —dije, levantando la sábana para mirar lo que él tenía debajo.

—Qué tonta eres —contestó él riendo, y me atrajo hacia sí para rodearme con sus brazos.

Nos acariciamos durante unos momentos, hasta que recordé algo que me hizo incorporarme de un salto.

—No tengo nada que ponerme. En serio, absolutamente *nada* de lo que tengo puede considerarse apropiado para los Hamptons. De hecho, ni siquiera sé cómo viste la gente que va allí. ¿Llevan chaqueta y sombrero? ¿Pantalones de montar? ¿Vestidos de noche?

—Yo me ocuparé de eso —dijo él con afecto—. Déjame a mí.

—No, me estoy agobiando de verdad. ¿Qué vamos a hacer durante todo el fin de semana? ¿Jugar al críquet?

—No es para tanto —dijo él con una risa—. Aunque, siendo sincero, no te has alejado mucho. A Bernie le gustan las celebraciones, y esta va a ser considerable. Empieza el viernes con un cóctel de bienvenida solo para la familia. El sábado por la mañana habrá un *brunch* y pasaremos el resto del día en la playa. Habrá un partido de voleibol, en caso de que te guste, pero también hay tiempo para relajarse. El evento principal es el sábado por la noche: una gran fiesta al aire libre en el jardín, a la que asistirán un montón de celebridades. Ah, y conocerás a otra persona importante en mi vida.

—¿A quién? —De repente, me sentí muy nerviosa.

—A mi madre y su yogurín; quiero decir, su novio.

Me quedé con la boca abierta. James no había mencionado a su madre hasta ese momento, ¿y ahora iba a tener que pasar el fin de semana con ella?

—No te preocupes, es inofensiva. Además, ya tienes la aprobación de Bernie, así que no necesitas nada más.

—La leche, ahora sí que estoy nerviosa. Y yo que pensaba que estar rodeada de famosos ya sería bastante complicado...

—Jamás te pondría en una situación que te hiciera sentir incómoda. ¿No te fías de mí?

Sacudí la cabeza con énfasis, y traté de ocultar mi sonrisa. Él se echó a reír.

—Vaya, parece que voy a tener trabajo. El domingo por la mañana lo tenemos libre, ya que casi todo el mundo tendrá resaca —continuó, para terminar la descripción de la fiesta—. Habrá una comida rápida y después nos marcharemos. Nos lo pasaremos bien, créeme —terminó, apretándome la mano.

—Ya es jueves por la noche. No me da tiempo de ir de compras. Tendré que preguntar a Steph si

tiene algo de ropa que prestarme. Y si vamos a los Hamptons el viernes por la tarde, el tráfico será horrible. ¡Dios mío, nos costará horas llegar! Tendré que llevarme el libro electrónico para no aburrirme.

—Ah, cierto, tu colección de porno.

Intenté darle un golpe ligero, pero él lo esquivó.

—Mañana nos tomaremos el día libre para buscarte algo de ropa. —Empecé a protestar, pero él me silenció con un dedo sobre mis labios—. Órdenes del jefe. Y no tienes que preocuparte por el tráfico.

—¿Saldremos al mediodía para evitar el atasco? —pregunté, preocupada.

—No, eso no nos daría tiempo suficiente para ir de compras. Saldremos hacia las cuatro o así.

—Esa es la hora punta —protesté—. Yo no he ido nunca a los Hamptons, pero sé que siempre hay muchísimo tráfico.

—No te preocupes. Veremos el atasco desde arriba y nos reiremos —dijo él, tirando de mí para colocarme sobre su cuerpo.

—¿Desde *arriba*?

—Sí, desde mi helicóptero —respondió, con una sonrisa muy sexi.

Antes de que pudiera preguntar nada más, James me besó para callarme y poco a poco, con cada beso y caricia, olvidé mis preocupaciones, hasta que no pude pensar en nada que no fuera lo que sentía estando con él.

JAMES

—Me encanta ese vestido —dije mientras Natalie se giraba a un lado y a otro delante de un espejo de tres cuerpos, examinando un vestido negro de crepe desde todos los ángulos—. Es perfecto para el cóctel de esta noche.

—¿Tú crees? —Se volvió para mirarme con la duda en los ojos, mientras tiraba hacia abajo de la falda, que le llegaba a medio muslo—. ¿No es demasiado corto? A ver, me encanta, pero no quiero llevar algo inadecuado.

—No puedes equivocarte con Gucci —respondí.

—No has contestado mi pregunta, James. Esto es muy serio. ¿Es demasiado corto, o no? No quiero causarle a Bernie otro infarto. ¡Ni a tu madre! Me gustan las faldas cortas, pero esto es diferente. Se trata de tu familia.

—Nada es demasiado corto para unas piernas como las tuyas —suspiré—. Solo te faltan unos zapatos de tacón que le vayan bien.

Natalie volvió a mirarse en el espejo con la cabeza inclinada a un lado, y deslizó los dedos por las solapas cubiertas de cuentas.

—¿Y todos estos brillos? ¿No serán demasiado?

—No le des tantas vueltas. Estás impresionante, y lo sabes. Esas cuentas solo reflejan la luz un poco, el efecto es muy sutil. Y espera a ver lo que se pone Bernie. Apuesto a que llevará una túnica centelleante con las mangas rematadas con plumas.

—¿Llevará algo de los archivos? —Natalie volvió a girarse hacia mí—. Eso suena a una de las prendas de la colección Libertad de 1970.

—Vaya, Christopher y tú habéis estado estudiando, ¿no? Sí, a Bernie le encanta lucir las prendas de archivo. Su colección privada es digna de un museo. De hecho, tiene una habitación solo para la ropa, con temperatura controlada para evitar que se deterioren las prendas.

—Daría lo que fuera por verla —dijo ella con expresión atónita.

—Bueno, Bernie te lo permitirá si te considera digna de ello.

Le sonreí, porque los dos sabíamos que ya le caía muy bien a mi abuela; eso había quedado bastante claro aquella noche en casa de Christopher. Jamás había recibido de Bernie tantas

miradas significativas diciendo «esta chica vale la pena».

—Anda, cámbiate —le pedí—. Vamos con el tiempo justo y aún necesitamos algo de ropa informal.

Ella se retorció para intentar alcanzar la cremallera que terminaba en la parte posterior de su cuello.

—Oye, no necesito camisetas de Gucci de trescientos dólares. Los vestidos de fiesta sí son necesarios y entiendo que quieras que sean de diseño, pero no hace falta gastarse mucho en la ropa de diario. ¿Me dejarías comprar algo en Madewell o J. Crew?

Me acerqué a ella, le bajé la cremallera y aproveché para darle un beso en la parte superior de la espalda.

—Sí, te lo permito.

Natalie resopló y trató de ocultar su sonrisa.

—No me vas a dejar olvidarlo nunca, ¿verdad?

—Jamás. Me encanta que saques la pornografía de los libros —dije, volviendo a sentarme en el sillón de cuero mientras ella entraba en el probador.

—Es *literatura*, no porno —replicó ella exasperada, asomando la cabeza por la puerta.

—Anda, date prisa —reí—. Quiero pasar por Bergdorf a ver si encontramos algo para la fiesta del sábado. No me gustan mucho los vestidos formales que tienen aquí.

Ella volvió a asomar la cabeza, esta vez muy pálida.

—Un momento, ¿*formal*? ¿Te refieres a ir de largo?

Maldita sea, esa chica era adorable incluso cuando se estresaba.

—No, no, no te preocupes, no hay que ir de etiqueta. Solo será algo un poco más elegante que la ropa para el cóctel. Podríamos llamarlo «formal creativo».

—Teniendo en cuenta mi trabajo, sería de esperar que tuviera más claro qué ropa debo elegir para cada ocasión, pero me preocupa mucho equivocarme —dijo ella desde dentro del probador.

—Por eso estoy yo aquí —le aseguré—. Para ayudarte.

Una dependienta guapísima, con el pelo negro recogido, se acercó a la zona de probadores.

—¿Qué tal va todo? ¿Puedo traerle más opciones para que las vea, señor Branson?

—Creo que no será necesario. Oye, Nat, pásame el vestido negro, por favor.

Natalie sacó la mano con el vestido por encima de la puerta del probador y la dependienta lo recogió.

—¿Eso va a ser todo? ¿Está seguro de que no quiere probarse alguno de los trajes de la nueva colección?

—Oh no, esta vez no me voy a dejar engañar. La última vez que estuve, me convenciste para comprar media docena de trajes nuevos. No necesito nada más, gracias.

Ella me sonrió con un guiño y se marchó con el vestido.

Dos horas más tarde estábamos en el departamento de calzado de Bergdorf Goodman, tras encontrar el vestido perfecto para el sábado por la noche. Natalie parecía estresada, así que me acerqué a ella y le di un golpecito con el hombro. Tal vez le incomodaba ser la única persona en toda la tienda vestida con unos vaqueros recortados y botas Dr. Martens. Las demás clientas parecían ser señoras de la alta sociedad, y no dejaban de lanzarle miradas de desaprobación. Claro, que eso podía deberse también a la increíble belleza natural de Natalie, a diferencia de aquellas mujeres, cuyo aspecto solo se debía a la habilidad de un cirujano y, aun así, no llegaban a su altura.

—¿No encuentras nada? —le pregunté.

—Al contrario, encuentro demasiadas cosas —suspiró ella, frustrada—. Es solo que... —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Hace siglos que no me hago la pedicura y mis pies están horribles. No quiero enseñarlos para probarme los zapatos.

—Bueno, pues habrá que añadir eso a nuestra lista de tareas antes de marcharnos, pero estoy seguro de que a tus pies no les pasa nada.

—Yo no estoy tan segura —dijo ella con una mueca.

—En ese caso, tienes que tomar una decisión rápida, porque ahora tendremos que ir al salón de uñas.

—De acuerdo —asintió ella, recogiendo varios zapatos y sandalias—. Creo que, como los vestidos son algo más conservadores de lo que suelo llevar, puedo elegir unos zapatos algo más atrevidos.

—¿*Conservadores*? —reí—. El vestido de fiesta es color rojo pimienta y deja la espalda entera al aire.

—Sí, pero es más largo de lo que suelo llevar —contestó con una sonrisa—. Creo que pide unos zapatos muy originales, como estos.

Me mostró unos zapatos rojos con tacones altísimos y unas cintas de gasa para atar al tobillo, de forma similar a las zapatillas de ballet.

—Esos son muy sexis, desde luego. Pruébatelos.

—También necesito zapatos para el vestido de cóctel —murmuró ella, mirando el abrumador número de opciones disponibles.

—Estos —dije triunfante, alzando un par de tacones negros—. Son preciosos y un poco traviesos, como tú.

Los zapatos parecían un simple par de sandalias negras de tiras, pero al examinarlos en detalle, se apreciaba que las tiras estaban decoradas con pequeñas tachuelas puntiagudas, y en la parte superior del tacón había incrustada una pequeña calavera negra.

—James, ¡estos son perfectos!

Al oírnos, se acercó a nosotros un dependiente, vestido con traje y con una barba bien arreglada.

—Bienvenido una vez más, señor Branson. Deje que le traiga los zapatos, señorita. Parece que su talla es la... —Miró los pies de Natalie, ocultos por las botas—. ¿Treinta y seis?

—Exacto —confirmó ella, sorprendida.

—Excelente. Pueden dirigirse a la zona de asientos. Me reuniré con ustedes allí.

Natalie miró al dependiente alejarse con los zapatos elegidos, y se volvió a mí con una ceja levantada.

—¿Vienes con frecuencia al departamento de calzado femenino?

—Vengo con frecuencia a *todos* los departamentos de la tienda. No olvides que me dedico a la moda. La mitad de mis visitas son para recoger información.

Natalie me siguió hacia un par de sillones de terciopelo verde ocultos en un rincón de la zona privada.

—¿Así que no debo estar celosa de las mujeres a las que hayas traído aquí?

Aquello me cogió por sorpresa. ¿Celosa, Natalie?

—Venga ya. Estoy casado con mi trabajo. A estas alturas ya deberías saberlo.

Ella me dirigió una mirada que no supe interpretar y se sentó en el sillón. Se quitó las botas, pero ocultó los pies bajo el asiento.

—No me mires los pies, ¿vale?

Al poco rato, el dependiente volvió a aparecer con cuatro cajas de zapatos.

—Me he tomado la libertad de traer otros dos pares similares que he pensado que tal vez le gustarían. —Dejó las cajas en el suelo y se dirigió a por una banqueta, que situó delante de Natalie.

—No se preocupe, yo me encargo —dije, extendiendo un brazo ante ella para apartarle.

—¿Está seguro? —preguntó el dependiente, mirándonos—. Estaré encantado de ayudarles.

—Sí, sí lo estamos —contestó Natalie con rapidez, ocultando los pies aún más bajo el sillón.

El dependiente se alejó con aire confundido, seguramente preocupado por su comisión, pero yo había tomado nota del nombre en su placa de identificación y tenía intención de mencionarlo a la hora de pagar.

—Muy bien, señorita —dije, sentándome en la banqueta frente a Natalie—. El pie, por favor.

—James, no —dijo ella, incómoda—. Es asqueroso.

La ignoré y abrí una de las cajas mientras le tendía la otra mano.

—*El pie* —Fue una orden.

—Vale —suspiró ella.

Puso uno de sus pies, encogido, sobre mi mano, y yo lo examiné volviéndolo hacia un lado y el otro. Después lo levanté en el aire.

—James —rio ella cuando la obligué a levantar el pie aun más—. ¡No soy contorsionista!

—Pues recuerdo algunas posturas bastante increíbles de anoche —susurré, inclinándome hacia ella.

Natalie abrió mucho los ojos y me dio un golpe juguetón, sin dejar de reír.

—A tus pies no les pasa nada —dije, volviendo a girarlo para observarlo desde todos los ángulos—. Una pedicura te quedará muy bien, pero son unos pies muy normales.

Ella me volvió a dar otro golpe, esta vez con enfado fingido.

—¿Perdona? ¿Normales? Inténtalo otra vez.

—Mis disculpas. —Incliné la cabeza—. Son absolutamente perfectos en todos sus aspectos. Los pies más bonitos que he visto en mi vida.

Acaricié la parte superior de su pie y continué por su pierna, masajeando su piel suave. Natalie miró nerviosa a su alrededor, consciente de lo que sugerían mis caricias.

—Los zapatos —dijo en voz baja—. Hay que probar los zapatos.

Ignoré sus palabras y seguí acariciando su pierna unos segundos más. Después, le puse los zapatos rojos de tacón y até las cintas en la parte posterior de sus tobillos.

—Camina para mí —ordené.

Había esperado que se tambaleara un poco, considerando la altura de aquellos tacones, pero Natalie empezó a caminar con la gracia de una modelo en la pasarela. La forma en que los músculos de sus pantorrillas se flexionaban al caminar me obligó a cambiar de postura para aliviar la presión creciente entre mis piernas. Ella miró a su alrededor antes de volver hacia mí y detenerse justo delante de donde estaba con las piernas un poco separadas, en actitud dominante. La altura de la banqueta hacía que mis ojos quedaran justo a la altura de su entrepierna.

—¿Te gusta? —murmuró de forma sugerente, al tiempo que enredaba los dedos en mi pelo.

—Me he vuelto adicto —gruñí.

Volví a acariciar su pierna con la mano, pero esta vez no me detuve y subí hasta deslizar los dedos por debajo de sus vaqueros cortos. Necesitaba tocarla ya, y me daba igual que nos viera alguien. Las yemas de mis dedos rozaron su ropa interior y ella dio un respingo.

—*James* —susurró—. Aquí no podemos.

Me detuve, pero ella no se separó de mí ni un milímetro. Nos encontrábamos en un lugar lo bastante recluso como para que nadie nos viera. A modo de prueba, le acaricié un poco por encima de las bragas.

—¿Ya estás húmeda?

—Sí, te llevo deseando todo el día —gimió ella—. No puedo dejar de pensar en follar contigo.

Aumenté el ritmo de mis caricias, describiendo pequeños círculos sobre su clítoris por encima de la tela. Sus rodillas empezaron a temblar. ¿Cuánto tardaría en correrse?

—Oh, Dios mío, Dios mío, no pares —susurró ella, sujetándose a mis hombros y dejando caer la cabeza hacia atrás cuando aumenté el ritmo.

Cuando empezó a empujar contra mi mano, supe que le faltaba muy poco. Estaba desesperado por llevarla al orgasmo, pero el sonido de unos pasos acercándose por el suelo de mármol me hizo apartar la mano con rapidez. Natalie se tapó la boca con una mano para amortiguar un grito de angustia que no pudo contener.

—¿Cómo vamos por aquí? —preguntó una voz, aún a unos metros de distancia.

Conseguimos ponernos presentables antes de que el dependiente doblase la esquina, pero, a la vista de las mejillas sonrosadas de Natalie y la postura encogida que tuve que adoptar para ocultar mi salvaje erección, estuve seguro de que sabía que había interrumpido algo.

—¡Maravillosos! —exclamó, ignorando lo evidente y señalando los zapatos rojos que llevaba Natalie—. ¿Se llevarán esos?

—Nos los llevaremos todos —dije con rapidez—. Los cuatro pares.

—Pero si no me he probado... —dijo Natalie extrañada.

—Vamos mal de tiempo —dije con intención y mirándole con una ceja levantada—. Recuerda que tenemos esa cita y tenemos que marcharnos ya. Ahora mismo.

Ella me dirigió una sonrisa cargada de secretos.

—Cierto. Tengo muchas ganas de acudir a esa cita.

—Perfecto —dijo el dependiente mientras recogía las cajas—. Les espero en la caja para cobrarles en cuanto estén listos. Creo que ya tenemos su tarjeta en nuestro sistema, así que no tardaremos nada. Señorita, si lo desea, puede llevarse esos zapatos puestos. Son fabulosos.

Natalie se inclinó para desatar las cintas con rapidez y se quitó los zapatos.

—No, aquí los tiene —dijo, entregándoselos—. Ahora mismo vamos.

Nos quedamos mirando al dependiente alejarse y, en cuanto desapareció de nuestra vista, nos acercamos el uno al otro como atraídos por un imán. La besé con toda la excitación acumulada y ella se frotó contra mí. Bajé una mano al punto donde nuestras caderas se unían y presioné la palma contra la costura de sus vaqueros cortos.

—Estoy super caliente —suspiró ella en mi oído, antes de morderme el lóbulo de la oreja de una forma que hizo que mi polla presionara aún más contra mi cremallera—. ¿Qué podemos hacer? Me niego a hacerlo en el probador, seguro que tienen cámaras.

—¿Y en un coche con cristales tintados y un panel divisorio? —pregunté mientras le acariciaba un pecho—. He pedido cita para tu pedicura dentro de treinta minutos, y seguro que

encontraremos bastante tráfico por el camino. Te puedes sentar sobre mí y hacer lo que te apetezca hasta que lleguemos.

—Oh, sí, por favor. ¡Date prisa! —exclamó agradecida, con los ojos cerrados.

Natalie se separó de mis brazos y se puso las botas a toda velocidad. Después, me tomó de la mano y tiró de mí en dirección a la caja. El dependiente alzó la vista cuando nos acercamos apresurados y nos dirigió una mirada curiosa.

—Le pido disculpas —expliqué, con Natalie agarrada a mi brazo como si no pudiera sostenerse en pie sin ayuda—. Llegamos tarde a una reunión importante.

—No hay problema, ya está todo listo. Serán cinco mil seiscientos dólares, señor Branson.

A Natalie se le escapó un chillido, pero yo firmé el recibo sin pestañear.

—Valen hasta el último céntimo —dije, volviendo a atraerla hacia mí para plantarle un beso en la cabeza—. Nos marchamos ya. Creo que tienes un asiento especial reservado en esa reunión.

NATALIE

Nunca me había sentido tan guapa, y eso era fantástico, porque tampoco me había sentido nunca tan nerviosa.

Eso se debía, en parte, al vestido de tres mil dólares que llevaba puesto, pero, sobre todo, al hecho de que James no podía dejar de mirarme. O de besarme. O de hacerme comentarios sugerentes al oído. Cuando terminé de arreglarme para la gran noche de Bernie, habíamos estado a punto de arrancar el vestido de mi cuerpo y ponernos a ello, pero Christopher había enviado un mensaje de texto a James diciendo que le necesitaba en la entrada de la casa para ejercer de anfitrión, y no pudimos ignorar su petición.

De camino hacia la zona del jardín donde se iba a celebrar la fiesta, me sentí insegura y fuera de lugar. James me había dado una idea de quiénes serían los asistentes, y se trataba de un quién es quién digno de un número especial de *Vogue*. Asistirían desde diseñadores a magnates y modelos, con unos cuantos actores para completar la lista.

Por suerte, Kathleen, la madre de James, había resultado ser encantadora, y supe que podría contar con ella como aliada si, en algún momento, me abrumaba todo aquel glamur. Era una mujer hermosa y alegre, de unos sesenta y pocos años, pelo rubio y los mismos ojos azul brillante que sus hijos. Había esperado que fuera un tanto esnob, pero me había dado la bienvenida con un cálido abrazo y me había presentado a su novio, Teddy, que tendría unos treinta y tantos. En teoría, podrían parecer una extraña pareja, pero al verlos juntos quedaba muy claro que eran muy felices. Al parecer, se habían conocido en un grupo de apoyo para familiares de personas con adicción, al que Kathleen se había unido cuando Christopher había entrado en rehabilitación.

El cóctel familiar de la noche anterior había sido maravilloso, pero se trataba de un grupo reducido y, además, yo ya conocía a algunos de los primos y sobrinos que trabajaban en la empresa. La mayor parte de los Branson se dedicaban al negocio familiar, aunque algunos de ellos suponían una excepción, como Kevin, un primo de James que se dedicaba al capital riesgo. A pesar de eso, me había pasado buena parte de la noche hablando con Christopher, que parecía estar haciendo un gran esfuerzo para parecer animado.

La fiesta de esta noche, sin embargo, era completamente distinta. Cuando llegamos a las puertas dobles que se abrían hacia la interminable extensión verde de césped, abarrotada ya de gente, James me cogió de la mano.

—Puedes hacerlo —me susurró al oído—. Eres la mujer más hermosa que hay aquí.

La sinceridad de su voz me animó el corazón. Nuestra relación parecía tan real que necesitaba recordarme todo el tiempo que solo estaba representando un papel durante ese fin de semana. No era su novia, solo estaba representando un papel, como había hecho James por mí aquella noche delante de MG quien, por suerte, no estaba invitado a la fiesta. Me había asegurado de ello comprobando dos veces la lista de asistentes. Tanto si los invitados se creían que James y yo éramos pareja como si no, al menos no tendría que escuchar sus comentarios sobre el tema.

—¿Lista? —preguntó James, depositando un beso rápido en mi hombro desnudo.

—No, pero no tengo elección —observé—. Se acerca alguien.

Bernie nos había visto y se acercaba atravesando el césped muy elegante, con una sonrisa gigantesca y agitando ambas manos en un saludo.

—Allá vamos —dijo James con ternura, y tiró de mí hacia ella.

Mientras descendíamos la gran escalera hacia el césped, me fijé en que muchas cabezas se volvían hacia nosotros. Estaba claro que James llamaba la atención, pero yo sabía que mi vestido rojo también ayudaba.

—Miraos —dijo Bernie encantada, con las manos unidas bajo su barbilla—. ¡La pareja más guapa de la fiesta! Natalie, ¡qué vestido! Es increíble. Da una vuelta para mí, querida.

Con una mirada rápida a mi alrededor, vi que el actor protagonista de una serie de policías y su mujer, que era modelo, no nos quitaban ojo desde el grupo en el que estaban con otros ricos y famosos. Tragué con dificultad y di una vuelta rápida que hizo aplaudir a Bernie.

—¡Estás increíble de rojo! Y esos *zapatos*. Deberías llevar colores vivos más a menudo —dijo.

—Estoy de acuerdo —confirmó James—. Pero mi chica está increíble con cualquier cosa.

—Tú tampoco estás tan mal —dije, cogiéndole el brazo y apretándolo sin pensar—. ¿No te parece, Bernie?

James llevaba un traje hecho a medida que parecía negro, pero era del azul más oscuro posible. Desde que se lo había puesto, yo no hacía más que desear quitárselo.

—Está más guapo que Adam Reynolds —dijo Bernie inclinándose hacia mí y señalando con discreción un punto algo más alejado, donde el famoso actor, y actual Hombre Vivo Más Sexi según la revista *People*, se estaba tomando un cóctel mientras una multitud de admiradores trataba de disimular que no le quitaban ojo de encima.

Estábamos rodeados de *tantos* famosos que tuve que sobreponerme a una oleada de estrés. Alcé la barbilla, deseando que aquella niña asustada, agarrada a la bolsa de basura donde guardaba toda su ropa, pudiera verme ahora. Podía hacer esto por ella. Me repuse enseguida.

—Bernie, ¡todavía no te hemos deseado feliz cumpleaños! —exclamé, contenta de poder centrarme en una de las personas más acogedoras de todo aquel evento.

—No te preocupes —contestó ella con un gesto desdeñoso de su mano—. Todo el mundo me lo está diciendo desde ayer, y estoy harta de que me recuerden que me queda un año menos para la

tumba. ¡Yo solo quería una excusa para dar una fiesta! Bueno, y para recibir regalos, claro. Gracias otra vez, querido —dijo a James, acariciando con los dedos el increíble collar que llevaba.

—¿Eso es lo que le has regalado? —pregunté—. Un momento, ¡reconozco ese collar! ¿No es el que salía en aquella película, la de una heredera durante la segunda guerra mundial?

—Lo es —contestó James riendo—. Lo encargó el estudio que hizo la película, pero la joyería, Veritique, solo lo prestó para el rodaje. Normalmente está expuesto en una urna en la sede central de Veritique, pero su director general es amigo mío y me debía un favor, así que me lo ha prestado esta noche.

—Y te lo agradezco mucho, querido —aseguró Bernie—. Ahora, venid los dos conmigo, quiero presumir de vosotros delante de todo el mundo.

Hizo un gesto para que la siguiéramos, y James volvió a cogerme de la mano.

—¿Todo bien? —me preguntó con una sonrisa.

—Para nada —susurré hablando por un lado de la boca—. Pero ¿acaso tengo elección?

Avancé temblorosa junto a James, intentando parecer segura de mí misma a pesar de que mis tacones se hundían en la hierba a cada paso. Seguimos a Bernie hasta una enorme carpa blanca, y no pude contener un suspiro de alivio al pisar el suelo de madera.

—Venid, venid —pidió Bernie, caminando hacia atrás con tal elegancia, que se diría que estaba a punto de cumplir sesenta años, no ochenta.

Me estaba preguntando a qué celebridades tendría que saludar ahora, cuando me fijé en un grupo de empleados de Branson.

—Ahí está —dijo Christopher, alzando su copa y dirigiéndome una sonrisa genuina—. Estábamos hablando de ti.

Una mujer que se parecía sospechosamente a Anna Wintour se acercó a nuestro grupo para llevarse a Bernie aparte. Con un vistazo rápido a mi alrededor, identifiqué al jefe de marketing de la empresa, la directora de redes sociales, el vicepresidente de compras y otras caras a las que reconocí de la oficina, pero a las que no pude poner nombre.

—Hola a todos —dije, saludando con gesto rápido—. Espero que no fuera nada malo.

Calliope, nuestra gurú de las redes sociales, contestó enseguida.

—¡Por supuesto que sí! Hablábamos de lo increíble que es la línea de alta costura que estás diseñando. Estoy deseando poder empezar a mostrarla en las redes. La gente va a volverse loca.

—Y no olvidemos que Nat está haciendo dos trabajos estos días —añadió James—. Además de su increíble trabajo creativo, está sustituyendo a mi asistente. —Me rodeó con un brazo y me apretó el hombro—. Esta mujer es capaz de todo.

—Estoy de acuerdo —dijo Christopher—. Hemos estado conspirando para digitalizar nuestros antiguos diseños. Sin ella, aún seguirían en mi armario. Por Natalie.

Levantó una copa que parecía contener solo agua con hielo, y el resto del grupo le imitó y alzaron sus copas en un brindis a mi salud. La cara me ardía de vergüenza. No estaba acostumbrada a recibir tanta atención, pero no podía negar que me encantaba. Aquellas personas tan importantes que me rodeaban estaban celebrando mis logros como si fuera uno de ellos. Era una sensación muy rara, después de estar sola toda la vida. Nunca pensé que llegaría a sentirme parte de la familia Branson. O, mejor dicho, que los Branson serían mi familia *del trabajo*.

—Nos encantaría brindar con vosotros, pero no hemos tenido ocasión de coger nada para beber todavía —rio James, fingiendo alzar una copa inexistente—. Bernie nos ha acaparado en cuanto hemos llegado. Disculpádnos, por favor.

James me tomó de la mano y nos encaminamos al bar. Intenté mantener la calma mientras pasábamos junto a una cara famosa tras otra, pues me pareció que más de una modelo me dirigía miradas asesinas. Me incliné hacia James para susurrarle al oído mientras esperábamos las bebidas.

—Esto es demasiado. No sé cómo voy a aguantar toda la noche. Me siento... no sé, como si me estuvieran analizando. Como si la gente supiera que no encajo aquí.

Él me acarició la mejilla y, tras mirarme un momento a los ojos, se inclinó para susurrarme a su vez.

—Lo estás haciendo muy bien y *por supuesto* que encajas aquí. —Tras darme un rápido beso en los labios, continuó—. Y lamento decírtelo, pero no son imaginaciones tuyas. Es verdad que todo el mundo te está mirando.

—¡Creía que estaba paranoica! —exclamé en un susurro con los dientes apretados, mirando por encima del hombro para comprobar si era verdad.

—Estás poniendo celosas a las mujeres, y excitando a los hombres.

—Para. —Le golpeé el brazo.

—Lo digo en serio —rio él—. Con ese vestido estás irresistible. Aunque lo cierto es que siempre recibes atención, lèves lo que lèves.

Le tomé del brazo y me apreté un poco contra él. James me plantó un beso en la cabeza. Sus besos eran frecuentes, reconfortantes y justo lo que necesitaba aquella noche. Cada uno de ellos me daba una descarga de confianza en mí misma, parecía que intentaba demostrar al mundo que yo estaba allí por una razón: porque estábamos juntos.

La noche se me pasó en un torbellino de champán, comida deliciosa y muchas risas. Poco a poco, conseguí relajarme y divertirme, hasta el punto de llegar a intercambiar bromas con la directora editorial de *Vogue*. También conocí al fundador de Snug, Declan Byrne, y a su mujer, Olivia. Me sorprendió lo normal que parecía ser aquel multimillonario irlandés, a pesar de ser el creador de la mayor red social del mundo. Al parecer era amigo de James, que les había invitado a la fiesta aprovechando que estaban en Nueva York.

—Si este tío no te trata bien, avísame —me dijo Declan con una sonrisa pícar—. Yo le haré entrar en razón.

—Eh, un momento. ¡Creía que éramos amigos! —James fingió una protesta.

—Precisamente porque lo somos, no te voy a permitir fastidiarlo —replicó Declan—. Fuiste tú quien me dio el consejo que necesitaba oír cuando estuve a punto de perder a una persona maravillosa —continuó, antes de dar un beso en la frente a su mujer—. Lo menos que puedo hacer es devolverte el favor.

Me costaba creer lo amable y acogedor que estaba siendo todo el mundo, como si este fuera de verdad mi sitio. A pesar de la enorme diferencia entre mi insignificante vida y la de la gente importante que me rodeaba, me sentía bienvenida, como si fuera uno de ellos, y eso era lo último que había esperado. Claro, que ir del brazo de James Branson sin duda ayudaba bastante, pues Bernie formaba parte de la realeza de la moda, y James era su heredero.

El ambiente se relajó aún más tras la puesta del sol, sobre todo cuando Bernie y Kathleen se unieron a un grupo de modelos jóvenes en la pista de baile y organizaron unas danzas en línea que deleitaron a los asistentes. Por fin, el DJ empezó a poner canciones más lentas para animar a las parejas a salir a la pista de baile y, cuando empezó a sonar *XO* de Beyoncé, lancé a James una mirada muy elocuente.

—¿Quieres bailar?

—Un momento, esta es... —dijo él, tras escuchar unos momentos con la cabeza ladeada.

—Sí, nuestra cantante favorita.

—Pero esta canción no es muy lenta, ¿no? Es una cosa intermedia.

—Me da igual, vamos a bailar —dije, sintiéndome muy atrevida gracias a las tres copas de champán que llevaba encima.

Algunas personas sentadas en nuestra mesa aplaudieron un poco cuando empecé a tirar de James en dirección a la pista de baile. Él me rodeó con los brazos y me lanzó una mirada de irritación fingida.

—Que no se te ocurra cantar, ¿entendido?

—No me des ideas —contesté riendo, empezando a moverme con él al ritmo—. Aún no me has pagado por cumplir mi promesa de no dedicarte una serenata.

—Oh, ¿te refieres a aquella cosita de los veinte centímetros?

—Para empezar, no se puede decir «cosita» y «veinte centímetros» en la misma frase. Y segundo, —continué frotándome contra él un poco—. Creo que me quedé corta en la estimación.

Él dejó escapar un gruñido y se inclinó hacia mí para darme un mordisco cariñoso en el cuello.

—Más vale que pares, o te sacaré a rastras de esta pista de baile.

—¿Es una promesa? —Volví a apretarme contra él y noté que se ponía tenso.

La canción tenía momentos tranquilos, seguidos de grandes interludios dramáticos y, para mi sorpresa, James consiguió ajustar su ritmo al de la música. Me apretó contra él y, cuando el ritmo volvió a acelerar, me hizo girar por toda la pista. Bailamos como si lo hubiéramos hecho mil veces antes, con los cuerpos pegados y en perfecta sintonía, como cuando hacíamos el amor. No tuve ninguna duda de que él también estaba pensando en la forma en que nos movíamos en la

cama, o en un coche, o en un probador, o contra una pared... Bajé una mano para apretarle el culo durante un momento, y él gruñó de nuevo y volvió a mordirme la parte baja del cuello.

—Entonces, ¿vamos a seguir bailando, o puedo sacarte de aquí? —preguntó.

—Me gusta bailar, pero hay algo que me gusta mucho más hacer contigo —le susurré al oído, y cuando le deslicé los dedos por el pelo, él se estremeció.

—Cuéntame —exigió, con los ojos clavados en los míos.

Me puse de puntillas para susurrarle una vez más.

—Me gusta follar contigo.

La canción terminó y nos separamos a desgana.

—La casa de la piscina está aquí al lado. —Señaló con la cabeza mientras deslizaba las puntas de los dedos por mi brazo.

—Ah, ¿sí? —Quise tentarle un poco más—. ¿Es eso cierto? ¿Y qué haríamos en la casa de la piscina?

James me atrajo hacia él y sentí su cálido aliento en la oreja.

—Cosas sucias. Cosas depravadas. Te desnudaré y recorreré todo tu cuerpo con mi lengua. Haré que te corras media docena de veces antes de acercar mi polla a ti. Te excitaré hasta que me supliques que te la dé, y después te follaré por detrás porque sé que te corres muy rápido cuando lo hacemos así.

Sentí arder todo mi cuerpo cuando me susurró todas aquellas cosas excitantes y dulces a la vez. Sin que me diera cuenta, él me había estado haciendo caminar hacia atrás, de forma que habíamos salido de la pista de baile, atravesado la multitud y solo me fijé en que estábamos fuera de la carpa cuando sentí el roce de la fresca brisa nocturna contra mi piel.

—Es por aquí —dijo, tirando de mí.

Me sentía tan atontada por el deseo que prácticamente corrí por la hierba junto a él, con aquellos ridículos tacones que llevaba. Nos besamos mientras él intentaba abrir la puerta de la casa de la piscina, y no nos separamos ni siquiera cuando por fin lo consiguió y entramos a trompicones en la casa. Él deslizó las manos por mis muslos y me levantó el vestido, mientras yo intentaba bajar la cremallera de sus pantalones.

—No hay tiempo para quitarte esto —dijo, subiendo el vestido por encima de mis caderas. Me bajó el tanga y se dejó caer de rodillas delante de mí—. Oh, Dios mío, cómo me pones con esos zapatos.

—James —conseguí decir en un susurro ahogado, apartando el tanga de una patada—. No tenemos tiempo de hacer...

Me interrumpí cuando su boca encontró mi centro, y hundí los dedos en su pelo mientras el placer recorría mi cuerpo. Él se apartó un segundo, sin interrumpir sus caricias con el pulgar.

—¿No has oído lo que he dicho que te iba a hacer? —murmuró—. Nadie nos va a echar de

menos, créeme.

Volvió a hundirse entre mis piernas, ansioso por probarme de nuevo. Me corrí rápido y con mucha intensidad, aunque apenas había empezado a tocarme. Los ruidos que llegaban desde la fiesta ocultaron mis gritos, pero aun así, me tapé la boca con el puño para intentar ahogarlos.

James me miró desafiante.

—Ahí va el primero. Quedan cinco más.

Antes de que pudiera volver a besarme, di un paso atrás, pero él me sujetó el culo e intentó acercarme a su boca.

—No —exhalé, sintiendo aún las últimas pulsaciones de mi orgasmo—. Es tu turno.

Abrí la cremallera de sus pantalones y se los bajé de un tirón, junto con los calzoncillos, antes de que pudiera protestar. Sabía que, en el instante en que estuviera en mi boca, lo tendría a mi merced. Me dejé caer de rodillas ante él, rodeé su miembro con mis labios y presioné la lengua contra la parte inferior, al tiempo que le apretaba los testículos con la mano.

—Nat... —No pudo terminar de hablar, pues empecé a meterlo y sacarlo de mi boca con movimientos rítmicos.

No era fácil tragármelo entero, así que utilicé la mano para cubrir los últimos centímetros de la base. Aunque había encontrado el ritmo adecuado, me interrumpía de vez en cuando para besar y lamer sus testículos. Sus gemidos llenaron la habitación, hasta que se separó de mí sin previo aviso.

—Tienes que parar, no aguanto más. Necesito follarte ahora mismo.

—¿No se suponía que era yo quien tenía que suplicar?

Le miré desde abajo, y esta vez fui yo quien le dirigió la mirada pícara. Él tiró de mí sin decir palabra, me llevó al sofá y, tras doblarme sobre el respaldo, me dio una palmada juguetona en el culo. Al oír que abría el envoltorio de un condón, miré por encima del hombro para ver cómo me sujetaba con cuidado y me atraía hacia sí. Arqueé la espalda para alcanzar sus labios con los míos, a pesar de lo incómodo de la postura. Nos besamos con pasión, mientras su polla se deslizaba entre mis piernas, esperando entrar, en la más dulce de las torturas.

—James. —Mi susurro sonó roto, desesperado—. *Por favor.*

No necesitó oír nada más. James se hundió en mí y ambos gritamos de alivio cuando nuestros cuerpos se unieron.

Puede que aún no fuéramos una pareja oficial, pero *aquello* era real y, por el momento, para mí era suficiente.

NATALIE

¿Cómo era posible que el apetitoso despliegue de comida para el *brunch* me hiciera sentir a la vez hambrienta y a punto de vomitar?

Bernie, James, Christopher, Kathleen, Teddy y algunos otros familiares cuyos nombres no recordaba, estaban reunidos alrededor de la larga mesa en el elegante solárium de la casa de Bernie, aguantando la resaca y comentando anécdotas de la noche anterior.

—Siempre mido el éxito de una fiesta por el número de gente que cae a la piscina y, según lo que vi anoche, me atrevería a decir que esta ha sido la mejor hasta ahora —dijo Bernie, alzando su mimosa en un brindis.

—¿Pero, la gente se cayó o se tiraron? —preguntó Teddy mirando alrededor de la mesa—. Porque yo, desde luego, me tiré al agua.

Kathleen se echó a reír y le cogió una mano, que él se acercó a los labios para darle un rápido beso. Estaban tan enamorados que casi resultaba embarazoso mirarlos. Lancé una mirada rápida a James, pero él pareció no darse cuenta.

—A algunos nos empujaron —se quejó Christopher, mirando enfadado a Teddy.

Al principio no comprendí si estaban bromeando o si realmente se llevaban mal, pero la cara de Christopher reflejó enseguida su buen humor habitual y Teddy alargó un brazo sobre la mesa para chocar el puño con el suyo.

—¿Y a usted qué le ocurrió, caballero? —Bernie miró a James y él pareció prepararse para el impacto—. Creo que te perdí la pista durante un buen rato.

Noté que me sonrojaba al recordar nuestra escapada a la casa de la piscina, antes de que la gente empezara a meterse en el agua.

—No sé a qué te refieres —dijo él, con cara inocente y los ojos muy abiertos—. Estuve aquí toda la noche.

—Ajá —dijo ella, escéptica—. No sé si revisar las cámaras de seguridad, porque creo recordar que te escabulliste con tu encantadora novia cuando terminasteis de bailar.

—Se me rompió una cinta —dije yo enseguida—. De mi... bueno, de la ropa interior. Solo nos perdimos un ratito de la fiesta.

—Y hablando de perderse algo —empezó Kathleen, lanzando una mirada culpable a Teddy—. Tengo malas noticias sobre el lanzamiento de la línea de alta costura.

—Déjame adivinar —suspiró James—. No vas a poder asistir.

—La culpa es toda mía —dijo Teddy, levantando una mano—. Reservé un viaje sin consultar las fechas con Kathleen, y ya no lo podemos cancelar.

Teniendo en cuenta sus recursos, estaba segura de que podrían cambiar sus planes en cualquier momento, pero no pensaba decir nada.

—Vosotros dos, siempre de un lado a otro —dijo Bernie—. ¿Es que no os cansáis nunca?

—Jamás. —Kathleen dirigió una sonrisa radiante a Teddy—. Siempre he soñado con ver el mundo, pero, hasta ahora, no había tenido la posibilidad de hacerlo. En cambio, este hombre se asegura de que tenga la maleta hecha en todo momento y esté lista para el próximo destino. Es el compañero de viaje perfecto.

—¿Y a dónde vais esta vez? —preguntó James con desconfianza. Había vaciado su plato a una velocidad alarmante.

—Es un viaje que siempre hemos querido hacer: ¡un safari! —dijo Teddy.

—Sí, y esta es la mejor época para hacerlo. Me encantaría poder asistir al lanzamiento, pero debéis entender que...

—A estas alturas ya lo esperábamos —dijo James con una risa ahogada—. Siempre que tenemos un acontecimiento, no puedes venir. Si tenemos un problema, estás en el extranjero. Si alguien necesita ayuda, tu teléfono está fuera de cobertura. —Se encogió de hombros, todavía sin mirarla—. Pero supongo que debes hacer lo que dicte tu corazón.

La mesa entera se había quedado en silencio cuando James le soltó todo aquello a su madre.

—Sí, eso es exactamente lo que hay que hacer —respondió ella con suavidad—. En realidad, creo que me gustaría que tú hicieras lo mismo más a menudo.

Christopher no pudo contener un respingo, y yo me quedé helada, deseando que me tragara la tierra.

—¿Y qué se supone que significa eso? —exigió James, con el tenedor a medio camino hacia la boca.

—Bueno, cariño, parece que descartas a tus parejas bastante rápido. Espero que esta vez sea diferente. —Kathleen me dirigió una cálida sonrisa, y yo conseguí devolverle otra algo insegura, porque la conversación me estaba haciendo desear meterme bajo la mesa. Por su parte, James daba la impresión de que habría preferido someterse a cualquier tipo de tortura antes que discutir esa cuestión delante de su familia.

—Yo diría que los hombres Branson ya han tenido bastante mala suerte en cuestión de relaciones —dijo Christopher con seriedad—. Yo tengo todo ese lío con Amanda, y no olvidemos lo que Heidi hizo pasar a James.

—Fue horrible —admitió Bernie—. Aquella historia que publicaron en *People* fue muy cruel.

Aún no puedo creer que se atreviera a acusarte de atrofia emocional. ¿Cómo pudo hacerte eso?

—Todo aquel artículo no era más que una sarta de mentiras —murmuró James.

—Si era así, ¿por qué no lo desmentiste? —preguntó Christopher—. Deberías haber proclamado al mundo que se lo había inventado todo.

Yo intenté centrarme en la tortilla que había en mi plato, pero aquella conversación tan incómoda no dejaba de resultarme fascinante a la vez.

—Ya sabes cómo va eso —contestó James, cansado—. Si yo hago una declaración, ella hace otra, y se acaba convirtiendo en un partido de tenis, donde gana el que hace más daño al otro. Y, siendo sinceros, cuando contó que me había negado a comprometerme con ella, eso le ganó la simpatía del público y le dio toda la ventaja.

—Bueno, yo creo que esa parte es cierta, ¿no? —dijo Christopher con precaución—. Tampoco es que te estuvieras muriendo por comprometerte con Heidi para el resto de tu vida.

—Exacto. —James soltó una risa amarga—. ¿Te lo imaginas?

Miré a James para tratar de entender si su última observación se refería a cualquier tipo de compromiso, o solo al que se refería a aquella supermodelo superficial y ansiosa de atención.

—Bueno, ya está bien de hablar de ella —reprendió Bernie desde su puesto en la cabecera de la mesa—. Todo aquello es parte del pasado, ¿no? ¡Los Branson somos felices! ¿A que sí? ¡Todos somos muy, muy felices!

Sonó como una súplica y todo el mundo se apresuró a afirmar que sí, pero, cuando miré a Christopher, vi que se mantenía impassible. Por su parte, James ni siquiera me había mirado durante toda aquella conversación, hasta el punto de que tuve que preguntarme si era consciente de que estaba sentada justo delante de él.

Aquella conversación tan tensa y estresante me había provocado un dolor de cabeza considerable, pero, en cuanto volvimos a nuestra habitación, James me tomó entre sus brazos y me dio un beso que acalló todos mis temores.

—¿Y eso, por qué? —pregunté cuando nos separamos por fin.

—Por aguantar todas esas tonterías —dijo, acariciándome una mejilla con el pulgar—. Odio que mi madre saque el tema de las relaciones. Ella misma no ha sido el mejor ejemplo de la historia.

Me soltó y sacó su bolsa de viaje del armario para empezar a recoger nuestras cosas, aunque el personal de la casa había ofrecido ocuparse de hacerlo por nosotros.

—Sí, pero ahora parece que todo le va mejor, ¿no? Teddy y ella parecen felices.

Saqué mi raída bolsa de deporte y empecé a recoger mis cosas también. Me había dado un poco de vergüenza no tener una maleta adecuada, pero nadie había dicho nada al respecto. Antes de doblar y guardar el vestido rojo de la fiesta, no pude evitar apretarlo contra mi pecho un momento.

—Sí, lo son, sin importarles los demás.

—¿Qué quieres decir?

James hizo una bola con la camisa que había llevado la noche anterior y la tiró dentro de su maleta.

—Desde que conocí a Teddy, es una persona completamente distinta. Cuando éramos pequeños... bueno, lo entiendo, para ella no pudo ser fácil. Para cuando tenía mi edad, ya era una viuda con dos hijos y vivía con su suegra. Adora a Bernie, como todos nosotros, pero, como sabes, mi abuela tiene una personalidad *muy* fuerte. No creo que mi madre pudiera opinar mucho sobre cómo se hacían las cosas, pero siguió allí y siempre puso a la familia primero. Estaba disponible para lo que fuera, en todo momento: asistía a cada juego de béisbol, cada reunión de padres de alumnos, cada demostración de experimentos de ciencias. A medida que íbamos creciendo, cada vez la necesitábamos menos, pero siempre supimos que podíamos contar con ella. Creo que aún se siente culpable por no haberse dado cuenta a tiempo de lo mal que lo estaba pasando Christopher, pero estuvo ahí durante toda la intervención y hasta que él entró en rehabilitación. Sin embargo, unos meses después, asistió a una reunión de un grupo de apoyo, y conocí a Teddy. —James no pudo evitar una mueca al llegar a ese punto.

—Creía que te gustaba Teddy —conseguí decir.

—No creo que sea mala persona, pero no me entusiasma la forma en que, en cuanto mi madre se enamoró de él, de repente ya no le importaba nada más —explicó James, encogiéndose de hombros—. Y ahora no hace más que desaparecer continuamente. A veces me da la sensación de que lo único que le importa es Teddy, o de que solo está enamorada del amor.

Lo pensé un momento. Una parte de mí estaba de acuerdo con la idea de que Kathleen debía estar presente para ayudar a su familia a superar los problemas, pero lo de echar la culpa de sus ausencias al amor... Además, tenía la impresión de que Kathleen había renunciado a su propia vida durante muchos años. Desde ese punto de vista, ¿no era bueno que por fin estuviera dedicando su vida a sí misma?

Al llegar a ese punto, nos quedamos sin nada más que decir, y seguimos haciendo las maletas en silencio. Me pregunté si hablar de Heidi había despertado recuerdos en él. Había intentado encontrar más información sobre su relación en internet, pero abandoné al ver una foto de los dos en Capri, en la que James llevaba a Heidi, vestida con un bikini diminuto, sobre su fuerte espalda. La forma en que James sujetaba los brazos de ella con las manos, como si no quisiera soltarla, me daba ganas de vomitar.

James se me acercó por detrás, deslizó los brazos alrededor de mi cintura, como si hubiera sentido la tensión nerviosa que me embargaba en ese momento, y me besó en el cuello. Yo cerré los ojos para disfrutar de la sensación de estar apretada contra él.

—¿Lo he hecho bien este fin de semana? —susurré, apoyándome contra él e inspirando su aroma.

Me había estado muriendo por saber qué habrían opinado los demás sobre mí. James me giró para ponerme frente a él y me dio un largo beso.

—Has estado perfecta —murmuró contra mi boca—. Una diosa entre simples mortales.

—Ooh —reí—. Sigue hablando.

—No podría haber pedido una pareja mejor.

James deslizó las manos por mis costados, haciendo que mi piel ardiera a su paso. ¿Tendríamos tiempo para uno rápido?

—Hacemos un buen equipo, ¿eh? —Le besé con cariño, pero luego le mordí el labio inferior, haciendo que él me devolviera el beso con más intensidad.

—Oh, sí —dijo él, haciéndome andar de espaldas hacia la cama—. Has sido una fantástica novia falsa.

Me quedé helada, y me pregunté si él habría sentido el escalofrío que recorrió mi cuerpo. Era una reacción absurda, ya que, desde que me comprometí a acompañarle, él siempre había dejado muy claro cuál era mi papel. Pero, a pesar de todo... Después de todo lo que habíamos compartido, ¿pensaba en serio que solo habíamos estado actuando durante todo este tiempo?

—¿Qué te pasa? —preguntó James, separándose de mí y mirándome con algo de desconfianza—. Creo que te he perdido durante un momento.

—Nada, ¡estoy bien! —Sonreí, aunque me estaba muriendo por dentro—. Solo pensaba en el viaje de vuelta. Aún no me he acostumbrado a volar en helicóptero.

Él me dio un último beso y volvió a su equipaje, poniendo fin a aquel momento íntimo.

—No te preocupes, tenemos tiempo de sobra para que te acostumbres a mi helicóptero.

¿Tiempo de sobra? ¿Cuánto creía que iba a durar esta relación fingida? ¿O tal vez pensaba que había una posibilidad de que se volviera real? Eso era lo que yo deseaba, pero... ¿y él? No parecía tener una buena opinión del amor. Tenía tantas preguntas... Sin embargo, no me atreví a decir nada.

Cuando era pequeña, había aprendido por las malas que hacer muchas preguntas, o pedir demasiadas cosas, se podía volver en mi contra, así que me limitaba a callarme y fingir que me parecía bien todo lo que se presentara.

JAMES

Se estaba acercando la fecha de lanzamiento de la colección de alta costura, y no había tiempo que perder. Eso, unido a la búsqueda de candidatos para los puestos de Clint y Lorraine, además del próximo proyecto Pantone, debería haber supuesto una carga de trabajo agotadora, pero, por alguna razón, me sentía más lleno de energía de lo habitual. Y, si lo pensaba, no era difícil saber por qué.

Natalie.

Solo pensar en ella me daba ganas de sonreír. Desde la fiesta de Bernie, me había sentido como atontado, como en un estado de euforia en el que me resultaba imposible evitar tararear ridículas melodías de Beyoncé. Todo eso, y más, porque el fin de semana había sido muchísimo mejor de lo que había imaginado.

Natalie se había metido en el bolsillo a todas las personas con las que había hablado, aunque eso no debería haber sido una sorpresa. Era maravillosa, y había encajado a la perfección.

Me había preocupado un poco incluirla en una celebración familiar, por si la situación resultaba incómoda, pero la buena relación que ya tenía con Christopher y Bernie había derivado en una familiaridad que hasta les permitía gastarse bromas entre ellos, y daba la sensación de que se conocían desde hacía mucho más tiempo. Para cuando terminó aquel fin de semana, Natalie y mi madre ya estaban haciendo planes para quedar en cuanto mi madre volviera a Nueva York. Casi parecía que se había convertido en... bueno, en un miembro más de la familia.

Y lo cierto es que la idea no me disgustaba.

Podía sentir la sonrisa en mi cara de camino al ascensor, y esa debió ser la razón por la que, al cruzarme con Frank de contabilidad por el pasillo, él me chocó los cinco espontáneamente. Mi buen humor debía ser evidente, estaba seguro de que debía haber reemplazado a mi cara de póquer habitual y me haría parecer más cercano. Y, por supuesto, la maquinaria de cotilleos de la oficina estaba sin duda haciendo horas extra, comentando que el jefe había invitado a una empleada del montón a una reunión familiar. Había visto fotos mías con Natalie en la página web del *New York Post*, así que no tenía sentido tratar de ocultarlo en la empresa.

En aquel momento, no tenía ninguna razón para bajar al departamento creativo, aparte del hecho de que tenía ganas de verla. Sabía que podía poner cualquier excusa para justificar mi visita, y también que Lavonte me acorralaría para exigir mi opinión sobre algo, pero estaba seguro de que Natalie se daría perfecta cuenta de por qué estaba allí. Por primera vez en mi vida, quería que

alguien supiera que no podía quitármela de la cabeza.

La mayor parte de las mujeres con las que había salido antes debían pensar que habían sido muy importantes para mí, ya que cuidaba mucho todo eso de mandarles flores y demás. O, bueno, para ser exactos, era *Lorraine* quien se ocupaba de ello. Sin embargo, con Natalie no quería seguir el manual de cómo conquistar a alguien. Ella se habría dado cuenta de todos modos, y no era la clase de chica a la que le importara una caja con tres docenas de rosas importadas. En cambio, un nuevo cuaderno de bocetos y una caja de lápices de colores parecían mucho más adecuados para ella.

En el departamento de diseño había un lugar concreto, justo antes de doblar la esquina, desde el que podía observar a todo el mundo sin ser visto. Como siempre, el ambiente de la sala vibraba con la música y las conversaciones, y Natalie estaba en el centro de todo. Había sido elegida de forma implícita como la dirigente del equipo y, a pesar de lo mucho que le gustaba el trabajo, estaba claro que el estrés de todas las tareas de las que se encargaba estaba empezando a poder con ella. Observé cómo charlaba con Rhea sin dejar de sonreír, pero en cuanto se apartó de ella, el desánimo fue evidente en su cara. Estaba agotada. Mi chica necesitaba un respiro, y lo necesitaba ya.

Intenté entrar sin llamar la atención, pero Calliope me vio y chilló emocionada.

—¡Me pido primera! —gritó, corriendo hacia mí con el teléfono en alto—. ¡Como intentéis adelantaros, os sacudo!

—¡Hola, Calliope! —exclamé, contagiado por su euforia—. ¿Qué necesitas?

—Quiero que apruebes la publicación de esto —dijo, mostrándome el móvil—. Hemos decidido que esta sea la imagen principal para anunciar la campaña de alta costura, pero ya que has venido, nos vendría bien tu opinión.

Cuando miré la foto, no me sorprendió que se tratara de uno de los diseños de Natalie, vestido por una mujer que se parecía sospechosamente a Skyler Honeywell. El equipo ejecutivo aún no había aprobado contratar a la modelo, pero, como parecía típico de Natalie, ella había dejado clara su opinión, tanto si a los demás nos parecía bien como si no.

—Es perfecta. Puedes publicarla.

—Esto va a *arrasar* —dijo Calliope, saltando un poquito, de forma que sus enormes gafas se deslizaron por su nariz—. ¡Yay!

Natalie nos observaba desde el centro de la sala, con una sonrisa cansada que me llegó al alma. Le hice un gesto con la mano para que se acercara, pero, con una mirada desafiante, ella hizo su propio gesto para indicar que era yo quien debía ir ella.

Era un punto muerto, un recordatorio de que nuestra relación se basaba, en buena parte, en saber ceder.

Al pensarlo, sentí un estremecimiento, porque lo que teníamos *no* era una relación. Cualquier cosa más allá de un rollo informal supondría una distracción muy peligrosa que me impediría centrarme en mi familia y el negocio, las dos cosas que más me importaban. Pero si solo era un rollo, podía ser muy divertido.

Natalie terminó por arrugar un poco la nariz y dirigirse hacia mí con paso ruidoso.

—Hola, acosador.

—¿Disculpa? —pregunté, sorprendido—. Estamos en público, no me estoy escondiendo. ¿Cómo que acosador?

—Te he visto observándonos antes de entrar —dijo ella, inclinándose un poco hacia mí—. No intentes negarlo.

—Me has pillado —reí, observando su preciosa cara—. Oye, ¿y esas ojeras?

Ella hizo una mueca y se llevó las puntas de los dedos a la delicada piel bajo sus ojos.

—Uf, ¿tengo mal aspecto? Necesito comprar un corrector.

—En absoluto, estás increíble —murmuré—. Pero sí pareces un poco cansada.

—La culpa es de *alguien* que no me deja dormir —respondió en un susurro acompañado de un guiño, pero enseguida se separó de mí para intentar mantener las apariencias—. Bueno, ¿qué necesita, señor Branson? Estoy un poco ocupada.

Miré el caos que nos rodeaba, y luego la cara pálida de Natalie, y eso fue todo lo que necesité para tomar una decisión espontánea, de esas que no tomaba nunca.

—Nos vamos a tomar la tarde libre. Trabajas demasiado, a este paso te vas a quemar.

Ella se quedó un momento con la boca abierta, y luego hizo un gesto para señalar a nuestro alrededor.

—¿Cómo? Pero yo... los plazos... ¡No puedo! Ni hablar.

—Por supuesto que puedes, son órdenes del jefe. Recoge tus cosas y vámonos. —No dejé de mirarla ni un momento.

—James, estás perdiendo la cabeza. —Rio como si todavía no creyera que hablaba muy en serio—. No podemos irnos ahora. Aún tengo que acabar seis diseños más, Rhea y yo tenemos una reunión a las tres, y tengo que contestar a Christopher sobre unas cuantas cosas. Hoy tengo un día complicado.

—Pues vas a tener que delegar en otros. Aprende de mí.

—¿Tú? ¿Delegar? —Soltó un resoplido—. ¿Don Yo-me-encargo?

Me limité a tomarla de los hombros y girarla con cuidado en dirección a su mesa.

—Recoge tus cosas. Yo hablaré con Rhea y podemos llamar a Christopher por el camino. No discutas.

Natalie abrió la boca para hablar, pero la detuve con un dedo sobre los labios. Ella apartó la cabeza y me miró enfadada.

—De acuerdo. Que conste que esto no tiene sentido, pero no me dejas otra opción.

—Exacto. Te espero abajo en cinco minutos.

2

Natalie

Cuando descubrí cómo planeaba James pasar nuestra tarde de novillos, tuve que plantarme.

Navegando. Los dos solos. En el océano.

Yo no era una gran aficionada a los barcos. De hecho, ni siquiera era una *pequeña* aficionada. Como niña de acogida, tampoco es que hubiera tenido muchas oportunidades en la vida para hacer deportes de agua. Cuando vi aquella enorme cosa color azul marino y blanco, me detuve en seco.

—No estoy muy segura de esto —dije, siguiendo a James, que me llevaba de la mano por el muelle.

—No pasará nada. Soy un marino excelente, no te preocupes.

—No, James, no lo entiendes —insistí, mientras le tiraba del brazo—. Me da vergüenza admitirlo, pero... no sé nadar. Nadie me ha enseñado nunca.

Él me acarició una mejilla con cuidado, sin dejar de mirarme a los ojos.

—No lo sabía. ¿Quieres que lo dejemos? ¿Te da miedo?

¿Lo tenía? Normalmente no me asustaba nada, pero el tamaño del océano era otra cosa.

—Solo me inquieta un poco, ¿sabes?

—Claro. —Me acercó hacia él para darme un beso cariñoso—. ¿Y si intentamos hacer algo sencillo? Podemos navegar un poco, cerca de la costa, y ver cómo te encuentras. Si no te gusta, volveremos al puerto, pero, si te lo pasas bien, podemos seguir. ¿Te parece?

Por fin asentí. No estaba muy convencida, pero quería intentarlo, al menos.

El tiempo era perfecto, sin una sola nube, y no quise ser yo quien impidiera a James disfrutar del paseo en barco. Él volvió a adoptar su actitud de jefe para explicarme las tareas en las que tendría que ayudarle, y eso me permitió centrarme en algo que no fueran los tiburones, ballenas y calamares gigantes ocultos en las profundidades.

—¿Estás bien? —preguntó cuando salimos del puerto y nos hubimos alejado un poco de la costa—. Podemos volver en cualquier momento, solo tienes que decirlo.

La forma en que James dirigía el barco me hacía sentir más tranquila. Era tan seguro de sí mismo, y tan capaz, que perdí el miedo, a pesar de la inmensidad azul que nos rodeaba. Lo cierto era que me sentía segura.

—No, la verdad es que me lo estoy pasando bien —contesté—. Quiero seguir un poco más.

Cuando salimos a aguas abiertas, descubrí que sí era una aficionada de los barcos. Al menos, cuando era James quien llevaba el timón.

—De acuerdo, lo admito —dije, haciendo sombra ante mi cara con la mano y mirándole con los ojos entrecerrados por el sol, mientras el viento agitaba mi pelo—. Tenías razón, esto es justo lo

que necesitaba.

Él volvió a ponerme la mano en la mejilla, haciendo que mi corazón latiera más fuerte en mi pecho. ¿Por qué me parecía que ese momento era diferente? ¿Más... *importante*?

—Sabía que te encantaría, pero tendremos que buscarte unas clases de natación si vamos a pasar más tiempo navegando. Quiero que te sientas totalmente cómoda en el agua, y sobre ella.

No quise buscarle más significado, pero sonaba como si estuviera haciendo planes para el futuro. Para tratarse de una relación falsa, me empezaba a parecer que aquello podría llegar a convertirse en algo real.

La tarde se me pasó con rapidez, entre risas bajo la fresca brisa. En el barco, James era diferente del jefe de la empresa, mucho más desenfadado y relajado, pero igual de seguro de sí mismo. Yo había temido que me diera miedo estar en mar abierto, sin ver la tierra, pero estar junto a él me hacía sentir invencible. La sensación de trabajar juntos para controlar el barco frente al viento me resultaba casi como un afrodisíaco. Hacíamos un equipo increíble y, en el fondo, no perdía la esperanza de que, poco a poco, nos estuviéramos convirtiendo en algo más.

Porque me estaba enamorando de él. En serio.

—¿No deberíamos volver? —pregunté, cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte.

—Eso depende de lo que quieras hacer —dijo él, sentándose junto a mí en uno de los mullidos bancos de cubierta—. Podríamos volver a puerto e ir a cenar, o podemos quedarnos aquí bajo las estrellas, comer algo de queso, beber vino y hacerlo a la luz de la luna. Tú decides.

Le acaricié un muslo con la mano. Sus piernas morenas, cubiertas de un vello fino muy claro, me habían estado distrayendo toda la tarde.

—Creo que la decisión está tomada. Nunca lo he hecho en un barco. —Tras una pausa, añadió—. Supongo que tú sí.

—Hmm... —James ladeó la cabeza, valorando la pregunta—. Aunque no te lo creas, yo *tampoco*. Y creo que hay que remediar eso cuanto antes.

Noté el bulto en sus pantalones en cuanto me sentó sobre su regazo. Yo había ido a trabajar con una falda negra de vuelo, y me había quitado las bragas al subir al barco sin que James se diera cuenta, así que, cuando le tomé una mano para colocarla entre mis piernas, él dejó escapar una exhalación entrecortada de placer.

—Nunca dejas de sorprenderme. Tan suave, tan dulce... —susurró en mi oído mientras me acariciaba con suavidad—. Jamás he conocido a nadie como tú, Natalie Reynolds.

James sabía bien cómo tocarme, así que no conseguí encontrar palabras para responder. En lugar de eso, me apreté contra su mano y oculté mi cara en su cuello. Apenas había empezado, y ya me sentía a punto del orgasmo.

—Un momento —susurró en mi oído—. Voy a hacerte suplicar.

Movió sus dedos contra mí unos segundos más, de forma que aún me acerqué más al abismo, y entonces se detuvo sin avisar. Con una ligera sonrisa en los labios, se apartó para mirarme con

detenimiento.

—*James* —grité angustiada—. No me provoques tanto.

—¿Quieres que siga?

Le rodeé con los brazos, le atraje hacia mí y asentí contra su cuello.

—Pídelo por favor —susurró, con los labios acariciando mi oreja—. Dilo y te daré lo que quieres.

—*Por favor* —dije con voz temblorosa.

En cuanto lo dije, me tomó en sus brazos y me llevó a la proa del barco. Cerré los ojos mientras atravesaba el estrecho corredor que llevaba hasta allí y no los abrí hasta notar que me depositaba sobre un cojín. Después se situó sobre mí y me acarició el pelo.

—He estado deseando hacerte el amor todo el día.

No pude contener un escalofrío, pero no se debía solo a que estaba desesperada por que lo hiciera. Él nunca lo había llamado «hacer el amor» hasta ahora, pero eso era justo lo que parecía que estábamos a punto de hacer. Estaba actuando de una forma muy tierna que no había visto antes, como si idolatrara mi cuerpo. El sexo apasionado de las ocasiones anteriores me había vuelto loca, pero aquella unión a la luz de la luna parecía distinta, más profunda. Cuando nos besamos, parecía que nos estábamos entregando el uno al otro. Me sentí conectada a James de una forma que jamás había sentido antes, y también muy vulnerable, casi asustada por la intensidad de las emociones que se agitaban en mi interior.

No me contuve cuando llegué al orgasmo, y dejé escapar un grito de placer que reverberó sobre la superficie del agua. James me siguió al momento, gritando mi nombre. Al terminar, nos abrazamos jadeantes, sonriendo y sin dejar de besarnos. Tenía tantas cosas que decirle, tantas emociones que expresar... La sensación me resultaba poco familiar, y me hacía sentir expuesta, y casi a punto de llorar.

James me apretó contra su pecho y pude oír el latido de su corazón.

—Tú... me haces sentir cosas.

Aquel comentario tan impreciso me hizo reír un poco, pero en el fondo, sabía exactamente a qué se refería. Intenté absorber toda la felicidad que sentía en ese momento, para poder recordarla siempre. Él se apartó un poco para mirarme.

—Lo digo en serio. Haces que quiera compartir contigo cosas que nunca he compartido con nadie. Como estar aquí, en el barco de mi padre. Se suponía que esta era mi vía de escape del mundo, de todos, pero ahora solo quiero estar aquí contigo. Este barco es *nuestro* sitio.

La sinceridad que vi en sus ojos hizo aflorar lágrimas en los míos. No me quedaban dudas de lo que sentía por aquel hombre. Me estaba enamorando de James Branson.

Estaba casi desesperada por confesárselo, pero me obligué a contenerme. Aún era pronto. Necesitaba estar segura de que la conexión que sentía con él no era solo mi imaginación. Pero, en el fondo, sabía que, por primera vez en mi vida, estaba dispuesta a dar una oportunidad a eso

del amor.

La voz de advertencia que solía sonar en mi cabeza, aquella que siempre me decía que la gente se cansaría de mí, que cualquier cosa buena que encontrara no iba a durar, se había callado, por una vez. Solo pude esperar que no volviera a hablar.

JAMES

Noche de lanzamiento.

Cómo odiaba esas palabras. Todo nuestro trabajo, el estrés y la promoción incesante estaban a punto de culminar en un desfile de modelos y una fiesta posterior que podían salvar, o acabar con, la línea de alta costura de Branson Designs. Siempre que lanzaba una nueva colección, los periodistas me preguntaban si estaba ilusionado, y yo repetía siempre las mismas palabras básicas para ofrecer la declaración perfecta que andaban buscando.

Pero lo cierto era que, si este desfile en concreto no era bien recibido, estábamos *jodidos*.

Por supuesto, no podía admitir ante nadie lo complicada que era nuestra situación. Ni siquiera Natalie lo sabía. Durante las semanas anteriores al evento, prácticamente habíamos estado viviendo juntos, pero ella no sabía lo preocupado que estaba. El legado de Branson estaba en mis manos, así que también era yo quien podía acabar con él. Y si bien el que la empresa se arruinara apenas afectaría a la fortuna familiar, la posibilidad de destruir algo que Bernie había levantado ladrillo a ladrillo era demasiado deprimente para considerarla siquiera. Por otro lado, había que pensar en nuestro increíble equipo: gente muy dedicada y trabajadora, que perdería su medio de vida si yo no resultaba ser el líder adecuado. Toda aquella presión se acumulaba en un dolor de cabeza permanente que me dificultaba aún más enfrentarme a toda aquella situación.

Resultaba casi imposible parecer despreocupado, pero, de alguna forma, conseguí mantener las apariencias mientras me dirigía a la fiesta previa para la prensa. Tampoco es que tuviera otra opción, porque las cámaras seguían cada uno de mis movimientos. Planté una gran sonrisa en mi cara y fingí estar muy emocionado. Calliope se acercó a mí dando saltos, como siempre, en cuanto llegué.

—¡Jefe! Quiero subir una foto tuya con Natalie, y quizá también un vídeo. ¿Te parece bien?

No, pero tampoco podía negarme a atender a las redes sociales como debía.

—No he visto a Natalie todavía. —La busqué por la sala—. Voy a por ella y nos reuniremos contigo. Mientras tanto, ¿puedes asegurarte de conseguir una foto de Bernie con Davina?

La fundadora de Branson todavía mantenía una gran amistad con su primera modelo, y a las dos, con su belleza madura, les encantaba posar para fotos que siempre eran bien recibidas por el público.

Me dispuse a encontrar a Natalie, sin perder la agradable pero vacua sonrisa que había fijado en mi cara. La gente se apartaba para dejarme pasar a medida que avanzaba, pero no dejé de sentir las cámaras apuntándome en ningún momento. Eso era lo que más me disgustaba de las redes sociales, el hecho de que *siempre* había alguien observándome. Me libré de algunas peticiones para contestar preguntas con la promesa de que ya hablaríamos más tarde, pues no conseguía encontrar a Natalie y me estaba empezando a preocupar. Ella era la razón por la que estábamos a punto de ofrecer un desfile de alta costura, así que *debía* estar aquí. ¿Le habrían podido los nervios?

Por fin, cuando uno de los camareros atravesó las puertas batientes que daban a la cocina, atisbé sorprendido a Natalie allí dentro, durante el instante antes de que las puertas se cerraran. ¿Qué diablos hacía oculta en la cocina? Me dirigí hacia allí a toda prisa, listo para soltarle una charla, cuando mi sorpresa se tornó en espanto al ver que MG la estaba acorralando. La cara de Natalie reflejó un alivio enorme cuando me vio dirigiéndome hacia ellos.

—¡James! ¡Cariño! —Su voz delataba lo nerviosa que estaba.

—Vaya, hola, BJ —dije, cambiándole el nombre a propósito, y dirigiéndole una sonrisa agradable mientras le tendía la mano—. No esperaba verte aquí esta noche. ¿Te ha invitado Natalie?

Sabía que no le haría ninguna gracia la implicación de que no estaría allí de no ser por ella.

—Vamos, James, deja de fingir que no me conoces. Estoy aquí porque me ha invitado tu organizadora de eventos. —Me dirigió una sonrisa llena de dientes—. Está claro que ella sí sabe quién cuenta en esta ciudad.

Hablaba arrastrando las palabras y, cuando intentó dar un paso, tropezó con sus propios pies y tendió una mano hacia Natalie, con la clara intención de agarrarse a ella para no caer. Se las apañó para tocarle un pecho antes de agarrarse a su brazo, y ella me miró con ojos asustados, como un conejillo en una trampa. Apreté los puños sin pensarlo.

—Vale, ahora tienes que apartarte de Natalie —dije, con un esfuerzo para no perder la calma—. Suéltala.

—Qué suave —dijo MG ignorándome, y empezó a deslizar la mano por su brazo—. ¿Te gusta eso?

Natalie intentó soltarse, pero él la sujetó aún más fuerte.

—Podríamos compartirla, ¿sabes? —MG la miraba con lascivia—. Creo que me desea. Me doy cuenta de cómo me mira en clase, está claro que a esta chica le gusta follar. ¿Tengo razón o no? Creo que no tendrá problema en satisfacernos a los dos.

Le estampé un puño en la cara sin pararme a pensar en lo que estaba pasando. MG cayó como un saco de patatas, sin duda porque el alcohol había anulado sus reflejos. Se me quedó mirando desde el suelo, con cara de sorpresa y sujetándose la barbilla con la mano.

—Tú...

Por un instante, me quedé allí quieto, sin creer lo que acababa de hacer. Había perdido el control justo antes del evento más importante de mi vida. Yo, el hombre que *jamás* perdía los estribos,

había sufrido un ataque de furia desatada al oír las asquerosas e insultantes palabras de MG. ¿Cuándo me había convertido en una persona incapaz de guardar la compostura? ¿Y qué pasaría si alguien hubiera visto al presidente de Branson Designs tumbar de un puñetazo a un icono de la moda?

—Oh, amigo, te vas a arrepentir de esto —dijo MG desde el suelo, frotándose la mandíbula y mirándome como si pudiera leerme los pensamientos—. Estás jodido del todo, espera a que...

Se levantó tambaleándose, cosa que no supe si atribuir a la bebida o a los efectos de mi puñetazo.

—Ahora mismo voy a buscar a Grace, del *New York Times* —gritó en cuanto estuvo en pie, mirando a su alrededor—. ¿Grace? ¡No sabes la historia que tengo para ti!

Control de daños. Tengo que controlar esto, pase lo que pase. No podía permitir que aquello se convirtiera en la gran historia de la noche. Me acerqué a él para bloquearle el paso y le apunté con un dedo en la cara.

—Escúchame bien. La única historia que hay aquí es que has estado acosando sexualmente a una alumna tuya. ¿De verdad quieres que se te conozca como un acosador?

MG parecía atontado, y empecé a preguntarme si le habría pegado demasiado fuerte.

—Es mi palabra contra la de ella —consiguió decir por fin, y eso me hizo volver a cerrar los puños sin pensar.

Tenía que alejarme de él, o iba a volver a sacudirle. Hasta ahora, parecía posible impedir que la cosa pasara a mayores, pero si le daba otro puñetazo, seguro que no iba a tener tanta suerte. Lo miré enfurecido durante unos segundos más, hasta que se acobardó y se alejó un poco. Después, me di la vuelta y salí de la cocina, con Natalie pegada a mis talones. Cuando estuvimos al otro lado de la puerta, me volví hacia ella.

—¿Crees que alguien más lo ha visto? —pregunté.

—Um, yo estoy bien, gracias por preguntar —dijo ella, levantando mucho las cejas y con voz tensa.

Sin embargo, debajo de aquella tensión, era evidente que se sentía muy frágil. Se frotó los brazos con las manos, como si tuviera frío o quisiera protegerse. *Mierda.* Era obvio que lo ocurrido le había puesto muy nerviosa. Las palabras de MG habían sido repugnantes, no era de extrañar que se sintiera alterada.

—Lo siento mucho. ¿Estás bien? —pregunté.

Ella pareció relajarse un poco, y me dirigió una media sonrisa que parecía sincera.

—Sí —me aseguró—. Estoy bien, gracias por venir al rescate.

Hice una mueca al recordar el puñetazo.

—Esperemos que tenga el suficiente sentido común como para no contar lo ocurrido. Es lo último que necesitamos que se sepa esta noche.

—Sí, ya —dijo ella despacio—. Lo entiendo, yo tampoco quiero mala publicidad, pero...

—Si estás bien —dije, interrumpiéndola—, creo que debería ir a hablar con esa periodista del *Times* que ha mencionado. Si puedo convencerla de que está borracho y haciendo tonterías, tal vez podamos controlar el mensaje.

—Claro —dijo ella después de un momento—. Yo estoy bien. Haz lo que tengas que hacer. Hay que pensar en el desfile, no en mí.

Me tomé un instante para admirar lo preciosa que estaba, con aquel vestido negro decorado con imperdibles, puntadas en hilo blanco y múltiples aberturas. El tema de la colección era «Deconstrucción», y su vestido parecía una prenda a medio terminar. El efecto era deslumbrante, una atrevida mezcla de creatividad y osadía. Incluiríamos una versión de ese vestido en nuestra línea *prêt-à-porter*.

De pronto, todos los asistentes parecieron centrarse en algo que estaba a nuestra espalda, y la energía de la sala pareció desviarse hacia un lugar concreto.

—¡Heidi! —chilló alguien—. ¡Heidi está aquí!

La sangre se me heló en las venas. Sabía muy bien que no habíamos invitado a mi ex, pero ella era la única Heidi que podría provocar unas reacciones tan dramáticas. Me volví despacio, y ahí estaba ella, la Reina de la Pasarela, llevando el vestido que habíamos reservado en secreto para cerrar el puto desfile.

Como en cualquier otro desfile, habíamos planeado cerrar con un vestido de novia increíble, deconstruido de forma que pareciera que ya se había consumado la noche de bodas. El cuerpo del vestido parecía rasgado y dejaba ver el corpiño que había debajo, mientras que la parte posterior de la falda estaba levantada para mostrar el culo, cubierto de seda blanca. Pero el que debía mostrar era el de la preciosa y andrógina Skyler Honeywell, no el perfecto culo de Barbie de Heidi Jones.

Heidi estaba increíble con el vestido, pero eso era lo que mejor se le daba. Su único trabajo y ocupación era estar guapísima, siempre. Aquella mujer no hacía nada en absoluto sin pensar antes en cómo iba a afectar a su cuerpo. Durante el año en que había salido con ella, solo la había visto acabarse una comida entera una única vez, y eso fue un mes de septiembre, al terminar la semana de la moda, cuando ya no tenía que preocuparse de caber en ninguna prenda y ser fotografiada mil veces al día desde todos los ángulos posibles.

—No, no, no, no —gimió Natalie—. Esto no puede estar pasando.

La prensa se apiñó en torno a Heidi, mientras ella se pavoneaba en diferentes poses. Eso me dio unos segundos para tratar de recomponerme. Hasta ahora, jamás habíamos tenido un problema de seguridad como este, y ya estaba pensando en cómo conseguir identificar y asesinar al responsable de aquella catástrofe.

—No entiendo cómo ha podido hacerse con el vestido —dijo Natalie con voz temblorosa—. ¿Habrás engañado a alguna de las otras modelos? Las debe conocer a todas por el trabajo, ¿no?

Heidi miró a su alrededor y una gran sonrisa se extendió por su cara al verme.

—¡Ahí está! James, ven aquí.

Todas las cámaras se volvieron hacia mí, y lo primero que pensé fue que era una suerte que me

estuvieran enfocando ahora, y no cinco minutos antes, cuando me había enfrentado a MG. No me hacía ninguna gracia estar junto a Heidi ante las cámaras, pero al menos eso generaría mucha atención. Ella había elegido muy bien el momento y lugar en el que hacer su aparición, donde yo no podría ignorarla. Si la acusaba de haber venido sin ser invitada, solo conseguiría centrar la atención en algo que no era la colección. Iba a tener que seguirle el juego para mantener el enfoque donde debía estar: en la ropa. Así pues, no me quedó más opción que acercarme a Heidi como me había pedido. Por suerte, se había situado justo delante del fondo cubierto con el logo de Branson que habíamos dispuesto para las fotos, así que, al menos, sus imágenes nos darían más publicidad. A pesar de lo furioso que me sentía, no podía por menos que reconocer que aquella mujer sabía vender.

—El hombre del momento, tan guapo como siempre —rio Heidi cuando llegué junto a ella. Deslizó un brazo para tomar uno de los míos y apoyó la cabeza en mi hombro—. Bueno, ¿qué pensáis? ¿Os gusta mi vestido?

El vestido que alguien nos había *robado*. Con esfuerzo, contuve la rabia que amenazaba con apoderarse de mí.

Mantén la calma y finge que todo esto estaba previsto. No montes una escena. O, al menos, no empeores la situación.

La sala irrumpió en vítores en respuesta a su estúpida pregunta. A la gente le había encantado el vestido, por supuesto. ¿Cómo no iba a ser así? Lo había diseñado Natalie, y era perfecto.

—Es un vestido de novia, ¿no? —dijo alguien desde el grupo de fotógrafos pendientes de nosotros.

Heidi asintió sin dejar de reír y me miró con una coquetería fingida que me resultaba muy conocida. Era la expresión que utilizaba siempre que quería algo.

—James, ¿tienes algo que decir? —preguntó otro periodista, lo que hizo reír a los asistentes—. ¿Es esta vuestra gran reconciliación, o qué?

Aquella farsa estaba tomando un cariz muy desagradable, pero no podía anunciar en público que preferiría reconciliarme con una serpiente de cascabel, pues la mayoría de los presentes la *adoraban*. Debía pensar en una respuesta que me permitiera retomar el control de la situación, algo que les dejara satisfechos sin admitir nada.

—Os puedo decir que aún tenemos muchas sorpresas guardadas, pero las podréis descubrir si esperáis a que termine el desfile —dije con la mejor sonrisa que fui capaz de fingir.

Miré a Natalie, que nos observaba boquiabierta, mientras la gente a nuestro alrededor expresaba con sonoros abucheos lo decepcionados que estaban por mi respuesta.

—A mi novio le encanta mantener en vilo a la gente. ¡Incluso a mí! —rio Heidi, apretándome el brazo.

Esperé haber podido ocultar la mueca involuntaria que me provocó el hecho de que se refiriera a mí como «novio». Le lancé una mirada desagradable que solo pudo ver ella.

—Sí, parece que hoy hay sorpresas para todo el mundo.

Pero, incluso al decirlo, era consciente de que aquella situación beneficiaría a la empresa y a la nueva colección. Los blogueros de moda ya estarían escribiendo sobre nosotros, pero si conseguíamos que las páginas de cotilleos se hicieran eco de la noticia e incluyeran nuestras fotos, tal vez recibiríamos el empuje necesario para que la colección se hiciera viral.

—James, ¿tienes más vestidos de novia que enseñarnos esta noche? —preguntó otro reportero—. ¿Es esta tu forma de decir que vas a lanzar una colección de novia?

La multitud aplaudió y yo me esforcé por no poner mala cara. Más de una vez habíamos considerado la posibilidad de lanzar una colección de novia, pero, si lo hacíamos ahora, quedaría relacionada con este momento para siempre. Joder, hasta Heidi podría intentar atribuirse el mérito. Tendríamos que resolver ese problema en otro momento, porque esa noche lo que hacía falta era asegurar el futuro de la empresa, con o sin vestidos de novia.

—Tendréis que esperar a verlo —sugerí, recurriendo a toda mi habilidad como actor.

Esperé que mi cara de felicidad artificial resultara creíble. Heidi me miró a los ojos e intenté canalizar toda mi rabia hacia ella, a ver si se daba cuenta. Sin embargo, ella no se enteró, o le dio igual, pues se inclinó hacia mí para besarme en la mejilla y mantuvo allí los labios mientras los destellos de los flashes me cegaban. No tuve más opción que mantener mi conocida sonrisa de superioridad y esperar que los fotógrafos estuvieran consiguiendo las imágenes necesarias para que aquella noche fuera un éxito.

Volví a mirar hacia donde Natalie quedaba casi oculta entre la gente. Tenía los hombros encogidos y su cara parecía muy tensa, sin duda porque su mundo entero se había puesto patas arriba en los últimos cinco minutos. Yo había pegado a aquel despojo humano de MG y, a continuación, Heidi se había colado en la fiesta llevando puesto el vestido final del desfile, diseñado por Natalie. ¿Qué más podía salir mal? Sin pensarlo, me encontré caminando hacia ella y, de no ser porque Heidi seguía agarrada a mi brazo, me habría perdido con Natalie entre el gentío. Sacudí la cabeza un momento para aclararme las ideas. Era la segunda vez aquella noche en la que solo ver a Natalie me había hecho reaccionar sin pensar. Eso me ponía nervioso. ¿Desde cuándo era tan impulsivo? ¿Desde cuándo no pensaba en cada uno de mis pasos antes de darlo? ¿Desde cuándo perdía el control?

Desde que conocía a Natalie.

Necesitaba centrarme. Al mirar a mi alrededor, vi que Calliope escribía furiosamente en su teléfono, y después sonreía a la pantalla antes de alzar la vista. Cuando se fijó en que la observaba, dio un saltito y levantó el pulgar hacia mí con una sonrisa aún más grande. Creí entender que esa era su forma de comunicar que aprobaba mi reconciliación con Heidi, pues eso atraería más atención hacia la marca Branson, justo lo que necesitábamos. Aunque no fuera cierto, este tipo de información era muy valiosa en el saturado mercado de la moda. Al pensar en toda la atención que podríamos conseguir en las redes sociales, no pude evitar sonreír de verdad. ¡Y aún no había comenzado el desfile! Tal vez las cosas no estaban tan mal como había pensado en un principio.

—¿Por qué no besas a tu chica? —gritó una voz anónima.

Aquello desató un coro de cánticos entre la multitud.

—¡Bésala! ¡Bésala! ¡Bésala!

Heidi se inclinó hacia mí con los ojos cerrados y poniendo morritos. Una parte de mí deseó mirar a Natalie para asegurarme de que estaba bien, pero tuve que contener ese impulso. No podía dedicar mi atención a Natalie esa noche; lo que necesitaba era salvar la empresa, y no debía perder de vista ese objetivo. No debía distraerme, ni siquiera con Natalie. Ya se lo explicaría cuando acabara todo aquello.

Miré a Heidi a los ojos, me armé de valor y, sujetándole la barbilla con cuidado, le di el beso más rápido y casto posible.

Cuando volví la vista hacia el lugar en el que había estado Natalie, ella había desaparecido.

NATALIE

Nunca antes había actuado tan bien.

Durante el desfile, me quedé en la retaguardia, sin dejar de sonreír mientras las espectaculares modelos, vestidas con nuestros diseños más atrevidos, desfilaban por la pasarela, y fingí que la noticia de la relación de James con Heidi no me había destrozado el corazón. Había venido a trabajar, no a llorar como una adolescente despechada.

Eso ya lo haría más tarde, después de pegarle los cuatro gritos que se merecía.

El corazón se me cayó a los pies al pensar en enfrentarme a él. Se estaba acercando el fin de la fiesta posterior al desfile y, hasta ahora, había conseguido evitar a James por completo. No creía que nadie se hubiera dado cuenta y, desde luego, él no parecía haberlo notado. Había estado muy ocupado charlando con un montón de personas importantes, mientras yo me había dedicado a posar con Skyler, nuestra embajadora de marca. A los asistentes parecía haberles encantado el contraste entre mi vestido negro a medio terminar, y la segunda opción de vestido de novia deconstruido que llevaba Skyler, elegido en el último momento para cerrar el desfile. No era tan perfecto como el que nos había robado Heidi, pero era bastante bueno. Todos mis diseños lo eran. El mundo podía estar derrumbándose bajo mis pies, pero estaba muy segura de que nadie estaba a la altura de mis diseños.

—¿Cómo lo llevas? —me susurró Skyler al oído—. ¿Estás cansada?

Asentí, sin dejar de sonreír, y cambié de mano la copa de champán, de la que solo había bebido un trago diminuto en toda la noche.

—Ni te lo imaginas —contesté en otro susurro—. ¿Y tú?

—Es el mejor día de mi vida —contestó ella, con una sonrisa genuina en su preciosa cara.

Bueno, al menos una de las dos estaba disfrutando de todo aquel desastre.

Al mirar a mi alrededor, me fijé en que Heidi seguía rodeada de un grupo de fotógrafos, a los que estaba segura de que había contratado ella misma. Me sorprendió que fuera capaz de mantenerse en pie por sí sola; cualquiera lo diría, a la vista de cómo se había pasado la noche apoyada sobre James. Había tenido que dejar de mirarlos después de un rato, porque cada vez que los veía juntos, se me rompía el corazón.

Ver a James con Heidi había vuelto a despertar aquella vieja sensación de que me hundía en

arenas movedizas, una sensación que creía haber dejado atrás hacía mucho tiempo. Me parecía estar hueca por dentro, como si los últimos meses con él no hubieran sido más que una ilusión. Heidi se había referido a James como su novio, y él no lo había refutado. ¡Si hasta la había *besado*! ¿Habría estado saliendo con ella durante todo este tiempo? Recordé lo estúpida e insignificante que me había sentido el día que supe que Dylan estaba saliendo con otra justo después de dejarme. Hasta entonces, había sospechado que me engañaba, pero no había llegado a estar segura del todo. Sin embargo, esta otra sensación era mucho peor. No sólo porque James me estaba engañando *delante de mis narices*, a la vista de toda aquella gente, sino porque... porque era James. Porque creí que habíamos estado construyendo algo especial; había creído que estaba enamorada, y que por fin tendría algo que fuera solo mío. Pero, después de todo, solo había sido una fantasía.

Dios, qué tonta había sido.

Cuando fue evidente que la noche tocaba a su fin, me despedí de todo el mundo y me dirigí sola a la salida. Había cambiado de idea y no quería enfrentarme a James en ese momento. Estaba demasiado cansada para decirle todo lo que merecía escuchar. Solo me consolaba la idea de que el desfile había sido un éxito y, con suerte, eso sería suficiente para mantener mi mente ocupada hasta quedarme dormida. Steph me había enviado ya media docena de mensajes al ver lo que la gente había estado publicando en Snug, y hasta había propuesto contratar a un sicario que se hiciera cargo de James, Heidi, o los dos. Cuando le contesté que iba a volver a casa, pero que no tenía ganas de hablar, ella me había enviado una foto en la que había cinco botellas de vino tinto.

Atravesé la multitud con la cabeza baja y tratando de no llamar la atención de quienes aún seguían en la fiesta, pero alguien me sujetó del codo justo cuando estaba a punto de salir.

—Eh, ¿dónde vas? —preguntó James con tono preocupado—. ¿Qué te pasa?

Me solté de un tirón, pero enseguida miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie se había dado cuenta.

—Me marchó —escupí—. Supongo que esta noche estarás ocupado con Heidi.

—¿Por qué diablos...? —Me miró confuso—. Oh, venga ya. No te habrás creído que todo eso era de verdad, ¿no?

—No... ¿no lo era? —pregunté, y mi corazón empezó a latir un poco más rápido, alimentado por un destello de esperanza que casi dolía.

—Ven conmigo.

Me cogió la mano y tiró de mí por el pasillo hasta llegar a un pequeño cuarto de la limpieza. Cerró la puerta cuando entramos y se volvió para mirarme.

—Te prometo que *no* tengo nada con Heidi, y que no me interesa lo más mínimo.

—Entonces... ¿no has estado saliendo con ella en secreto todo este tiempo? ¿No eres tú quien le ha dado el vestido, o planeado su entrada triunfal de antes?

—¡En absoluto! —insistió él—. ¿No te has dado cuenta de lo *cabreado* que estaba cuando ha aparecido? Y no creerías en serio que yo habría saboteado nuestro desfile arruinando el final de ese modo, ¿no? ¿De verdad creías que yo haría algo así?

Sentí una enorme oleada de alivio, tan profundo que, de repente, me pareció que los tacones no me sujetarían y me tambaleé un poco.

—No, creo que tú no harías eso —admití—, pero a la vista del espectáculo que habéis dado los dos...

—Bueno, cuando me ha puesto en el punto de mira de ese modo, mis únicas opciones eran seguirle el juego, o tener una enorme discusión con ella en público y arruinar toda la noche.

—De acuerdo —dije, sintiendo que mis hombros se relajaban por primera vez en muchas horas.

Ahora que no me sentía abrumada por la pena y el dolor, la parte lógica de mi mente se volvió a poner en marcha y se centró en mi función de asistente.

—Bien, entonces Heidi se ha divertido y ha conseguido ser la estrella de la noche, pero ahora que ya ha acabado todo, puedes volver a ignorarla. Mañana te organizaré una reunión con Calliope para que penséis en cómo publicar que, en realidad, Heidi y tú no estáis saliendo juntos otra vez.

—¿Cómo? Ni hablar —dijo James.

—¿No quieres esperar a mañana? —pregunté—. De acuerdo, creo que Calliope no ha bebido mucho, es posible que podáis poneros a trabajar en esto ya mismo.

—No, lo que quiero decir es que por qué iba a tener que publicar esa noticia sobre Heidi y yo.

—¿Porque no estáis juntos?

—Sí, pero la gente no lo sabe. ¿Has estado siguiendo las redes las últimas horas? La respuesta a la aparición de Heidi ha sido *tremendamente* positiva —señaló él—. Y eso ha generado publicidad adicional para el desfile, así que creo que hemos salido ganando.

Con lo nerviosa que había estado toda la noche, no se me había ocurrido mirar el teléfono para ver qué pensaba la gente de mi trabajo y, desde luego, no había querido ver fotos de James besando a Heidi por todas partes, junto a titulares que especulaban sobre su relación.

Pero ahora aún me sentía más nerviosa, porque lo que James parecía estar diciendo era...

—Si te soy sincero, creo que es buena idea seguir con toda esta pantomima con Heidi. Hemos llamado mucho la atención y, ahora mismo, Branson necesita toda la publicidad que podamos conseguir.

Eso, justo eso era lo que parecía estar diciendo. Todo el alivio que había sentido hace un momento se desvaneció en un solo instante y, en su lugar, solo sentí ganas de vomitar.

—¿Quieres fingir que estás saliendo con *Heidi*? —exigí—. ¿Y yo tengo que aceptarlo?

—No tiene que cambiar nada entre nosotros —sugirió él.

—Pues claro que sí, eso lo cambia *todo*. —¿Por qué no era capaz de entenderlo?—. ¿Crees que voy a estar con un hombre que sale con otra mujer en público? Después de lo que tuve que pasar con Dylan, ¿en serio crees que aceptaría algo así?

—No será real, solo es un numerito para la prensa —insistió.

—¿Que no es real? —le espeté—. ¿Como tú y yo en la fiesta de Bernie? También entonces dijiste que no era real, que solo estábamos fingiendo, ¿no? ¿Eso es lo mismo que vas a hacer con Heidi?

Aquello pareció dejarle sin respuesta, al menos durante unos instantes. Sin embargo, enseguida se repuso y me miró con expresión testaruda.

—Tú sabes que esto es diferente, no seas tan cabezota.

—¿Me puedes explicar en qué es diferente? —le presioné—. Yo te he resultado útil, a ti y a Branson Designs, así que me lo recompensaste con una relación falsa. Ahora es Heidi la que te está resultando útil porque te consigue la publicidad que necesitas, así que a ella también le ofreces una relación falsa. Lo cierto es que sí me creo que ella no te importa de verdad. —Después de todo lo que había dicho de ella, ya no me quedaba ninguna duda—. Pero ¿y yo? ¿Qué tenemos tú y yo que sea diferente? ¿Por qué sería distinto conmigo?

Porque te quiero.

Eso era todo lo que tenía que decir. O, al menos, podría decir *contigo nunca he fingido, es solo que me daba demasiado miedo admitirlo*. Si dijera algo así, todo iría bien. Yo solo necesitaba saber que le importaba de verdad, que lo que teníamos era real. Si me lo asegurase, yo estaría dispuesta a hacer lo que hiciera falta para superar aquella situación. Me bastaba saber que, para él, era algo más que una empleada eficiente, alguien con quien discutir, un buen polvo.

El silencio se alargó hasta el infinito... y entonces sonó su teléfono. Se apresuró a sacarlo del bolsillo de su chaqueta y el estómago se me cayó a los pies. Al parecer, hasta en un momento como este había algo más importante que yo. Supongo que eso contestaba mis preguntas.

—Es Christopher —dijo James, mirando el teléfono preocupado—. Ha visto la transmisión en vivo del evento y supongo que quiere darme su opinión. Podía haber esperado un poco.

—Yo creo que... —empecé, pero él ya había contestado el teléfono.

—Hola, Christopher, ¿qué pasa?

Ni siquiera me sentí sorprendida, y mucho menos ofendida. Ya no me quedaban emociones, estaba completamente vacía. Esta última prueba de que a James no le importaban mis sentimientos había acabado con mi capacidad de sentir nada. Lo único que me quedaba era la lógica.

James no me quería. Para él, solo era algo de lo que se acordaba de vez en cuando. Eso solo significaba una cosa: tenía que marcharme.

—Bien, pues eso es todo. —Puse la mano en el pomo de la puerta, y solo entonces James me miró a la cara—. Me marcho. Fuera lo que fuera lo que tuviéramos, real o falso, se ha terminado.

—Natalie, espera...

Pero era demasiado tarde. De todas formas, yo ya me había ido.



James

—¿Qué estás diciendo, Christopher? —pregunté a mi hermano.

Me estaba costando mucho concentrarme en algo que no fuera la mirada que me había dirigido Natalie antes de marcharse. Estaba desesperado por correr tras ella, pero me había pasado la noche tratando de convencerme de que no debía ceder a los impulsos que ella me provocaba. La familia y el negocio siempre debían ser lo primero, esa era la única regla que me había impuesto en mi vida, y eso significaba también que debía atender la llamada de Christopher.

—Casi no te oigo, hablas muy bajo. ¿Se trata del desfile? —pregunté.

Él seguía murmurando y, al principio, asumí que el evento le había superado, pero cuanto más hablaba, más claro estaba que había pasado algo.

—Amanda... —Arrastró la palabra.

—Amanda ¿qué? ¡Suéltalo ya!

Su comportamiento, y el momento que había elegido, me estaban irritando cada vez más, pero, si conseguía resolver con rapidez lo que fuera, tal vez alcanzara a Natalie antes de que se alejara demasiado. Estaba seguro de que solo necesitábamos discutir todo aquello unos minutos más y podríamos arreglarlo. Seguro que no había dicho en serio que habíamos terminado.

—Amanda está... prometida. Y *embarazada*.

Lo dijo en un sollozo, y por fin comprendí la situación. Su ex, la mujer que le había insistido una y otra vez mientras estuvieron casados que no quería hijos, iba a tener un bebé con otro hombre.

—Oh, tío, lo siento muchísimo —suspiré—. Qué horror. ¿Quieres que vaya?

Christopher hizo un sonido ambiguo.

—Eh, dime algo.

Al otro lado de la línea solo se oían ruidos.

—Estoy muy cansado —dijo, sin pronunciar con claridad—. Me voy a ir a dormir, ¿vale? Buenas noches y adiós, hermano.

Aquella forma de hablar, y esa tristeza, me resultaron muy familiares.

—Christopher, ¿te has tomado algo?

—¿Uh? ¿Tomar qué, James? ¿Quieres decir pastillas? —Un sollozo—. Sí... Un par, creo, pero no sé cuantas...

¡Joder! Mi hermano podía haberse tomado una sobredosis. ¡Y estaba solo en casa!

—Oye, sigue hablando —le pedí—. ¿Qué has cenado?

Salí a toda prisa de aquel cuarto de la limpieza y estuve a punto de chocar con Rhea que, por

suerte, estaba sola. A pesar de su tendencia a cotillear, sabía que podría confiar en ella si le hacía prometer que guardaría el secreto.

—Enhorabuena a todos nosotros —canturreó, alzando los brazos sobre la cabeza—. ¡Qué noche más maravillosa!

—Rhea, necesito que me dejes tu teléfono ahora mismo. —Le tendí la mano—. Es una emergencia familiar.

Su sonrisa desapareció cuando se fijó en mi cara, y buscó en su bolso a toda prisa.

—Claro, aquí lo tienes.

Le entregué mi teléfono para que intentara mantener a Christopher entretenido y hablando, mientras yo usaba el suyo para pedir ayuda.

—Christopher no está bien —le dije—. Ahora no te lo puedo contar, tú solo asegúrate de que sigue hablando mientras yo llamo a emergencias.

Con la cara muy pálida, Rhea se llevó el teléfono a la oreja, pero, cuando comenzó a hablar, su voz sonó tan alegre como siempre.

—¡Hola, Christopher, querido! ¡Soy Rhea! Tenemos que comentar el desfile, cielo. Lo has visto, ¿verdad? ¿No ha sido increíble?

Escuchó en silencio durante un momento, me miró y asintió; al verlo, me alejé unos pasos para llamar a una ambulancia e indicarles cómo llegar hasta mi hermano. Por suerte, en ese momento no había nadie alrededor para ser testigo de este último problema en aquel maldito desastre de noche. Cuando terminé la llamada, me acerqué a donde Rhea seguía hablando por teléfono, sentada en el brazo de un sofá.

—¿Te ha gustado esa parte, cielo? —dijo Rhea al teléfono, con la mirada perdida ante sí—. Cuando ha salido Skyler Honeywell llevando esa versión de tu primer diseño, pero convertida en harapos, ¡la gente se ha vuelto loca! —Volvió a escuchar durante unos segundos—. Ajá, ¡lo sé! Entonces no eras más que un novato, pero ya tenías muchísimo talento y era evidente para todos. Tu abuela siempre decía que no había nadie como tú. —Rhea forzó una risa—. ¡Y tanto! No se lo diremos a nadie, será nuestro secreto, ¿de acuerdo? Te vuelvo a pasar con James. Cuídate, ¿vale?

Me devolvió el teléfono con los ojos muy abiertos.

—Suenan muy mal —susurró.

Asentí y pulsé el icono que silenciaba el micrófono, preocupado por lo que podría hacer Christopher si escuchaba lo que iba a decirle a Rhea.

—La ambulancia está de camino, y yo me reuniré con ellos allí. Te agradezco mucho la ayuda. Ya sabes que esto tiene que quedar en la familia. No cuentes absolutamente nada a nadie, no podemos permitirnos atraer ninguna opinión negativa sobre el desfile.

—Por supuesto —asintió ella y, tras levantarse despacio, me dio un abrazo rápido que me sorprendió—. Todo saldrá bien, no te preocupes.

Me despedí de ella con una palmada rápida en la espalda y salí corriendo de aquel lugar, con la esperanza de que tuviera razón.

JAMES

Dejarse llevar por el corazón siempre acaba igual. En más dolor, drama y estrés.

Miré a mi hermano, que yacía en una cama en el hospital. Aunque parecía pálido y más pequeño, aún seguía con nosotros, destrozado pero vivo. Por mi parte, la sensación de alivio estaba teñida de culpa. ¿Se me había vuelto a pasar alguna señal? ¿Había estado tan distraído con Natalie y el trabajo que había descuidado a la persona que más me necesitaba?

La idea me resultaba muy dolorosa. Había permitido que mi vida se apartara del rígido y bien trazado camino que me garantizaba el control, y ahora estaba pagando el precio.

Eran casi las siete de la mañana y había conseguido dormir un par de horas en la incómoda silla del hospital. La espalda me estaba matando, pero no pensaba moverme de allí hasta que Christopher se despertara y pudiera hablar con él. Necesitaba estar totalmente seguro de que se recuperaría. Al menos, por ahora.

Estaba demasiado cansado para pensar en lo que vendría después. ¿Otra vez a rehabilitación? ¿Buscar otro terapeuta? Cerré los ojos, abrumado por todo lo que necesitaba solucionar, tanto con la familia como con el negocio.

Por un momento, sentí la tentación de llamar a Natalie, ya que Christopher y ella parecían tener una relación fraternal; tal vez, a él le gustaría verla. Sin embargo, enseguida comprendí que no era yo quien debía contarle lo ocurrido y, de todos modos, era muy probable que no contestara mi llamada. Me pasé la mano por los ojos y me los froté con fuerza. Todo había ocurrido tan rápido que tampoco había tenido tiempo de analizar toda aquella historia con Heidi y la forma en que había reaccionado Natalie.

Cuando oí movimiento en la cama, centré la atención en mi hermano.

—¿Ha llamado? —preguntó Christopher con voz atontada—. ¿Amanda? ¿Te ha llamado?

Mierda. Aquella mujer era lo primero en lo que había pensado al despertar. Estaba peor de lo que había creído.

—Hola, bobo —dije con cariño, tendiendo una mano para apretarle el brazo—. Yo también me alegro de verte.

—Qué pasa, imbécil —contestó él con una débil sonrisa—. Supongo que he hecho una tontería, ¿no?

—Y que lo digas.

Varias expresiones diferentes pasaron por su cara, mientras parecía recordar lo que le había llevado a despertarse en aquella cama de hospital.

—¿Lo sabe ella?

—Aún no. —Negué con la cabeza—. O, al menos, no lo creo.

—Mira mi teléfono —dijo Christopher, señalando con la cabeza sus cosas, que estaban sobre una mesa al otro lado de la habitación—. Creo que... bueno, creo que le envié unos cuantos mensajes anoche.

Cogí su teléfono y se lo llevé para que pudiera desbloquearlo.

—No tengo las gafas —dijo él, entregándome el teléfono otra vez—. Léelo tú.

Contuve la respiración mientras leía la última serie de mensajes enviados a su ex y comprobaba que eran tan preocupantes como había creído. Había tres mensajes seguidos que solo decían: «Por qué», otro en el que le decía que la odiaba, y al final, solo había una serie de números y letras al azar. Ella había terminado por contestar enviando un signo de interrogación, y después un mensaje en el que le pedía «llámame».

—¿Qué? —preguntó mi hermano—. ¿Hice mucho el tonto?

—Um... Si te soy sincero, no es lo más inteligente que has hecho en tu vida. Al final, ella te ha pedido que la llames.

—Mierda. —Christopher cerró los ojos—. Ahora no puedo hablar con ella. ¿Puedes llamarla tú, por favor? No le des muchos detalles, solo dile que estoy bien y que la dejaré en paz.

No tuve ánimos para decirle que, seguramente, a ella no le importaría lo más mínimo. Ni esto, ni ninguna otra cosa, y por esa razón me alegré de tener permiso para hablar con ella. No iba a desaprovechar la oportunidad de decirle unas cuantas cosas en nombre de mi hermano.

—Claro, no te preocupes. Pero voy a llamarla solo, ¿de acuerdo? Tú descansa un poco y yo me encargo de esto.

Salí al pasillo y caminé hasta llegar a una pequeña sala de reuniones con una puerta. Tomé nota de que debía organizar que trasladaran a Christopher a una de las habitaciones privadas en cuanto fuera posible. Era crucial que estuviera solo, sobre todo teniendo en cuenta todas las cosas que habían ocurrido al mismo tiempo.

Busqué el número de Amanda entre los contactos de Christopher, y no pude evitar una mueca de desagrado al ver que la foto de contacto era del día de su boda, en la que ella estaba radiante con el vestido y el velo blancos. Al verla, sentí una enorme pena por mi hermano y todo lo que había perdido, y casi no pude contener mi ira hacia Amanda y todo lo que le había arrebatado. La llamé sin siquiera pensar en lo que iba a decir. Ella sabía que nunca me había caído bien, pero esta vez estaba llamando desde el número de Christopher, así que seguro que contestaría, aunque solo fuera para gritarle por todos los mensajes de la noche anterior.

Lo que no esperaba era escuchar una voz masculina al otro lado.

—¿Qué cojones quieres ahora, Christopher? —espetó aquella voz, grave y enfadada—. Eres un jodido psicópata y tienes que dejar de obsesionarte con Amanda. Ella te odia, para que lo sepas. A ver si te enteras de una puta vez, cabrón.

Gracias a Dios que era yo quien estaba escuchando aquello. Apreté los puños, enfurecido.

—¿Y tú quién eres? —exigí, hablando con serenidad—. Dale el teléfono a Amanda.

—Soy Tim, imbécil. Amanda no quiere hablar contigo, ya te lo he dicho. Déjanos en paz de una vez. Ella necesita mucha tranquilidad ahora, porque está embarazada de *mi hijo*.

Lo dijo en tono de burla, claramente porque sabía lo mucho que eso le dolería a mi hermano. Ya no pude controlar más mi rabia.

—Soy *James Branson* y lo que tú tienes que hacer es quitarte de en medio, *amigo* —gruñí—. Vas a darle el teléfono a Amanda *ahora mismo*.

—Que te jodan —replicó él—. Ella no quiere saber nada de tu hermano. Como no deje de llamar, Amanda va a pedir una orden de alejamiento. Más vale que el desquiciado de tu hermano y tú nos dejéis en paz de una vez.

Colgó antes de que pudiera contestar, y me quedé allí de pie, mirando el teléfono. Al cabo de un momento, me dejé caer en una silla para tratar de pensar en qué hacer, antes de volver a la habitación de Christopher.

Creí que, a pesar de su delicado estado, debía ser sincero con él. Ya era hora de que comprendiera que a Amanda no le importaba lo más mínimo, y si seguía tratando de contactar con ella, solo iba a conseguir hacerse aún más daño. La cuestión era, ¿por qué no se daba cuenta él mismo? ¿Era el amor lo que le cegaba tanto, que había perdido la razón por completo?

La idea me dejó helado. El amor, eso era lo que lo arruinaba todo. Y ahora comprendía que me estaba empezando a pasar lo mismo a mí. Le había dado un puñetazo a MG, y había estado a punto de ignorar a Heidi y arruinar el mejor ardid publicitario posible para la empresa, solo porque Natalie había *parecido* triste. Joder, si hasta había estado a punto de ignorar la llamada de Christopher para intentar arreglar las cosas con ella. Si lo hubiera hecho, mi hermano podía haber muerto. Lo que sentía por Natalie... No quería llamarlo amor, pero ¿qué otra cosa podía ser? Y fuera lo que fuera, no quería saber nada más de ello. En mi vida no había sitio para ese tipo de cosas.

Las relaciones solo representaban una pérdida de tiempo y esfuerzo y siempre había alguien que acababa herido. Sería mejor seguir saliendo con mujeres sin ningún tipo de expectativa, a las que solo les importaba mi cuenta corriente. Esa era la clase de mujer a la que podía manejar. Sabía que jamás perdería la cabeza por ninguna cazafortunas presumida, más preocupada por la foto perfecta que por vivir una vida auténtica.

Apreté los dientes al notar que ya empezaba a echar de menos a Natalie, pero no iba a permitir que eso acabara con mi determinación. Ella misma lo había dicho: se había acabado, y como era ella quien le había puesto fin, yo ni siquiera tenía que hacer nada. No tenía que explicarle por qué no podíamos tener una relación, ni preocuparme por su reacción o por la posibilidad de que se echara a llorar en mis brazos. Podía limitarme a... no hacer nada, y nuestra relación sería cosa del pasado. Con suerte, pronto dejaría de pensar en ella. Eso sería lo mejor para los dos.

Christopher debía estar preguntándose qué demonios estaba haciendo y por qué tardaba tanto. Con un largo suspiro, me levanté para volver a su habitación, pensando en cómo decirle que él también debía superar todo aquello de una vez y pasar página.

Una enfermera salía de la habitación cuando entré, lo que probablemente significaba que mi hermano ya se habría despertado del todo y podríamos tener esa conversación.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, incorporándose en la cama—. ¿Cómo ha ido?

Acerqué la silla a su cama y me senté.

—Tenemos que hablar de todo esto.

—¿Por qué? —Se encogió un poco, y el corazón se me rompió al ver lo frágil que parecía el estado de ánimo de mi hermano—. ¿Qué ha dicho?

—No he hablado con ella. Ha contestado Tim y ha dicho que tienes que dejar de llamarla. —No quise contarle lo de la orden de alejamiento.

—Qué gilipollas —dijo Christopher.

—Sí, lo es, pero... creo que estoy de acuerdo con él en que es hora de que la olvides. —Lo dije con precaución, seguro de que iba a venirse abajo—. Tú sabes que ella no te quiere.

—Claro que lo sé, ¿pensabas que no lo sabía? —preguntó él, dando un golpe irritado en la cama.

—Bueno, a ver... —Señalé con un gesto el gotero que tenía puesto—. Lo cierto es que no estoy muy seguro.

—James, lo único que quiero de ella es que me *aclare* las cosas. Solo quiero tener una conversación con ella, nada más.

—Si solo se trata de eso, ¿cómo es que has acabado aquí? —Mi pregunta sonó más agresiva de lo que esperaba—. Eres un hombre inteligente, Christopher. Sabes perfectamente que las pastillas no te van a aclarar nada.

Él cerró los ojos y volvió la cabeza hacia el otro lado, sin contestar.

—¿Y qué esperas que te aclare Amanda, en realidad? —insistí, con la esperanza de que no se cerrara en banda.

Él volvió a mirarme, con una mueca triste y los ojos brillantes.

—Podría explicarme qué tiene Tim que yo no tenga. Por qué quiere tener un hijo con ese puto payaso y no conmigo.

El dolor de mi hermano me atravesó el corazón como un cuchillo, sobre todo porque sabía muy bien que no podía hacer nada para ayudarlo.

—¿Soy yo? —preguntó con desesperación en la voz—. Puedes decírmelo, James. ¿Es que tengo... algo *malo*?

La forma en que lo preguntó terminó de partirme el alma.

—No, no hay absolutamente nada malo en ti. Eres un hombre increíble.

—¡Pues por eso necesito hablar con ella! —estalló Christopher, atrapado en un bucle de dolor e ira—. Si al menos hablara conmigo, podría entenderlo. Podría arreglarlo, ¿sabes? Una sola conversación, eso es todo lo que pido. Sería lo mejor para los dos.

Las últimas veinticuatro horas me habían dejado agotado, y la obsesión de mi hermano estaba pudiendo conmigo. Había llegado el momento de acabar con sus falsas esperanzas.

—Christopher, Tim ha dicho que, si intentas ponerte en contacto con ella de nuevo, van a pedir una orden de alejamiento. ¿Lo entiendes ya? Ellos han pasado página y tú tienes que hacer lo mismo. Tu comportamiento está empezando a salirse de lo normal.

Él se encogió al escucharme, como si le hubiera golpeado, y yo me arrepentí de haber dicho aquello en cuanto las palabras salieron de mi boca.

—¿Ella ha dicho eso?

—No, eso lo ha dicho Tim —aclaré con rapidez—. Pero es mejor que no les pongas a prueba, ¿de acuerdo? Vamos a centrarnos en sacarte de aquí cuanto antes, y luego buscaremos una nueva estrategia que te ayude a recuperarte del todo. Tal vez podrías empezar a trabajar un poco otra vez. ¿Crees que eso te ayudaría? Tener algo que hacer suele venir bien.

—Natalie me dijo lo mismo —murmuró él, mirando sin ver la pared que había detrás de mí.

Ella era la última persona en la que quería pensar en ese momento, pero mi hermano continuó.

—Casi me había convencido para que fuera a la oficina al menos un día a la semana. —Me miró por fin—. Hacéis buena pareja, envidio vuestra relación. Ojalá algún día yo pueda tener algo así.

El dolor volvió a atenazarme el pecho. Ahora que estaba en una situación tan vulnerable, no podía contarle lo ocurrido con Natalie, así que volví a centrar el tema en él.

—Ahora mismo, la única persona que me importa eres tú —dije, tendiendo una mano para coger la suya—. ¿Te enteras?

No podía confesarle que mi corazón era incapaz de soportar el recuerdo de la mujer a la que había elegido abandonar.

NATALIE

—¿A sí es como vas a celebrar el triunfo de tu debut? —preguntó Steph, con una mano en la cadera y mirándome con cara de pocos amigos—. Tu nombre es prácticamente sinónimo de Branson y te has convertido en una maldita superestrella; así que, ¿por qué narices estás ahí lamentándote en el sofá?

Me puse boca arriba y me quedé mirando al techo.

—¿Es que no has escuchado nada de lo que te he contado en las últimas cuarenta y ocho horas?

Ella entró en el salón, todavía con la cuchara del desayuno en la mano, y se dejó caer junto a mí.

—Pues claro que te he estado escuchando, ¿qué creías? Lo he escuchado todo y soy consciente de que James se ha comportado como un capullo. Pero creo que las dos sabíamos que lo vuestro no era una relación, sino un rollo. Ya sé que no lo conozco en persona, pero no parece la clase de tío que busca algo a largo plazo, ¿sabes? Yo creía que tú estabas de acuerdo con eso. ¿Por qué te ha sorprendido tanto?

Me encogí de hombros y me mordí el labio para evitar romper a llorar.

—Porque de verdad parecía que *no* era un capullo, Steph. Era... especial, dulce, romántico.

—Sí, hasta que besó a su exnovia supermodelo delante de todo el mundo. Así que, ahí lo tienes: es un pedazo de capullo.

Le di un puñetazo en la pierna.

—¿Qué? —preguntó ella—. Sabes que tengo razón.

No le contesté porque, en el fondo, seguía pensando que ella estaba equivocada sobre James, y eso era lo que no conseguía entender. ¿Cómo podía haberme equivocado tanto con alguien con quien, por un momento, pensé que podría tener una vida en común?

Pero ya daba igual, porque me había destrozado a base de bien. Mi teléfono no había sonado ni una sola vez desde aquella noche, y eso me decía todo lo que necesitaba saber sobre lo que pensaba James. Había esperado que, tal vez, me llamaría o, aún mejor, se presentaría en casa para decirme que había cometido un error enorme y que yo le importaba muchísimo. No pude contener un resoplido. *Ya, claro. Seguro.*

—¿De qué te ríes? —preguntó Steph.

—Si no me río, me echaré a llorar —expliqué.

Ella se inclinó sobre mí para darme un beso en la mejilla, se levantó, y se dirigió hacia la cocina.

—¿Sabes qué te haría sentir mejor?

—¿Una docena de bollos? ¿Una siesta de un mes?

—No, un buen...

—¡Ni se te ocurra decir la palabra «entrenamiento»! —advertí.

—¡*Entrenamiento!* —exclamó ella al mismo tiempo, enseñándome el músculo de un brazo—. Vamos, será divertido. Voy a cambiarme.

En ese momento sonó una notificación de mensaje en mi teléfono, y salté para cogerlo, con la esperanza de que James hubiera recuperado la razón. Sin embargo, solo era Rhea, preguntando si podía llamarme.

Dejé el teléfono sobre mi pecho con un suspiro. El trabajo. Había llamado a primera hora para decir que no me encontraba bien, pero claro, eso no iba a detener a la entrometida de Rhea. Aunque una parte de mí se moría por celebrar con mis compañeros el éxito del desfile, cada vez que pensaba en ir a la oficina no podía evitar imaginar cómo sería encontrarme con James. Quería dimitir. No, *debía* dimitir.

Cerré los ojos y me imaginé entrando en el departamento de recursos humanos para comunicar mi dimisión, pero eso solo hizo aflorar las lágrimas a mis ojos. Me encantaba mi trabajo, y estaba cobrando más que nunca en mi vida. Lo único que deseaba era no tener que asociar el mejor trabajo que había tenido con el hombre que me había pisoteado el corazón. ¿Cómo iba a dejar de estar enamorada de James y comportarme con él como si solo fuera mi jefe? Estaba segura de que mi cuerpo siempre reaccionaría involuntariamente al verle, y no se me ocurría cómo iba a poder aguantar una sola reunión de trabajo con él sin mirar aquellos labios que habían recorrido cada centímetro de mi cuerpo. ¿Y qué pasaría si nos tocábamos sin querer? ¿Podría evitar sentir un estremecimiento?

El teléfono empezó a sonar, y el corazón me dio un salto, hasta que vi quién llamaba. Maldición, qué insistente era Rhea.

—Hola —contesté—. ¿Va todo bien?

—¿Por qué no has venido hoy? —se quejó ella—. Eres la mujer del momento, ¡la belleza y el cerebro responsables de nuestro último éxito!

—¡Oye! ¿Dónde te metes? —gritó una voz en el fondo, que reconocí como la de Lavonte.

Hice una mueca. Cómo deseaba estar con ellos, pero no soportaba la idea de ir a la oficina.

—Lo siento mucho, es que no me encuentro muy bien —contesté.

—Ya me lo imagino —contestó Rhea—. Te estuviste matando hasta el último momento, debes de estar agotada.

—Sí, lo cierto es que he tenido días mejores —admití.

—Lo entiendo, no eres la única —dijo ella, y chasqueó la lengua—. Justo ahora es el peor momento posible para un problema familiar.

—¿Problema familiar? —pregunté, incorporándome de un salto—. ¿Qué ha pasado?

—Oh. Pensaba que *tú* sabrías más que yo —dijo ella, tras una pequeña pausa—. Hemos recibido un mensaje enviado a toda la empresa que mencionaba un problema familiar, pero no daba detalles. Le he prometido a James que no contaría nada.

Entonces comprendí que no había llamado solo para preguntar si me encontraba bien. Rhea estaba intentando sonsacarme información, asumiendo que James y yo aún estábamos juntos.

—¿Contar algo sobre qué? —pregunté, tratando de imaginar qué podría haber ocurrido desde la última vez que había hablado con James—. Tienes que decirme lo que sabes, Rhea.

—Prometí no contárselo a nadie —suspiró ella.

—De acuerdo, te llamaré cuando sepa algo más. Ya hablaremos más tarde.

Desconecté la llamada, sintiendo que el corazón me latía con fuerza en el pecho. ¿Se trataría de Bernie? ¿Habría tenido otro infarto? La llamé antes de pararme a pensarlo dos veces.

—Natalie, querida. —Bernie contestó tras un solo tono de llamada, y noté con alivio que su voz sonaba como siempre—. ¿No vas a venir al hospital?

—¿El hospital? —Aquella palabra volvió a ponerme en alerta—. ¿Qué ha pasado, Bernie? ¿Estás bien?

—Oh, querida... ¿Es que no lo sabes?

—¿Saber el qué? No, no sé nada. ¿Quién está en el hospital? ¿Y por qué?

—Lamento muchísimo que no te hayas enterado. Hemos estado todos tan preocupados que se nos ha debido olvidar avisarte. James ha estado muy angustiado, como te puedes imaginar, pero me sorprende que no te haya enviado siquiera un mensaje.

Apreté los dientes, esperando que me explicara de una vez lo ocurrido, y no pude evitar insistir.

—Bernie, ¿podrías decirme por favor quién está en el hospital?

—Christopher. Él, hum... bueno, tuvo un episodio y tomó más pastillas de la cuenta.

¿Había intentado *suicidarse*? ¿Qué le había pasado? Había parecido dispuesto a iniciar una nueva etapa de su vida, ¿por qué habría recurrido a las pastillas otra vez?

—¿Está bien? —pregunté con cautela—. ¿Está consciente?

—Sí querida, ahora ya está estable. Tendrá que quedarse un poco más, porque le están haciendo pruebas a ver si le ha afectado al hígado, o algo así. No sé, o tal vez sean los riñones, no me acuerdo.

—¿Y sabes por qué...? Bueno, ¿por qué se tomó las pastillas?

—Es Amanda. Se ha prometido y está embarazada.

—Oh no —exclamé sorprendida—. Eso ha debido ser muy duro para él.

La doble noticia sobre la situación de su ex seguramente habría acabado con el delicado equilibrio de salud mental de Christopher. Cuando trabajábamos juntos, él siempre había encontrado excusas para mencionarla, como hablar de una fiesta que había dado, o mencionar lo guapa que había estado vestida con uno de sus diseños. No me había parecido que siguiera enamorado de ella, porque sus recuerdos parecían teñidos de un cierto matiz de ira. Sin embargo, parecía atrapado en un pasado que le ataba a aquella mujer de un modo que le impedía vivir su vida, a pesar del futuro prometedor que aún tenía por delante. No se me había escapado que siempre parecía alegrarse cuando Julia llegaba con una de sus entregas, y había albergado la esperanza de que ella le ofreciera una salida.

—Yo creo que solo estaba tratando de asegurarse de que podía dormir, ¿sabes? —explicó Bernie—. Todos hemos estado muy ocupados, y es normal que él buscara un poco de ayuda. ¿No?

No tuve ánimo para decirle que la mayoría de la gente no solía estar tan desesperada por dormir que recurría a una sobredosis de pastillas.

—Bueno, lo que importa es que ahora está recibiendo los cuidados que necesita —me limité a decir.

—Creo que le encantaría verte —señaló Bernie con afecto—. Le vendrá bien estar con gente que se preocupa por él. Y estoy segura de que sería una enorme ayuda para James tenerte a su lado.

El corazón se me encogió al comprender que Bernie no tenía ni idea de cómo habían cambiado las cosas. Era muy probable que ella viera todo aquel embrollo con Heidi de una manera totalmente distinta, y tal vez pensaba que solo había sido un numerito bien organizado. Estaba segura de que James no habría tenido tiempo de explicarle todo lo ocurrido.

—¿En serio crees que es buena idea que vaya? —pregunté en voz baja.

—Claro que sí —contestó ella con rapidez—. De hecho, te lo pido. Siempre consigues hacer sonreír a Christopher, Natalie, y eres tú quien más le recuerda lo importante que es para la empresa. Tú le has dado una razón para levantarse de la cama y hacer algo. Desde que empezaste a trabajar con él, es como si hubiera vuelto a la vida.

Yo también me había dado cuenta. Aunque no había conocido a Christopher antes de sus problemas, sí me había resultado evidente que había pasado de limitarse a observar mi trabajo, a participar en él con ilusión. Tal vez Bernie tenía razón y, si acudía a verle al hospital, podría hacerle olvidar sus problemas durante algún tiempo. Sin embargo, no estaba segura de querer ver a James... pero si había pasado la noche con Christopher, y estaba segura de que así sería, cabía la posibilidad de que se hubiera marchado a casa a descansar un poco.

—De acuerdo, iré. ¿Cuánto tiempo vas a estar tú allí?

—Lo cierto es que me iré enseguida. Tengo cita con el médico y no puedo faltar, pero volveré en cuanto termine. James ha estado yendo y viniendo, así que tal vez puedas organizarte con él.

—Voy ahora mismo para allá —decidí entonces—. Espero llegar antes de que te vayas, Bernie.

—Yo también, querida —suspiró ella—. Ay, qué temporada más complicada estamos pasando. Espero que las cosas mejoren pronto.

No quise decirle que, para mí, no parecía que nada fuera a mejorar en el futuro próximo. Nos despedimos y me obligué a levantarme del sofá.

—Me alegro de verte en pie —dijo Steph cuando me la crucé en el pasillo, vestida ya con ropa de deporte, cosa que no me sorprendió—. Tengo una nueva serie de ejercicios para los abdominales que odiarás a muerte. Ve a cambiarte.

—Lo siento, tengo que ir al hospital. Christopher... Bueno, se ha tomado un montón de pastillas porque se ha enterado de que su ex está embarazada y comprometida con otro.

—Oh, vaya —contestó ella, sorprendida—. Qué horror. Pero, Nat... ¿En serio quieres seguir implicada en la vida de esa familia después de lo que ha pasado con el capullo de tu jefe? Tal vez ahora lo mejor sea mantener las distancias.

Negué con la cabeza, lo que hizo que casi se soltara el moño mal puesto en el que me había recogido el pelo. Eso me recordó que, con toda seguridad, tenía pinta de haber dormido debajo de un arbusto.

—Esto es diferente. Christopher y yo somos amigos, y eso no tiene nada que ver con la marca Branson. Lo menos que puedo hacer es ir a verle y darle todo mi apoyo, ¿entiendes?

—Eres una buena persona —me sonrió ella—. No hay quien te aguante, pero eres buena persona.

—Gracias. Creo que debes ser la única que lo cree; desde luego, James no piensa lo mismo.

Sentí una oleada de tristeza que casi me dio náuseas. Me encantaba poder contar siempre con el apoyo de Steph, pero eso también me recordaba que ella era la única persona que nunca me había abandonado. Me había pasado la vida comenzando una y otra vez, solo para acabar fracasando y ahora, una vez más, tenía que fingir que no pasaba nada, a pesar de tener el corazón destrozado.

—Oye —dijo Steph, pasándome una mano por los hombros—. Sé que esto es muy difícil para ti.

Me envolvió en un abrazo enorme y eso me hizo perder el control de las lágrimas. Al menos, era mejor llorar ahora, en la intimidad de nuestra casa, en lugar de en el hospital. Debía mostrarme fuerte por Christopher, pero también por mí misma, por si me encontraba a James allí. No pensaba permitirle ver el daño que me había hecho. Ocultar el dolor siempre había sido parte de mi mecanismo de defensa frente al rechazo. Barbilla alta, hombros erguidos y lista para seguir adelante, como si no me importara nada.

—Te voy a hacer las galletas de chocolate más deliciosas que hayas probado en tu vida —dijo Steph cuando por fin nos separamos—. Nos comeremos la mitad de la masa cruda y hornearemos el resto, y lo acompañaremos todo con una botella de Bailey's. ¿Te parece bien?

—¿Quieres decir que no me vas a obligar a entrenar? —sollocé.

—Mi amiga del alma necesita un descanso —respondió, con una mano sobre mi mejilla en un gesto cariñoso—, y me voy a asegurar de que lo tengas. Ahora, ve a prepararte para demostrar a los Branson que no te han hecho daño. Tú ocúpate de Christopher y, cuando vuelvas a casa, yo me ocuparé de ti.

Mi labio inferior empezó a temblar de nuevo y Steph me amenazó con un dedo.

—Ya no puedes llorar más hasta que vuelvas a casa, ¿de acuerdo? Tendrás que encontrar las fuerzas que te queden aún, hacer lo que tengas que hacer en el hospital, y esperar a llegar a casa para venirme abajo y que solo te vea yo.

—Eso lo puedo hacer —asentí.

—Lo sé, esa es una de las muchas razones por las que te quiero.

Me dio otro apretón y, cuando me soltó, me dirigí a mi habitación, planeando la mejor forma de demostrar al mundo que era la misma de siempre.

JAMES

—Tengo que hablar con él.

La única persona que jamás se me habría ocurrido que vendría al hospital era Amanda, pero ahí estaba, plantada delante de la puerta de la habitación de Christopher. Como siempre, iba vestida de punta en blanco, con la melena rubia cayendo en una brillante cascada sobre sus hombros y un vestido que identifiqué como un Armani, combinado con unos tacones altos de suela roja. Lancé una mirada rápida a su abdomen, que seguía siendo plano, y calculé que aún podría permitirse zapatos así de altos durante unos cuantos meses más. Me las apañé para no demostrar lo que me había sorprendido verla allí.

—No es buena idea. Aún se está recuperando y tu visita le va a hacer retroceder en sus progresos.

Me interpose entre ella y la puerta de la habitación, para dejarle muy claro que se las vería conmigo antes de llegar a mi hermano. Claro, que debía admitir que había fracasado en mi papel de protector en los últimos tiempos, y esta estancia en el hospital era el resultado.

—No compliques más las cosas, James —me reprendió Amanda—. La decisión es de Christopher, no tuya. Si él quiere echarme, me iré, pero no eres tú quien debe decidirlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hay de todo eso de la orden de alejamiento? Porque tengo que recordarte que también nosotros podemos pedir una.

—¿Orden de alejamiento? —La cara de Amanda reflejó una confusión que pareció sincera—. ¿De qué estás hablando?

—De lo que dijo tu *prometido* —dije con los dientes apretados.

—Oh, no le hagas caso, se pone muy dramático —dijo ella con brusquedad—. Esto solo nos concierne a Christopher y a mí. No a Tim, y mucho menos a ti.

Me estaba costando un esfuerzo considerable no soltarle a la cara todo lo que pensaba de ella. Maldita sea, en eso último tenía razón, y estaba bastante seguro de que Christopher querría hablar con ella. Sin decir palabra, me aparté para dejarla pasar, y ella se detuvo con una mano sobre el pomo de la puerta.

—Sé que crees que todo esto es culpa mía, pero tengo derecho a vivir mi vida como considere oportuno, y él debería hacer lo mismo.

Crucé los brazos sin contestar. No estaba dispuesto a reconocer que tenía razón, pues mi lealtad para con mi hermano me impedía intentar hacer las paces con la mujer que le había hundido.

—Ni se te ocurra hablarle del embarazo —le advertí—. Sabes mejor que nadie que lo único que él deseaba era tener hijos, Amanda. Te suplicó formar una familia, y tú dijiste que jamás tendrías hijos. Y ahora vas y decides tenerlos con otro hombre.

Esperé que el comentario le hubiera dolido, pues hizo una pequeña mueca. Sin embargo, recuperó la compostura enseguida y, sin decir más, entró en la habitación de Christopher.

Una parte de mí quería pegar el oído a la puerta para saber de qué hablaban. No se me ocurría qué creería Amanda que tenía que decirle, ni cómo reaccionaría él. Lo único que me tranquilizaba era saber que mi hermano estaba en un lugar seguro, y tenía a mano un timbre de alarma que le permitiría pedir ayuda si las cosas se ponían feas. Maldije el hecho de que se encontrara en una situación que me había llevado a tener que pensar en eso.

Si me quedaba esperando delante de la puerta parecería un guardia de seguridad, así que decidí bajar a por un café. Las alarmas de mensajes relacionados con el trabajo no habían dejado de sonar en mi teléfono, pero ahora no estaba en condiciones de resolver los problemas de la empresa. Ahora mismo tenía que centrarme en la familia. Saqué el dichoso trasto del bolsillo para apagarlo, pero me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Jamás en la vida había apagado el teléfono, así que me limité a borrar las notificaciones que llenaban la pantalla, sin darme cuenta de que estaba bloqueando el pasillo.

—Perdona —dijo una voz en tono desagradable.

Levanté la vista para disculparme y me encontré con otra persona a la que tampoco había creído que vería allí.

—Natalie...

—Bernie me pidió que viniera —explicó ella con cara impasible—. Pensé que no estarías aquí.

Mi corazón reaccionó por instinto al verla y empezó a latir con fuerza. Estaba preciosa, pero también triste y enfadada, y deseé con todas mis fuerzas poder tomarla en mis brazos, sentirla de nuevo, encontrar algo de consuelo en su contacto, ahora que todo mi mundo se tambaleaba. Sin embargo, me recordé que no podía darle lo que ella esperaba y, por esa razón, debía mantener las distancias. Sería lo mejor para los dos.

—Estoy seguro de que Christopher se alegrará —dije por fin.

Sus ojos parecían enrojecidos, y tenía la piel pálida y algo abotargada. Seguía siendo una mujer increíblemente hermosa, pero era obvio que no estaba bien. Nos miramos en silencio durante un momento interminable.

—¿Su habitación está por ahí? —preguntó ella por fin, señalando detrás de mí.

Me sentía como si estuviera debajo del agua, todas mis reacciones eran más lentas de lo normal.

—Sí, pero no puedes entrar ahora.

—¿Perdona? —preguntó irritada—. ¿Cómo que no?

Reconocí aquel tono, que me transportó al instante a la noche en que nos conocimos. Era la Natalie feroz y determinada, la mujer que jamás se había acobardado ante mí y siempre había estado preparada para luchar. Sin embargo, en aquella ocasión, yo estaba demasiado cansado para discutir.

—Está con Amanda —suspiré—. Se acaba de presentar aquí y ha exigido verle.

La expresión de Natalie pasó a ser de preocupación.

—Pero... ¿eso es buena idea? ¿No es ella la razón por la que está aquí?

—Sí, pero tal vez esto le permita poner fin a su historia con ella de una vez.

—Ya me gustaría a mí pasar unos minutos a solas con ella y ponerle fin de una forma que no se le olvide nunca —murmuró Natalie.

Volvimos a quedarnos en silencio, hasta que Natalie hizo ademán de dirigirse a la habitación de Christopher. Comprendí que no podía dejar pasar aquel momento, y que nosotros también teníamos que hablar de nuestra propia historia para intentar forjar algún tipo de relación cordial de cara al futuro, sobre todo porque ella seguía trabajando para mí.

—Natalie... nosotros también deberíamos hablar.

Ella se volvió a mirarme, con algo que pareció un destello de esperanza en los ojos que me dejó destrozado.

—De acuerdo. Di lo que tengas que decir —aceptó, cruzando los brazos y mirándome con el ceño fruncido.

Miré a mi alrededor y vi que dos enfermeras se acercaban por el pasillo con rapidez.

—Aquí no. Hay una habitación un poco más allá donde no nos molestará nadie.

Ella me siguió con un suspiro. Yo intenté aclarar mis ideas por el camino, y estuve a punto de mandar a paseo la precaución y confesarle que no podía vivir sin ella, pero estaba seguro de que ella no sería feliz conmigo si lo intentábamos. Yo no podía comprometerme, ni con ella, ni con nadie. Debía ocuparme de mi familia primero y del negocio después. No podía pedirle que aceptara ocupar el tercer lugar en mi vida, y solo ofrecerle a cambio a alguien que nunca estaría dispuesto a bajar la guardia del todo y amarla como debía ser amada. Ella merecía mucho más que eso.

Natalie se sentó al borde de una silla en un rincón de la habitación y me miró con desconfianza, sujetando el bolso con fuerza sobre su regazo. Una parte de mí deseaba verla dispuesta para la lucha, como siempre, pero esta Natalie era distinta, mucho más reservada y silenciosa.

Estaba triste.

Me aclaré la garganta, no muy seguro de cómo empezar, y me lancé.

—Ante todo, muchas gracias por venir a ver a Christopher y por todo lo que has hecho por él. Él no suele abrirse a la gente, así que significa mucho que os hayáis hecho amigos.

Ella se limitó a asentir como respuesta, pues ambos sabíamos que había cuestiones mucho más

importantes de las que hablar.

—También te pido disculpas por lo ocurrido con Heidi.

—Lo que hizo fue despreciable, pero ese no es el problema; el problema fue tu forma de reaccionar —dijo ella hablando con rapidez, y con los ojos brillantes por el enfado.

—Tienes razón, pero tienes que entender por qué lo hice.

—No, yo no tengo que hacer nada —replicó ella—. En absoluto. Lo que estás diciendo es que valoras tus decisiones de negocio por encima de todo lo demás, y eso me incluye a mí.

—Natalie... —suspiré—. En este momento, el negocio tiene que ser lo primero, y te pido disculpas por no habértelo dejado claro desde el principio.

—Sí, qué estúpida he sido al pensar que te importaba —contestó con una risa amarga.

Quise decirle que mis sentimientos por ella habían sido auténticos, pero ¿de qué serviría? ¿Qué conseguiría al admitir que ella era casi una parte de mí mismo? Lo que habíamos compartido se había terminado. Debía ser así.

—Estarás mejor sin mí —dije en voz baja.

—¿Sabes qué? Estoy de acuerdo.

Cuando la miré, vi las lágrimas que caían por sus mejillas. El dolor también atenazaba mi pecho, pero intenté reponerme. Estaba tomando la decisión correcta. Sin Natalie en mi vida, podría centrarme en las cosas que sí podía controlar, y ella quedaría libre para encontrar la relación que merecía, con alguien que pudiera ofrecerle todas las cosas que yo no podía.

—Pero necesito saberlo —dijo ella con voz rota—. ¿Algo de lo nuestro fue real?

¿Por qué hacía eso? Me estaba obligando a admitir los sentimientos que debía extirpar de mi corazón si quería seguir adelante con mi vida. La sinceridad no nos aportaría nada en ese momento, sería mucho mejor romper limpiamente.

—No —conseguí decir por fin.

El sollozo angustiado que se le escapó resonó por la pequeña habitación.

—Entonces, ¿lo que dijiste aquel día en el coche fue una mentira? ¿Lo de que yo era especial?

—No, por supuesto que aquello sí era de verdad, Natalie. Eres muy valiosa para Branson, y también eres la razón por la que el desfile ha tenido tanto éxito.

Ella se puso en pie, desafiante a pesar del dolor.

—Sabes que no me estaba refiriendo a eso, para nada. —Su voz seguía sonando temblorosa.

Me estaba destrozando por dentro. Tuve que redoblar mis esfuerzos por controlar el instinto de acercarme a ella, por luchar contra el ansia de tomar a aquella mujer llorosa en mis brazos y consolarla. Si lo hacía, solo empeoraría las cosas.

—No creo que pueda seguir trabajando contigo, James —dijo al cabo de un momento—. Voy a

presentar mi dimisión.

Comprendí que había llegado el momento de decidir algo en lo que había estado pensando esos días, y de lo que no había estado muy seguro hasta ahora.

—Natalie, no. No puedes irte de Branson. Yo... voy a coger una baja. Tienes que quedarte un poco más, al menos hasta que sepas lo que quieres hacer. Yo no estaré allí para molestarte.

El brillo de esperanza en sus ojos me hizo saber lo mucho que trabajar en Branson significaba para ella. Me alegré de poder ofrecerle al menos eso.

—De acuerdo. Me quedaré mientras tú no estés, pero me marcharé en cuanto vuelvas.

Me miraba con la barbilla levantada, y yo intenté no buscar en ella a la niña que había sido una vez, agarrada a una bolsa de basura que contenía todas sus pertenencias.

—Tenemos que organizar la forma de trabajar y cómo llevarás las cosas cuando no esté —propuse—. Sigue aceptando y filtrando candidatos para el puesto de Clint, pero vamos a suspender las entrevistas por ahora. Si lo consideras oportuno, puedes seguir entrevistando candidatos para el puesto de Lorraine. Yo me voy a mantener totalmente al margen, así que...

—James, ¿en serio? ¿Ahora? —Sonaba incrédula—. ¿Te vas a poner a hablar de trabajo justo después de destrozarme el corazón?

Me quedé sin palabras. Centrarme en el trabajo era mi único recurso. Branson siempre había sido mi vía de escape, la excusa que me permitía mantener a la gente alejada de mí, y no me gustaba que Natalie se hubiera dado cuenta con tanta facilidad.

—Tienes razón, ya lo hablaremos más adelante.

—Tu hermano está ahí al lado luchando por su vida, y tú aquí hablando de tus planes para contratar empleados. —El desprecio era evidente en su voz—. Estás mal de la cabeza, James, ¿lo sabías?

—Para —dije, en una orden seca.

—Tú no me das órdenes —replicó ella, apuntándome con el dedo—. Es posible que seas mi jefe sobre el papel, pero ya no trabajamos juntos. Y nuestra relación personal... bueno, nunca ha existido, ¿no? Pues cállate de una maldita vez, James Branson.

No podía discutir con ella. Su expresión dejaba muy claro que ahora estaba dispuesta a defenderse a muerte, y yo no tenía ninguna intención de llegar hasta ese punto.

—De acuerdo —suspiré.

—¿Has terminado ya? —preguntó, levantándose y yendo hacia la puerta con paso firme—. Porque yo no tengo nada más que decirte.

La reacción de mi cuerpo cuando puso la mano sobre el pomo de la puerta fue primaria, instintiva.

Detenla. No la dejes salir. Es tuya.

—Hemos terminado —confirmé, porque no me atrevía a seguir hablando.

Ella salió sin volver la vista atrás, y entonces caí en que, seguramente, ya estaría acostumbrada a esto, a dejar atrás a personas que creía que sentían algo por ella. No podía soportar la idea de ser yo quien le hubiera hecho pasar por eso una vez más.

Solo podía seguir insistiendo en que esa era la mejor decisión, y que yo nunca sería el hombre que Natalie necesitaba.

NATALIE

El dolor de cabeza comenzó en cuanto atravesé la puerta principal.

Siempre me había encantado la sensación de entrar en las oficinas de Branson, pero desde que todo había terminado con James, cada día me parecía estar entrando en una pesadilla. Seguía disfrutando mucho del trabajo y de estar con mis compañeros, pero los fantasmas que acechaban en cada esquina me impedían recomponer mi pobre corazón roto.

Tenía demasiados buenos recuerdos: la acera frente al edificio donde me había ofrecido el trabajo que cambió mi vida; la habitación donde estaba la fotocopidora, en la que me había robado besos con frecuencia y, por supuesto, su oficina, donde habíamos barrido todo lo que había sobre su mesa para hacer el amor encima.

Aunque ahora me quedaba claro que lo único que habíamos hecho era *follar*. James se había asegurado de que eso me entrara bien en la cabeza.

Mi teléfono estaba sonando, a pesar de que aún no eran las siete de la mañana. Había estado llegando cada día más temprano, porque mi carga de trabajo no dejaba de aumentar, y parecía que todo el mundo lo sabía. Al mirar mis notificaciones, encontré dos confirmaciones para entrevistas iniciales con candidatos para el puesto de Lorraine, y también cuatro mensajes de Lavonte. Yo no era su jefa, pero desde que James se había ido, él me trataba como si lo fuera.

De hecho, *todo* el departamento lo hacía. No había habido ningún anuncio oficial, pero desde el éxito del desfile de alta costura, todo el equipo creativo parecía considerarme la jefa. Aún seguíamos trabajando en el proyecto Pantone, y también en el programa regular de la temporada. Desde el éxito del desfile, la gente había estado pidiendo a voces las versiones *prêt-à-porter* de los diseños que habíamos mostrado en la pasarela, y eso suponía una importante cantidad adicional de trabajo. Y de presión.

Cómo deseaba disponer del tiempo suficiente para ir algo más despacio y resolver el infierno en el que se había convertido mi vida, pero el ritmo en Branson era muy despiadado, sobre todo ahora que las ventas se habían disparado desde el desfile. Por mucho que odiara al hombre detrás de aquel nombre, estaba muy orgullosa de lo que hacía Branson Designs, y me encantaba ser parte de su nuevo éxito.

—¡Aquí estás! —exclamó una voz en cuanto entré en la sala.

Era Lavonte, que también había llegado pronto y estaba deseando ponerse en marcha. Se acercó

a mí con rapidez, sujetando una tableta en la mano.

—Buenos días —dije con precaución, porque a Lavonte le encantaba hablar y, aunque eso era parte de su encanto, en ese momento tenía demasiadas cosas que hacer.

—Amor, solo necesito una firmita tuya en este diseño de aquí —dijo, entregándome su tableta—. En cuanto lo apruebes, lo llevaré a preparar el patrón.

—Ya te he dicho que no necesitas mi firma —suspiré—. No me han ascendido, yo soy tan diseñadora como tú.

Pero antes de que terminara de hablar, él ya estaba negando con la cabeza.

—Ni hablar. Eres mucho más que eso, y lo sabes de sobra. James cree en ti, y los demás también. Y ya sabes que aquí no se hace nada sin una firma. ¿Qué esperas que haga? ¿Qué pida a Herb, de facturación, que lo firme él? Tú eres la elegida, guapa. —Tocó la pantalla y me la volvió a presentar—. Una firma, por favor.

No era la primera vez que me habían pedido firmar un diseño nuevo, y cada una de esas veces me había sentido como una impostora. Sin embargo, cuanta más gente me lo pedía, más claro estaba que me había convertido en la persona que estaba dando forma a la visión de Branson para la próxima colección, por delegación. Cuando pensaba en la clase de poder que había recibido sin querer, casi me daban ganas de vomitar. Las decisiones que tomara iban a terminar colgadas en perchas de todo el país.

Nunca había buscado ese nivel de responsabilidad y, lo que era peor, todo eso me estaba alejando de lo que realmente me encantaba, que era diseñar. Tenía la sensación de no haber cogido un lápiz desde hacía semanas, y mis dedos se morían por volver a dibujar. No se trataba solo de que el diseño lo era todo para mí, sino que dibujar me ayudaba a evitar pensar y, si me perdía en un diseño, no podía pensar en mi corazón destrozado.

—¿No te gusta? —dijo Lavonte con un puchero, alzando la vista de la tableta a mi cara.

—Perdona, sí, es fantástico —dije enseguida—. Nunca fallas.

Firmé con rapidez y, en ese momento, sentí que alguien nos observaba, así que alcé la vista para mirar detrás de Lavonte.

—Te pillé —dijo Calliope, mirando la pantalla de su teléfono—. Esta foto va a ser parte de una serie prevista para crear expectación por nuestros próximos lanzamientos, pero, Natalie, ayudaría mucho que sonrieras. ¿Podemos repetirla?

Sonreír de verdad requería demasiado esfuerzo, pero conseguí forzar para ella una sonrisa falsa, hasta que consiguió la foto «espontánea» que quería. Las redes sociales de Branson habían estado mostrando mi cara cada vez con más frecuencia, pero yo creía que no era necesario que siguiera esforzándose por relacionarme con la marca: me marcharía en cuanto encontrara otra cosa. Calliope iba a tener que dejar de contar conmigo, porque me largaría de allí tan rápido como fuera posible.

Aún no se lo había dicho a nadie, pero ya estaba trabajando en un currículo nuevo y mejorado, y buscando otras marcas de moda en las que pudiera encajar. Era muy importante que me fuera antes de la vuelta de James, porque había intentado imaginar cómo irían las cosas cuando

volviera y no creía que fuera capaz de comportarme con él de forma cortés. Pero, por el momento, debía centrarme en el presente.

Aquel día fue tan intenso como los anteriores, en los que el trabajo tiraba de mí en un millón de direcciones distintas a la vez. Lo más triste era que ninguna de esas nuevas tareas me llenaba de la forma en que el diseño lo había hecho antes.

—¡Vaya mala cara! ¿Pasa algo? ¿Te puedo ayudar con alguna cosa? —Rhea se había materializado junto a mi mesa y me miraba con cara preocupada.

—Hola. Gracias, pero ahora mismo no tengo nada que delegar. —Giré el cuello en un círculo y estiré los brazos delante de mí—. ¿Cómo puede ser ya la hora de comer?

—Llevas horas ahí sin moverte. —Rhea se acercó un poco más—. No me gusta verte tan estresada.

—El trabajo tiene que salir y nos faltan tres personas, así que... —Señalé las montañas de papel en mi mesa.

—Sí, es difícil apañárselas sin James —dijo Rhea lanzándome una mirada cargada de intención, pero no mordí el anzuelo.

Estaba segura de que circulaban miles de teorías sobre lo que había ocurrido entre James y yo, pero nadie se había atrevido a preguntarlo directamente, cosa que agradecía. Estábamos allí para hacer nuestro trabajo, no para especular sobre mi vida amorosa. Claro, que tampoco es que hubiera habido amor por ningún sitio.

—Oh, vaya —murmuró Rhea, mirando detrás de mí—. ¿Qué hace ella aquí?

Miré por encima del hombro y vi nada menos que a Bernie, que se acercaba a nosotras muy elegante, con el pelo recogido en un moño perfecto y vestida con uno de nuestros últimos diseños deconstruidos, que aún no estaba a la venta. Algunas personas aplaudieron a su paso.

—Rhea, querida —dijo Bernie, dándole un abrazo rápido—. La piedra angular de Branson.

—Si lo que quieres decir es que llevo aquí toda la vida, tienes toda la razón —rio Rhea cuando se separaron.

—Y Natalie. —Bernie tendió una mano para estrechar la mía y me dirigió una cálida sonrisa—. Justo la persona con la que quiero hablar.

La preocupación me atenazó el estómago. ¿Por qué había venido Bernie a verme a la oficina? Ella ya nunca se acercaba por allí. ¿Qué habría pasado ahora?

—Espero que no tengas planes para comer... —dijo ella, mirándome con atención.

—¿Yo? —Me señalé a mí misma y miré a mi alrededor, confusa.

—¡Pues claro que tú, tontita! —rio ella.

¿Estaría bien decirle a la fundadora de la empresa que no podía ir a comer con ella porque tenía muchísimo trabajo?

—Yo, uh, bueno... creo... —empecé.

Fue entonces Bernie quien pareció confusa. Yo era consciente de que mi aspecto era desastroso, con la coleta mal hecha que llevaba, y seguramente llamaría la atención en cualquier restaurante elegante al que quisiera ir.

—Claro —dije por fin—. Tengo tiempo para comer algo rápido contigo, me encantaría.

—¡Fabuloso! Nos reuniremos abajo en cinco minutos, tengo el coche esperando.

—Prepárate para disfrutar —dijo Rhea, mientras mirábamos cómo se alejaba Bernie—. Con Bernie, cada comida es una celebración.

Ojalá yo tuviera ganas de celebrar algo.

No mucho después, el coche de Bernie se detuvo ante un edificio de ladrillo que no parecía nada especial, y no se me escapó que no había ningún restaurante a la vista.

—Aquí estamos —dijo Bernie con voz cantarina—. Es por aquí.

La seguí al interior de aquel edificio e intenté ocultar mi sorpresa al ver el pequeño vestíbulo. Parecía muy antiguo, y no había ninguna indicación de que estuviera habitado. Bernie abrió la puerta de un diminuto ascensor que parecía bastante peligroso.

—No se caerá, te lo prometo. —Tras una pausa, añadió—. Al menos, no lo creo.

Crucé los dedos con discreción al entrar en el ascensor.

—¿Qué es este sitio? —pregunté, mientras aquel trasto empezaba a subir con lentitud.

—Espera un minuto más y lo sabrás.

Cuando por fin se abrió la puerta del ascensor, nos vimos ante una enorme sala blanca llena de percheros para ropa. Casi parecía algún tipo de instalación sanitaria.

—Un momento... —Miré uno de los percheros y me fijé en que una de las fundas de ropa mostraba el logo de Branson debajo de un número.

—Bienvenida a la sede original de Branson Designs, que ahora utilizamos como almacén de seguridad.

Bernie se adentró en la sala delante de mí, con los brazos muy abiertos, como una presentadora de la tele.

—Quiere eso decir que... ¿están todos aquí? ¿Es aquí donde fundaste la empresa?

Miré a mi alrededor con la boca abierta. Algunos de los diseños más elaborados estaban expuestos en urnas de cristal, como en la exhibición de un museo.

—James mencionó que te gustaría ver la colección que conservo en la casa de los Hamptons, pero no tuve ocasión de enseñártela. He pensado que esta te gustaría mucho más, porque aquí guardamos el noventa por ciento de nuestros diseños.

Intenté no demostrar ninguna emoción al oír aquel nombre.

—Un pajarito me ha dicho que lo que te gustaría es ver la ropa, no solo los bocetos, así que eso

es lo que vamos a hacer, pero después de comer. Ven por aquí.

Bernie me hizo un gesto para que la siguiera, y nos dirigimos a otra sala en la que había una mesa ya puesta, cubierta con un bonito mantel blanco y una vajilla de porcelana.

—He pedido a mis amigos de Le Bernardin que nos preparen algo para comer. Toma asiento, por favor.

Me dejé caer en una de las sillas, sin poder creer aún lo que estaba pasando. ¿Todo aquello era para mí?

—¿Va a venir alguien más? —pregunté, sintiendo que una bandada de mariposas revoloteaba en mi estómago al ver que la mesa estaba puesta para tres personas.

Que no sea James. Por favor, él no. No soportaba la idea de verle en ese momento, sobre todo con Bernie delante como testigo de lo mucho que, sin duda, se torcerían las cosas si teníamos que comer juntos. Ella solo había visto mi lado agradable, y no quería arriesgarme a que James me hiciera sacar la fiera que llevaba dentro.

—Sí, vamos a ser tres —dijo Bernie, mirándome con atención—. Kathleen llegará enseguida.

Intenté que no se me notara la sorpresa. ¿La elusiva Kathleen Branson iba a venir a comer con mi humilde persona? ¿Acaso estaba pasando algo?

—Queremos hablar contigo de... bueno, un poco de todo. Han pasado muchas cosas últimamente y queremos asegurarnos de estar todos de acuerdo —dijo Bernie, al tiempo que reorganizaba los cubiertos junto a su plato—. He pensado que podíamos pasar un buen rato viendo la ropa después cuando terminemos. En cuanto empecemos a abrir esas bolsas de ropa, ¡tu creatividad se pondrá a mil por hora!

—¡Hola, hola! —dijo una voz detrás de nosotras en ese momento—. ¿He llegado para el brindis?

Era Kathleen, bronceada y muy guapa, vestida con unos vaqueros anchos y una simple camisa negra.

—Llegas tarde, pero justo a tiempo —le regañó Bernie—. Siéntate.

Kathleen se encogió un poco para besar a Bernie en ambas mejillas y luego se acercó a mí para hacer lo mismo. Enseguida apareció un camarero, salido como de la nada, y sirvió vino tinto en las tres copas.

—Oh, no debería beber nada —protesté—. Aún tengo mucho trabajo esta tarde.

—Tonterías. No te vas a caer redonda por un par de sorbitos, ¿no? —Cuando negué con la cabeza, Bernie sonrió y alzó su copa en un brindis—. ¡Pues disfruta! Por ti, querida, por muchas razones.

Juntamos nuestras copas, pero a mí seguía sin parecerme una celebración.

—En primer lugar —comenzó Bernie—, Kathleen y yo queremos agradecerte que seas parte de la vida de Christopher. Sabemos que creías que eras tú quien le había pedido ayuda a él, pero el hecho de que le hicieras sentir útil de nuevo le ha ayudado muchísimo. No sé si te das cuenta de todo lo que has hecho para animarle a salir de su cueva y vivir de nuevo. Y bueno, es obvio que

las cosas han empeorado ahora, pero aun así, su estado de ánimo es mucho mejor ahora. ¿Has hablado con él estos días?

Yo negué con la cabeza y jugueteé con mi copa de vino.

—Creí que sería mejor, bueno, darle un poco de tiempo.

No me pareció oportuno mencionar que había dejado de tener cualquier contacto con los miembros de la familia Branson fuera del trabajo.

—Bien, pues ahora se encuentra muchísimo mejor. Está haciendo muchos cambios positivos, y estamos muy orgullosos de él —añadió Kathleen—. Sin embargo, su hermano...

La referencia a James hizo que se me encogiera el estómago. ¿Por qué había estado segura de que, en algún momento, acabaríamos hablando de él?

—Me ha decepcionado mucho —dijo Bernie, que procedió a vaciar su copa—. Todo aquel numerito con Heidi antes del desfile. —Se estremeció—. Ya sé que dijo que solo era por publicidad, pero ¿dónde está el límite? En algún momento tendrá que dejar de vivir para Branson Designs y empezar a vivir para James Branson.

Me limité a levantar una ceja en respuesta, porque no estaba segura de hasta qué punto podía sincerarme con ella.

—Y, bueno, estoy al tanto de que las cosas no han terminado bien entre vosotros —continuó—. No conozco los detalles, pero me ha dicho que ya no estáis juntos, y eso me ha roto el corazón.

El corazón de Bernie no era el único que estaba roto. Ella me miró con preocupación y extendió la mano por encima de la mesa para estrechar la mía. Aquel gesto tan sencillo hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas.

—Oh, querida. —Su ceño se volvió aún más pronunciado—. Lo siento muchísimo.

Asentí sin poder contener un sollozo, temerosa de abrir la boca antes de poder recuperar la compostura.

—Estoy bien —dije cuando conseguí dominar mi voz—. Estoy demasiado ocupada como para pensar en todo eso.

Mi risa sonó vacía, y tanto Bernie como Kathleen me miraron como si se dieran perfecta cuenta de que estaba mintiendo.

—Hablando de estar ocupada, esa es la otra cuestión que queríamos comentar contigo.

El camarero volvió a aparecer, esta vez empujando un carrito en el que había tres platos cubiertos por campanas metálicas. Por un momento temí que, al descubrir el mío, encontraría algún tipo de preparación diminuta y muy sofisticada de alta cocina, porque me estaba muriendo de hambre. Necesitaba comida *de verdad*.

—Adelante, señoras —nos animó Bernie, levantando la campana de su plato.

Identifiqué el inconfundible aroma del ajo y, cuando descubrí mi propio plato, descubrí aliviada que contenía una enorme ración de pasta.

—Me encantan sus macarrones con salsa de vodka —exclamó Kathleen—. ¡Y también hay pan de ajo! Perfecto.

Compartir una comida deliciosa con esas dos mujeres sería un plan fantástico, si me las apañaba para olvidar durante ese rato el desastre en el que se había convertido mi vida.

—Como decía —continuó Bernie, haciendo un gesto con su pan de ajo—. Somos conscientes de que tus condiciones de trabajo en este momento son bastante... *difíciles*, teniendo en cuenta lo ocurrido con James. —Se aclaró la garganta—. Pero queremos decirte que esperamos que te quedes en Branson todo el tiempo que desees. Aunque James sea el presidente, soy yo quien toma las decisiones finales, tanto si él quiere admitirlo como si no. Y yo quiero que te quedes con nosotros.

Sus palabras me hicieron sonreír, pues no era ningún secreto que Bernie utilizaba su rango siempre que podía.

—Branson te necesita —continuó—. A ti, tu visión, tu pasión y tu iniciativa.

—Eres especial, Natalie —intervino Kathleen—. Christopher no para de cantar tus alabanzas, pero no se trata solo de tu talento. Te hemos cogido cariño. Eres una persona amable y, a la vista de cómo has ayudado a Christopher, está claro que tienes una enorme cantidad de empatía.

Mis ojos se habían vuelto a llenar de lágrimas. Nunca nadie me había hablado de una manera tan alentadora. ¡Lo que habría dado por escuchar algo así cuando era pequeña!

—No llores, cariño —dijo Bernie con voz suave—. Todo va a salir bien. Es posible que ahora no lo parezca, pero saldrás de esta siendo más fuerte que antes.

Inspiré por la nariz y me froté los ojos, sin importarme que se me corriera el maquillaje. Estaba muy claro que esas dos mujeres me entendían bien y, con ellas, no necesitaba preocuparme por las apariencias.

—Lo cierto es que no sé qué hacer —dije cuando me sentí un poco más calmada—. Os agradezco mucho vuestra amabilidad. Quiero que sepáis que siento mucho cariño por Branson Designs. —El nudo que tenía en la garganta interrumpió mis palabras, hasta que conseguí terminar con esfuerzo—. Muchas gracias.

Bernie y Kathleen intercambiaron una mirada, y después, Kathleen se inclinó para ponerme una mano en el brazo.

—En cuanto terminemos de comer, nos meteremos con los archivos —dijo Bernie, cambiando de tema—. ¿Por dónde te gustaría empezar?

Y con eso, pasamos a hablar de cosas que no me daban ganas de llorar. Mi futuro era un misterio, pero, en ese momento, junto a dos mujeres a las que parecía importar de verdad, me permití a mí misma sentirme segura.

JAMES

—Cariñito, ¿qué pasa?

No podía decirle a Heidi que pasaba todo, absolutamente de todo, a causa de lo que estábamos haciendo. Era medianoche y estábamos en la sección VIP de una discoteca llena hasta los topes, donde no sabía qué *influencer* veinteañera, una tal Brayleigh, celebraba el lanzamiento de algún producto. Habíamos venido porque Heidi pensaba que relacionarse con aquella estrella emergente sería bueno para sus redes sociales, pero la única razón por la que yo me encontraba allí era que me había convertido en su desgraciado acompañante.

Lo único bueno era que no nos habíamos cruzado con Chazz, una de las modelos que habían participado en el desfile. Hacía tres días, había venido a confesarme entre lágrimas que era ella quien había colado a Heidi aquella noche, y había jurado no saber que tenía planeado hacerse con el vestido final y acaparar toda la atención. Al parecer, se suponía que solo iba a echar un vistazo a la ropa y marcharse. Yo era consciente de que nadie con dos dedos de frente habría creído a Heidi, pero... Chazz no era conocida por ser una lumbrera, así que cuando dijo que no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir, estuve casi seguro de que era verdad. Ninguna modelo habría llorado hasta el punto de que se le hinchara la cara y se le cayera el moco de la nariz por algo que no fuera cierto.

Por otro lado, aunque hubiera querido tomar represalias, y una parte de mí se moría por hacerlo, ¿qué podía hacer que no se volviera en mi contra? Si intentaba poner a Chazz en la lista negra, o si daba a conocer lo que había hecho, solo conseguiría que todo el mundo se enterase de que Heidi se había reído de nosotros, y que toda aquella increíble publicidad que recibimos cuando apareció con aquel vestido no formaba parte de nuestro plan. No tenía la menor intención de exponer a la empresa a semejante vergüenza pública, así que lo había dejado correr por completo. Nadie sabría que Chazz era la causante del problema, pero eso no significaba que me apeteciera lo más mínimo encontrármela en público.

Sin embargo, aquella noche, no había ni una sola persona en la zona VIP con la que me apeteciera hablar. Hasta una Chazz llorosa y esperando a que se la tragara la tierra habría sido mejor compañía que aquella gente porque, al menos, no habría resultado aburrida. Pero lo peor de aquella noche era tener que fingir que estaba enamorado de mi muy borracha e insoportable novia de mentira, cuando lo que estaba era agotado, incómodo y muerto de ganas de largarme.

Sin embargo, era consciente de la cantidad de gente que nos observaba, a pesar de que estábamos en la sección más exclusiva de la discoteca, donde todo el mundo era demasiado importante

como para preocuparse por nadie más. Había cámaras por todas partes, gente guapa que fingía no estar pendiente de nosotros, a pesar de sus ávidos esfuerzos por escuchar cada palabra que decíamos, y nos observaban hasta quienes estaban en la pista de baile bajo nuestros pies. Toda aquella atención significaba que no podía decirle a Heidi lo que pensaba, y me veía obligado a seguir fingiendo.

—No pasa nada, estoy bien.

Me las apañé para convertir en una ligera sonrisa la mueca que casi se me escapó cuando se acercó para besarme. Con el rabillo del ojo, pude ver que la gente nos apuntaba con sus teléfonos para capturar aquel momento. Heidi se había pasado la noche bebiendo gracias al patrocinador del evento, la nueva marca de vino espumoso de aquella *influencer*. Yo había probado un sorbo y había estado a punto de escupirlo, pero Heidi parecía no cansarse de aquel brebaje.

El DJ decidió por fin dar un descanso a la música tecno y Heidi se animó al escuchar la introducción de la siguiente canción.

—¡Oooh, esta es mi canción! —gritó por encima del estruendo—. ¡La reina B! *Who run the world?*

El corazón se me encogió cuando escuché aquella inconfundible voz sonar por toda la discoteca. Era la canción que Natalie estaba cantando la noche en que la conocí. Después de aquello, la había añadido a mi lista de reproducción para el gimnasio y ahora me sabía hasta la última nota.

No pude evitar sonreír al recordar los intentos de Natalie por cantar, hasta que Heidi se puso de pie sobre un banco y empezó a bailar. Supongo que intentaba parecer sexi y encantadora, pero a mí solo me pareció desesperada, como si pensara que Brayleigh recibía más atención que ella y no lo soportara. Sus desquiciados contoneos me hicieron pensar que hacía rato que había dejado de estar un poco alegre, y ya llevaba una cogorza de campeonato. Eso no era bueno para ninguno de los dos. Intenté coger una de sus manos para tirar de ella y hacerla bajar, pero se liberó de un tirón. Al vernos, la gente empezó a vitorear, y eso solo le incitó a moverse de forma aún más desquiciada, a pesar de ser incapaz de seguir el ritmo.

En ese momento, apareció Brayleigh, sin duda atraída por los gritos de la multitud. Llevaba una diminuta camisa blanca recortada y una falda de cuero de diseño muy complicado que prácticamente le dejaba las piernas enteras al aire, y que Heidi había descrito como «hortera de cojones». Yo sabía que eso solo se debía a sus celos de una mujer más joven, pues no era ningún secreto que Heidi odiaba a *cualquiera* que pudiera suponer una amenaza para ella.

Brayleigh se subió al banco junto a Heidi y empezó a bailar a su lado. A pesar de su amplia sonrisa, no se me escapó el destello de enfado en los ojos de Heidi. Brayleigh era todo lo que Heidi deseaba ser: joven, admirada por los adolescentes, y una bailarina increíble.

Heidi intentó apartarse sin que se notara mucho, pero Brayleigh no pareció pillar la indirecta. Sacudió los hombros, coqueteó con los espectadores y luego fingió frotarse contra Heidi. Me fijé en que Heidi parecía cada vez más irritada, pues la joven no se daba cuenta de que le estaba robando toda la atención y, lo que era peor, haciendo que pareciera una hermana mayor un tanto desesperada.

Para entonces, todos los ojos de la discoteca estaban puestos en ellas dos, y no me cabía duda de

que a Heidi le estaba costando seguir actuando de forma atractiva a causa de su irritación con Brayleigh. La canción parecía no terminar nunca, así que aquel drama se alargaba como una escena de una película para adolescentes.

Cuando Heidi levantó los brazos sobre la cabeza y cerró los ojos, Brayleigh pareció tomarlo como una invitación para acercarse a ella aún más. Se puso delante de Heidi y empezó a moverse de forma sugerente, lo que hizo enloquecer a los espectadores. Cuando Heidi abrió los ojos y se dio cuenta de lo que pasaba, ya no pudo seguir ocultando su enfado. Al principio, su reacción pareció una broma, pues empujó a Brayleigh y le hizo perder el ritmo un instante. Sin embargo, se repuso enseguida y, sin dejar de reír, se apretó directamente contra Heidi.

—¡He dicho que *pares*! —gritó Heidi por encima de la música, con la cara contraída por la furia.

Volvió a empujar a Brayleigh, esta vez con más fuerza, y consiguió hacerla caer de rodillas, aunque la joven fingió que todo era parte del plan y se puso en pie enseguida. Tuve que admirar sus tablas, pues ella era consciente de que todo lo que hacían estaba siendo grabado y retransmitido en directo a sus millones de seguidores. Ese no era el momento de perder los estribos, con todo el mundo mirando. Si al menos Heidi lo hubiera comprendido también...

—¡Que te apartes de mí, joder! —chilló Heidi—. Puta zorra estúpida, ¡tú no eres nadie! ¿Te enteras? *Yo* soy la estrella. ¡Nadie se acordará de ti el año que viene, pero yo seré la portada de *Vogue* por quinta vez!

Ay, la hostia.

Las cosas se estaban torciendo, y mucho. En aquel momento, mi relación con Heidi parecía una catástrofe. Todo aquello le iba a obligar a hacer un largo y humillante recorrido pidiendo disculpas, y yo no quería que una sola gota de aquello salpicara a Branson Designs. Las cámaras que nos rodeaban parecieron multiplicarse, y la multitud dejó escapar una exclamación colectiva mientras aquellas mujeres se enfrentaban.

Brayleigh se acercó a Heidi con una sonrisa enorme, le colocó la mano un instante sobre la mejilla y la retiró con rapidez, como una bruja que intentara extraerle el alma por la boca. La multitud rompió en exclamaciones y risas mientras ella se alejaba. Heidi se dejó caer junto a mí, muy irritada y, al parecer, sin darse cuenta de lo mal parada que había salido en aquella situación.

—¿Quién cojones se ha creído que es? —preguntó, antes de coger una de aquellas botellas de espumoso y beber un largo trago—. Es ella quien me necesita a *mí*. Yo soy famosa, ella no lo es.

La gente nos seguía mirando y, lo que era peor, grabándonos. Debía planear mi reacción con mucho cuidado. Solo tenía unos segundos para decidir cómo quería que me viera el público de ahora en adelante. Me puse en pie.

—Es hora de irnos.

Heidi me ignoró, así que le quité la botella de la mano.

—Es tarde —dije, con la esperanza de que notara en mi tono lo urgente que era salir de allí ahora mismo.

Ella me hizo una peineta. ¿Cómo era posible que una mujer que había mantenido aquel nivel de

fama durante más de diez años fuera tan idiota? ¿Acaso no se daba cuenta de que estaba *destruyendo* su reputación en ese mismo momento, y la mía de paso?

Entonces comprendí que tenía otra opción. Esa era mi vía de escape, una salida de aquella relación falsa que resultaría creíble y, esta vez, no me haría quedar como un cabrón.

Podía conseguir que una «fuente anónima» declarase que Heidi Jones (ese era su apellido, que se negaba a utilizar porque lo consideraba demasiado vulgar) tenía problemas con el alcohol y necesitaba recuperarse sin las distracciones que suponía una relación. Por supuesto, yo no diría nada personalmente, pero había otras formas de dejar clara mi opinión. El público sabría que me preocupaba su salud y que le había asegurado que siempre estaría disponible para ella. Pero solo como amigo.

Me incliné hacia ella para susurrarle al oído.

—Yo me marchó, y te sugiero que hagas lo mismo.

Heidi se puso las manos a ambos lados de la boca.

—*Que te follen, James Branson.* —Lo gritó a tal volumen que su voz ahogó la música durante un momento.

Eso fue todo, acababa de darme la excusa perfecta para marcharme. Manteniendo una expresión neutral, me dirigí a la puerta de la discoteca, muy consciente de la cantidad de ojos que observaban mis movimientos. Al salir a la calle, me sentí aliviado de que todo hubiera acabado, pero también muy irritado por haber necesitado una excusa para hacerlo. Cada segundo con Heidi me había resultado una tortura y, en el fondo, me daba igual lo que todo aquello hubiera supuesto para Branson Designs.

Lo único que había podido pensar cada una de las veces en las que me habían fotografiado con Heidi, era en lo mucho que aquello le debía doler a Natalie.



Natalie

Steph había conseguido sacarme de casa y llevarme a su gimnasio para una sesión de ejercicio tan dura, que me estaba preguntando por qué seguíamos siendo amigas. Había entrado con acceso de invitados, porque no tenía el tiempo ni las ganas necesarios para comprometerme a entrenar más allá de lo que hiciéramos en casa. Sin embargo, aquel día, un sábado deprimente, estaba de humor para descargar mis penas a base de sudar en un montón de máquinas complicadas.

—Esto es casi como ir al ginecólogo —dije al terminar una serie en un trasto que me obligaba a abrir y cerrar los muslos.

—Por eso te estoy tapando —dijo Steph—. Nadie te puede ver la entrepierna conmigo delante.

—¿Y este cinturón de seguridad es necesario? —pregunté, tirando de aquella cosa que me había obligado a abrocharme.

—Sí, porque aún eres una novata. —Me estaba mirando de una forma un tanto rara, como si estuviera guardando un secreto.

—¿Qué estás tramando? Estás muy rara —pregunté, mirando a nuestro alrededor.

—¿Más de lo habitual? —rio ella—. Bueno, vale, tengo algo que contarte, y creo que te va a gustar. —Sacó el teléfono de su sujetador deportivo y limpió la pantalla—. ¿Sabías que, como no bloqueas tu teléfono, se pueden hacer toda clase de travesuras?

—¿Mi teléfono? ¿De qué estás hablando? ¿Qué has hecho, Steph? —La sangre se me heló en las venas, porque sabía que mi amiga era capaz de cualquier cosa.

Eso incluía ponerse en contacto con James. Solo con pensarlo, el corazón se me puso a mil.

—¿Sabes ese chat que tienes con tus compañeros de clase?

Vaya, no estaba intentando arreglar las cosas con James por mí. Ignoré la oleada de tristeza que me invadió al comprenderlo.

—Sí, claro, para los proyectos.

—Eso, para los proyectos, y para poner en marcha un terremoto. —Su sonrisa maliciosa se hizo aún más grande—. Un terremoto *#MeToo*.

—Oh, Dios mío. —Me quedé con la boca abierta—. ¿Es que has...?

Una sonrisa triunfante iluminó su cara, mientras me enseñaba una conversación en su teléfono.

—¡Sí! He enviado al grupo capturas de pantalla de los mensajes que te envió MG. No te preocupes, no eran los mensajes en los que hablabas de James, sino algunos de los otros mensajes asquerosos que te envió. Y no creas que me he hecho pasar por ti, ni nada por el estilo. Me he identificado y he explicado que lo hacía porque creía que todo el mundo tenía derecho a saberlo y a compartir sus experiencias, si las tenían.

—¿Y qué...? ¿Cómo han respondido? ¿Creen que estaba exagerando?

Parecía que todo el mundo adoraba a aquel hombre, así que contar lo que me había hecho podía tener resultados imprevisibles.

—Se han vuelto locos, porque ¡tú no eres la única, Nat! Hay otras seis chicas con historias similares, y algunos de los hombres han dicho que les ha enviado mensajes sugerentes sobre las chicas de la clase.

—¿En serio?

Steph asintió vigorosamente.

—Hemos hablado de informar a la escuela, pero a todo el mundo le preocupa que no hagan nada porque es famoso, así que uno de los chicos, creo que se llama Ted, ha recopilado todas las capturas de pantalla y se las ha enviado a una periodista que conoce en el *New York Times*. Ella está preparando una historia sobre todo esto, y ha entrevistado a las otras chicas de tu clase. También quiere hablar contigo, pero solo si estás dispuesta.

—Un momento... —A pesar del sudor, me estaba quedando helada—. No quiero atraer esa clase de atención, Steph. ¿Y si MG me demanda por difamación o algo así? No puedo pagar un abogado, y si se menciona el nombre de Branson...

A pesar de todo lo que había ocurrido, no podía evitar preocuparme por la maldita empresa.

—Si no quieres, no tienes que participar en la historia. También podrías pedir a la periodista que no mencione tu nombre. No solo se trata de ti, así que no tienes que ser la portavoz del grupo, ni nada de eso, pero va a ocurrir de todos modos. MG no va a salirse con la suya después de lo que ha hecho.

Conseguí bajarme de aquella máquina infernal y le di a Steph un abrazo enorme.

—Eres increíble. Muchísimas gracias.

Ella me dio unas palmaditas en la espalda y luego se separó de mí.

—Ah, y hay otra cosa que tienes que saber. ¿Te acuerdas de Carly?

—Sí, tiene muchísimo talento. Me cae muy bien.

—Bien, pues cuando entré en el chat, nos pusimos a hablar y resulta que le han dado una oportunidad para diseñar para Athleta. ¡Y me ha pedido que sea su modelo!

—¿Qué? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Y cuándo?

—Bueno, tú has estado, eh, algo distraída estas últimas semanas. —Me apretó el hombro con afecto—. He quedado con Carly un par de veces para tomar café. Ya llevamos un tiempo preparándolo, pero no quería contártelo hasta que fuera oficial. Carly dice que es posible que me utilicen para la página web y los catálogos de la marca. Imagínatelo: ¡Yo, modelo!

—No tengo que imaginármelo. Ya te he visto en acción, Steph. Es perfecto para ti, ¡me alegro muchísimo!

Ella se hinchó de orgullo.

—Estoy superemocionada. Pero ya sabes lo que significa eso, ¿no?

—¿Fama y fortuna?

—¡No! —rio ella—. Significa que se acabaron el azúcar y el alcohol en casa. ¡Ahora tendré que enseñar los abdominales todos los días!

Le di un golpe en la tripa, plana y dura como una tabla.

—A mí no me parece que eso vaya a ser un problema.

—Eso dices tú. En fin, es hora de liberar un poco de estrés —continuó, haciendo un gesto para que la siguiera con los puños dispuestos en actitud de pelea—. Vamos a boxear.

Atravesamos el gimnasio comentando, muertas de risa, todas las poses que Steph podría hacer en su primera sesión de fotos como modelo de ropa deportiva. Al atravesar la sala donde estaban las cintas de correr y bicicletas, nos fijamos en que todas las televisiones estaban transmitiendo el mismo programa insulso de variedades. La risa de Steph cesó de golpe cuando se fijó en lo que mostraban las pantallas.

—Oh, oh...

Al mirar hacia arriba, vi un vídeo mal enfocado que mostraba a dos mujeres bailando en la oscuridad de una discoteca.

—Un momento, esa es *Heidi* —dije. El corazón se me rompió al ver detrás de ella a James, medio oculto en las sombras.

—La otra es Brayleigh D'Amato, la estrella de TikTok.

Mientras mirábamos las imágenes, el baile derivó en una pelea.

—Vaya —dijo Steph tras dar un respingo—. Heidi parece súper borracha.

El vídeo cambió a un primer plano de Heidi que parecía sacado de la transmisión en directo hecha por alguien. Estaba gritándole a Brayleigh y parecía desquiciada. Los subtítulos habían censurado buena parte de lo que decía, pero el significado de sus palabras no era difícil de adivinar.

—¡Heidi ha llamado puta a Brayleigh! —dijo Steph, y se tapó la boca con la mano, impactada.

Yo no presté atención a lo que ocurría entre aquellas mujeres, porque estaba ocupada observando a James, por mucho que me doliera hacerlo. Estaba al fondo de la escena, con aspecto cansado y disgustado, observando todo aquel numerito con los brazos cruzados sobre el pecho. A continuación, el vídeo mostró a James diciéndole algo al oído a Heidi y ella contestándole a gritos. Después, la imagen volvió a cambiar y vi que James salía de la discoteca y se metía en su Maybach, solo.

—Caray —dije en voz baja.

Sin darme cuenta, me estaba frotando el pecho, justo encima del corazón, como si intentara aliviar algún dolor oculto.

—¿Estás bien? —preguntó Steph, mirándome con atención.

—Da igual. —Me encogí de hombros—. No tiene nada que ver conmigo, esto es lo que él quería.

—Sí, pero no parecía nada contento, ni siquiera antes de la pelea. Casi parecía que le habían tomado como rehén, o algo así. Me da la sensación de que no es la clase de tío al que le guste ese tipo de atención.

—Es que no le gusta nada.

Una parte de mí estaba deseando sacar el teléfono, para meterme en los cotilleos de Reddit y enterarme de todo lo que había pasado. Estaba segura de que habría muchas más imágenes circulando por ahí, y también historias de gente que lo hubiera presenciado. Pero ¿de qué me serviría eso? James ya no era parte de mi vida. Él había tomado una decisión que, claramente, incluía ir a discotecas de madrugada con una novia enloquecida que iba por ahí soltando la palabra que empieza por «p». No reconocía aquella versión de James. Creía haber sabido quién era, creía conocer al James auténtico, a aquel hombre que tenía mucho más que ofrecer que la faceta de jefe capullo que mostraba al mundo.

Cómo me había equivocado.

—Vamos a ponernos los guantes —propuso Steph, mientras me rodeaba un hombro con los brazos—. Tengo la sensación de que necesitas descargar un montón de rabia acumulada.

No dije nada, porque hacía mucho que no me quedaba nada de rabia dentro. La había sustituido por tristeza.

JAMES

S ubí las escaleras del Museo de Historia Natural a toda velocidad, nervioso por un montón de razones diferentes, la primera de las cuales era: ¿por qué razón nos teníamos que reunir allí?

Me había sorprendido mucho que Christopher propusiera que nos reuniéramos en un sitio que no era su piso, donde nos veíamos siempre. Sin embargo, en las semanas transcurridas desde su «desliz», como lo llamaba Bernie, había hecho un montón de cambios. Casi parecía que pasar por aquel trauma hubiera cambiado su forma de ver el mundo. Bueno, y también debía estar ayudando al nuevo terapeuta al que veía.

Entré en el museo con la intención de encontrar un lugar en el que sentarme a esperar a mi hermano, que siempre llegaba tarde a todo, pero él ya estaba allí, y tenía un aspecto mucho más saludable y alegre de lo que había visto en mucho tiempo.

—Hola —dije, saludándolo con un abrazo rápido.

Me daba igual la posibilidad de que hubiera algún fotógrafo al acecho que pudiera representar un riesgo para mi reputación de hombre frío y calculador. Después de todo lo ocurrido, cada vez que veía a mi hermano, solo quería darle un abrazo bien fuerte.

—Hola a ti también, llegas justo a tiempo. —Me dio unas cuantas palmadas en la espalda.

—Sí, y más te vale que me digas qué hemos venido a hacer aquí. —Hice un gesto para señalar a los grupos de colegiales que nos rodeaban—. Esto es un poco raro.

—Ven conmigo —dijo enigmáticamente, indicándome que lo siguiera.

Me condujo a una sala más pequeña y tranquila, en la que se exponían diferentes piedras preciosas y minerales.

—¿Estás buscando una nueva afición, o algo así? —pregunté, señalando una vitrina en la que se exhibían varias piedras abiertas por la mitad, para mostrar los cristales que centelleaban en su interior—. ¿Qué pasa?

—Un montón de cosas. —Ignoró mi intento de tirarle de la lengua—. Pero antes, quiero hablarte de Amanda.

El corazón se me cayó a los pies. Joder. Después de todo aquello, ¿aún seguía obsesionado con ella? El día en que le visitó en el hospital, ella había salido a toda prisa de su habitación al cabo

de unos diez minutos, y cuando entré a ver cómo se encontraba, lo encontré impasible y silencioso. Todavía no había contado lo ocurrido entre ellos, y yo no había querido preguntarle.

—De acuerdo... —dije despacio—. Te escucho.

Fingí interesarme por las distintas piedras brillantes que nos rodeaban, pero me resultaba imposible centrarme en nada que no fuera Christopher. Intenté analizarle sin que se diera cuenta. ¿Se me estaban volviendo a escapar las señales de alerta? ¿Estaba disimulando un episodio maniaco?

—Le dije algunas cosas bastante crueles cuando vino a visitarme —empezó él—. Quería hacerle tanto daño como ella a mí, ¿sabes?

Me limité a asentir, pero, en el fondo, me gustaba saber que se había hecho valer y la había puesto en su sitio, por una vez.

—Iba a dejarlo estar. Solo quería cerrar ese capítulo de mi vida, olvidarla y seguir adelante de una vez. No era una ruptura limpia, pero necesitaba saber que le había dicho lo que pensaba, ¿me entiendes? Pero ella luego se puso en contacto conmigo una semana más tarde y me propuso quedar para tomar un café.

Noté que empezaba a fruncir el ceño, así que meforcé por mantener una expresión neutral.

—Vale, pero... ¿Y todo aquello de la orden de alejamiento con la que amenazó Tim?

Él agitó la mano y emitió un sonido de disgusto.

—Eso era todo mentira. Tim es un cabrón inseguro, y ella nunca dijo nada de eso.

Teniendo en cuenta que, por teléfono, había sonado como un gallito cobarde, eso no me sorprendió.

—Al principio, la idea de quedar con ella me agobió mucho —dijo Christopher, haciendo crujir sus nudillos mientras avanzábamos entre las vitrinas de la exposición—. No sabía si me gritaría o montaría un numerito. Iba preparado para cualquier cosa. Y, ¿adivinas lo que hizo?

Dejé escapar un resoplido irritado.

—Con esa mujer, cualquiera sabe.

—¿Verdad? Bien, pues lo primero que hizo cuando nos sentamos fue pedirme disculpas. Me quedé muerto, porque no tenía ni idea de que conociera el significado de la palabra «perdón».

—¿Amanda te ha pedido *perdón*? ¿Por qué?

Christopher agachó la cabeza y se metió las manos en los bolsillos.

—Por un montón de cosas, algunas de ellas bastante profundas. Pero, en resumen, el embarazo ha sido inesperado. No se trata de que no quisiera tener un hijo conmigo y lo haya querido tener con Tim. Cuando me lo dijo, sentí que me quitaba un peso enorme de encima. Había estado machacándome la cabeza con eso, ¿sabes? ¿Por qué *él*? ¿Qué tiene Tim que yo no tenga? Y resulta que no era eso, en absoluto.

—Bueno, joder, el caso es que nunca ha querido hijos, pero va a tener uno, ¿no? —pregunté—.

Pobre criatura.

—No quise entrar en nada de eso. —Christopher se encogió de hombros—. No tiene nada que ver conmigo. Y la sensación de reconocer eso, que lo que ella haga no tiene nada que ver conmigo, y aceptarlo, es increíble. Me da una sensación de... bueno, de *paz*. La ira que sentía ha desaparecido. Ya no estoy obsesionado con vengarme por el daño que me ha hecho. En serio, después de aquel café, me sentí como un hombre nuevo. Estoy listo para seguir adelante con mi vida sin ella. Ya no estoy atrapado por mi pasado.

Al oír aquello, no pude evitar sentir una punzada de envidia. Lo que daría por sentirme así. Por supuesto, no envidiaba todo lo que había pasado mi hermano para llegar a ese punto, pero me habría gustado sentirme tan ilusionado por mi propio futuro, tener ante mí un futuro prometedor que me hiciera sentir esperanza y optimismo. Sin embargo, solo me quedaban preguntas, tristeza y un montón de palabras que no había pronunciado.

—Te recomiendo que, la próxima vez que lo estés pasando mal, intentes mantener una buena conversación. Es increíble lo mucho que ayuda hablar las cosas. —Christopher me dirigió una mirada cargada de significado que ignoré con toda mi intención.

—Bien, me alegro mucho por ti. —Le di una palmada en la espalda—. Estoy muy orgulloso de lo que has conseguido.

—Yo soy tu hermano mayor —resopló él—, así que soy yo quien debería decirte eso a ti. Y hablando de eso, ¿cómo va tu baja laboral? ¿Estás resolviendo las cosas?

—No hemos venido a hablar de mí —dije, negando con la cabeza—. Y tampoco tengo novedades. ¿Y ahora vas a contarme por qué estamos aquí?

—No, voy a enseñártelo.

Él comenzó a andar más rápido y yo le seguí, todavía desconcertado, hasta la salida de la exposición de rocas, para después subir un piso por las escaleras. Enseguida llegamos a la entrada del mariposario.

—Ella quería verlo.

¿Ella?

Durante un breve instante, sentí una oleada de esperanza. ¿Se habría puesto Christopher en contacto con Natalie y había organizado un encuentro en un lugar neutral? Me estiré un poco para mirar a mi alrededor, anticipando la posibilidad de encontrarla entre la gente.

—Ahí está —indicó mi hermano.

Miré hacia donde señalaba, con una estúpida sensación de nervios, pero solo vi a una chica rubia muy guapa que se acercaba a paso rápido a nosotros.

—¿Julia?

Ella se detuvo frente a Christopher, y los dos se miraron sonriendo como adolescentes.

—¡Hola! —Julia saludó con la mano.

—Hola —respondió Christopher, con una sonrisa enorme.

Intenté que no se me notara la decepción que sentí al ver a Julia en lugar de a Natalie, ni el hecho de que me hubieran asignado el papel de carabina para su cita en el museo.

—A Julia le encantan las mariposas —explicó Christopher cuando entramos en el mariposario—. Quería verlas con ella y he pensado que, como ahora tienes todo el tiempo del mundo, también te gustaría verlas. No quiero que acabes encerrado en casa todo el día, como yo.

—¡Y que lo digas! —rio Julia—. Tenía la sensación de que te llevaba entregas cada dos días.

Él le dio un golpecito con el hombro.

—¿Nunca se te ocurrió que podía tener otros motivos para hacer tantos pedidos?

Esperé que no se fijaran en cómo había puesto los ojos en blanco.

Un empleado del museo nos condujo a través de una de las entradas, configuradas de forma que ninguna de las mariposas pudiera escapar. La sala estaba llena de plantas y flores, y la humedad debía alcanzar el cien por cien. Julia miró a su alrededor encantada, y sentí una punzada en el corazón al ver la forma en que Christopher la miraba y lo feliz que parecía con ella.

—James, ¿cómo está Natalie? —preguntó Julia—. ¿Se va a reunir con nosotros?

—Sí, ¿cómo está Natalie? —Christopher me observaba con su expresión de hermano mayor—. Supongo que estará bastante abrumada desde que se ha publicado el artículo.

No tenía ni idea de qué estaba hablando.

—¿Qué artículo?

Christopher se me quedó mirando durante un segundo.

—¿Quieres decir que no has visto el artículo del *New York Times*?

—Yo... no he estado siguiendo las noticias estos últimos días.

Lo cierto era que había evitado cualquier tipo de noticia desde todo aquel desastre con Heidi. No quería saber qué decía la gente sobre mí, ni sobre ella. Había pedido al equipo de prensa de la empresa que me tuvieran al tanto de cualquier noticia relacionada con la marca, pero, aparte de eso, me estaba viniendo muy bien desconectar de todo. De hecho, hasta me había puesto al día con mi lista de Netflix.

—Es un artículo que revela la conducta de MG y habla de todas las mujeres a las que ha acosado sexualmente —explicó Julia—. Al parecer, Natalie y otras chicas de su curso fueron las primeras en hablar de lo que les había ocurrido con él y, cuando la periodista empezó a investigar, encontró a muchas otras. Con el movimiento *#MeToo*, se supo que muchas modelos habían sido acosadas o atacadas, pero nadie había analizado la conducta de los diseñadores en otros campos. Resulta que ese hombre había acosado a un montón de mujeres: estudiantes, asistentes, becarias, otras diseñadoras de las que había sido «mentor». Por lo visto, alternaba entre prometerles grandes oportunidades y amenazarlas con que no volverían a trabajar en el mundo de la moda si no accedían a sus deseos. Eso ha sacado a la luz todo el abuso que se produce en ese ambiente. Como resultado, Marshall's ha dejado de trabajar con él, y las demás marcas con las que se ha

asociado están cortando las conexiones tan rápido como pueden. Aún no se sabe si alguien se va a querellar contra él, pero desde luego, ya está sintiendo las consecuencias. Sus días de poder e influencia, y de usarlos para hacer daño a las mujeres, han terminado.

—¿Y Natalie es quien ha puesto todo eso en marcha? Es increíble —dije con sinceridad. *Ella* era increíble.

—La entrevista con ella es una parte esencial del artículo —contestó Christopher—. Ella cuenta lo mucho que le asustaba revelarlo, pero cuanto más hablaba con sus compañeras de clase, más comprendía lo mucho que ese hombre estaba haciendo sufrir a las demás, y por fin decidió hacer algo. ¿En serio que no te has enterado de todo esto? Sé que ya no estáis juntos, pero ¿es que has dejado de hablar con ella del todo?

—Un momento, ¿ya no estáis juntos? —intervino Julia—. ¿Desde cuándo?

—No estoy muy seguro de que llegáramos a estar juntos —me limité a decir, y me aparté un poco de ellos para fingir admirar una mariposa monarca posada sobre una hoja.

—El tonto de mi hermano ha cometido algunos errores —dijo Christopher detrás de mí—. De hecho, han sido bastantes errores; entre ellos, perder lo mejor que le ha pasado en la vida.

Julia levantó un dedo en el aire y una mariposa blanca de grandes alas se posó sobre él, como si fuera una maldita princesa de Disney.

—¿Pero habéis terminado del todo, o cabe la posibilidad de que arregléis las cosas? —Julia alternaba entre mirarnos a mí y a la mariposa que tenía en el dedo.

¿Por qué lo había dicho como si pensara que la culpa era mía?

—Natalie ya no quiere saber nada de mí, créeme —contesté, conteniéndome para no dar un manotazo a la mariposa que había aterrizado sobre mi frente.

—¿Y eso, por qué? Aquel día en la fiesta de Christopher estabais tonteando mucho, resultaba encantador.

—Es posible que haya tomado alguna mala decisión que otra —dije entre dientes, resentido por sus preguntas inocentes porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Al oír mis palabras, Christopher se detuvo en seco y se echó a reír.

—¿*Malas decisiones*? Tío, lo que has hecho ha sido cagarla a base de bien.

Seguí andando un poco más antes de darme cuenta de que les había dejado atrás. En aquella sala llena de mariposas, que parecía un oasis en la gran ciudad, pensé que debía seguir los consejos del libro sobre conciencia plena que estaba leyendo como parte del esfuerzo para resolver los problemas de mi complicada vida. Estar presente, no evitar las cosas que me hicieran sentir incómodo, sintonizar con mis pensamientos. Eso último era gracioso: me había pasado la vida entera tratando de *evitar* escuchar mis pensamientos. Lo mío era la acción, no la introspección. Y, lo que era peor, cada vez que intentaba pensar, solo encontraba un agujero con forma de Natalie.

Christopher y Julia estaban a lo suyo. Reían y actuaban como un par de tontos, fingiendo ponerse

unas hojas enormes como sombreros cuando nadie miraba. No recordaba haber visto a mi hermano comportarse antes de ese modo, y me llamó la atención que, a pesar de todo lo que le había ocurrido, había conseguido superar la adversidad y encontrar la felicidad de nuevo. Aquella sala tan grande y cálida empezó a darme sensación de claustrofobia, y traté de distraerme leyendo los carteles con información sobre las distintas mariposas, pero las palabras se entremezclaban ante mis ojos.

—Eh —dijo Christopher, acercándose al cabo de un rato—. Vamos a tomar café.

Acepté en lugar de escabullirme, que era lo que más me apetecía. Tal vez, si pasaba más tiempo con aquella pareja feliz, mi humor acabaría por mejorar un poco. Sin embargo, en cuanto me senté con ellos en una mesa de la cafetería del museo, comprendí que había cometido un error.

—Hemos decidido que necesitas un buen consejo —comenzó Christopher mirando a Julia, que asintió con la cabeza.

—Eh, esperad un momento —gruñí—. No os he pedido consejo, yo...

—Como hermano mayor —interrumpió Christopher con una mano levantada—, te ordeno que me escuches.

Julia se echó a reír una vez más.

—Al menos, escúchame, ¿vale? Solo quiero decir que vi un lado tuyo completamente distinto cuando estabas con Natalie. Sí, seguías siendo el torpe de mi hermano pequeño —continuó con una sonrisa traviesa, porque los dos sabíamos lo lejos que estaba eso de la verdad—, pero parecías mucho más relajado de lo que te había visto jamás. Dejaste de ser el habitual James enfadado y obseso del control.

—Yo prefiero llamarlo organizado. —Su descripción no me había gustado nada.

—Lo que tú digas. —Hizo un gesto de indiferencia con la mano—. Lo que estoy tratando de hacerte entender es que Natalie te hacía ser mejor persona. Venga ya, si hasta *bailaste* con ella. Jamás pensé que vería semejante cosa.

—Una relación no puede fundamentarse en eso. Solo nos estábamos divirtiendo.

—Pero había mucho más, tú lo sabes —se burló él—. Los dos trabajabais muy bien juntos. Ella me dijo que habíais llegado al punto en el que casi os podíais leer el pensamiento cuando colaborabais en algún proyecto.

—Sí, trabajábamos bien juntos —concedí a desgana.

—Tío, con ella eras *feliz* —insistió mi hermano, dándome una ligera patada por debajo de la mesa—. Admítelo.

Me aclaré la garganta y bebí un largo trago de café para ganar algo de tiempo.

—Seguramente yo soy la última persona que puede opinar, pero no puedo evitarlo. —Julia se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre la mesa para mirarme, hablando en tono suave—. Soy una persona observadora, me gusta fijarme en la gente. James, pude ver cómo te miraba Natalie aquella noche en casa de Christopher. Estaba radiante.

—Sí, me sorprende que tú no te dieras cuenta, porque apenas le quitaste ojo de encima en toda la noche —rio Christopher.

Cada vez me sentía más incómodo. No me gustaba recordar aquella noche, y menos aún lo que ocurrió después en mi coche cuando la llevé a casa. Aquella conversación tan íntima y, después, el beso que lo cambió todo.

—Cuéntanos lo de aquel desastre con Heidi —pidió Christopher—. Con todos mis problemas, aún no hemos tenido la oportunidad de hablar de eso. ¿Ibas en serio con ella, o era solo por la publicidad? ¿Todo aquello fue idea tuya?

—No era real. —Negué con la cabeza, sintiéndome cada vez más agotado—. Y tampoco fue idea mía. Heidi nos pilló a todos por sorpresa cuando se presentó allí, así que la única forma de controlar la narrativa era fingir que estaba todo planeado. Si montaba una escena, toda la atención se centraría en el escándalo, en lugar de en el desfile. Así que... tuve que fingir, y como a la prensa y al público pareció gustarles la historia, decidí que lo mejor para la empresa era seguir fingiendo.

—Y está claro que eso supuso un problema para Natalie —dijo Julia, asintiendo—. Uf, vaya lío.

—Como he dicho antes, la has cagado a base de bien. Ahora vas a tener que encontrar la forma de resolver este embrollo.

Todo aquello empezaba a parecer una intervención, y ahora comprendía por qué Christopher había reaccionado tan mal cuando intentamos hacer algo similar con él tres años antes. Duele mucho que alguien a quien quieres te diga a quemarropa que estás arruinando tu vida, te haga ver con claridad todo lo que has hecho mal y te obligue a admitir tus errores.

—Francamente, no creo que esa sea una buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó Christopher.

Miré a mi hermano y a Julia, muy incómodo. Apenas podía admitir yo mismo lo que sentía, así que ¿cómo iba a decírselo a ellos? Pero estaba atrapado y no iba a poder evitar a mi hermano, por muy incómoda que resultara la conversación.

—Las relaciones... —Hice una pausa y empecé de nuevo—. Siempre hay alguien que sale herido. Solo tienes que pensar en lo que te hizo pasar Amanda.

—Sí, pero ella no tuvo la culpa de todo —asintió él—. Yo tampoco fui el marido perfecto. Y escucha esto, los seres humanos son muy resistentes. Mírame a mí ahora. —Al decir eso, lanzó una mirada tímida a Julia y ella se sonrojó.

—Sí, pero estar con Natalie me hizo perder de vista lo importante, y me descentró del trabajo.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Christopher con intención—. Porque lo que yo vi fueron las cifras de ventas más altas que hemos tenido en más de una década, además de una nueva dirección creativa.

A desgana, tuve que admitir que tenía razón. Natalie sacaba lo mejor de mí en el trabajo.

—Y luego estaban las cosas de la familia. Yo... bueno, no vi las señales de alarma de lo que te

estaba pasando.

—En absoluto —dijo él con rapidez—. No pienso dejarte asumir la culpa por lo que me ha pasado a mí. Tú siempre has estado ahí para ayudarme, así que deja de decir tonterías como esa. Además, tampoco sé qué clase de señales crees que habrías visto. Tampoco es que esto se hubiera estado preparando durante un tiempo. Me enteré de lo del embarazo y me vine abajo. — Me miró con preocupación—. ¿Quieres saber lo que pienso? Creo que tienes miedo. Te da miedo abrirte, perder el control. A mí me parece que te aterra el amor, James.

Me estaba poniendo furioso. ¿Cómo se atrevía? ¡Yo no tenía miedo de nada!

—No pasa nada por tener miedo —añadió Julia en voz baja—. Pero no dejes que te impida encontrar la felicidad.

Estaba sujetando mi taza de café con tanta fuerza que era probable que acabara rompiéndola. *Maldita sea.*

Me había costado mucho esfuerzo enterrar mis sentimientos por Natalie, pero solo hizo falta una conversación para volver a sacarlos a flote. Claro, que nadie me conocía tan bien como mi hermano, así que no debía sorprenderme que hubiera encontrado todos mis puntos débiles.

—Ya sé que debes pensar que te hemos tendido una trampa, pero yo sé qué es lo mejor para ti — continuó Christopher.

—Déjalo —dije, con una sonrisa torcida.

—Ni hablar. —Me dio un ligero puñetazo en el brazo—. No hasta que decidas cómo recuperarla.

Suspiré profundamente sin quitar los ojos de la mesa, porque no era capaz de mirar a los suyos.

—Aunque quisiera hacerlo, no creo que sea posible. Le he hecho mucho daño y ya no quiere saber nada de mí.

—¿Quieres el punto de vista de una mujer? —ofreció Julia con precaución—. Al menos debes intentarlo. Encuentra la forma de disculparte con sinceridad e inténtalo una última vez. Creo que debes hacer un intento, os lo debes a los dos. De lo contrario, es muy posible que dentro de unos años te des cuenta de que has dejado pasar lo mejor que te ha ocurrido nunca.

¿Dentro de unos años? Al pensarlo, mi cerebro me ofreció una versión diferente del futuro, en la que podía despertarme junto a Natalie cada día, besarla siempre que quisiera, amarla para siempre. El corazón se me encogió, atenazado por una dolorosa sensación de pérdida.

—Tío. —Noté el peso de la mirada preocupada de Christopher—. Estás hecho un asco. Vamos a dar un paseo, te vendrá bien un poco de sol.

Salimos del museo con los ojos entrecerrados por la brillante luz del exterior. Christopher y Julia se adelantaron unos cuantos pasos, lo que me permitió intentar procesar mis pensamientos. Observé cómo ajustaban el ritmo de sus pasos para caminar con un brazo alrededor de la cintura del otro, en una sincronía perfecta. Al verlos, comprendí que debía dejar de mentirme a mí mismo. Yo también quería algo así.

Lo había tenido en mis manos y lo había echado a perder.

¿Y si Julia tuviera razón? Tal vez podría convencer a Natalie de lo muchísimo que lamentaba lo que le había hecho. Quizá podría hacerle ver que debíamos estar juntos.

El peso que sentía sobre mis hombros había parecido aligerarse un poco al pensar en las posibles opciones. Estaba tan absorto en mis pensamientos que casi choqué con un par de personas. Mi determinación aumentaba cada vez que miraba a Christopher y Julia. Mi hermano había superado sus errores y todo lo que había hecho mal, y había encontrado la felicidad. Yo podía hacer lo mismo.

—Eh, chicos —llamé para que me prestaran atención.

Los dos se volvieron a mirarme.

—Tengo que irme.

Christopher me miró con atención unos instantes.

—Ah, ¿sí? ¿Es por alguna razón en especial?

—Hay una persona muy importante con la que tengo que hablar —dije, mostrando mi teléfono.

Mi hermano esbozó una gran sonrisa y Julia emitió un gritito de ánimo.

—¡Ese es mi hermano! —dijo Christopher, alzando el puño—. Corre, ve a recuperar a tu chica.

NATALIE

Miré el teléfono. Tres mensajes de James en otros tantos días, y yo seguía sin encontrar las palabras para responderle.

Decía que quería hablar conmigo, pero yo no estaba lista; ni siquiera estaba segura de que fuera a estarlo en algún momento. En realidad, hablar no iba a servir de nada. Él ya había tomado su decisión, y no me incluía a mí. ¿Qué más quedaba por decir?

Podía atribuir a mi carga de trabajo el hecho de no haberle contestado aún, porque el proyecto Pantone nos mantenía a todos tremendamente ocupados, pero lo cierto era que sus mensajes no parecían sinceros. Me daba la sensación de que solo estaba tratando de asegurarse de que yo no fuera a prender fuego al edificio Branson, o hacer público algún cotilleo horrible sobre lo que ocurría entre bastidores. Había habido un montón de historias en la prensa rosa sobre sus últimos problemas con Heidi, y yo lo había estado observando todo con la seguridad de que a James le estaría matando verse asociado con todos esos dramas.

Su relación con ella había terminado ya, pero tampoco es que a mí me importara lo más mínimo.

—¡Escuchad todos! Resumen del día sobre lo que dicen las redes del proyecto Pantone —gritó Calliope, entrando en la sala de diseño con el teléfono en alto—. Acercaos todos.

Nos reunimos a su alrededor, nerviosos y esperanzados. Era la primera vez que lanzábamos una colección dirigida por nosotros mismos, y no solo nos jugábamos las cifras de ventas, sino también nuestro orgullo profesional. Yo, además, esperaba que eso enseñara a James lo que podíamos hacer sin él. Lo que yo era capaz de hacer.

Desde que se había ido, era yo quien había estado dirigiendo el departamento de diseño, además de seguir con el trabajo de asistente y delegar en otros las responsabilidades de la presidencia. Como consecuencia, estaba enfadada, malhumorada y, por primera vez, me preguntaba si Branson era realmente el lugar adecuado para mí. Me habían contratado por mi visión creativa y mi implicación en el proceso de diseño, y ahora me encontraba supervisando a la gente que hacía el trabajo que más me gustaba. Además, no podía dejar ver lo descontenta que estaba, pues debía evitar que mi estado de ánimo afectara a los demás, así que no me quedaba otra que fingir.

—Esto sigue siendo muy raro para mí —señaló Rhea, que se había situado a mi lado—. Lo de recibir resultados en tiempo real. En mis tiempos solo publicábamos en las revistas impresas y teníamos que aguantar meses conteniendo la respiración hasta saber cómo se recibían las colecciones. Ahora solo hay que apretar un botón y, ¡bum! Toda la información en un instante.

—Creo que me habrían gustado los viejos tiempos —contesté—. Hoy en día todo va tan rápido que casi no me da tiempo de estar al día de nada.

Ella se volvió para mirarme con el ceño fruncido.

—Pareces agotada. ¿Estás bien?

Había hecho la pregunta de una forma que sugería que no solo se refería al trabajo.

—Estoy bien. Es solo que me preocupa la respuesta al lanzamiento, ¿sabes?

Rhea me miró un momento más, con aire escéptico, pero no dijo nada, para variar. Lavonte se unió a nosotras.

—Ya tengo la info, señoritas —susurró.

Nos volvimos a mirarle, pero él no continuó.

—¿Y bien? ¿Son buenas noticias? —le insté.

Él negó con la cabeza, muy serio.

—Yo no lo llamaría así.

—¡No! —exclamó Rhea—. ¿Cómo es posible? ¡Es de lo mejor que hemos hecho!

La expresión sombría de Lavonte se tornó lentamente en una enorme sonrisa.

—No son buenas, ¡son increíbles! La gente se está volviendo loca.

—Eh, prestadme atención todos. —Calliope dio varias palmadas muy sonoras—. Ya tengo las cifras de nuestras publicaciones, más las de unos cuantos *influencers*, y he estado siguiendo las ventas del lanzamiento. Tengo que deciros que ¡estamos batiendo todos nuestros récords!

Rompimos todos a aplaudir, enloquecidos. Me sentí llena de orgullo por mi contribución a aquel éxito, y por la forma en que habíamos trabajado en equipo.

—La idea de Natalie de enviar baúles antiguos con muestras a los *influencers* con los que trabajamos y a los famosos que llevan nuestra ropa ha servido para que nos destaquen en todas las páginas «Para Ti». La cantidad de vídeos de gente abriendo los baúles es alucinante. Mona Miller ha publicado varios vídeos probándose algunas prendas, y para todas ellas hemos recibido más pedidos que existencias.

Aquello me hizo sonrojar. La idea no era mía, se la había copiado a Beyoncé, pero eso no pareció importarle a nadie. Lo único que importaba era que la estrategia había funcionado.

—El chaleco del año 2000 de Greta ha sido un éxito inesperado —continuó Calliope—. ¿Y sabéis cuál es el número uno en ventas? ¿Alguna idea?

Todo el mundo empezó a hablar a la vez, pero la voz de Calliope se alzó por encima del estruendo.

—Es el chándal de terciopelo del año 2012 que Lavonte ha reimaginado en color Tangerine Tango. ¡Está por todas partes!

—¡Lo sabía! —dijo él, saltando enloquecido y tirando del citado chándal, que llevaba puesto.

—¡Es maravilloso! —grité, apretándole el brazo.

—Eh, los dos sabemos que este chándal fue idea tuya —contestó él, inclinándose hacia mí—, solo que no tuviste tiempo de ponerla en práctica tú misma. Muchas gracias por confiármela.

Fue muy amable por su parte reconocer que era yo quien había hecho el primer boceto rápido de aquel diseño tan icónico. Me hubiera encantado llevar a término el proyecto, pero tenía demasiadas responsabilidades de las que ocuparme, así que se lo había cedido a Lavonte.

—Vamos a dedicar un gran aplauso a Natalie, nuestra directora —dijo Calliope, señalándome con un gesto—. Está haciendo como siete trabajos a la vez, y se está saliendo en todo.

Saludé con las dos manos y la cabeza agachada, avergonzada por tanta atención.

—Para celebrarlo, he hecho una reserva para que cenemos todos en *Bread and Butter*, y podemos ir ya —terminó Calliope—. Branson invita a la cena y a las bebidas, así que recoged vuestras cosas, y nos vemos allí.

La sala resonó con las exclamaciones de alegría del grupo, y todo el mundo corrió a apagar sus ordenadores. En cambio, yo volví a mi mesa y me dejé caer en la silla con pesadez.

—Venga, vámonos —dijo Rhea.

—No puedo, todavía no. Aún tengo que preparar la documentación para la sustituta de Lorraine y me quedan unos cuantos candidatos más que revisar para el puesto de Clint.

—¿Sigues sin encontrar a nadie todavía? —preguntó—. ¿Y por qué no te quedas el puesto tú misma? Hasta ahora lo has estado haciendo de maravilla.

—Oh, ni hablar. —Negué enfáticamente con la cabeza—. Este no es el trabajo al que me apunté.

—Echas de menos diseñar, ¿no?

—Muchísimo —suspiré—, pero estoy haciendo lo que necesita la empresa, así que... —Dejé la frase en el aire, encogiéndome de hombros.

—Bueno, seguro que pronto podrás volver a diseñar, no te preocupes.

Le dirigí una débil sonrisa, pero no contesté. Aún no sabía lo que me depararía el futuro, pero estaba segura de que no sería dirigir a las personas encargadas de hacer el trabajo de mis sueños.

La sala se vació en un par de minutos y, al quedarme sola, sentí que podía respirar tranquila, por fin. Saqué mi teléfono y abrí la aplicación de música. Lo que fuera menos Beyoncé. Seleccioné una emisora de música ambiente tranquila, a un volumen lo bastante bajo como para poder concentrarme, apoyé la cabeza en una mano y, con los ojos cerrados, me dejé llevar por la relajante melodía.

Cuando mi brazo resbaló en la superficie de la mesa, me desperté de golpe. Se había hecho de noche, ¿cuánto tiempo había dormido? Mierda, tenía un montón de trabajo y ahora, además, estaba muerta de hambre.

La música se detuvo, pero, cuando cogí el teléfono para ver si se había agotado la batería, vi que

estaba enchufado. ¿Sería un problema con la wifi? Me levanté, pero en ese momento, escuché un zumbido a través de los altavoces de la sala.

—*La respuesta del canalla, por Erin Woodley* —resonó una voz a mi alrededor.

No lo entendía. ¿Por qué sonaba un audiolibro de mi colección por los altavoces? Ya ni siquiera tenía tiempo de escucharlos, así que hacía un siglo que no abría la aplicación de audiolibros. Tampoco había comprado un libro nuevo de esa autora, y desde luego, no había oído hablar del que sonaba. Miré mi teléfono y vi que seguía detenido en la aplicación de música.

—Prólogo —empezó la conocida voz del narrador de aquellas novelas—. Un auténtico canalla jamás se disculpa por sus pecados. Como heredero de una gran fortuna naviera, esa era una lección que yo no debía haber tenido que aprender nunca. Mis antepasados se habían dedicado al robo y la piratería, pero, con los años, nos habíamos asentado en un modo de vida algo menos violento. Aun así, conservaba en mi mente las lecciones aprendidas de mis ancestros piratas, la primera de las cuales era: *nunca te equivocas en tus razonamientos*.

Solté un resoplido. Los multimillonarios eran todos iguales, hasta los de hacía siglos. Decidí seguir prestando atención a la historia, a ver qué pasaba.

—Fue una mujer la que, por fin, me enseñó hasta qué punto estaba equivocado. Una mujer distinta de cualquier otra a la que hubiera conocido antes. Una mujer de increíble gracia y belleza, pero, lo que me resultaba más difícil de tolerar: una mujer que no se acobardaba ante mí.

Sonreí mientras adjuntaba unos documentos al correo electrónico que estaba escribiendo. Ya me sentía como aquella osada heroína.

—Al pronunciarlo, el sabor de su nombre resulta amargo en mi lengua, no solo por cuánto le he fallado, sino porque me provoca el deseo de desobedecer a mis ancestros. Ahora debo encontrar las palabras adecuadas para disculparme con la mujer más seductora que he conocido nunca. Debo recuperar a la incomparable señorita Natalie Reynolds.

Me quedé helada. ¿*Cómo*?

¿Estaría aún dormida? Esto no era real, ¿no? El narrador era el de las demás novelas de Erin Woodley, y el estilo de la historia era el de la misma autora, sin duda. ¿Se trataría solo de una increíble coincidencia? Sin embargo, Natalie no era un nombre propio de la época para una historia sobre un canalla del siglo XIX.

—Lo cierto era —continuó el narrador—, que ella me había embrujado, pero yo le he causado un dolor insoportable, y ella me ha abandonado. Mi adorada Natalie ha ignorado todos los intentos de ponerme en contacto con ella. Ahora solo me queda recurrir a toda mi inteligencia para demostrarle que he comprendido hasta qué punto estaba equivocado, pues haría cualquier cosa por que fuera mía una vez más.

Los ojos se me llenaron de lágrimas sin saber por qué. Las novelas románticas solían hacerme sentir esperanza, pues siempre había creído en la existencia del amor verdadero. Sin embargo, ahora sabía la verdad.

—Natalie...

Una voz a mis espaldas me hizo dar un salto de sorpresa. Al girar en mi silla, encontré a James

delante de mí. A esas alturas ya debería estar acostumbrada a que se acercara sin que me diera cuenta, pero, una vez más, había conseguido darme un susto de muerte. Además, estaba demasiado confundida como para enfadarme.

—¿Qué estás haciendo aquí? —sollocé, aunque esperaba que no pudiera ver mis lágrimas desde donde estaba—. Se supone que no vas a volver hasta dentro de unos meses. ¿No estás satisfecho con mi trabajo, o algo así? ¿Has venido por eso? Porque tienes que saber que, desde que estoy a cargo de diseño...

—No, Natalie. —Su voz sonaba triste, y parecía preocupado—. ¿No estabas escuchando?

Señaló a los altavoces, y yo golpeé mi mesa, enfadada.

—¿Otra vez con lo del sonido? ¿De qué cojones vas, James?

Él se acercó a mí y yo hice todo lo posible por ignorar la reacción instintiva de mi cuerpo a su proximidad. Al principio, me pareció que estaba más guapo que nunca, como si el hecho de no verle durante tanto tiempo hubiera aumentado la atracción física que sentía hacia él. Sus músculos parecían más definidos, como si hubiera pasado mucho tiempo en el gimnasio, pero a medida que se acercaba, me di cuenta de que estaba más pálido y tenía unas sombras oscuras debajo de los ojos.

—Mira esto, Natalie —dijo, y me mostró la pantalla de su teléfono cuando estuvo junto a mi mesa.

Miré su teléfono solo porque me negaba a mirarle a la cara.

—Fíjate en la portada de este libro.

Al coger el teléfono que me entregaba, vi la típica portada de una novela romántica ambientada en la época de la Regencia. La mujer vestía un vestido violeta con mucho vuelo y tenía la cabeza echada hacia atrás en un ángulo casi imposible, mientras el canalla se inclinaba hacia ella para besarle un lado del cuello. En la parte superior de la portada, estaba el nombre de Erin Woodley, escrito con el tipo de letra que utilizaba para sus novelas.

—Vale, ¿y qué?

James dejó escapar un suspiro de evidente frustración.

—¿Quieres fijarte en la modelo, por favor?

Me acerqué al teléfono un poco más y no pude contener un respingo.

—¡Esa soy yo! —Con la boca abierta, miré las figuras con atención—. ¡Y tú!

Él se limitó a asentir.

—Un momento... quiere eso decir que mi nombre... ¿no era una coincidencia? James, ¿qué diablos has hecho?

—He pedido que me devolvieran un favor —explicó él con una ligera sonrisa—. El director ejecutivo de la empresa propietaria de la editorial de sus libros es un buen amigo mío del Club Glenhaven, y me debía un favor. Me ha presentado a la señora Woodley, y le he pedido ayuda a

cambio de realizar una donación en su nombre a la organización benéfica que quisiera. Además, tú eres la razón por la que conozco su trabajo. Es muy buena, he estado leyendo sus libros durante este tiempo.

No era capaz de pronunciar palabra. Seguramente, parecería una idiota, ahí de pie con la boca abierta.

—Ella ha escrito el primer capítulo de *La respuesta del canalla* —continuó James, y antes de terminar, hizo una pausa para mirarme—. Dice que el final feliz depende de nosotros.

¿Cómo era posible que el poderoso James Branson pareciera un adolescente en ese momento?

—No sé qué decir —conseguí articular por fin.

James tendió una mano hacia mí, pero se detuvo.

—Di que podemos hablar. Que estás dispuesta a escucharme. Tengo muchas cosas que decirte, Natalie.

El tono emocionado de sus palabras me llegó al alma. Quería creer lo que había dicho a través del audiolibro. Había sido un gesto muy bonito, pero no era nada más que eso: un gesto. Había utilizado su dinero y sus contactos de forma muy eficaz para orquestar una situación que llamase mi atención, pero, mientras yo me había visto reducida a un manojo de emociones, él seguía fresco como una lechuga. Tal vez eso les habría gustado a otras mujeres con las que había salido, pero yo quería algo real, no un regalo elaboradísimo que costara un riñón. Y, hablando de otras mujeres con las que hubiera salido, ese hombre acababa de romper con Heidi. ¿En serio pensaba que le recibiría con los brazos abiertos, cuando sus sábanas probablemente aún olían al perfume de ella?

Si escuchaba a James, seguro que caía en la trampa. Era un hombre inteligente y me conocía muy bien, sabía cómo provocar en mí la reacción que esperaba. Tampoco ayudaba nada el hecho de que me estuviera muriendo por tocarle, hasta el punto de necesitar mantenerme alejada de él para evitar que mi cerebro sufriera un cortocircuito si mi mano tocaba una de las suyas.

—¿Podemos salir de aquí y hablar con calma? —pidió James—. Por favor.

Su voz sonó casi como una súplica, pero me dio igual: había activado al máximo todas mis defensas.

—No. Lo siento mucho, nada de lo que puedas decir va a cambiar las cosas, James.

Esta vez fue él quien se quedó con la boca abierta un momento.

—¿Cómo? Natalie, ¿*en serio*?

—Me da igual lo que digas, ya he tomado mi decisión —insistí, cruzando los brazos con la esperanza de que no me fallaran las fuerzas.

—Me estás diciendo que ni siquiera me vas a escuchar, ¿es eso? —Su expresión se había vuelto tormentosa.

—No se me ocurre cómo tus palabras pueden cambiar lo que has hecho.

A nuestro alrededor, el aire parecía vibrar con una corriente eléctrica, y casi creí sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Estaba deseando alejarme de él, pero me mantuve en mi posición. Su cara, tan hermosa, parecía atormentada, con el ceño fruncido y la boca curvada hacia abajo.

—¿Quieres saber la verdad? —preguntó.

—Dímela, si quieres. —Me encogí de hombros. *Total, siempre haces lo que te da la gana.*

Él pareció relajarse un poco y me miró con atención. Me negué a permitir que mi cara reflejara todo lo que ocurría dentro de mí, aquel pequeño destello de esperanza que había hecho nacer en mi interior.

—Me he enamorado de ti, Natalie —susurró—. Eso es lo que necesito que sepas.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al escuchar su confesión. Era lo que tanto había deseado oír... y ahora no cambiaba nada entre nosotros.

Carraspeé y tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Sabes una cosa? Da igual que creas que estás enamorado. Siempre querrás más a Branson Designs, y los dos lo sabemos. Lo siento, pero en cuestión de amor, yo siempre daré prioridad a la persona a la que quiero, y no aceptaré a nadie que no esté dispuesto a hacer lo mismo por mí.

Lo miré con los dientes apretados y vi cómo se entristecía. En ese momento, solo deseaba echarme a llorar, pero no tenía la menor intención de mostrarle mi debilidad. Ya no me fiaba de él. Por su parte, James parecía haberse venido abajo al procesar lo que le acababa de decir.

—Pero yo.... —Se interrumpió e hizo un gesto entre nosotros—. Quieres decir que tú no...

Enderecé la espalda y recurrí a mis últimas reservas de fortaleza.

—Lo siento, James. Tú ya has tomado tu decisión y no has dejado sitio para mí en tu vida. Al menos, no el sitio que me merezco. Créeme, lo mejor es que nos despidamos de una vez.

Me volví a mi mesa para recoger mis cosas, dándole la espalda. Estaba a punto de derrumbarme y romper a llorar desconsolada, y no quería dejarle ver todo lo que estaba sufriendo.

—Adiós, James —dije por encima del hombro.

Él se limitó a quedarse allí de pie, detrás de mí, como si no comprendiera lo que estaba ocurriendo. Al cabo de un momento, escuché sus pasos en dirección a la salida. En cuanto oí cerrarse la puerta, di rienda suelta a mis lágrimas.

JAMES

La había jodido bien. *Nada* había salido como había planeado. Por primera vez en mi vida, se había producido el peor de los casos posibles.

Miraba por la ventana de mi piso, sin ver, tratando de encontrar el sentido a lo ocurrido con Natalie y luchando contra una desconocida sensación de fracaso. Lo que era peor, notaba un intenso dolor en el pecho cada vez que recordaba su preciosa cara.

Sí, me había roto el corazón.

Había creído que aquel acuerdo con Erin Woodley representaría un gesto exagerado que demostraría a Natalie hasta qué punto deseaba arreglar las cosas entre nosotros. Joder, había necesitado hacer una docena de llamadas y pagar el triple de lo que tenía previsto para convencer a aquella esquiva escritora de que me hiciera el honor de escribir tres mil palabras. No me importaba el tiempo ni el esfuerzo necesarios para conseguirlo, pues estaba convencido de haber ideado la forma perfecta de demostrar a Natalie hasta qué punto estaba consumido por ella. En ningún momento se me había ocurrido la posibilidad de que me rechazara.

Aquella noche, tras dejarla en la oficina, me sentí muy angustiado. ¿En qué me había equivocado? ¿Por qué no se daba cuenta de hasta qué punto lo sentía y cuánto la echaba de menos? ¿Acaso las palabras «me he enamorado de ti» no significaban nada para ella?

La sangre se me heló en las venas cuando se me ocurrió la peor explicación posible para su rechazo. ¿Sería posible que Natalie no sintiera lo mismo por mí?

Me dejé caer en una silla, tratando de asumir la idea de que podía haberla perdido para siempre.

No. Imposible. En el fondo de mi alma, creía que aquella mujer aún sentía algo por mí. Había visto la forma en que me miraba, cómo me tocaba. Natalie me quería, pero mi comportamiento le había hecho recurrir a todas sus defensas, e iba a hacer falta mucho esfuerzo para derribarlas. ¿Qué podía hacer? Natalie no era de esas mujeres que solo esperan demostraciones grandes y ostentosas. Yo sabía que lo que deseaba más que nada en el mundo era sentirse querida. Adorada.

Comprendida.

Salté de la silla y empecé a dar vueltas por el piso. Creía conocer a Natalie mejor que a ninguna otra mujer con la que hubiera estado, y por eso, había asumido que el gesto perfecto para

recuperarla era contratar a su autora favorita. Sin embargo, a ella le había parecido un gesto vacío, otro ejemplo de cómo yo utilizaba mi dinero para conseguir lo que quería. Eso no había servido para aplacar su temor de que yo daba prioridad a Branson Designs por encima de ella.

Pero ¿de verdad era *necesario* dar prioridad a la empresa?

La idea empezó a arraigar antes de que pudiera desecharla. Mi reacción inmediata había sido descartar ese concepto, a pesar de saber, incluso a un nivel celular, que eso era lo que debía hacer.

Pensé en la conversación que tuvimos después del cumpleaños de Christopher, cuando me había abierto su corazón mientras la llevaba a casa. En el fondo, a pesar de lo dura que aparentaba ser, seguía siendo una niña pequeña y perdida. Le preocupaba ser prescindible, que la gente que la quisiera pudiera acabar por abandonarla. Al comprenderlo, sentí una enorme desazón. Eso era justo lo que yo había hecho también. Daba igual que mi relación con Heidi fuera totalmente artificial; a ojos de Natalie, yo había encontrado a otra persona y la había dejado tirada.

¿Cómo había podido ser tan ciego? ¿Tan *estúpido*?

Empecé a discurrir el modo de demostrarle que la quería de verdad. ¿Y si contrataba a Beyoncé para que le escribiera una canción? Qué tontería, no. Natalie no quería gestos ostentosos. Si mi intuición era correcta, lo que ella quería era a mí. Mi compromiso. Mi corazón.

Tenía que demostrarle que la veía, la comprendía, y que ella siempre sería lo primero para mí.

Entré en el despacho que tenía en casa y busqué algo de papel en los cajones. ¿Cuándo era la última vez que había escrito algo con papel y boli? Cuando encontré una pila de cremoso papel con membrete que Bernie me había regalado años antes, me dejé caer en la butaca de cuero.

Esperé un momento con el bolígrafo sobre la primera hoja hasta que, por fin, las palabras empezaron a fluir.



Natalie

—Ese ha sido el peor taco que he comido en mi vida —dije, arrugando el envoltorio de aluminio y tirándolo sobre la mesa que tenía delante—. ¿Quedan más?

Steph rio mientras buscaba en la bolsa de papel marrón.

—Pura desesperación, ¿no?

—Ya lo creo. Siempre se me olvida comer al mediodía en la oficina porque tengo muchísimo trabajo, y para cuando llego a casa, me comería hasta una piedra.

—No te preocupes, Mamacita Tacos está preparada. Tortillas blandas y carroña. ¡Ñam!

Eran pasadas las nueve y me sentía agotada, como cada noche. Tenía la sensación de que solo conseguía mantenerme al día en el trabajo a duras penas, pero no quería que nadie supiera lo mal que lo estaba pasando. Por otro lado, casi me alegraba estar tan ocupada, porque no tenía tiempo material de pensar en James. Podía centrarme en todas las cosas buenas que estaban pasando en el trabajo, y ahogar cualquier residuo de sentimiento que aún me quedara respecto del capullo del jefe.

Porque no podían ser nada más que sentimientos residuales. Sí, claro, él había intentado hacer algo bonito para intentar convencerme de que sentía algo por mí, y una diminuta parte de mí creía que me quería de verdad, pero eso no era suficiente. Sabía que, con independencia de lo que me dijera, siempre volvería a su amor verdadero: Branson Designs.

—¿Qué tal tu día? —pregunté a Steph cuando me dio otro de aquellos tacos malísimos.

—Pues... ¿perfecto? —Sin embargo, había encogido los hombros y sonreía preocupada—. Lo siento, sé que las cosas son muy difíciles para ti ahora, pero lo cierto es que a mí me está encantando lo de ser modelo deportiva.

—¡Me alegro mucho! Te lo mereces.

—Y, bueno, hay un tío... —añadió, cohibida.

Mordí un trozo enorme de taco y la animé con la boca llena.

—Cuéntamelo todo.

—Es fotógrafo. Le he visto alguna vez en la oficina, pero las miradas que nos lanzamos podrían prender fuego a algo.

—¿Te va a fotografiar a ti?

—Aún no sé si me quieren para anuncios o algo así —dijo ella, encogiéndose de hombros—, así que no sé si tendré que posar para él. Cruzo los dedos.

—¿Cómo es? —Esperaba poder disfrutar de aquella historia a través de Steph, porque era previsible que en mi vida no fuera a haber más romance durante mucho tiempo.

Su respuesta fue interrumpida por el telefonillo de la puerta de abajo, y las dos nos miramos

sorprendidas.

—¿Has pedido más comida? —pregunté.

—No, solo estos tacos asquerosos —negó ella con la cabeza—. ¿Esperas algo de Amazon?

—No, nada. ¿Y tú?

—Nada, que yo recuerde. —Se puso en pie y fue a contestar el telefonillo—. ¿Sí?

—Paquete para la señorita Natalie Reynolds —dijo una voz entrecortada.

—Vale, déjalo en la entrada y ella bajará a recogerlo —gritó Steph mientras me miraba por encima del hombro.

—Lo siento, pero tengo instrucciones de entregarlo personalmente. Es bastante grande.

Steph quitó el dedo del botón y se volvió a mirarme con los ojos muy abiertos.

—¡Tiene acento británico! No sé qué será, pero suena muy pijo.

El corazón se me empezó a acelerar. ¿Ahora, qué?

—Dile que suba.

Alguien llamó a la puerta con suavidad un par de minutos después, y Steph abrió con gesto dramático. Al otro lado, había un hombre de buen aspecto y pelo gris, vestido de negro y con una gorra de cuadros en la cabeza. Llevaba una caja grande, muy bien envuelta con papel marrón y adornada con una ancha cinta negra.

—¿La señorita Reynolds?

Steph negó con la cabeza y me señaló.

—No, es la chica que se está zampando un taco.

Yo le saludé con la mano, sin decir nada, porque tenía la boca llena otra vez.

—¿Le importa? —preguntó, haciendo un gesto con la cabeza hacia el paquete que llevaba—. Necesito su firma.

Me puse en pie y corrí hacia la puerta, mientras aquel hombre dejaba la caja en el suelo y sacaba un pequeño portapapeles.

—Aquí tiene.

Firmé rápidamente el formulario, no sin fijarme en que no incluía ninguna información sobre el remitente.

—Gracias —dije, mirando la caja y tratando de averiguar lo que contendría, hasta que caí en mis malos modales—. Oh, la propina. Un segundo, por favor.

—No es necesario, ya está resuelto —dijo él, con una pequeña inclinación de la cabeza, y retrocediendo hacia el descansillo—. Que pasen una buena noche.

Antes de que pudiera contestar, ya se había marchado.

—¿Cres que es de...? —Steph se quedó a medias.

Me encogí de hombros, sin atreverme a esperar que James fuera a intentarlo de nuevo. Además, daba igual qué clase de regalo carísimo hubiera en la caja, eso no iba a darle derecho a entrar de nuevo en mi vida.

—Creo que necesitaremos unas tijeras —dije, sin quitar ojo al paquete.

Steph corrió a la cocina y me entregó las tijeras cuando volvió a toda velocidad. Al cortar el envoltorio con cuidado y retirarlo, quedó a la vista una bonita caja blanca.

—Apuesto a que es un vestido. O un Picasso, o lingotes de oro —dijo Steph, saltando sobre las puntas de los pies—. Venga, date prisa.

Pero yo no quería apresurarme. Dejé la caja en el suelo y levanté la tapa despacio. Steph dio palmas detrás de mí como una boba, mirando por encima de mi hombro.

—¿No hay tarjeta? —preguntó.

Negué con la cabeza.

Bajo una capa de papel de seda blanco apareció una superficie de cuero negro, adornada con tachuelas plateadas en las esquinas. Lo saqué con cuidado.

—¿Es un *baúl*? —preguntó Steph, en tono indignado.

—No... es una maleta —murmuré.

Pero no era una maleta cualquiera, era una obra de arte. Estaba decorada con unas arandelas que rompían la seriedad del diseño, se cerraba con dos correas negras anchas y tenía un asa extraíble y ruedas que se movían con mucha facilidad. Steph la miraba, extrañada.

—Vaya, qué regalo más raro. ¿Por qué te ha comprado una *maleta*? Lo siento, pero a mí no me parece nada romántico.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, porque en realidad, sí que lo era.

James era una de las pocas personas que conocían mi triste historia y sabía que, con todas las vueltas que había dado durante mi infancia, nunca había tenido una maleta en la que llevar mis cosas. También comprendía que aún estaba traumatizada por haberme visto obligada a llevar mi vida entera metida en una bolsa de basura. Sí, solo era una maleta, pero ambos sabíamos que significaba mucho más. Significaba que me había prestado atención cuando le conté mis secretos, que entendía que algo tan cotidiano tenía muchísimo significado para mí. Lo que importaba no era el regalo, sino el sentimiento que lo había inspirado.

Miré a Steph tratando de contener las lágrimas.

—Ay, claro. Las bolsas de basura —dijo Steph en voz baja—. *Ahora* lo entiendo.

Volví a mirar aquella ridícula y preciosa maleta.

—Vamos a verla por dentro —me animó.

Solté las tiras y, al abrir las cerraduras plateadas, encontré un sobre blanco sujeto al forro. Steph se apartó un poco.

—Voy a... lavarme la cara mientras lees eso, ¿vale? Si me necesitas, grita.

Asentí sin decir nada, y volví al sofá, dando rienda suelta a las lágrimas al ver la letra escrita con tinta negra que cubría la página.

Natalie,

Antes que nada, quiero que sepas lo muchísimo que lamento haberte hecho daño. Me duele en el alma haber sido el causante de que revivas toda la tristeza de tu pasado. Y lo que es peor, durante todo este tiempo, te he hecho dudar de la sinceridad de mis sentimientos. Te he hecho creer que no eras lo primero para mí, y eso va a cambiar inmediatamente. Porque te quiero.

Sé que ya te lo había dicho, pero necesito que entiendas que no son solo palabras, y voy a demostrártelo. Siempre he creído que no había nada más importante que mi trabajo para Branson, pero estar contigo me ha hecho comprender que, si mi legado se limita a lo que hago dentro de ese edificio, no significará nada. Lo que quiero es crear un futuro contigo, Natalie. Quiero demostrarte cada día que mi amor por ti no flaqueará, y solo hay una manera de probarlo.

Voy a dejar Branson Designs.

Dejaré el cargo de presidente y me dedicaré a vivir una vida equilibrada. Quiero centrarme en lo que importa de verdad, como la belleza de una puesta del sol en el océano, un viaje inesperado, reír más, dormir hasta tarde. Amarte.

Lo único que quiero hacer a partir de hoy es hacerte feliz. Debes saber que, para mí, eres irremplazable. Te ruego que me des la oportunidad de demostrarte todas las maneras en las que puedo amarte.

Quiero pasar el resto de mi vida contigo, pero debes saber que no voy a intentar ponerme en contacto contigo de nuevo. Dejo en tus manos la decisión de si seguimos juntos o no, y de qué forma. Ya me has apartado de ti una vez, y no creo que mi corazón soportara que lo hicieras de nuevo. Te pido que consideres este mensaje como una invitación para decidir libremente lo que quieres hacer, pero mi puerta siempre estará abierta para ti. Si estás buscando un lugar en el que establecer tu hogar, me gustaría que fuera a mi lado.

Con amor, siempre.

James

La carta cayó al suelo cuando no pude controlar el llanto. Esas palabras eran mucho más de lo que había esperado, pero... tampoco era eso lo que yo había pedido. ¿James dejaba el trabajo? ¡No! Él era el alma de Branson Designs, era una parte del legado de la empresa tan importante como la propia Bernie. Tenía que haber una forma de compaginar el trabajo que amaba con su amor por mí.

Steph volvió al salón y se me quedó mirando.

—¿Por qué estás aquí todavía? ¡Ve a por él! —Señaló a la puerta.

Tenía razón. Me puse en pie de un salto y me preparé para iniciar el próximo capítulo de mi vida.

JAMES

Intenté no estar mirando el teléfono todo el tiempo a medida que pasaban las horas.

Sabía que el paquete había sido entregado y ella había firmado la recogida. Asumía que, a esas alturas, ya habría leído la carta. Y seguía sin tener respuesta.

Sí, el regalo que le había enviado no era convencional, pero conocía a Natalie lo suficiente como para creer que tenía, al menos, una posibilidad de que me permitiera llegar hasta ella. Y si no lo conseguía... bueno, no estaba muy seguro de cómo iba a seguir adelante sin ella, pero ya encontraría la manera. Estaba decidido a respetar su decisión, fuera cual fuera, por mucho que me doliera.

Me serví una copa, pero me limité a hacer girar el hielo en el vaso en lugar de beber. En aquel estado de ánimo, era muy probable que el alcohol no me ayudara nada.

Por fin, escuché el más dulce de los sonidos. Unos golpes en mi puerta dignos del equipo más duro de la policía antidisturbios. Todo mi cuerpo se preparó para lo que fuera, tenso por la anticipación y listo para averiguar si Natalie había decidido volver conmigo. Abrí la puerta de un tirón.

Y allí estaba ella, con aspecto de haberse puesto a toda prisa unas deportivas y un abrigo sin molestarse siquiera en cepillarse el pelo.

Estaba perfecta, como siempre.

—Tú... —dijo con voz tensa y, a pesar de sus ojos enrojecidos e hinchados, me pareció más guapa que nunca—. Esto.

Me mostró la carta y asentí, con el corazón en un puño.

—¿Te ha...? ¿Te ha gustado? ¿La maleta?

Natalie no contestó. En lugar de eso, se lanzó a mis brazos y enterró la cara en mi cuello.

—Es maravillosa y horrible al mismo tiempo.

Aflojé un poco los brazos alrededor de su cintura.

—Un momento, ¿cómo que horrible?

Ella deslizó los brazos por mi cuerpo y me miró.

—¿Puedo entrar para que hablemos?

Me aparté para dejarla pasar, incómodo y nervioso de cojones. Se suponía que la carta iba a arreglarlo todo. ¿Qué había hecho mal ahora?

—Sí, sí, claro —dije, ocultando mi preocupación.

Natalie entró en casa y tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no rodearla de nuevo con mis brazos. Al menos, estaba aquí, y eso ya era un comienzo.

Nos sentamos uno frente al otro y, por primera vez, maldije el enorme tamaño de aquella habitación, aunque seguramente era mejor que no estuviera cerca de mí. Prefería evitar que me llegara su aroma, porque eso haría que me resultara aún más difícil controlar mis manos.

—Muchas gracias por el regalo —empezó Natalie—. Ha sido muy inesperado.

—Sé que parece una elección un poco rara.

—No. —Agitó la cabeza—. Me ha encantado. Es perfecto.

Nos quedamos en silencio, y yo me limité a esperar que continuara.

—James... no puedes dejar Branson Designs —soltó ella por fin—. No lo hagas. Tal vez creas que no eres más que un directivo lejano y oscuro... un *concepto*... o que cualquiera podría hacer ese trabajo, pero no es así. Tú *eres* Branson. Si te vas, ¿quién sabe lo que podría pasar? Creo que sería un error, justo cuando la empresa ha empezado a ir bien otra vez.

Me deslicé hacia el borde de mi asiento en un intento de acercarme más a ella.

—Necesito que sepas que digo en serio lo de ponerte a ti primero, y tú no crees que eso vaya a ser posible si sigo siendo presidente.

—Yo *jamás* he dicho tal cosa —dijo ella con actitud hostil—. No te atrevas a acusarme de eso, James. Lo que dije es que siempre das prioridad a la empresa.

—Y eso ya no ocurrirá si me voy —ofrecí, confuso.

—¿No has oído hablar de la moderación? —suspiró ella—. Puedes seguir dirigiendo la empresa y encontrar un modo de distribuir tu tiempo de forma que no dediques al trabajo el noventa por ciento. Puedes empezar contratando a una persona de la que te fíes de verdad para el puesto de Clint.

—Bueno, por lo que he oído, tú lo estás haciendo increíblemente bien.

—No. Para mí ha sido muy difícil, porque ese trabajo no me gusta. Y también sé que dimitir no te haría feliz a ti tampoco, digas lo que digas.

Me pasé las manos por la cara y tuve que admitir que tenía razón. Por mucho que quisiera a Natalie, aún me sentía muy atraído hacia la dirección de una empresa que era parte de mi estirpe. Apenas me había parado a pensar en lo que sentiría si permitía a otra persona dirigir nuestro negocio familiar.

—James, lo que digo es que... puedes hacer las dos cosas.

Sentí un destello de esperanza.

—Pero...

Ella levantó una mano para hacerme callar, algo que no le habría consentido a ninguna otra persona.

—Habría que hacer cambios. No me refiero solo al puesto de Clint, sino que tendrías que empezar a delegar, dejar de llevarte el trabajo a casa, y no contestar llamadas a las dos de la mañana.

Contuve una sonrisa.

—Solo si me das algo mejor que hacer por las noches.

—Para —ordenó, dirigiéndome una mirada enfadada—. Estoy hablando en serio.

—Perdón, lo siento —dije enseguida, admirado por la forma en que aquella fierecilla podía hacerme callar—. Continúa, por favor.

—Solo digo que creo que es posible encontrar algún tipo de equilibrio, pero tendrás que querer hacerlo. Bueno, solo si me quieres... a mí.

Dijo las últimas palabras en voz baja, como si no creyera que aquello pudiera ser posible, a pesar de que ya se lo había dicho varias veces. No pude resistir más y tendí una mano para tomar la suya.

—Natalie, te quiero más que a nada. Si la forma de conseguir que vuelvas es limitar mi trabajo en Branson, eso es lo que haré. Solo necesito una segunda oportunidad para demostrarte lo mucho que significas para mí.

Su expresión se relajó y sus bonitos labios temblaron un poco.

—¿Lo dices en serio?

Sin poder contenerme más, la atraje hacia mí y la senté en mi regazo. Ella se acurrucó contra mi cuerpo.

—Ya lo creo. Mucho más en serio de lo que crees. Te he echado muchísimo de menos.

Le retiré el pelo de la cara y le besé la frente con cuidado. Ella inspiró contra mi pecho.

—Yo también te he echado de menos. No estaba segura de que pudiéramos arreglar todo lo ocurrido.

—Necesitaba encontrar el modo de conectar contigo, para demostrarte que eres todo mi mundo.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y me miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas.

—Te quiero muchísimo, James.

Yo siempre había sabido, que, en el fondo, ella sentía lo mismo que yo, pero al oírsele decir, tuve la sensación de que volvía a la vida. Una sensación de alivio, dulce y cálida, recorrió todo

mi cuerpo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —murmuré, acercando mi boca a la suya.

¿Cómo era posible que cada beso fuera mejor que el anterior? Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había besado a mi chica, que me sentía dividido entre el deseo de dejarme llevar por la pasión, y el de disfrutar de ella con calma.

—Te deseo —susurró ella cuando nos separamos un momento.

—No tienes que decir más.

Me puse en pie con una sonrisa, la tomé en mis brazos y la llevé a mi dormitorio sin separar los labios de los suyos ni una sola vez. Ella deslizó la mano por mi nuca para jugar con mi pelo, y la sensación hizo que se me pusiera como una piedra. Cuando la deposité sobre la cama, me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Podríamos... besarnos un poco más? —dijo en un suspiro—. Quiero disfrutar de cada segundo de estar contigo de nuevo.

—Tenemos toda la noche —dije, con una risa, pero ella frunció el ceño.

—Quiero decir que... tenemos toda la vida.

Al oír eso, ella me sujetó la parte posterior de la cabeza y me atrajo hacia sí para besarme con ansia. Yo me situé sobre ella en la cama, tratando de no aplastarla con mi peso.

—He echado esto de menos —musitó ella, apretándose contra mí—. Te he echado mucho de menos.

Nos abandonamos a la sensación de nuestras lenguas y labios moviéndose juntos, con más intensidad cada vez, hasta que la presión entre mis piernas empezó a ser intolerable y no pude evitar apretarme contra ella. Natalie rio y presionó sus caderas contra mí.

—Yo también lo he echado de menos. Pero dijiste que solo querías besos... —Me separé de ella un poco y levanté una ceja.

—¿Y por qué tendría que elegir? Qué pasa, ¿no puedes hacer dos cosas a la vez? —me provocó ella con una sonrisa, y me rodeó con sus piernas—. Es hora de que me folles, James Branson.

—Preferiría hacerte el amor.

—Una vez más, ¿por qué no las dos cosas?

Ese fue mi pistoletazo de salida. Todo el control que había fingido mantener hasta entonces desapareció cuando enrollé su melena en mi mano y tiré un poco hacia atrás, para inclinarle la cabeza y poder besarle el cuello.

—Hola, vampiro —rio ella.

—No tienes ni idea de hasta qué punto me muero por morderte —gruñí, mientras mis manos recorrían todas sus curvas.

Natalie se dejó caer sobre la cama y me miró con ojos entrecerrados, mordiéndose el labio con

una mirada de invitación que casi me volvió loco.

—Desnúdate para mí —pidió—. En plan sexi.

—Ni en broma —espeté—. Antes te voy a desnudar a ti, fierecilla tentadora.

Ella abrió mucho los ojos.

—¡Te has leído los libros de Erin Woodley!

Sin contestarle, me arrodillé junto a la cama y le quité las zapatillas y los calcetines. Después, subí hasta la cintura de sus *leggings*.

—No llevo ropa interior —chilló ella cuando empecé a quitárselos.

—Ya lo veo —dije, terminando de quitarlos con un pie al tiempo que me arrodillaba entre sus piernas.

—James —suspiró ella cuando empecé a acariciarla con la lengua—. No hace falta que hagas...

Su voz desapareció en un murmullo cuando presioné mi lengua contra su clítoris.

—Me encanta tu sabor —susurré, deslizando un dedo en su interior—. He echado de menos tu cuerpo.

Natalie se retorció mientras yo veneraba su cuerpo con mi boca. Sabía que estaba indecisa entre hacerme parar y disfrutar de lo que le estaba haciendo. Mi lengua siguió acariciando su punto más sensible mientras mis dedos entraban y salían de ella, hasta que supe, por el cambio en su respiración y las contracciones alrededor de mis dedos, que estaba a punto de llegar al límite. Mi polla creció aún más contra mis pantalones mientras la lamía y, si hubiera podido quedarme a vivir entre sus piernas, lo habría hecho. Natalie era perfecta, pero lo más importante era que era *mía*.

Aumenté la presión de los pequeños círculos que estaba describiendo entre sus piernas hasta que su respiración se detuvo un momento, y supe que estaba a punto de caer, de entregarse a mí por completo. Presioné la lengua contra ella, aumenté la intensidad y, en unos segundos, ella se deshizo, gritando de un modo que resonó por la habitación. Yo no paré mientras ella siguió disfrutando de su placer, y solo me detuve cuando se apartó un poco de mí.

Dejé caer la cabeza sobre uno de sus muslos y le acaricié un pecho con la mano, aguardando a que recuperase la respiración.

—¿Estás lista para mí?

—Siempre —suspiró ella, y se alzó sobre un codo—. Fóllame ya.

Yo no solía aceptar órdenes de nadie, pero esta era una que estaba más que dispuesto a acatar. Natalie seguía llevando puesta la camiseta y el sujetador deportivo, pero se los quitó mientras yo prácticamente me arrancaba la ropa y me ponía un condón a toda prisa. Me acerqué a ella en la cama, y ella se alejó un poco, juguetona.

—Ven a por mí —invitó con una sonrisa, separando las piernas.

Me faltaba un maldito milímetro para *estallar*. Con su sabor aún en mi boca, al ver su precioso

cuerpo expuesto para mí, estuve a punto de correrme ahí mismo, sin siquiera tocarla. Le agarré un tobillo y me situé entre sus piernas.

—¿Y ahora? —pregunté, acercando mis caderas para excitarla con la punta de mi polla.

—Me estás matando —gimió ella, arqueando la espalda para acercarse más a mí y sentirme más—. ¡*Por favor!*

—Oh, me *encanta* que supliques —dije, apartándome un poco—. Un poco más, jovencita.

—Me muero por su polla, señor Branson —dijo ella con una sonrisa malvada—. *Por favor*, démela ya.

—¿Así? —pregunté, acariciando su entrada con la punta.

—No, quiero más —pidió ella.

—Más ¿qué? —pregunté con cara seria.

—Más... ¿polla?

—Se suponía que me estabas suplicando —sugerí, conteniendo una risa.

—Más, *por favor* —dijo ella triunfante—. Fóllame ya, te lo suplico formalmente.

Sin apenas permitirle terminar la frase, entré en ella con un profundo empujón. El ambiente cambió de divertido a intenso cuando los dos cedimos a las sensaciones que nos invadieron al estar unidos de nuevo. La forma en que me rodeaba su textura de terciopelo casi hizo que me corriera en un instante. Acerqué los labios a su oído.

—Yo... Nunca me he sentido así con nadie en mi vida —dije con suavidad—. Jamás había sido así.

—Lo sé —susurró ella—. Encajamos.

Aunque quería disfrutar al máximo de la sensación de estar enterrado en ella, había estado esperando demasiado tiempo. Empecé a mover las caderas, a entrar y salir de ella, despacio, pero Natalie me sujetó el culo y me apretó más contra ella en cada empujón.

Sus gemidos me estaban haciendo perder la cabeza. Sonaba a... una mezcla entre éxtasis puro y abandono, como si no fuera capaz de mantener el control, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas. La tensión crecía en mi interior con cada empujón y, a pesar de desear aguantar lo más posible, sabía que no iba a durar. Su deliciosa vulva era una tentación irresistible, así que empecé a ir más rápido y moverme cada vez con más fuerza. Cuando miré su preciosa cara, tenía los ojos cerrados y se mordía el labio. Con esfuerzo, conseguí encontrar mi voz.

—¿Estás bien? —pregunté, parando un poco.

Ella abrió los ojos de golpe y me miró furiosa.

—No pares. Ni se te *ocurra* parar de follarme, James Branson. Estoy a punto...

Otra vez dándome órdenes. No pude evitar sonreír y empecé a hacer exactamente lo que me pedía. Le sujeté una cadera para poder entrar aún más adentro y, cuando toqué con un dedo su

punto central, fue como si hubiera tocado un cable eléctrico.

—¡Oh, Dios mío! —chilló ella, sucumbiendo al orgasmo con una contracción de la espalda.

Jamás había oído un sonido igual, y eso hizo que me resultara imposible aguantar más. Con unos cuantos empujones más, alcancé mi propio orgasmo y dejé escapar un gruñido de placer mucho más fuerte de lo que habría esperado. Me incliné hacia atrás disfrutando de la sensación y, al terminar, me dejé caer sobre ella. Durante mucho tiempo, el único sonido en la habitación fueron nuestros jadeos hasta que, al cabo de un rato, escuché una ligera risa. Me alcé sobre un brazo, sin apartarme de ella.

—¿Qué?

—Nada, es solo que estoy muy contenta —dijo ella, radiante.

—Acabas de tener dos orgasmos, claro que estás contenta.

—Es mucho más que eso —dijo ella dándome un golpecito—. Pero sí, vale, la forma en que me follas es increíble.

—Que sepas —interrumpí—, que eso ha sido hacer el amor.

—Eso es justo lo que quería decir —dijo ella más seria—. Me alegro mucho de que hayamos llegado hasta aquí. Nunca creí que tendría tanta suerte, que tú también me querrías. Parece un cuento de hadas, pero es *verdad*.

—¿Cómo no iba a quererte, Natalie? —Le acaricié una mejilla.

—Yo también te quiero. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ella me rodeó con los brazos y tiró de mí para acercarme a ella. En ese momento, pareció que ambos comprendimos que esto sería para siempre.

NATALIE

Cerré los ojos para disfrutar de la brisa marina, con la cara orientada hacia el sol. Me había convertido en una primera oficial fantástica.

Me parecía una tontería el miedo que antes me daba navegar, porque ahora me encantaba. Seguramente, eso se debía en parte a que James había contratado a un profesor de natación para ayudarme a superar mi miedo al agua. En lugar de aterrarme, el profundo océano azul me parecía ahora tranquilo y acogedor, y me encantaba la sensación de ligereza que sentía al nadar.

Esa era solo una de las muchas defensas que James había conseguido derribar, muy despacio, con calma y con mucho amor. Pero no era solo yo quien había cambiado. Miré a donde James comprobaba el cabo de sujeción de una vela, con aspecto... tranquilo. Como si no tuviera una preocupación en el mundo. Aún me sorprendía ver aquel brillo en sus ojos. El hombre que solía enfrentarse a la vida con un ceño permanente, estos días parecía encantado de la vida. O al menos, lo parecía cuando estaba conmigo. Yo sabía que el jefe capullo seguía vivito y coleando en su interior, listo para atacar, pero, por suerte, ese lado suyo apenas salía a la luz estos días.

Las cosas habían cambiado *mucho* desde que habíamos vuelto a estar juntos. Me había preocupado que, poco a poco, todo volviera a ser como al principio, pero James había sido fiel a su palabra y, al terminar cada día, se olvidaba del trabajo como había prometido. ¡Ni siquiera miraba los correos electrónicos! Cuando llegaba a casa, nuestro tiempo era para nosotros dos solos. En cierto modo, parecía que yo le había proporcionado una excusa para disfrutar de la vida. Aquellas reuniones por las tardes que, a menudo, se alargaban hasta bien entrada la noche, eran cosa del pasado. Aquel hombre ahora tenía *planes*, pero no se trataba de las actividades pijas típicas de las personas de su posición, como inauguraciones de restaurantes o entradas para espectáculos de Broadway. En lugar de eso, nos centrábamos en disfrutar la vida al máximo con las personas a las que queríamos, así que, aunque pasábamos mucho tiempo acurrucados en el sofá viendo programas de telerrealidad, también quedábamos con la familia. A Kathleen y Teddy les había dado por los bailes de salón, así que asistíamos a todas sus funciones, y también teníamos una cita fija mensual para ir a tomar el *brunch* con Christopher y Julia. Además, Steph había empezado a salir con Brendan, el fotógrafo, y a veces venían a casa a jugar a algo, en unas noches en las que siempre acabábamos muertos de risa. James había aprendido por fin a priorizar las cosas que importaban de verdad, como tomarse el día libre cuando hacía bueno, para salir a navegar y hacer el amor, como aquel día.

Yo me estaba acostumbrando a nuestras excursiones inesperadas, aunque creía que a James le

encantaba cogerme desprevenida. Ese día habíamos terminado la segunda ronda de entrevistas con dos candidatos para el puesto de Clint y, en el momento en que el segundo de ellos había salido por la puerta, James me había mirado con una sonrisa endiablada y me había anunciado que nos tomábamos la tarde libre. Aunque me quedaban media docena de diseños por completar, sabía que no debía discutir con él. A ver, de vez en cuando tenía que permitirle seguir ejerciendo de jefe.

—¿Qué estás mirando? —preguntó James.

—Kilómetros y kilómetros de absolutamente nada. —Me volví hacia él—. Y es perfecto.

—¿A que es lo mejor? —Se acercó a donde yo estaba, con una enorme sonrisa.

—Es lo más.

Me apoyé contra su pecho y él me rodeó con los brazos.

—Tengo una pregunta que hacerte —susurró James en mi oído—. Pero tienes que prometer que no te vas a enfadar conmigo.

—¿Tiene que ver con el trabajo? —Alcé la barbilla y le miré con desconfianza.

—Bueno, sí.

Con un suspiro, saqué el teléfono de mi bolsillo trasero para mirar la hora. Habíamos acordado que solo hablaríamos de trabajo entre las ocho de la mañana y las cinco de la tarde, tanto si estábamos en la oficina como si no.

—Son las cinco menos cuarto, así que tienes quince minutos.

—Ven a sentarte —dijo, tomándome de la mano para llevarme hacia uno de los bancos—. Es bastante importante.

Me senté con las piernas cruzadas y chasqué los dedos en su cara, solo porque sabía que no le gustaba nada.

—Que sea rapidito.

Él ignoró mis tonterías.

—Quiero que seas tú quien elija al sustituto de Clint.

—Ni en broma —dije, atónita.

—En serio —replicó él—. A mí me parece que la decisión está entre Erica y Todd, pero quiero que decidas tú. Ahora mismo, nadie conoce mejor a ese equipo y, joder, tú misma has hecho ese trabajo y sabes lo que requiere. Así que, ¿quién es tu favorito?

Hice una pausa, tratando de evitar soltar una idea que me rondaba por la cabeza desde hacía algún tiempo.

—¿Qué? —preguntó James, porque notaba en mi cara que pasaba algo, y me volvía loca que me conociera tan bien.

—Sí, desde luego que tengo un favorito. La mejor persona para ese trabajo es...

Volví a detenerme, preocupada por que desechara mi idea inmediatamente. Él me dio un empujoncito en la rodilla.

—Venga, esto no es un concurso de la tele. Dímelo.

—Es Christopher.

—Oh, no creo que él...

—Lo siento —le interrumpí con una mano alzada—, pero en esta situación no importa lo que tú creas, porque yo lo sé. Está preparado, James, pero es demasiado orgulloso para pedirte volver.

Christopher y yo habíamos seguido trabajando juntos, y él había dejado caer algunas pistas acerca de que le gustaría volver a su antiguo puesto. No había sido directo, pero ahora que sus emociones se habían estabilizado, me daba cuenta de que echaba de menos el trabajo, y también sabía que nunca se atrevería a pedirlo, por temor a que su hermano le negara la oportunidad. Aunque no sería porque no lo mereciera, sino porque James tendría miedo de que no pudiera soportar la presión. Sin embargo, yo sabía que eso no sería así.

—¿En serio? —preguntó James por fin.

Me sorprendió que no hubiera procedido a hacer una lista de todas las razones por las que aquello sería una mala idea, pero, tal vez, no debería haberme sorprendido. Este era el nuevo James mejorado y estaba dispuesto a permitirme dar mi opinión.

—En serio. Está listo. De hecho, está mejor que nunca.

Él exhaló despacio y se quedó mirando el horizonte un momento.

—¿Estás segura de esto?

—James... Venga ya. Sabes que no tomaría una decisión así a la ligera. Estoy segura al cien por cien.

Contuve la respiración hasta que él contestó.

—De acuerdo. Puedes hacerle la oferta en cuanto estés lista.

Negué con la cabeza, porque en aquel rompecabezas aún faltaba una pieza.

—No, tienes que ser tú quien se lo ofrezca. Si no lo haces tú, no creará que vaya en serio.

—Tienes razón. De acuerdo, lo haré mañana.

Sonreí de oreja a oreja. James siempre había sido un hombre decisivo, y me encantaba cuando eso funcionaba a mi favor.

—Hay otra cosa de la que quiero hablar contigo —dijo—. ¿Cuánto tiempo tengo?

Miré el teléfono incómoda, porque no me apetecía nada pasar el rato de la puesta del sol hablando de proyecciones o ampliaciones de la colección de esa temporada. Además, estaba tan guapo bajo aquella luz dorada que me estaba empezando a poner como una moto.

—Cinco minutos.

—Perfecto. —Se frotó las manos—. Sé que es una cuestión delicada, pero quiero replantear el desfile de la colección deconstruida.

Hice una mueca al recordar la noche en la que todo se había ido al infierno entre nosotros.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Escucha un momento, creo que esto te gustará. Bien, como sabes, el vestido final fue todo un éxito, incluso aunque no lo pudimos presentar como queríamos.

Me había dado cuenta de que jamás mencionaba el nombre de Heidi en mi presencia, aunque nunca me había dicho por qué.

—Sí, ¿y qué? —Crucé los brazos sobre el pecho y me puse a la defensiva, por si acaso.

—Bernie siempre ha querido hacer una colección de novias, pero yo no estaba de acuerdo. Siempre pensé que sería muy excesivo, ¿sabes? Sin embargo, vista la reacción a aquel vestido...

—Y eso que ni siquiera era mi mejor diseño —interrumpí.

—Exacto, pero, aun así, a todo el mundo le encantó. Así que, ¿qué te parecería lanzar la colección Branson de novias?

—¿Yo? —pregunté, confusa.

—Sí. Quiero que seas tú quien dirija ese departamento —sonrió él.

—Ni en sueños —contesté inmediatamente—. No quiero dirigir nada, estoy harta de todo eso.

—Sí, lo sé, créeme —rio él—. Me gustaría que fueras la directora de diseño, pero sería un cargo cien por cien creativo. La idea que tengo es de una colección de alta costura, un par de docenas de vestidos por temporada.

El corazón se me llenó de ilusión al pensarlo. Me encantaba diseñar para Branson, y la oportunidad de hacer mi propia colección, con *mi* propia visión, era un sueño hecho realidad. En lugar de seguir las directrices de la empresa, podría crear mi propia visión desde cero. Diseñaría vestidos para novias tradicionales y muy femeninas, y también modelos más atrevidos para mujeres como yo, a las que podría gustarles algún detalle negro o azul marino combinado con el blanco tradicional.

—¿Qué te parece? —preguntó James.

—¡Es la mejor idea que he oído nunca! —exclamé—. ¡Sí, sí y sí!

Me lancé a sus brazos y le cubrí la cara de besos. Aquella oferta significaba que James entendía de verdad lo que era importante para mí: creatividad, independencia y la oportunidad de dar vida a todos los diseños que había soñado y reflejado en mi fiel cuaderno de siempre. Apoyé la cabeza contra su pecho y él me rodeó con sus brazos.

—Una última cosa —murmuró dándome un beso en la cabeza.

—James, *no* —protesté, dándole golpecitos en el brazo—. Ya son más de las cinco, vamos a

dejarlo, ¿vale? Dejemos de hablar de trabajo.

—Venga, ¡solo una cosa más! —rio él tratando de sujetarme—. Es que tengo una idea buenísima para lanzar la nueva colección. Un solo vestido, el vestido de tus sueños, mostrado por la modelo perfecta.

—¿Skyler? —pregunté, mirándole con la cabeza ladeada.

James hizo un gesto negativo y me deslizó de su regazo. Cuando puso una rodilla en el suelo ante mí, me quedé boquiabierta.

—No. Tú.

Metió una mano en el bolsillo, del que sacó el anillo más bonito que había visto en toda mi vida, y me lo ofreció.

—¿Quieres casarte conmigo, Natalie Reynolds?

Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras miraba a James atónita. Él me sonrió.

—Puedo quedarme aquí abajo todo el tiempo que haga falta, pero asegúrate de que en algún momento vas a decir que sí.

Me costó unos instantes asimilar que esta era mi vida, de verdad y, cuando lo hice, me dejé caer en sus brazos llorando a moco tendido, porque jamás, ni en mis sueños más descabellados, había imaginado que llegaríamos a este momento.

—Sí, James —sollocé—. Sí, para siempre.

—Eso es lo que esperaba oír.

Nos abrazamos mientras James me acariciaba, y no me soltó hasta que me recompuse lo suficiente como para admirar el anillo. Le ofrecí la mano y él me lo puso en el dedo.

—Un diamante de corte esmeralda engarzado en platino con brillantes incrustados, ¿verdad? ¿No es eso lo que querías?

Sollocé mientras seguía admirando aquella preciosa joya.

—Pero... este no es el de Tiffany. ¡Este es enorme, James!

—Ya sabes que me gusta todo más grande y mejor —rio él—. He llamado a mi amigo, el director de Veritique, le he explicado lo que necesitaba, y he trabajado con sus diseñadores para que fuera como tú querías. Es único, está hecho para ti.

Nos sentamos abrazados sobre el suelo de teca mientras la luz del sol se desvanecía.

—Espero que seas consciente de que no solo te vas a casar conmigo —dijo James en voz baja al cabo de un momento—. Vas a ser parte de una dinastía, y Bernie, mi madre, Christopher y los demás... forman parte del clan. ¿Estás segura de que te parece bien?

Solo con pensarlo, las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas.

—¿No sabes que eso es lo que siempre he deseado? —susurré con voz temblorosa—. ¿Ser parte

de una familia?

—Bueno, pues ya tienes una. Y tal vez, algún día... —Me apretó contra su pecho sin terminar la frase.

—¿Qué? —pregunté, mientras me limpiaba las lágrimas y me inclinaba para mirarle a los ojos —. Dilo.

—Tal vez —continuó en un murmullo—, si tenemos mucha suerte, podremos añadir nuestras propias ramas al árbol genealógico familiar.

No le contesté con palabras. No podía, porque la mezcla de felicidad, emoción y, sí, también un poco de miedo a lo desconocido, estaba a punto de hacerme estallar de felicidad. En lugar de tratar de encontrar algo que decir, le besé con intensidad, un beso lleno de promesas. Quería demostrarle con mi cuerpo lo mucho que le amaba; lo mucho que amaba la idea de nosotros dos.

Los dos sabíamos lo que pasaría. Encontraríamos el más dulce de los consuelos cada uno en los brazos del otro y, gracias al anillo en mi dedo, no solo sería hoy, sino siempre.

JAMES

No era un gran aficionado a las fiestas, pero debía admitir que esta era no era una cualquiera. Por supuesto, ayudaba mucho que la fiesta en cuestión fuera la que había seguido a mi boda.

La mansión de Bernie en los Hamptons parecía salida de un cuento de hadas, tan llena de decoraciones de satén y flores que apenas la reconocía. Mi madre, Bernie y Natalie habían estado trabajando con los organizadores de la boda durante casi un año para lograr todo aquello. Natalie había intentado involucrarme en las primeras fases de la planificación, pero yo le había dejado a ella las decisiones. Aquel día era para hacer realidad su visión y sus sueños, y a mí me hacía feliz que pudiera cumplirlos. Lo único que me importaba era decirle «sí, quiero».

Desde mi puesto a la cabecera de la mesa, observé las caras felices que me rodeaban en la carpa. Me pareció que ese era el primer instante que Natalie y yo habíamos estado solos en toda la noche. Se acercaba el final de la velada, y todo el mundo lo estaba pasando bien, gracias a la barra libre de Veuve Clicquot y la música. Como siempre, Bernie había sido la reina de la pista de baile, seguida de cerca por Christopher y Julia. Tenía la sensación de que aquellos dos habían estado tomando apuntes todo el día, porque la forma en que habían bailado las canciones lentas sugería que pronto tendríamos otra boda en la familia. Claro que, después de la boda tan excesiva que había organizado Amanda cuando se casó con Christopher, supuse que él querría optar ahora por una celebración más íntima.

Natalie tendió una mano hacia mí y enlazó sus dedos con los míos con una pequeña sonrisa. Joder, qué preciosa era mi mujer.

Cuando la había visto aparecer del brazo de Christopher al final del pasillo, me había costado un esfuerzo enorme contener las lágrimas. No me había sorprendido verlos juntos, pues lo habíamos acordado entre los tres, pero sus expresiones de felicidad al avanzar juntos hacia mí me habían emocionado de una forma inesperada. Eso me había recordado que mi familia era ahora la suya.

Y, cuando la vi de cerca... Fue increíble. Su hermosa cara pasó de estar llorosa a iluminarse con una enorme sonrisa y, después, a una mezcla de ambas expresiones que mantuvo hasta llegar a mi lado. Me resultó casi imposible no tomarla en mis brazos y besarla tan pronto como nos dimos las manos frente al oficiante. El vestido secreto que había diseñado era aún más bonito de lo que había imaginado y le sentaba a la perfección. Era una columna recta sin mangas, con una cinta negra en la cintura y unas discretas cuentas oscuras que brillaban en la parte inferior. Branson no recrearía ese vestido, pero serviría para presentar el tipo de novias a las que iría orientada nuestra colección.

Observé a Natalie mientras ella miraba a la gente que disfrutaba en la pista de baile. Steph había obligado a Brendan a ayudarlo a dirigir un alborotado *Electric Slide* al que se había unido todo el equipo de diseño.

—A Rhea no se le da nada mal —rio Natalie.

—Y Lavonte es prácticamente un profesional —añadí—. ¿Por qué no vas a unirte a ellos?

—Estoy bastante cansada, y me resulta agradable ver a todo el mundo juntos.

Nuestro camarero se acercó con una enorme botella de champán.

—¿Desean un poco más?

—Oh, no, yo no, gracias —protesté, tapando con una mano mi copa—. Como siga, voy a tener una resaca monumental. ¿Nat? Tú apenas has tocado el tuyo. Toma un poco más.

—De acuerdo —contestó ella con una sonrisa—. Pero déjame vaciar la copa antes, porque este ya no estará frío.

Vació su copa en el cubo de hielo sobre la mesa y se la presentó al camarero. Después, se acercó un poco hacia mí.

—Y, hablando de la luna de miel, ¿vas a decirme de una vez a dónde iremos? Porque salimos dentro de... —Giró la muñeca para ver la hora en el delicado reloj Patek Philipe que le había regalado para la boda—. Menos de doce horas. Suéltalo de una vez, Branson.

—Estoy disfrutando mucho torturándote con el secreto, *Branson* —reí—. Y, por cierto, sé que te has metido en mis correos electrónicos para intentar averiguarlo.

—¡No he hecho tal cosa! —gritó ella, fingiendo estar horrorizada—. ¿Cómo te atreves a acusarme de fisgar?

—Lo sé todo, ¿aún no te habías dado cuenta? Soy muy observador, no se me pasa nada —alardeé.

Natalie pareció dudosa.

—Oh, ¿en serio?

—Ya lo creo.

Ella frunció los labios y asintió, volviendo la vista a la pista de baile.

—Vaya. Pues debo decirte que te equivocas. Hay algo bastante gordo que se te ha escapado hoy.

—Por favor. Si te refieres a las letras de canciones de Beyoncé escondidas en el glaseado de la tarta del novio, sí, me he fijado. Y aprovecho para confirmar que ahora estoy plenamente convencido de que las mujeres dirigen el mundo.

—Maldita sea. —Natalie echó la cabeza hacia atrás con una gran carcajada—. No iba a admitirlo hasta que estuviéramos en la playa en... bueno, donde sea que vayamos a ir.

—¿Y quién dice que vayamos a ir a una playa? —La miré muy serio.

—Mierda. —Ella golpeó la mesa, fastidiada—. Creí que se te escaparía.

—¿Ves? Las pillo todas.

—Eso dices tú, pero te equivocas.

Me la quedé mirando, hasta que caí en la cuenta de que ella también me estaba ocultando un secreto.

—Un momento... Por favor, no me digas que ahora va a haber un karaoke...

—¿Cómo lo has adivinado, señor Branson? —preguntó con fingida admiración y llevándose las manos al corazón, como una princesa de Disney—. ¡Lo has adivinado! Estoy a punto de ofrecerte esa serenata que nunca me pagaste para que *no* te diera.

No pude evitar cerrar los ojos, y me froté la frente.

—¿Te puedo hacer una transferencia ahora mismo para evitarlo? Por favor. Te pagaré tres veces lo que te había ofrecido.

—Para. —Me apartó la mano con un golpe ligero y volvió a acurrucarse a mi lado—. No es un karaoke, pero esa habría sido una buena idea, y ahora me da rabia que no se me haya ocurrido antes.

Nos quedamos callados unos instantes, mirando la pista de baile. Odiaba los secretos.

—¿Me vas a decir lo que me he perdido, o no? —exigí por fin.

—De acuerdo —dijo ella, apartándose de mí—. Pero voy a romper nuestro acuerdo, porque tiene que ver con el trabajo.

—¿Lo dices en serio? —La miré escandalizado—. ¿Quieres hablar de trabajo *ahora*?

—Se trata de una nueva dirección para la empresa. Un mercado nuevo.

Empecé a pensar a toda prisa porque, aunque habíamos jurado no hablar de Branson Designs fuera del horario de trabajo, a mí me seguía apasionando todo lo que tuviera que ver con la empresa, y admiraba mucho la capacidad creativa de Natalie.

—Está claro que no es la colección de novias, porque esa ya está en marcha —dije, pensando en voz alta—. Y Rhea se está encargando del nuevo departamento de ropa de baño...

—Ajá.

—¿Accesorios? ¿Como gafas de sol y joyería?

—Tal vez algún día. —Natalie negó con la cabeza—. Por ahora, creo que aún no tenemos el personal adecuado.

—¿Una colección de hogar?

—Oooh, qué buena idea —dijo ella—. Pero no, al menos no inmediatamente.

—¿Qué me falta? —murmuré—. ¿Qué otras opciones hay?

—Piensa en algo más pequeño.

Miré hacia la multitud y mi mirada cayó en la hilera de zapatos de tacón situados al borde de la pista de baile.

—¡Zapatos! —dije, triunfante—. Son zapatos.

—Otra idea fantástica, pero no.

—Si no son accesorios, decoración o zapatos. —Conté las posibilidades con los dedos—. ¿Qué más hay? Me he quedado en blanco.

La música cambió del rápido ritmo de los éxitos de baile a *It had to be you*, de Frank Sinatra. La noche se acercaba a su fin.

—Vamos a bailar —dijo Natalie, tirando de mí para que me pusiera en pie.

—Creí que habías dicho que estabas cansada —protesté, aunque me encantaba bailar con ella.

Esa era una de las muchas formas de las que ella me había cambiado.

—Y lo estoy, pero haré una excepción por Sinatra —dijo ella, situándose entre mis brazos abiertos.

Los invitados se fijaron en que nos acercábamos a la pista de baile y rompieron a aplaudir. Como siempre, situé una de mis manos en la parte inferior de su espalda y sujeté una de las suyas con la otra, y comenzamos a movernos a un ritmo que ya nos resultaba familiar. Ella apoyó la cabeza contra mi cuello.

—Esto me encanta —murmuró ella.

—Esto es para siempre. —Le besé la cabeza y le hice dar una vuelta rápida entre mis brazos.

—Oh, para, por favor —dijo Natalie, apoyando una mano contra mi pecho con cara preocupada—. Me mareo.

—¿Demasiado champán? —reí.

—No, no es eso. —Natalie inclinó la cabeza y me miró—. Pero me lleva a lo que estábamos discutiendo antes, la nueva dirección para Branson.

—Estoy muy confundido. ¿*Por qué* seguimos hablando de trabajo en los últimos minutos de la celebración de nuestra boda? Dímelo de una vez.

—De acuerdo. —Me miró con una sonrisa enorme—. Creo que deberíamos meternos en...

—Uf. —Puse los ojos en blanco—. Ya estás otra vez con la pausa dramática.

Ella se puso de puntillas para susurrarme al oído.

—Ropa premamá.

—Ah —contesté, asintiendo pensativo—. El caso es que es buena idea. Podríamos modificar algunos de nuestros diseños actuales para adaptarlos a los cambios del cuerpo durante el embarazo. Me gusta. Bien pensado.

Natalie me miró ceñuda.

—Vaya, pues sí que estás despistado hoy, Señor Observador.

Y entonces, lo comprendí.

Natalie no había rellenado su copa de champán ni una vez durante la noche, se había quejado de estar cansada en las últimas semanas, ahora se había mareado...

Me separé de ella mientras trataba de asimilar la idea.

—Dios mío, Natalie... ¿estás *embarazada*?

No había querido decirlo en voz tan alta, pero, a juzgar por el respingo colectivo que se escuchó a nuestro alrededor, supuse que lo acababa de anunciar sin querer a todos los que nos rodeaban. Ella asintió con lágrimas en los ojos.

—¿Voy a ser bisabuela? —chilló Bernie detrás de mí.

—¿Me vais a hacer abuela? —gritó mi madre casi al mismo tiempo.

—¡Me pido ser madrina! —oí decir a Steph desde un poco más lejos.

Natalie saltó a mis brazos y yo la abracé con fuerza, mientras ambos dábamos rienda suelta a las lágrimas.

—*Por fin* —dijo ella, riendo y llorando a la vez—. Debes ser el peor observador del mundo.

En un instante, nos vimos rodeados por un grupo de gente que nos felicitaba, abrazaba y daba palmadas en la espalda. Yo aún no estaba dispuesto a soltar a mi Natalie, así que seguí abrazándola y besándola una y otra vez. Cuando por fin la solté, ella se volvió a la multitud que esperaba para darle la enhorabuena.

La observé mientras, por mi parte, estrechaba manos y recibía abrazos de los invitados. La preciosa Natalie estaba feliz, resplandecía y su nueva familia la había acogido con cariño. Jamás la había visto tan bella.

Tardó un tiempo, pero por fin consiguió llegar hasta mí de nuevo, enormemente feliz. A mí me dolían las mejillas de sonreír tanto.

—Es la mejor idea del *mundo* —le susurré al oído.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

—No puedo esperar a conocer a nuestro pequeño —admití, con una mano sobre su tripa.

—Gracias por darme todo lo que siempre he deseado —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas.

La tomé en mis brazos y le di un largo e intenso beso.

—Ya verás —dije cuando conseguí separarme de ella—. Voy a pasar el resto de mi vida asegurándome de que los dos lo tengáis todo, y mucho más.

—¿Eso es todo? ¿Solo uno? —Me miró extrañada—. ¿Y si decidimos que queremos más?

—Dos, tres, ocho, cien... los que tú quieras, mi amor —dije, atrayéndola hacia mí de nuevo—.
Te voy a dar todo lo que quieras, ahora y para siempre.

FIN DE EL MÁS GRUÑÓN

LOS ARROGANTES MILLONARIOS DE GLENHAVEN LIBRO 2

El más prepotente, Julio 30, 2024

El más gruñón, Septiembre 24, 2024

El más antipático, Noviembre 26, 2024

P. D.: ¿Quieres enamorarte perdidamente? Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***El más antipático*** y ***El Jefe Multimillonario***.

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:



CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente [haz clic aquí](#) o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice “ESCRIBIR MI OPINIÓN”.

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

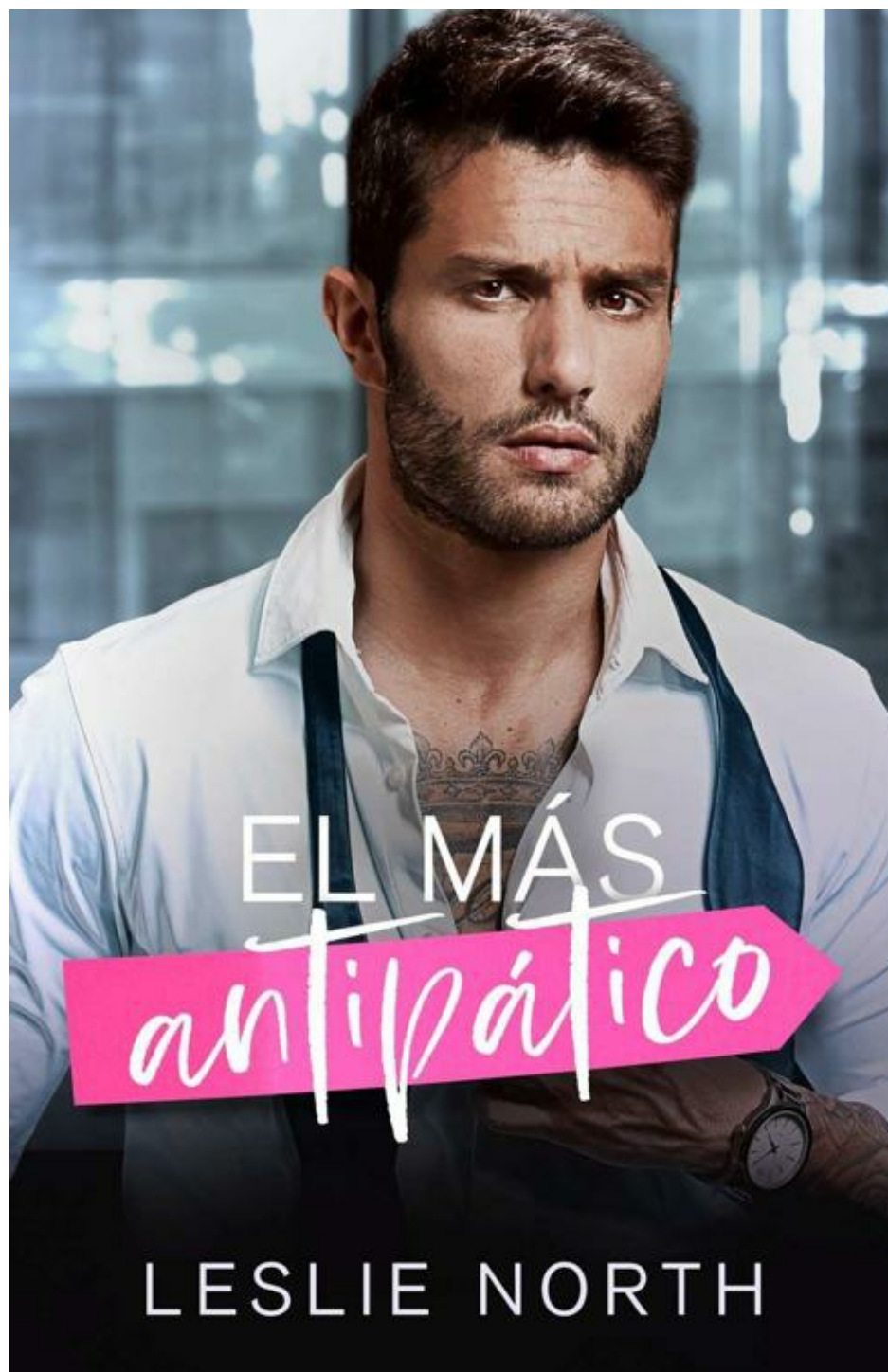
ACERCA DE LESLIE

Leslie North es el pseudónimo de una misteriosa autora superventas del periódico USA Today que idea comedias románticas y romances contemporáneos como una campeona (¡los jefes de sus historias te robarán el corazón!). La protección del anonimato le permite dar rienda suelta a toda su creatividad, sobre todo cuando se trata de escribir unas escenas tan apasionadas y emocionantes que harán que te sonrojes.

De hecho, la autora ha confesado que... ¡casi le gusta más su identidad como Leslie North, que su personalidad cotidiana! Sus novelas superventas son conocidas por el carácter fuerte de sus personajes, sobre todo sus heroínas: mujeres mordaces y atrevidas, que no tienen reparos en plantar cara a un jefe capullo y dominante. ¿Y su sentido del humor? Bueno, digamos que tal vez debas avisar a quienes te rodean de que no se sorprendan si sueltas una carcajada inesperada.

El interés de Leslie por las novelas románticas comenzó cuando encontró una muy desgastada en su biblioteca local. Poco después de leerla, ella misma se animó a escribir y, como se suele decir, el resto es historia, una de lo más divertida y conmovedora. En la actualidad, Leslie vive en un acogedor chalet en la costa británica, donde le gusta dar largos paseos relajados con sus dos dálmatas, George y Fergie, que son de lo más traviesos.

A Leslie le encanta escuchar las opiniones de sus lectores, así que, si tienes algo que decirle, no te cortes y escríbele. ¡Le alegrarás el día!



SINOPSIS

Dicen que los diamantes son los mejores amigos de las chicas.

Pero el tío que vende esos diamantes... es mi peor enemigo.

Tardé menos de un segundo en odiar a muerte a Cameron O'Connor.

Llegaba tarde a una entrevista de trabajo, así que me pareció un milagro que un taxi se detuviera justo a la puerta de mi casa... hasta que me lo quitó el gili-pijo más antipático, gruñón y ridículamente guapo del mundo.

Por supuesto, cuando llegué a la entrevista, ¿quién estaba sentado al otro lado de la mesa?

—Llegas tarde. ¿No encontrabas taxi?

Por muy guapo que fuera, ese hombre me había puesto furiosa, así que no me corté lo más mínimo al explicarle hasta qué punto su empresa estaba metiendo la pata al tratar de resolver su actual crisis de relaciones públicas.

Pero ni todo el oro del mundo me haría aceptar ese trabajo, y mucho menos a ese jefe, por muy bueno que estuviera. O, al menos, eso pensé hasta que me ofreció una cifra con más ceros de los que había visto en mi vida. Así fue como me encontré trabajando para el jefe del infierno, y haciendo esfuerzos sobrehumanos para que mis comentarios sarcásticos no cruzaran la delgada línea entre una actitud razonable, pero en desacuerdo, y la rebelión abierta.

Ojalá él no hubiera decidido contratar a una *influencer* para promocionar los anillos de compromiso de la empresa, porque ella decidió anunciar que Cameron y yo estábamos ocultando un romance secreto.

A partir de ese momento, nuestra supuesta relación se convirtió en asunto de interés público, solo que no había ni rastro de romance, porque nos odiábamos sin piedad. Pero, para que la historia fuera creíble, tuvimos que empezar a salir juntos... y tuvimos que besarnos.

Hasta que ha llegado el momento en el que yo ya no tengo que seguir fingiendo, y creo que Cameron tampoco finge. Los diamantes son para siempre, pero ¿podrá nuestro amor durar tanto?

Es imposible que me enamore del antipático de mi jefe. ¿Verdad?

Obtén tu ejemplar de *El más antipático*
Disponible Noviembre 26, 2024
(¡Disponible para preventa!)
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo 1

Felicity

—Tarde, tarde y más tarde —pensé desesperada mientras atravesaba lo más rápido posible el vestíbulo de mi edificio—. *Siempre* llego tarde. ¿Cuándo aprenderé?

La falda de tubo negra que llevaba me impedía ir a la carrera, y los zapatos de tacón que me había prestado Nina, mi compañera de piso, estaban adaptados a sus pies, lo que me obligaba a

estar pendiente de que no se me salieran. Hice una pausa para mirarme los dientes en el enorme espejo dorado situado tras un jarrón de flores y asegurarme de que no quedaba nada entre ellos después de cepillármelos. Eso hizo reír a Carl, el portero que trabajaba allí desde antes de que me mudara a vivir con Nina, y que era testigo de mi lamentable vida.

—Estás *preciosa* como siempre, niña —dijo, con su habitual acento del Bronx, al tiempo que salía de detrás del mostrador para abrirme la puerta—. Eres la inquilina más guapa del edificio.

Sabía que eso no era cierto, porque en Central Park Tower también vivían modelos, mujeres mantenidas y damas de la alta sociedad muy bien conservadas. La única razón por la que me había encontrado viviendo en aquel edificio tan lujoso, donde no encajaba en absoluto, era que una tía de Nina le había dejado su apartamento al fallecer.

—Me halagas, Carl. Estoy hecha un desastre. —Le devolví la sonrisa mientras metía de nuevo el faldón de mi blusa rosa en la cintura de la falda—. Solo espero poder representar bien mi papel, porque voy a una entrevista en Veritique, y me interesa muchísimo conseguir ese trabajo.

Y no solo se trataba de eso: realmente necesitaba aquel trabajo, pero no podía admitirlo en voz alta. Como consultora autónoma en cuestiones de marketing y relaciones públicas para empresas pequeñas, podía pagar las facturas, pero solo por los pelos. No solía mirar mi cuenta corriente, porque me recordaba con total claridad, en negro sobre blanco, la realidad de mis dificultades económicas. La vida de autónoma, sin dejar de cruzar los dedos esperando a que me llegara el siguiente trabajo, resultaba demasiado estresante. Necesitaba ingresos estables y, si tenía mucha suerte, tal vez podría empezar a ahorrar un poco, para variar. Si lo conseguía, era posible que Nina y yo pudiéramos empezar a pensar en la forma de hacer realidad el sueño de tener nuestra propia librería.

Por eso esta entrevista era tan importante para mí. Representaba la oportunidad de alcanzar la estabilidad y, más adelante, dar el próximo gran paso.

—Bueno, pues que tengas mucha suerte —dijo Carl abriéndome la puerta.

Me saludó con la misma inclinación de la cabeza y la misma sonrisa seca que le había visto utilizar con los ricachones que vivían en el edificio. Me pregunté por qué se había puesto tan formal de repente, ya que solíamos cotillear y reírnos juntos con frecuencia, pero enseguida me fijé en que se acercaba alguien desde el ascensor. Era muy probable que algunos de los pijos que vivían en el edificio considerasen absurda nuestra amistad, pero, aunque a mí no me importaba lo más mínimo su opinión sobre mí, no quería causarle problemas a Carl. Seguí su iniciativa.

—Muchas gracias, *señor* —le respondí con un guiño antes de salir a la brillante luz de la mañana.

—Demuéstrales de lo que eres capaz —dijo en un susurro, lo que me hizo reír.

La suerte me sonreía aquella soleada mañana de invierno porque, en ese momento, alguien se bajó de un taxi justo delante del edificio. ¡Perfecto! Yo no era una persona afortunada; mi vida parecía consistir, más bien, en una sucesión de situaciones en las que, o estaba a punto de conseguir algo, o de perderlo por los pelos. Sin embargo, ahora estaba dispuesta a hacer un esfuerzo por cambiar mi suerte y esta entrevista era la forma de conseguirlo.

—¡Taxi! —grité, haciendo gestos con el brazo, aunque el coche tenía las ventanillas subidas y el

taxista estaba absorto en su teléfono.

Rebusqué en mi bolso para asegurarme de que no había olvidado coger la cartera y podría pagar la carrera. Estaba tan ocupada escarbando en las enormes profundidades del bolso, que no me fijé en una figura oscura que pasó por mi lado hasta que chocó conmigo.

—Disculpa —dijo una voz grave, en un tono que daba a entender que era yo quien se había puesto en su camino, aunque era él quien me había empujado tan fuerte que me había obligado a retroceder unos cuantos pasos.

—¡Mira por donde vas! —repliqué cuando conseguí enderezarme y sacar por fin la cartera.

Con lo ancha que era aquella acera, ¿por qué diablos se me había echado encima ese tío? Lo comprendí al ver que caminaba con decisión hacia mi taxi. Ah no, eso ni en broma.

—¡Eh! —grité indignada al ver que iba a robarme mi taxi—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Él se detuvo, con la mano en la manecilla de la puerta.

—¿A ti qué te parece?

Aquel gilipollas ni se molestó en mirarme, como si no mereciera ni un ápice de su atención. Su actitud altanera me enfadó todavía más.

—Me parece que estás tratando de robarme el taxi —repliqué irritada. —Yo he llegado antes.

Él soltó la manecilla del taxi y se giró para enfrentarse a mí cara a cara. Al verle de cerca, tuve que contener el impulso de dar un respingo de sorpresa, porque aquel hombre era una puta obra de arte.

Cuando le había lanzado miradas asesinas a la espalda, había creído que solo tendría la ventaja de su altura, pero ahora veía con claridad lo equivocada que estaba. Era un hombre muy guapo, con una actitud arrogante en plan «es que no sabes quien soy», que sugería que su atractivo le había bastado para conseguir todo lo que deseara en la vida. Llevaba el pelo castaño oscuro bien peinado, pero no demasiado arreglado; tenía una nariz recta que, seguramente, le habría tocado en una lotería genética transmitida de padres a hijos durante generaciones, y una mandíbula por la que mataría cualquier modelo masculino. Vestía un traje de lana gris oscuro y, aunque a mí no me enloquecía la moda tanto como a Nina, por la forma en que le sentaba estuve segura de que era hecho a medida. Parecía salido del cartel de una película. Eso sí, me miraba, como si yo acabara de arrastrarme por una alcantarilla, y eso que iba tan bien arreglada como me era posible.

—Si es verdad que has llegado antes —dijo desafiante—, ¿qué haces ahí parada en medio de la acera, tan lejos del taxi?

—Sí... pero yo... —señalé a mi alrededor, cada vez más enfadada—. ¡Sé que me has oído gritarle al conductor! —exclamé en un volumen suficiente como para que algunos peatones se volvieran a mirarme—. Deja de fingir que no me has oído.

—Yo no finjo —contestó sin entonación, y con una cara de asco considerable.

Bueno, eso parecía obvio. No se me ocurría que fuera capaz de hacer nada remotamente imaginativo o divertido. Además de todo, parecía bastante abatido, y me pregunté si esa sería su

expresión habitual o si le habría ocurrido algo malo, como que su novia supermodelo le hubiera cancelado una cita en el último momento. O tal vez su enorme cartera de valores se había devaluado la vigésima parte de un punto porcentual esa mañana.

—Da igual —dije, haciendo un gesto con la mano para zanjar el tema—. Este es *mi* taxi.

Nos habíamos encarado junto al vehículo y, aunque él había vuelto a poner la mano en la manecilla de la puerta, yo me había situado de forma que no pudiera abrirla sin darme un golpe. Claro que, por la forma en que me miraba, no podía contar con que no lo hiciera. Me enderecé y le reté, furiosa. *Atrévete, gilipollas*.

Nos miramos con odio unos instantes, sin decir una palabra, y cuando noté que el vello de la nuca se me empezaba a erizar, tuve que contenerme para no humedecerme los labios bajo su intensa mirada. Tenía los ojos castaños; no verdes ni marrones, sino de un color intermedio, como el de las algas que se pegan a las quillas de los barcos, o la capa de grasa que se forma en el centro de algunos charcos. Iba bien afeitado, sin la menor sombra de barba, y no me gustó nada admitir que tenía una piel preciosa. Seguro que se hacía tratamientos faciales cada semana, pensé con desprecio. Era tan guapo que casi no parecía real, y eso hacía que resultara más fácil declararle mi odio eterno.

—Tengo prisa por llegar a un sitio —dijo exasperado, mirándome de arriba abajo de un modo que dejaba claro cuánto me estaba juzgando—. Es importante.

Claro, porque mi poco relevante e insustancial entrevista para el trabajo de mis sueños no importaba nada, ¿no?

—¿Y qué sitio es tan importante como para hacerte actuar como un *capullo* de campeonato?

Él echo la cabeza hacia atrás, sorprendido. Estaba claro que nadie se atrevía a hablarle en ese tono.

—¿Y por qué iba a decírtelo a ti? Considerando cómo has perdido la cabeza por un *taxi*, estoy seguro de que tienes problemas más importantes de los que ocuparte. No hace falta que te preocupes por los míos.

Su tono me hizo hervir la sangre a borbotones. ¡Maldito condescendiente! Estaba tan furiosa que no conseguí articular palabra, y él tomó mi silencio como una oportunidad para seguir provocándome.

—Ya que tú también pareces tener prisa, ¿por qué no me dices a dónde vas tú? —preguntó.

—A una entrevista de trabajo —espeté, segura de que eso era más importante que cualquier estúpido recado que tuviera que hacer él.

Él arrugó la nariz como si oliera a basura. Estaba claro que, a alguien como él, con su traje de corte perfecto y sus zapatos brillantes, el concepto de una entrevista de trabajo no le resultaría familiar. Supuse que, nada mas salir de la universidad, su papá habría conseguido que algún amigo suyo del club de campo le pusiera un enorme despacho esquinero en alguna oficina. O, tal vez había heredado un fideicomiso y estaba buscando invertir sus millones en alguna de esas ridículas empresas emergentes que hacen aplicaciones para encontrar a las mujeres sexis desesperadas en el barrio, o cosas así.

—Una entrevista de trabajo —repetí, hablando de forma lenta y deliberada como si me dirigiera a alguien que no conociera bien el idioma—. Eso es lo que hace la gente que espera *ganarse* un puesto de trabajo. Ya sabes, en lugar de que te entreguen el título que elijas en bandeja de plata.

—Te puedo asegurar que no tienes la menor idea de lo que es trabajar en serio, créeme —dijo él con expresión sombría—. Pero, en cualquier caso, espero que el... *establecimiento minorista* —arrugó la nariz al decirlo—, al que hayas presentado tu solicitud se lo piense dos veces antes de contratarte. Eres una maleducada.

—¿Yo soy *maleducada*? —chillé, tan fuerte que el eco resonó a nuestro alrededor—. Tú prácticamente me has pisoteado para llegar a este taxi. ¿No has oído hablar de la caballerosidad?

—Es más fácil comportarse como un caballero cuando la otra persona no va por ahí dando codazos dignos de un defensa en un partido. —Se pasó la mano por la chaqueta con expresión resentida—. Casi me rompes una costilla para impedirme llegar.

—¡Ja! —Sacudí un dedo ante su cara, victoriosa—. ¡Así que sabías que yo quería ese taxi! Eso lo confirma: eres un capullo de campeonato.

Él se inclinó hacia mí sonriendo de una forma que era de todo menos amable.

—Nunca he dicho que no lo supiera. Es que creo que no te lo mereces.

Solté un gruñido escandalizado que sonó como una mezcla entre un grito y un quejido, y jadeé como si acabara de correr un esprint.

—Te convendría cerrar esa boca tan bonita que tienes —observó él, haciendo un gesto hacia las bolsas apiladas en la esquina de la calle para la recogida de basura—. Por aquí hay unas moscas tremendas.

Le habría estrellado el puño en su mandíbula perfecta, si no hubiera creído que me haría meter en la cárcel. No era una persona violenta, pero sabía defender mis derechos cuando era necesario.

—Vale, ¡ya está bien! ¡Quítate de en medio! —grité acercándome a él un poco más.

—Un momento. —Él extendió el brazo delante de mí para detenerme, pero sin llegar a tocarme—. Dejemos que decida el conductor.

Al decirlo, se inclinó hacia la ventanilla del coche y dio un golpe con los nudillos.

—¿Oiga?

El conductor bajó la ventanilla con cara de sufrimiento. Parecía estar a punto de renunciar a la carrera y marcharse a Central Park en busca de algún turista agradable y nada polémico al que dar vueltas por la ciudad.

—¿Sí? —contestó.

—Esta *mujer* —dijo, como si hubiera considerado referirse a mí de otro modo—, y yo, estamos discutiendo quién de los dos se queda el taxi. —Me señaló con un dedo y me dieron ganas de arrancárselo de un mordisco—. Así que, díganos, ¿a cuál de los dos quiere llevar? Y antes de contestar, déjeme decirle que le pagaré el triple de la tarifa habitual, en efectivo.

—Lo siento, cariño —dijo el taxista mirándome—. Eres muy guapa, pero gana este tío. Eso sí, primero quiero ver la pasta.

Aquel gilipollas me miró entonces con una sonrisa triunfante, y pareció otra persona distinta. El semblante ceñudo y moralista que había mostrado durante nuestra discusión fue sustituido por... bueno, la cara más increíble que había visto en mi vida. Estuve a punto de tambalearme por la sorpresa al recibir de lleno la descarga de alto voltaje que suponían su enorme sonrisa y sus ojos castaños entrecerrados. Y eso que solo sonreía para presumir de haber ganado.

Sin embargo, la sonrisa se esfumó en cuanto se palpó el pecho, y luego el culo, buscando su cartera.

—Oh...

Procedió a repetir las palmadas por todo su cuerpo y a abrir la chaqueta para mirar el bolsillo interior, como si la fuerza de su mirada fuera suficiente para que lo que buscaba se materializara como por arte de magia.

—¿Qué pasa? —pregunté, sonriéndole con dulzura—. ¿No encuentras la cartera?

—Un momento, ¿no habrás...?

—No me lo creo. ¿Ahora me acusas de robarte la cartera? —pregunté, incrédula—. ¿Me estás llamando ladrona?

El gilipollas se quedó callado, y cuando su mirada se perdió en el horizonte, fue evidente que estaba recordando todos los pasos que había dado hasta ese momento.

—Joder, me la he dejado. Muy bien, tú ganas, Fagin. El taxi es tuyo.

Me quedé helada al oír aquel nombre en su boca. Era el del jefe de los carteristas en *Oliver Twist*. ¿Acaso ese tío leía a Dickens? Porque, más bien, de lo que tenía pinta era de ser lector empedernido de la revista *Maxim*.

—Sí, gracias por nada —dije, pero él ya se estaba alejando, absorto en su teléfono—. ¡Siempre fue mi taxi, y lo sabías! —grité a sus espaldas.

Él giró sobre sus talones para mirarme, tratando de encontrar el insulto perfecto que lanzar, pero no se lo permití.

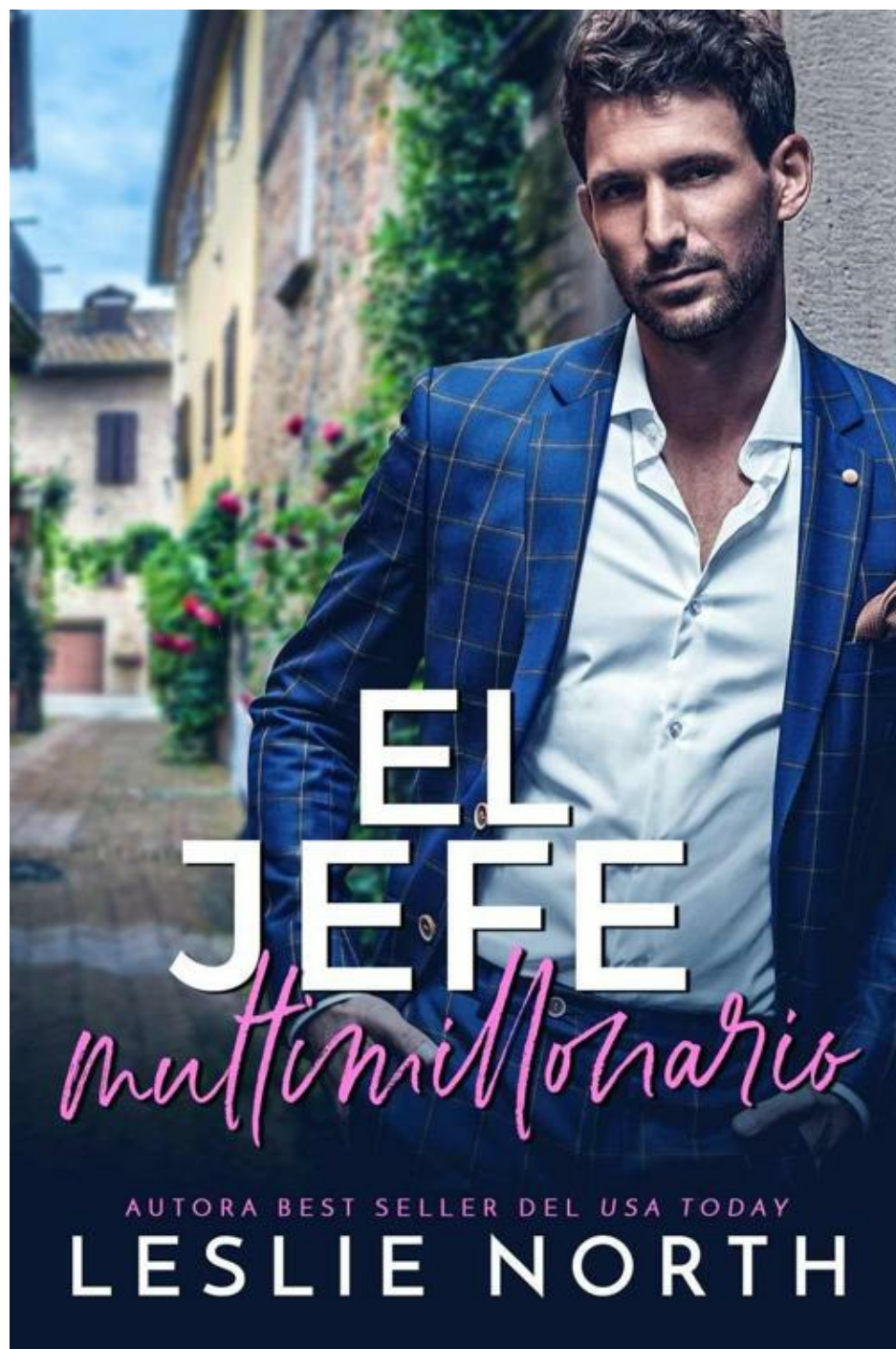
—Oye, te conviene cerrar esa boca tan bonita que tienes —le sonreí mientras entraba en el taxi despacio y metiendo las dos piernas juntas a la vez, como una chica en un anuncio—. Recuerda que a las moscas les atrae la basura.

Cerré la puerta de golpe y me dejé caer contra el respaldo del asiento, decidida a pensar en esta pequeña victoria en lugar de en que ahora llegaba aún más tarde a mi entrevista.

Di al conductor la dirección de la sede central de Veritique y, cuando el coche se puso en marcha, me dio la sensación de que mi suerte estaba cambiando por fin.

**Obtén tu ejemplar de *El más antipático*
Disponible Noviembre 26, 2024**

(¡Disponible para preventa!)
www.LeslieNorthBooks.com



SINOPSIS

Los multimillonarios nunca descansan... pero si lo hicieran...

Durante la mayor parte de su vida, a Laila Diaz las cosas casi nunca le han salido según lo planeado. Pero por fin parece que todo está mejorando. En su último día trabajando para la Asociación de Servicios Infantiles, Laila tiene que llevar a un bebé huérfano al hogar de su

nuevo tutor legal: Marcus Campbell, un multimillonario escocés y hosco.

Al instante, queda claro que, aunque Marcus es inteligente y muy atractivo, va a necesitar una niñera, sobre todo porque tiene planeadas unas vacaciones en familia. Laila está desempleada, así que él le hace una oferta que no puede rechazar. El seductor multimillonario parece demasiado perfecto para ser verdad y es tan apuesto que Laila no puede evitar fantasear con besarlo bajo el sol tropical. Qué lástima que sea su jefe...

Marcus nunca conoció a una mujer tan cariñosa, sincera y hermosa como Laila. Tiene algo especial... el modo en que lo mira, lo toca, lo provoca. De a poco, Marcus va bajando la guardia. Se está enamorando perdidamente... no solo de ella, sino también del pequeño Grayson. No obstante, mientras disfrutan juntos del paraíso, el mundo real se cierne sobre ellos, amenazante, listo para pinchar su burbuja de felicidad.

Cuando terminen las vacaciones, ¿podrán construir algo nuevo, algo duradero? ¿Algo más que una simple fantasía?

Obtén tu ejemplar de *El Jefe Multimillonario* ingresando a
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo 1

Laila chequeó la dirección una vez más, manipulando su teléfono como podía con una sola mano, ya que la otra la tenía ocupada con un portabebés. El bebé de seis meses que estaba llevando a la casa de su nuevo tutor era adorable y, por suerte, tranquilo, pero también era pesado. El pequeño se retorció en su asiento.

—Tranquilo, mi amor. Ya casi llegamos —lo arrulló Laila. Lo meció hacia adelante y hacia atrás suavemente y, al hacerlo, el portabebés se le hundió en el antebrazo y le trazó unos profundos surcos sobre la piel.

Tras asegurarse de estar en la dirección correcta, se acercó al portero eléctrico y presionó el timbre del *penthouse*, lista para pronunciar su discurso de siempre y explicar qué hacía ahí. Para su sorpresa, el propietario —Marc Campbell— le abrió la puerta de entrada al edificio sin siquiera preguntarle quién era.

—Bueno, fue más fácil de lo que esperaba —le dijo al bebé, que la miraba sonriente—. Y por suerte aquí adentro está fresco.

Una ráfaga de aire helado le golpeó el rostro, y Laila cerró los ojos agradecida. Se dirigió al ascensor, que estaba abierto —el portabebés le golpeaba el muslo a cada paso— y marcó el botón del *penthouse*. Al sentir el sacudón del ascensor que comenzaba a subir, el bebé abrió grandes los ojos y movió los pies, entusiasmado. Era adorable, por eso Laila se había ofrecido a llevárselo a su tutor aunque ya había vaciado su escritorio en la Asociación de Servicios Infantiles. Suspiró, algo preocupada. A partir de ese día, estaba desempleada, pero confiaba en

que iba a estar bien.

—Los dos vamos a estar bien. Ya verás —dijo, tanto para convencer al bebé como a sí misma.

Unos momentos después, las puertas del ascensor se abrieron frente a un amplio vestíbulo con pisos de mármol. Unos ventanales inmensos la deleitaron con la vista del horizonte. Laila se detuvo, boquiabierta. ¿Una vista así de increíble para una sola persona?

—¿La puedo ayudar?

Laila se dio vuelta y, una vez más, quedó boquiabierta. Por más hermosa que fuera la vista, no se comparaba con el hombre que estaba parado frente a ella. Era tan atractivo que Laila tuvo que desviar la mirada para disimular el rubor en sus mejillas. Casi le dolía mirarlo.

—¿Marc Campbell?

Él asintió y se le dibujó una pequeña arruga entre las cejas prolijas y rectas.

—Cuando tocó timbre, pensé que era la comida china que pedí —dijo. Laila no terminaba de descifrar su acento. ¿Era irlandés? ¿Escocés? El hombre echó un vistazo al portabebés que tenía en el brazo—. ¿Está segura de que no se confundió de dirección?

—Segurísima. Él es Grayson Clark. Tiene seis meses.

—Bueno. —Marc la miró, inexpresivo—. ¿La tengo que felicitar, señorita...?

Esa siempre era la peor parte. Laila sonrió para tratar de suavizar sus palabras, pero sabía que no había otro modo de decir lo que tenía que decir.

—Diaz. Laila Diaz. Trabajo para ASI, la Asociación de Servicios Infantiles. La niñera de este niño nos lo entregó hoy. Sus padres murieron en un accidente. Su auto chocó contra un camión cisterna en Fort Lee. Tal vez lo vio en las noticias.

Marc negó con la cabeza.

—Esta semana no estuve muy al tanto de las noticias. Dijo que se apellida Clark, ¿no?

Ella asintió con expresión amistosa.

—Sus padres se llamaban Remy y Kendra Clark.

Marc se apoyó contra la pared para no perder el equilibrio.

—Remy —murmuró.

—Lamento tener que ser yo quien le dé esta mala noticia.

Marc parpadeó y sacudió la cabeza, como queriendo aclarar sus ideas.

—No, no. La entiendo. Es que... —Señaló el portabebés—. ¿Tenían un hijo?

Laila asintió otra vez.

—Y lo designaron a usted como su tutor legal si algo les llegaba a pasar. ¿No estaba al tanto?

El hombro de Marc chocó contra la pared, que probablemente era lo único que evitaba que se desplomara en ese preciso instante. Se había puesto blanco como un papel, lo cual respondió a la pregunta de Laila.

—Señor Campbell, lamento ser tan directa. Llevamos varias semanas intentando contactarlo, pero sin suerte. La verdad es que no hay un buen modo de comunicar una noticia así. —Laila tragó saliva, porque era cierto. Esa era la parte que más odiaba de su trabajo. Saber que no iba a tener que hacerlo nunca más casi la hizo sentir alivio por haber sido despedida esa mañana. Casi, pero no—. Me imaginé que la noticia quizá lo tomara por sorpresa, así que me tomé la libertad de traerle algunas cosas, al menos para pasar la noche —le dijo apurada. Apoyó el portabebés en el piso de mármol y le mostró la bolsa de tela que llevaba colgada del brazo—. Un paquete de pañales, leche maternizada, un enterito limpio y algunos chupetes. Aunque todavía no sé si le gustan los chupetes.

Volvió a acomodarse la bolsa en el brazo y miró al niño, que seguía imperturbable. Sintió que el corazón se le estrujaba de tristeza al admitir que no podía decir mucho sobre Grayson. No sabía nada sobre él.

—Según entiendo, todavía se está viendo el tema del testamento, pero los Clark le dejaron todo a Grayson, así que, una vez que se resuelva el papeleo, tendrá acceso a todo su dinero para poder mantenerlo. Si necesita que cubran algunos de sus gastos hasta entonces... —aunque no parecía que a Marc le faltara dinero, teniendo en cuenta que vivía en un *penthouse* lujoso en uno de los barrios más caros de Manhattan, era parte de su trabajo explicarle todo— puede comunicarse con la albacea de los Clark. Tengo sus datos aquí mismo. Es abogada y trabaja en Montclair. Parece que tiene muy buena reputación.

Laila rebuscó dentro de su bolso, sacó un papelito arrugado y se lo ofreció a Marc. Él no lo agarró. Ella le miró la cara cenicienta y se sintió culpable. En cuestión de segundos, Marc no solo se había enterado de que era el tutor de un niño al que ni siquiera conocía, sino también de que uno de sus amigos había muerto trágicamente. ¿Cómo podía ser tan impaciente en lugar de permitirle que procesara la noticia?

—Lamento agobiarlo con tantas cosas a la vez —le dijo, con la misma tristeza que le invadía el pecho cada vez que tenía que enfrentarse a las desgracias del mundo. Se moría de ganas de tocarle el brazo y darle un apretoncito amistoso, pero no tenía derecho a hacer una cosa así. Tenía que ser profesional.

—No se preocupe —respondió Marc, con la voz ronca y cansada—. No hizo nada malo. Solo está haciendo su trabajo.

Quizá tuviera razón, pero Laila era demasiado sensible y no podía evitar empatizar con él. Apoyó el portabebés en el piso con cuidado y estiró los dedos antes de decirle:

—Ojalá pudiera ayudarlo más, pero, por desgracia, hoy fue mi último día de trabajo en ASI. Si tiene alguna pregunta, estoy segura de que mis excompañeros lo ayudarán con gusto, aunque quizá tarden un poco en responder. —Por los recortes de presupuesto, en ASI habían despedido a varios empleados, Laila incluida. Las personas que seguían trabajando iban a estar terriblemente sobrecargadas, más de lo que ya estaban—. La situación en la oficina está... un poco caótica. En parte, quería asegurarme de que mi última tarea fuera traer a Grayson hoy mismo porque tenía miedo de que, si no lo hacía, cometieran un error y terminara en un hogar de acogida. —Se

agachó para mirar con cariño al bebé, que dormía con la boca abierta; se le estaba formando un charquito de baba en los pliegues del mentón. Sin poder evitarlo, le sonrió—. Y no podíamos permitir que pasara eso, bebito.

Cuando levantó la mirada, Marc estaba parado frente a ella, frotándose la nuca despacio. Tenía una expresión atormentada y preocupada, pero pareció recomponerse en un santiamén.

—¿Quieres pasar? —le preguntó, y dio un paso atrás. Laila observó por primera vez el *penthouse* que estaba a sus espaldas—. Espero que no te moleste que te tutee. Si pudieras cuidarlo solo unos minutos más así hago unas llamadas, te agradecería mucho —agregó. Entonces, hizo una mueca—. Perdón, dijiste que era tu última tarea y tu último día. ¿Estás apurada? ¿Tienes que ir a algún lado?

—No, para nada —respondió ella—. No me molesta quedarme un rato más con él.

Amagó a levantar el portabebés, pero, antes de que pudiera hacerlo, Marc lo agarró y, con un gesto, la invitó a pasar. Era un gesto caballeroso, aunque un tanto torpe, y Laila se sintió encantada y, luego, un poco avergonzada por sentirse encantada ante algo tan simple como un gesto amable. Sin el portabebés, se sentía muy liviana. Casi mareada, incluso, aunque de seguro eso tenía más que ver con la vista deslumbrante que estaba frente a sus ojos que con otra cosa.

Unos ventanales, tan limpios que parecía que no se interponía nada entre ella y el cielo, dejaban ver la ciudad y buena parte del horizonte de Manhattan. A la luz del sol poniente, una voluta diminuta de nubes rodeaba la antena del World Trade Center, que se veía a lo lejos; tenía los bordes teñidos de rosado como un algodón de azúcar. Para su sorpresa, la imagen evocó el recuerdo olvidado hacía tiempo de un viaje a la costa de Jersey en el que sus padres sustitutos le habían comprado un cono pegajoso y absolutamente delicioso de algodón de azúcar.

Laila se obligó a volver al presente y miró a su alrededor. Desde alguna parte del *penthouse*, resonaba la voz de Marc, tensa y casi inaudible. Laila aguzó el oído para escuchar lo que decía, pero él estaba hablando con un acento más pronunciado y a ella se le complicaba entender la mayor parte de lo que estaba diciendo. Llegó a la conclusión de que debía estar hablando con su abogado y, entonces, Grayson se removió en el portabebés y la distrajo.

El niño frunció la nariz con gesto gracioso mientras luchaba por librarse del cinturón y agitaba sus puños regordetes. Laila fue corriendo al lugar donde Marc había apoyado el portabebés.

—Shhh —lo tranquilizó, acariciándole la cara—. Ay, estás todo transpirado —notó preocupada—. Voy a sacarte de ahí.

Lo alzó en brazos, y él se acurrucó contra ella y hundió la cara en su cuello por un momento, antes de protestar un poco y refregarse los ojos. Laila miró a su alrededor buscando algo para distraerlo, pero todas las cosas que había en ese departamento parecían demasiado caras como para que un bebé les respirara cerca, mucho menos para que jugara con ellas. Estaba a punto de empezar a cantar cuando sintió un tirón en el cuello.

—¿Te gusta? —le preguntó. Grayson tenía la mirada tan enfocada que casi se puso bizco, y cerró su puñito codicioso alrededor del sencillo collar que Laila siempre llevaba puesto—. Pero no tirees mucho, ¿sí? Despacio —le dijo, y le agarró la mano para mostrarle la fuerza adecuada que debía ejercer para investigar el objeto brillante—. No tiene ningún valor sentimental, solo

me parece lindo, ¿tú qué opinas? No, no te lo metas en la boca...

—Perdón por hacerte esperar.

Sobresaltada, Laila se dio vuelta para mirar a Marc. Había estado tan distraída con Grayson que ni se había dado cuenta de que Marc ya no estaba hablando por teléfono.

—No pasa nada —le dijo, y se pasó a Grayson del otro lado para poder mirarlo—. O al menos a mí no me pasa nada. ¿Y a ti?

Marc exhaló profundamente.

—La noticia llegó en un mal momento... —Hizo una pausa y soltó una risita amarga—. Aunque, la verdad, no me imagino que haya un buen momento para recibir una noticia como esta. Pero tuve que resolver varias cosas porque mi familia y yo nos vamos en un crucero mañana, por seis semanas.

—Seis semanas —repitió Laila. Unas vacaciones de seis semanas. Marc bien le podría haber dicho que iba a volar a la luna; la idea le hubiera resultado igual de ajena.

—Sí —dijo Marc—. Ya está todo organizado y es muy tarde para cancelar. Pero ahora tengo un niño del que cuidarr —agregó, con una nota de incredulidad en la voz, y Laila no pudo evitar notar cómo arrastraba la erre. Nunca había escuchado hablar a alguien así en la vida real, pero, como era fanática de la serie *Outlander*, al menos podía confirmar que Marc era escocés.

—Es mucho que procesar.

Claro que empatizaba con él. Laila había pasado las últimas semanas de su vida sintiendo que todos sus planes se habían ido al diablo, aunque sus circunstancias eran muy distintas. Al mudarse a Nueva York hacía un año para convivir con su novio de larga distancia, a quien había conocido por internet, había sentido que, por fin, su vida estaba encaminada. Tenía una linda relación con un hombre exitoso y, al poco tiempo, consiguió trabajo en ASI. Cuando Brian le propuso casamiento, creyó que todo era perfecto.

Pero un día había llegado a su casa y había encontrado a su prometido en la cama con otra mujer, y su relación se había desmoronado en un instante. Laila se había quedado con el departamento luego de que él se marchara, pero eso no era un beneficio en sí, ya que su sueldo no le alcanzaba para pagar el alquiler (el sueldo que ya no iba a tener a partir de ese mismo día, gracias a los recortes de presupuesto y la reestructuración). A Laila le gustaba pensar que era capaz de enfrentar cualquier cosa que le presentara la vida, pero últimamente no paraba de presentarle problemas.

No obstante, estaba haciendo todo lo posible por transformar su caída en un giro controlado. Quería buscar un lugar nuevo y más accesible para vivir, y planeaba subalquilar el otro departamento hasta que se terminara el contrato. Y ya le habían pasado información sobre un trabajo de directora en el nuevo centro comunitario que iban a abrir en Queens. Por desgracia, todavía estaban construyendo el edificio y no habían empezado a entrevistar a nadie, lo cual la ponía nerviosa. La mujer con la que había hablado le había asegurado que el puesto era suyo, pero no la iban a contratar hasta dentro de dos meses y, la verdad, no sabía cómo iba a sobrevivir hasta entonces. Pero se las iba a arreglar. No le quedaba otra.

Marc no sabía nada de eso, por supuesto. Pero parecía que le costaba respirar, igual que a ella durante el último mes. Eso era algo que tenían en común. La diferencia era que, para Laila, un crucero de seis semanas era el paraíso y, por la actitud desganada de Marc, para él era el séptimo círculo del infierno.

—Entiendo que necesites un poco de tiempo —dijo Laila, desenredando los dedos del bebé de su cadenita—. Puedo arreglar para que Grayson vaya a un hogar de acogida...

—De ninguna manera —la interrumpió Marc de inmediato—. Tampoco soy un inútil total cuando se trata de chicos. Tengo primitos. Me las puedo arreglar. —Se estiró para alzar a Grayson.

Aunque ese despliegue de responsabilidad paternal sin duda era digno de suspiros, Laila se negaba a soltar al bebé. De seguro Marc lo había notado, porque bajó las manos y se rio.

—¿Te sentirías más tranquila si te dijera que mis padres se quedan conmigo hoy y que me van a ayudar?

Laila sonrió.

—Tal vez un poco.

—Bueno, entonces se van a quedar aquí. Ahora salieron a cenar, están disfrutando una noche en la ciudad. —Marc hizo una pausa y frunció el ceño—. Sin dudas, esto les va a arruinar la velada.

—¿También te van a ayudar en el crucero? —le preguntó Laila.

—Me ayudarían si se los pidiera, pero no sería justo, son sus vacaciones. No, voy a tener que conseguir una niñera para el crucero. Me parece mucho mejor que haya una persona capacitada cuidándolo, antes que yo solo haciendo lo que puedo. —Otra vez sonrió con amargura—. Y tengo dieciocho horas para encontrar una antes de zarpar. Nada de qué preocuparse, ¿no? —dijo, mirando a Laila.

Ella no pudo evitar reír.

—Es facilísimo. A ver, hay una persona que tiene experiencia cuidando niños y que, de casualidad, está desempleada justo aquí en el vestíbulo. Ni siquiera necesitas dieciocho horas.

Marc abrió grandes los ojos. Por un momento, Laila no atinó a hacer nada más que sonreírle con cara de estúpida. ¿Por qué la estaba mirando así? ¿Por qué no se reía del chiste que acababa de decirle...?

—Estás contratada.

—¿Qué? —Laila se quedó mirándolo y negó con la cabeza—. No, no. O sea, te agradezco, pero era un chiste. Además, ni siquiera me conoces.

—Trabajabas para servicios infantiles. Me imaginó que te habrán investigado bien —repuso él—. ¿Te despidieron por negligencia?

—Por supuesto que no —masculló Laila—. No me despidieron, me desvincularon por recortes de presupuesto.

—Grandioso. ¿Podría investigar tus antecedentes por las dudas?

—Es...

—Y necesito una prueba de drogas también, claro. Puedo conseguirla en una hora.

—Sí, pero...

—Y ¿tienes pasaporte? Mierda, te lo tendría que haber preguntado antes.

Brian y ella habían planeado ir a las Islas Vírgenes de luna de miel.

—Sí —suspiró Laila—. Tengo pasaporte.

—Entonces estás contratada.

—Pero... ¿estás seguro?

Todavía no terminaba de creerlo, pero, en el lapso de una hora, Laila firmó el contrato que redactó el abogado de Marc, que estipulaba que la contrataba —por una suma increíble de dinero — para trabajar de niñera durante seis semanas en un crucero por el Atlántico. Nada mal para una huérfana que nunca había salido del noroeste de Estados Unidos.

—Pareces impactada —observó Marc con tono simpático cuando ella terminó de firmar—. No hay de qué preocuparse. Será divertido.

Justo en ese momento, Grayson soltó un alarido ensordecedor, y Laila fue corriendo junto a él, preguntándose en qué lío se habían metido los dos.

**Obtén tu ejemplar de *El Jefe Multimillonario* ingresando a
www.LeslieNorthBooks.com**